

SILVIA MATEOS



LA INCREÍBLE IDEA DE TÚ Y YO JUNTOS

SILVIA MATEOS



ÍNDICE

[Prólogo](#)

1. [Bocachanca](#)
2. [Empezar Con Mal Pie](#)
3. [Ya No Es Lo Mismo](#)
4. [Un Término Medio](#)
5. [Polos Opuestos](#)
6. [Alguien Que Ya No Soy](#)
7. [Noches De Guardia... Y Fiesta](#)
8. [Imagen Distorsionada](#)
9. [Compañeros](#)
10. [Puto Niñato](#)
11. [¿Tregua?](#)
12. [Confesiones](#)
13. [Jugando Con Fuego](#)
14. [Punto De Ebullición](#)
15. [Flipada](#)
16. [Caos](#)
17. [Cambios](#)
18. [Adicción](#)
19. [Blanca... Y Caliente Navidad](#)
20. [La Mejor Entrada De Año](#)
21. [¿Y Ahora, Qué?](#)
22. [Todo Un Mundo Por Descubrir](#)
23. [Con El Viento De Cara](#)
24. [Bendita Mi Suerte](#)
25. [Factor Ex](#)
26. [Viejas Costumbres](#)
27. [De Madrid... Al Suelo](#)
28. [Oscuridad](#)
29. [Nos Hizo Falta Tiempo](#)
30. [Si Tu No Estas Aquí](#)
31. [Viaje De Chicas](#)
32. [Cuesta Abajo Y Sin Frenos](#)
33. [Vivir Sin Aire](#)
34. [No Puedo Vivir Sin Ti](#)
35. [La Luz De Tus Ojos](#)
36. [¿Te Acuerdas?](#)
37. [A Medio Gas](#)
38. [La Maldición De Mi Vida Sin Ella](#)
39. [Miedo](#)
40. [Buscando El Puto Final Feliz](#)

[Epílogo](#)

[Referencias Musicales](#)

Agradecimientos

A todos los sanitarios, administrativos, celadores, limpiadoras y personal de mantenimiento que hacen posible el funcionamiento de un hospital. Y en especiala mi equipo de la TB7, que en la época del COVID consiguieron que las penas, en su compañía, fuesen más llevaderas.

PRÓLOGO

Siempre he huido del cliché de las relaciones en el hospital... Y os puedo asegurar que las hay. Por lo menos, en el mío; aunque me imagino que en los demás pasa igual. Por eso de que el roce hace el cariño. Son muchas horas las que pasas trabajando codo con codo con tus compañeros y, al final, ellos son los únicos que entienden tu frustración al perder a un paciente, la falta de vida social y esos turnos que van al contrario del resto de la gente. Por eso yo, a mis 34 años (diez de ellos trabajando en este hospital), nunca he entrado en ese juego. No he alimentado ningún intento de acercamiento, aunque tengo que reconocer que hay ocasiones en las que cuesta la vida misma. Son incontables las veces que me he tenido que beber las ganas a sorbos, admitámoslo, porque paso muchas horas en el curro y siempre hay algún compañero que te hace algo de tilín y con el que tontear, que te enciende las ansias, con el que llegarías más lejos, pero... sin romper nunca mi norma autoimpuesta de no mezclar trabajo y placer.

Ya, desde el primer día que entré a trabajar aquí, que pude poner en práctica todo lo que había aprendido, mis conocimientos, mis habilidades en esta carrera que empezó a apasionarme desde bien pequeña, me prometí no enredarme con ningún compañero de trabajo.

Mi pasión por la enfermería nació bien pronto. Según cuenta mi madre, cualquier animalillo que se cruzara en mi camino pasaba a ser un potencial paciente. Podéis pensar que entonces mejor que me hubiese encaminado hacia el lado de la veterinaria. Pues no. Parece ser que, en mi prolífica imaginación de niña, dichos animales, para mí, tenían aspecto y nombre de personas. En las múltiples ocasiones en las que (por fortuna para ellos) ningún animal contaba con mis inestimables cuidados, era mi hermano el destinatario de mis (según él) torturas, y no hubo día en el que no sufrió bajo el yugo de mi pasión enfermeril. Incluso en mi casa escondieron las agujas de hacer punto de mi abuela después de aquel aciago día en el que solo a mí se me ocurrió ponerle una inyección con la más larga y puntiaguda que encontré. Tras eso, aun no entiendo como Manu se fía de mí cuando hay que sacarle alguna analítica.

Por ese motivo, por mi temprana pasión por esta profesión tan bonita pero tan sacrificada (debido a los turnos), me tomo tan en serio mi trabajo y no tengo ninguna intención de enturbiar mi trayectoria liándome, por un simple calentón, con ningún compañero. Ni ahora, ni nunca.

UNO

BOCACHANCLA



VERA

Hoy podía ser un lunes más de primeros de noviembre, pero no, hoy es mi cumpleaños, y como a mí nunca me ha importado cumplirlos (no como a mi amiga Marta que lleva sufriendo los suyos desde que hizo los dieciocho) me dispongo a empezar mi turno llevando una tarta de zanahoria que dejé hecha ayer (sí, una de mis pasiones es la repostería), para invitar a desayunar a todos mis compis de la planta.

Me meto en mi Seat Ibiza y pongo el volumen de la radio a tope, porque está sonando, posiblemente, una de mis canciones favoritas. Una que me hace empezar el día con un buen rollo increíble, llena de positividad y marcha.

Y ni corta ni perezosa me pongo a cantar a pleno pulmón junto a Funambulista:

“ ... La primavera de brazos abiertos
y las canciones que no son mentira,
ese milagro que vive en los besos,
ay, cómo me gusta la vida.

Ir donde nos lleve el viento,
donde los sueños nos gritan,
donde me dicen de siempre amor.
A mí lo que me gusta es eso,
ponerme a sonreír sin medida,
mojarme hasta calarme los huesos,
ay, a mí me gusta la vida...

Y así, cantando como una loca, aparco mi coche y me dispongo a entrar en el hospital mientras leo todas las felicitaciones de mis chats de WhatsApp.

PILI, MILI Y LA AGREGADA

MARÍA ENFERMERA

Feliz cumpleaños amigui!!! Que lo pases muy bien.

YO

Te quiero, loqui 😊.

ALBA ENFERMERA

Muchas felicidades, guapa.

YO

Que te quiero mucho, compi.

MARÍA ENFERMERA

¿Sique en pie la comida del viernes?

ALBA ENFERMERA

Sí claro. ¿Reservaste, Vera?

YO

Yessss, a las dos en La Salvaje. Podemos quedar a las doce y media y nos tomamos un vinín en La pulpería.

ALBA ENFERMERA

Solo si incluimos una brocheta de pulpo en la ecuación 🤔.

MARÍA ENFERMERA

Eso se da por hecho 😊.

YO

Os dejo que estoy entrando en el hospital. Alba, te veo ahora. Llevo desayuno.

ALBA ENFERMERA

Vale, ahora nos vemos.

MARÍA ENFERMERA

Chao, chicas. Buen turno.

El nombre del chat tiene su porqué. Desde que empezamos a trabajar juntas, Alba y yo nos hicimos inseparables, congeniamos tanto desde el principio que los que estaban a nuestro alrededor nos empezaron a llamar Pili y Mili. Al abrir nuestro chat, a María solo se le ocurrió auto llamarse «la agregada» y con ese nombre se quedó.

Sigo leyendo chats. Ahora me meto en el que tengo con mis amigas de siempre.

PERRAS DEL INFIERNO

MARTA

Veraaaa, muchas felicidades a la viejuna del grupo. Luego te llamo.

YO

Serás perra. Por lo menos a mí no me asusta cumplir años.

CORAL

Felicidades, los 35 hay que celebrarlos sí o sí.

BLANCA

Verita, muchas felicidades. Un besazo muy fuerte.

YO

Gracias, chicas. A ver si quedamos de una vez para cenar.

PILI

Felicidades!!! Sí que es verdad, a ver si de este mes no pasa.

ANA

Muchas felicidades, Veri 😊.

CARMEN

Muchas felicidades, bombón!!! Contad conmigo para la cena.

IRENE

Felicidades, corazón. Yo también me apunto a la cena.

YO

Gracias, amores. Bueno, pues queda pendiente, os tomo la palabra.
Me despido que entro a currar. Besos, perras mías 😊

Estas son mis chicas. Juntas desde siempre. Algunas somos inseparables desde adolescentes. Con ellas he vivido la mayoría de mis primeras veces. Mi primer cigarro, mi primera borrachera... Y aunque el tiempo y la vida nos han ido llevando por distinto camino, nunca hemos perdido el contacto y eso es algo que me llena de felicidad. Ya hace mucho tiempo que, una vez al año, nos reservamos cuatro o cinco días para irnos juntas de viaje. Unos maravillosos días de desconexión, risas y locuras varias que consiguen hacernos volver a la rutina con las pilas cargadas.

Entro corriendo en el vestuario mientras sigo leyendo mensajes. Mi familia más amigos. Hoy mi móvil echa humo. Y solo son las siete y media de la mañana.

Me cambio a toda leche y espero al ascensor que, como siempre, una eternidad. Consigo llegar a la planta con el tiempo suficiente para recibir el cambio y las oportunas felicitaciones de mis compañeros.

Apunto las incidencias del turno anterior y me pongo a leer para mí el evolutivo de mis pacientes antes de poner todo en común con mis compis de la mañana. Algunos de ellos no han pasado muy buena noche y me recuerdo mentalmente dedicarles un poquito más de mi tiempo y atención.

Llega Alba, que me achucha y me canta el cumpleaños feliz de parchís (en esas estamos, sí) y empezamos a leer para ponernos al día sobre nuestros pacientes. Hoy, además de mis seis habitaciones, me toca ocuparme del control, de recibir los ingresos, gestionar las altas y pedir las ambulancias de los pacientes que las necesiten para desplazarse a sus domicilios. Vamos, que me espera un cumpleaños cargadito de responsabilidades. Aunque suene a protesta he de confesar que me encanta mi servicio, el compañerismo que existe entre casi todo el equipo, el trato con los pacientes, el agradecimiento de estos. A mí, particularmente, me gusta dedicarles un ratito extra de mi tiempo, no limitarme únicamente a darles su medicación o su tratamiento. Me encanta pararme con cada uno de ellos, preguntarles por sus cosas, ser partícipe de sus miedos, de sus esperanzas, consolar a los familiares, en definitiva, ser cercana y empática con ellos. Bastante tienen con estar enfermos, como para encima tener que aguantar malas caras por parte

de las personas que estamos aquí para hacerles un poco más ligero el trance de tener que lidiar con una dolencia, en muchas ocasiones, terminal. Afortunadamente, esta parte del hospital es la más nueva, de manera que los pacientes cuentan con habitaciones individuales que incluyen un sofá para que sus acompañantes puedan pasar la noche cómodamente.

Enseguida llega Rita, nuestra supervisora, acompañada de un enfermero al que nunca había visto. ¿He dicho un enfermero? Mejor diría EL ENFERMERO, madre mía, pedazo de espécimen. Y no solo lo pienso yo, porque al mirar a mi compañera la veo literalmente babeando con la boca abierta, pero vamos, es que el tío lo merece. Castaño, sobre metro ochenta, ojos azules como el mar en un día de tormenta, barbita de varios días con una boca de esas totalmente besables de labios carnosos, y músculos allí donde se precisan, pero sin pasarse de la raya. Es increíble que hasta el pijama del hospital le queda de vicio, y ya os aseguro yo que nuestros uniformes son de todo menos favorecedores.

Hostias, este tío está como para hacerle un favor. O que te lo haga él a ti. Total, el orden de los factores no altera el producto.

—Buenos días, chicas —nos saluda la super a Alba, a mí y a las tres auxiliares que miran embobadas al recién llegado—. Os presento a Hugo, viene de Madrid y va a estar con nosotras seis meses en una comisión de servicios. Espero que le pongáis al día del funcionamiento de la unidad. Hugo, ellas son Vera y Alba, las enfermeras con las que coincidirás en la mayoría de los turnos. Y ellas son Noe, Rebeca y Begoña, las TCAE que forman parte del equipo de enfermería hoy. Ya irás conociendo al resto en los próximos días, pero con quien más trabajarás será con ellas. Te dejo en buenas manos.

¿Real?, ¿este monumento va a trabajar con nosotras? Pues que alguien me explique cómo coño nos vamos a concentrar con semejante adonis, porque vamos, ya os digo yo que se me van a ir los ojos cada dos por tres a mi nuevo compañero de trabajo, pffff.

—No te preocupes, Rita, en nada le ponemos al día —consigo dar la orden a mi cerebro para que hable—. Bienvenido a la planta, Hugo. Espero que te sientas a gusto aquí con nosotras y que, ante cualquier duda, no temas en preguntar.

—Lo mismo digo —acierta a decir Alba—. Bienvenido, y cualquier cosa que necesites no dudes en pedirnoslo.

Será perra. Ya sé yo lo que le gustaría a ella que le pidiese, si la conoceré yo...

—Muchas gracias, «chiquis», creo que voy a estar como un rey con tanta enfermerita —suelta a bocajarro nuestro nuevo compañero.

¿En serio? ¿Chiquis?, ¿enfermeritas? Joder, pues empezamos bien.

Y de esta manera venimos a confirmar mi teoría de que el que no está pillado tiene alguna tara de fábrica y este, para no ser menos, la ha cagado según ha abierto la boca.

¿Su tara? Ser un bocachancla.

DOS

EMPEZAR CON MAL PIE



HUGO

Joder, joder, joderrrrrr. Tierra trágame y escúpeme en Groenlandia. ¿Se puede empezar con peor pie? ¿Chiquis? ¿enfermeritas? En el mismo momento en el que lo he soltado por la boca, me he dado cuenta de la cagada que he hecho. Y si no me hubiese dado cuenta por mí mismo, un vistazo a los ojos de Vera hubiera bastado para darme por enterado. Y qué ojos, me cago en la leche. Por culpa de esos ojos he sufrido una enajenación mental transitoria y he soltado semejante perla que pasará a los anales de la historia como el peor saludo un primer día de curro. Con lo bien que iba, coño.

No se me ha pasado por alto la mirada apreciativa que me ha echado según he entrado en el cuarto de trabajo. También me he fijado por encima en las miradas de las demás compañeras, pero es que en el momento en el que la he visto a ella todo ha pasado a un segundo plano. Es guapa a rabiar, con un cuerpo que, aunque el uniforme no es precisamente favorecedor, tiene las curvas precisas en los sitios correspondientes. Y vaya curvas. Y la cara, creo que me he quedado atontado mirándola fijamente, pero es que entre esos ojos del color del caramelo derretido y esa boca perfecta con el arco de cupido diciéndome *muérdeme*, es inevitable perder hasta el hilo de mis pensamientos. Hacía un montón de tiempo que no veía una cara tan expresiva. Vamos, que se puede leer en ella como en un libro abierto. Me imagino que jugando al mus se le deben de notar los faroles a tres metros de distancia.

—Oye, de verdad —empieza Vera—, eso de «enfermeritas» ha sonado realmente mal. No sé, un poco machista, ¿no? Yo que tú me lo hacía mirar.

—Sí, es verdad, lo siento —reconozco—. Supongo que estoy algo nervioso y he empezado con mal pie. ¿Qué te parece si lo olvidamos y me explicas cómo funciona todo esto?

—No te preocupes, que ya me encargo yo de explicarte cómo va todo —me dice Alba—. Vera tiene ahora un montón de analíticas que sacar y debe ponerse a ello antes de que lleguen los desayunos. Además, hoy es la enfermera de control y tiene cantidad de trabajo. Ven, que te enseñe cuál es tu carro y cómo nos dividimos aquí las funciones.

Y de esta manera un tanto precipitada empiezo mi primer día en un hospital nuevo, una ciudad nueva y unos compañeros nuevos. Y no sé por qué, me da, un reto nuevo. Hacer que esos ojazos vuelvan a mirarme como cuando he llegado y no como lo hacen desde que he abierto la

boca. Como si fuese un completo gilipollas.

Por fin termino mi primer día de trabajo. Ha sido un turno incomodo. He sido la mochila de Alba y, entre intentar no meter la pata porque todo me ha pillado un poco de nuevas y sentir la mirada de Vera encima de mí en todo momento, a la espera de que cometiese algún fallo, he estado más tenso que la cuerda de un violín. Me he sentido como un novato a prueba bajo sus ojos. Creo que he conseguido estar a la altura e incluso he logrado impresionarla. Y eso que, me da a mí, Vera no es de las que se impresionan fácilmente. Al menos, he podido probar su tarta de cumpleaños. Porque sí, hoy es su cumpleaños. Treinta y cinco, para ser exactos. Yo le hubiese echado mi edad, es decir, cinco años menos, pero no me he atrevido a decírselo, no sea que le siente mal. Es de mechita corta. Hoy he comprobado, en mi propia piel, que tengo que medir bien mis palabras para no ofender a nadie.

Ya vestido con mi ropa de calle, salgo del hospital hacia donde tengo aparcada mi moto. He dejado muchas de mis cosas en mi apartamento de Madrid, pero lo que tenía claro, clarísimo, es que no iba a dejar a mi bebé seis meses aparcada en el garaje. Además, Cantabria es una provincia con un montón de paisajes flipantes para recorrer en moto, y es lo que pienso hacer en cuanto me lo permita mi primera libranza.

Un poco antes de llegar a donde he aparcado la veo. Joder, con ropa de calle está tremenda. Un pantalón vaquero estrecho que le marca todas las curvas, un jersey negro con rayas, unas botas militares y un chaquetón del mismo color colgado del brazo, pues a las tres de la tarde hace una temperatura buenísima.

Se para a hablar con unos y con otros, recibe besos y abrazos, y te juro que me encantaría que me sonriese a mí como sonrío a toda esta gente, porque esa sonrisa es capaz de eclipsar al mismísimo astro rey.

—Vera, eh, oye, Vera. —Se gira al oír mi voz y cambia un poco el gesto, aunque al momento se recompone y espera hasta que llego a su lado—. Bueno, por fin ha terminado el turno. Te juro que he llegado a pensar que me iba a partir en dos de lo tenso que estaba.

—Bah, no se te ha dado tan mal. Aunque no estás muy puesto en el paciente oncológico, por lo menos no has estorbado —contesta—. Pero, si aceptas un consejo, guárdate tus gracias para cuando estés con tus colegas, no son apropiadas en una planta donde el noventa y cinco por ciento de las personas que trabajan allí son mujeres.

—No vas a dejármelo pasar nunca, ¿a qué no? —le digo.

—Nunca es demasiado tiempo. —Se encoje de hombros—. Y no vamos a trabajar juntos tanto como para eso.

—Seis meses dan para mucho. A lo mejor, incluso te llego a caer bien y me invitas a conocer tu ciudad —la reto.

—No creo que con tu físico te falten candidatas dispuestas a enseñarte Santander.

—O sea, que te has fijado en mi físico... Interesante —digo riéndome.

—Venga, vamos, me vas a decir que no sabes que eres guapo y que te mira todo el mundo al pasar. Solo tienes que fijarte un poco a tu alrededor. —Me apuesto lo que sea que ella no se incluye.

—Igual solo me interesa lo que opinas tú —salto.

—Créeme, no te gustaría saberlo.

—De verdad que lo de esta mañana ha sido fruto de mis nervios. Entiende que no es fácil ser el nuevo en un grupo de trabajo que esta afianzado y bien compenetrado. No te quedes con esa

primera imagen de mí, por favor. No puedes juzgar un libro por su tapa. —Qué manía tiene la gente de enjuiciar anticipadamente.

—Soy una gran lectora y, como norma general, no suelo fallar en mis primeras impresiones.

—La seguridad con la que lo dice me repatea un poco.

—¿Sabes qué? Me encantará hacerte cambiar de opinión sobre mí —contesto con chulería.

—No sé yo. Mi primera impresión suele ser la acertada. —Joder, esta tía no se relaja.

—Y yo siempre consigo lo que me propongo —rebato.

—¿Siempre ganas? ¿No pierdes o empatas? —pregunta curiosa.

—Nunca pierdo —contesto—. Y, como canta Marwán, «el amor es el único juego en el que hay que empatar». Que pases un feliz día de cumpleaños, Vera. Nos vemos mañana.

Y con las mismas la dejo allí plantada sin darle opción a replica.

Minipunto para Hugo.

Satisfecho con el resultado del encuentro con Vera, llego hasta mi moto y, después de ponerme el casco, me subo y arranco, disfrutando del ronroneo de su motor. Joder, no creo que llegue el día en el que no me corra la adrenalina por las venas cuando oiga este rugido. Sin lugar a dudas, es mi pasatiempo favorito: montar en ella y dejar que el viento me azote con furia mientras mi juguete coge velocidad y le ganamos kilómetros a la carretera.

«Y el sexo, Hugo, acuérdate del sexo. Ja, el sexo. Hace tanto que no lo practico que ya ni me acuerdo de lo que es».

Para mitigar los nervios por mi primer día de trabajo, en vez de dirigirme hacia el piso que tengo alquilado para estos seis meses de estancia en Santander, decido recorrer la costa que bordea la capital cántabra y, a la vez que dejo que el tímido sol que acompaña este día de principios de noviembre me caliente la piel, me dirijo hacia las playas de el Sardinero. De allí continúo por las carreteras secundarias que van paralelas a la costa Quebrada hasta llegar a los Pinares de Liencres. Bajo por su serpenteante carretera hasta aparcar en la playa de igual nombre.

Me apeo de la moto y, con el casco colgado del brazo, me animo a pisar la arena húmeda. Después de andar unos metros, mis pies me llevan a la falda de una de sus famosas dunas, en donde me siento a empaparme de la bravura del mar Cantábrico. Puede que no tenga el azul del Mediterráneo ni la calidez de sus aguas, pero hay que reconocer que sus altas y espumosas olas ofrecen una estampa sobrecogedora. Me dedico un rato a observar a los pocos surfistas que se animan a enfrentarse a estas crestas de agua y me uno a la emoción de aquellos que consiguen cabalgarlas. Quizás pueda aprovechar este tiempo de «retiro», estos seis meses de desconexión de la realidad, para aprender a hacer surf. Siempre se me han dado bien los deportes y el surf es uno que nunca he probado.

Ciudad nueva, experiencias nuevas.

No sé por qué, de forma irremediable, mis pensamientos vuelan a Vera y a sus expresivos ojos. Joder, ella sí que es una nueva experiencia que me gustaría probar.

«Sí, claro, por eso de refrescarte la memoria sobre lo que es el sexo, ¿no?».

Es una lástima que hayamos empezado con tan mal pie. Creo que sería una estupenda distracción durante estos seis meses. Una tentadora y maravillosa distracción. Tal vez sea lo que necesite para olvidarme de lo que me espera a mi vuelta de este paréntesis en mi vida. A lo mejor, junto a ella, pueda recuperar parte de esa energía que siento haber perdido en los últimos tiempos.

Quizás, ella me ayude a soltar lastre, a dejar ir algo de peso de esta mochila que llevo cargando en los hombros desde hace demasiado tiempo.

Quizás.

TRES

YA NO ES LO MISMO



VERA

—Vera, ¿me estás escuchando?

La voz de Fernando me saca de mis pensamientos. Esos que se habían ido a mi encuentro con Hugo por la mañana. Tal vez he sido un poco borde con él, pero, es que su entrada por la planta me ha tocado las narices. ¿Quién, hoy en día, llama «enfermeritas» a sus nuevas compañeras de trabajo? Vamos, solo faltaría que volviésemos al uniforme de vestido y cofia.

—Perdona, Fer, tengo la cabeza llena de un montón de cosas.

—¿Mala mañana en el hospital? —me pregunta con voz amable.

—Sí, bueno, podríamos decir que sí. —No quiero entrar en detalles. Por eso, aparto a mi nuevo compañero de mi mente e intento disfrutar de mi comida de cumpleaños.

Miro a mi acompañante y no puedo evitar sonreír. Cualquiera que nos vea desde fuera, puede pensar que somos una pareja más, que comparte una comida y se pone al día de sus cosas. Pero no lo somos. Una pareja, quiero decir, o no lo somos al uso. Somos, ¿cómo lo diría para que no suene demasiado mal? Bah, voy a llamarlo por su nombre que ya somos todos muy mayorcitos para escandalizarnos. Fer y yo somos «follamigos», así, sin paños calientes. Alguien a quien recurrir cuando me pueden las ganas, cuando necesito desconectar. Alguien que no busca compromisos ni juramentos de amor eterno.

Nuestra «amistad» es algo que tenemos los dos bastante claro y delimitado. Nos llamamos de vez en cuando y, si nos apetece, estamos disponibles o nos encontramos de fiesta y se presta el momento, nos acostamos sin ningún remordimiento y luego cada mochuelo a su olivo. Que yo para dormir no necesito a nadie. Solo a mi almohada y toda la cama para mí. Y tan a gustito que estoy. No hay mayor placer que levantarte por las mañanas sola en tu cama. Desprezarte y tomarte tu primer café asomada a la terraza viendo despertarse a tu ciudad y con todo un nuevo día por delante es todo un lujo.

A Fernando lo conozco de casi toda la vida. Es amigo de mi hermano desde el instituto y, obviamente, se pasaba tardes enteras en mi casa, estudiando con él, jugando a la consola... O, simplemente, se dejaba caer de vez en cuando las tardes que no tenía nada que hacer y prefería pasar el rato en mi casa antes que en la suya, donde, al ser hijo único de unos padres mayores, se

aburría como una ostra.

A mí siempre me ha hecho tilín, pero era un amor platónico de esos que todas tenemos alguna vez por algún amigo de nuestro hermano mayor. Yo sabía que para él no era más que la cría pesada e impertinente que se pegaba a ellos cada vez que tenía oportunidad y que, en las raras ocasiones en las que me dejaban estar con ellos, me lo quedaba mirando con cara de boba y suspirando continuamente.

A medida que íbamos creciendo, nos fuimos perdiendo la pista. Se que se casó porque mi hermano fue uno de los invitados a su boda, pero año tras año el contacto entre ellos se fue perdiendo y no supe nada de él hasta hace un par de años, en que nos encontramos por casualidad en el hospital, cuando él acompañaba a su madre a una consulta. Me alegré mucho de verlo, por supuesto, y creo que él alucinó un poquito al ver como había cambiado aquella enana que les daba la paliza un día sí y otro también en su adolescencia. Un café en la cafetería del hospital llevó a una copa un viernes de verano y, sin saber de qué manera, acabamos enrollados. Yo acababa de sufrir la decepción con... Mejor ni nombrarlo, por lo que no estaba preparada para tener nada serio (ni quería tenerlo). Él hacía un año y medio que se había divorciado de la que, creía, era la mujer de su vida, pero con la que, tras varios años de matrimonio y un desgaste de la convivencia, acabó de manera amigable y sin ningún tipo de dramas. Por mis circunstancias, yo le dejé bien claro lo que podía esperar de mí y lo que no, y como estuvo completamente de acuerdo en vernos cuando nos apeteciese, empezamos nuestros días de vino y rosas. En esas estamos de momento. Cómodos y sin ninguna expectativa de por medio. Fácil, ¿verdad?

Sé que a mi madre le gustaría verme casada y formando una familia como a mi hermano, pero después de una relación larga, en la que creí encontrar a mi príncipe azul y al final se convirtió en sapo, he dejado de creer en el amor para toda la vida, por lo menos asociado a mí. Desde aquel desencanto, blindé mi corazón y ya no se abre ni con soplete. Me he acostumbrado a vivir sola, a no dar explicaciones a nadie, al yo me lo guiso, yo me lo como y cada uno a dormir a su casa.

Pero vamos, que no os creáis que estoy cada noche con uno distinto, eso tampoco me va. De momento, voy tirando con Fer mientras a los dos nos convenga.

Como se dice habitualmente, más vale malo conocido que bueno por conocer. Y con esto no quiero decir que Fer sea malo, todo lo contrario. Lo único es que no enciende hogueras en mi interior. Pongamos que simplemente se quedan en pequeñas llamas.

Pero a mí con esto ya me vale. Ya viví en su día un amor que, con la misma rapidez con la que se encendió, acabo frío y congelado bajo kilos de helada indiferencia. Ahora he cambiado la pasión por la comodidad y la calentura por las caricias lentas y pausadas. Hay quien se conforma con menos e incluso quien no puede aferrarse a lo que yo tengo. De momento, me dejo llevar...y querer.

—Oye, gracias por invitarme a comer. —Vuelvo a prestarle atención.

—De nada. Ya sabes que estoy encantado de pasar tiempo contigo. —Me mira a los ojos—. No entiendo por qué no nos vemos más. Si no llega a ser por esta comida, a saber cuándo hubiésemos vuelto a quedar.

—Es que no me dan los días entre el trabajo y preparar el congreso. —Le devuelvo la mirada—. Además, ya sabes qué es esto que tenemos, Fer. Nosotros no somos pareja.

—Lo sé, lo sé. —Coge mi mano por encima de la mesa—. Sé perfectamente qué es «esto» que tenemos. Pero eso no impide que podamos quedar de vez en cuando para algo más que no sea solo la cama, ¿no? Al fin y al cabo, ante todo, somos amigos.

—Tienes razón, perdona. Me parece que estoy un pelín estresada. Creo que todo esto de Madrid me viene un poco grande

—No seas tonta. Estás perfectamente capacitada para ello. —Sonríe—. Cuando llegue el momento y estéis allí, delante de toda aquella gente, lo vas a bordar. Lo vais a bordar.

Agradezco que intente darme ánimos, pero no estoy yo muy convencida de sus palabras.

—No sé qué decirte. Todavía nos queda mucha investigación que hacer y, con eso y el trabajo, estoy un poco saturada. Además, hoy ha empezado un enfermero nuevo en la planta y supongo que, hasta que se haga con la forma de trabajar del equipo y con el tipo de pacientes que tratamos, tendremos que ayudarlo entre todos y eso nos complica un poco los turnos.

Acerca un poco su silla a la mía, pasa su brazo por mis hombros y me da un beso casto en los labios para tranquilizarme. Un gesto que suele ser habitual en él y que antes me encantaba, pero que en los últimos tiempos no provoca las cosquillas que me ha provocado siempre.

No es el primer día que siento que esto que tengo con Fer ya no es lo mismo. No me malinterpretéis, sigo sintiendo un gran cariño por él, eso no va a desaparecer nunca. Al fin y al cabo, antes de liarnos, fuimos amigos, unos muy buenos. Pero en los últimos tiempos, lo que me llevó a enrollarme con él y a compartir cama y fluidos (sé que suena muy bestia, pero así soy yo) ha dejado de existir. Sigue siendo uno de los tíos más guapos que conozco, pero ya no tengo esas ansias inmensas de acostarme con él que tenía en los comienzos. Ya no me pueden las ganas. Lo dicho, ya no es lo mismo.

Seguimos conversando mientras comemos, ahora él me cuenta cómo ha sido su día en la oficina y yo asiento cuando habla, sonrío cuando toca y contesto con monosílabos cuando corresponde, pero mi cabeza ha vuelto a irse por los cerros de Úbeda. Es verdad que todo el jaleo del Congreso me tiene como pollo sin cabeza, pero reconozco que, ahora mismo, mis pensamientos distan mucho de ser sobre nuestra ponencia. No dejo de pensar en cómo será trabajar seis meses con mi nuevo compañero, codo con codo, ya que será conmigo con quien comparta la mayoría de los turnos. Sé que me tocará ayudarlo hasta que se centre y pille la dinámica de la planta y no puedo evitar sentirme un poco molesta por el inconveniente que va a suponer para mí. Me va a retrasar un montón y todo ello va a repercutir en el tiempo que le dedico a mis pacientes. Si, encima, es tan gracioso como parece, la incorporación de Hugo en la plantilla no deja de parecerme una mala idea. Pésima.

Cuando vuelvo al presente, Fernando ya está pagando la cuenta y me sostiene el bolso mientras me levanto y me pongo el abrigo. Una vez fuera, me despido de él con un abrazo, tenemos los coches en distintos aparcamientos, y voy hacia el mío rumiando mi malestar.

Me cago en todo. Creo que mi nuevo compañero no va a traermé más que problemas.

A la mañana siguiente, entro por la puerta del hospital resignada a dedicarle más tiempo de lo habitual al trabajo por culpa de Hugo. A ver, no me entendáis mal, como ya he dicho, me encanta mi trabajo, pero lo que no me gusta tanto es tener que hacer el mío y parte del de otro. Y me temo que eso es lo que me va a tocar hacer hasta que el nuevo enfermero pille el ritmo. Es una planta un poco particular, los enfermos oncológicos lo son, y necesitan una dedicación extra que, a mí, me gusta extender a los cuidadores y familiares.

Al entrar, lo veo inclinado sobre el ordenador. Bueno, no podemos negar que el chico es puntual. Mucho. Carlos está a su lado, imagino que explicándole cómo funciona el programa que nos ayuda a llevar el control de los cuidados, las incidencias... En definitiva, todo lo relativo a cada paciente.

Doy los buenos días y entro en la sala de descanso a poner la cafetera en marcha. Al poco rato, entra Carlos acompañado del nuevo.

—¿Hay café para mí? —Me da un achuchón—. Por cierto, felicidades, Verita, que ayer no te vi y no pude hacerlo.

—Gracias, compi. Acabo de encender la cafetera, no tardará mucho en salir tu droga. —Sonrío—. ¿Qué tal la noche?

—Si exceptuamos que tuve que llamar a las tres de la mañana al de guardia porque se puso uno de mis pacientes un poco peor, no ha sido mala del todo.

—Ostras, ¿y qué tal está ahora tu paciente? —me intereso.

—Mejor. El doc le chutó un rescate de morfina y se estabilizó. El resto de la noche ha estado tranquilo. Acabo de pasar a verlo y sigue dormido. Espero que no empeore a lo largo de la mañana.

—Vaya, yo también lo espero.

—Perdonad —interviene Hugo que ha estado en un segundo plano hasta este momento—, ¿puedo tomar un poco de café yo también?

—Claro —dice Carlos—, sírvete tú mismo.

—¿Ponéis un bote para el café o algo? En mi hospital, aportamos tres euros al mes para ello y demás cosas —nos informa.

—Sí —contesto—, solemos poner cinco euros y de ahí compramos café, mermelada, mantequilla... Hoy te invitamos. —Le sonrío y él se queda mirándome la boca fijamente—. Pero, ya que vas a quedarte seis meses, igual conviene que te apuntes a la lista y así no hay ningún problema.

—Claro, eso está hecho.

—Y aquí, nuestra compi. —Carlos me abraza por los hombros—. De vez en cuando, nos premia con unos dulces caseros que quitan el sentido. —Me acerca a él y me da un beso en la sien—. Bueno, me piro, que vuelvo esta noche.

—¿Y eso? —Como norma general, no solemos hacer dos noches seguidas.

—Sara me pidió el favor.

—Claro, y no pudiste negarte. —Aprieto los dientes.

—Bueno, ella va a hacerme dos mañanas, de manera que salgo ganando. Sabes lo poco que me gusta madrugar. —Me guiña un ojo.

—Ya, ya. Anda, vete —le digo cuando lo veo bostezar—, que te vas a quedar dormido de pie.

—Ya te digo. Bueno, ya le he dado el cambio a Hugo y le he puesto al corriente de todo. Me voy al sobre, que me caigo de sueño. Que tengáis buen turno. —Se despide con la mano cuando sale por la puerta.

Hugo y yo nos quedamos en silencio, cada uno bebiendo nuestro café y mirándonos de reojo.

Es un momento un poco incómodo, al fin y al cabo, apenas nos conocemos y tenemos que trabajar siete horas juntos. Va a abrir la boca cuando entran en la sala Noe y Rebeca, dos de nuestras TCAE, armando revuelo y, lo que fuese que tenía pensado decir, queda olvidado con el trajín de los saludos, el murmullo de tazas y la despedida al resto de compañeros del turno de noche.

Me quedo con la intriga de saber qué es lo que iba a soltar Hugo por esa boquita que, como ya me ha demostrado, no tiene mucho filtro.

CUATRO UN TÉRMINO MEDIO



HUGO

La segunda mañana, llego al hospital más temprano de lo que me corresponde. Soy consciente de que tengo que ponerme al día sobre el funcionamiento de la unidad y, como no quiero retrasar a nadie, a las siete y cuarto estoy vestido y entrando en la planta, donde me recibe otro enfermero que se presenta como Carlos. Charlo un rato con él. Le cuento todo acerca de mi comisión, de que voy a pasar aquí seis meses y que he decidido llegar pronto para ir aclimatándome al servicio.

El tío es muy majete y se encarga de explicarme todo, de ponerme al corriente de lo que ha acontecido en el turno de noche y de enseñarme a manejar el programa que será indispensable para seguir la evolución de cada paciente.

En esas estamos cuando entra Vera por la puerta dando los buenos días. La miro de medio lado, complacido de que también sea de las que dan el cambio pronto, antes de que entre a la sala de descanso. Al rato, sigo a Carlos, que va a servirse un café, y me quedo un poco apartado observando cómo se relacionan estos dos.

Vera está relajada al lado de su compañero, compartiendo detalles de sus pacientes y bromeando con él. Me gusta su actitud distendida. Ojalá, en el tiempo que esté aquí, consiga que se sienta tan a gusto conmigo como lo está con Carlos. La doy un repaso. Esta chica me intriga, mucho. Y me gusta, mucho también. Tiene una seguridad y un aplomo que muchas querrían para sí. Y su sonrisa, joder, qué sonrisa. Es sincera y tan amplia que parece infinita.

Por eso me quedo embobado mirando su boca cuando esa sonrisa va dirigida a mí.

Bravo, Hugo. Si ayer ya pensó que eras medio gilipollas con tu entrada triunfal nada más conocerla, ahora, al ver la cara de lerdo que se te ha quedado al mirarla, se va a pensar que eres gilipollas entero.

Cuando nuestro compañero se despide de nosotros, Vera y yo nos quedamos en silencio. Quiero decirle algo, pero tengo miedo de abrir la boca y volver a cagarla. No sé qué tiene esta chica que me pone tan nervioso como en mi época de quinceañero. Cuando voy a disculparme otra vez por mi salida de tiesto de ayer, entran dos TCAE en la sala de descanso, armando jaleo, y pierdo mi oportunidad.

Una vez que está todo el equipo reunido y se van los del turno de noche, nos sentamos

delante del ordenador y leemos la evolución de cada paciente.

A mí me corresponden seis, igual que a mis otros compañeros, y me enfrasco en la lectura de sus historias. Como no los conozco, me lleva un poco más de tiempo que al resto y, cuando llego a mi carro, los demás ya están dando su vuelta.

Empiezo a cargar la medicación de mis pacientes, poniendo especial atención, ya que son medicaciones a las que no estoy acostumbrado. En el hospital del que vengo, trabajo en urgencias; y todo esto, aunque me suena, no es algo con lo que esté muy familiarizado.

Me empiezo a poner nervioso. Si sigo así, voy a ir retrasado todo el día. Suelo ser muy metódico en mi trabajo y esta situación, tan nueva para mí, está empezando a agobiarme.

Noto a alguien a mi espalda y, al levantar la cabeza, me encuentro a Vera a mi lado.

—¿Has comprobado bien las dosis y al paciente? Asegúrate de que este todo correcto. —Me aconseja.

—Joder, Vera, que soy nuevo, pero no tonto —le ladro.

Ella da un paso hacia atrás y levanta las manos.

—Perdón por intentar ayudarte. No hace falta que seas tan borde.

—Joder, lo siento... —No me deja terminar.

—Mira, yo solo quería ser amable y facilitarte un poco las cosas en tus primeros días.

—No, es que...

—Nada, me doy por aludida. Eres de los que no acepta una ayuda. Pues nada, tú mismo. —Se va hacia su carro y, por su forma de andar, sé que lo hace mosqueada.

«Estupendo, macho, tus cagadas con esta tía van creciendo por momentos. Está visto que no congeniamos».

El resto de la mañana, Vera se la pasa ignorándome. Como soy bastante observador y tengo buena memoria, después de mi momento de pánico, no me cuesta cogerle el truco y voy más rápido de lo que me esperaba. En la hora del descanso, al entrar a la sala a tomarme un café, me cruzo con Vera, que sale de allí. Intento disculparme, pero no me da opción. Pasa de largo sin mirarme y tengo que darme, nuevamente, una colleja mental por haberle contestado de malas maneras cuando solo intentaba ayudarme.

Sin darme cuenta, llega la hora del cambio de turno y con el barullo de poner al corriente a los compañeros de tarde, cuando termino, Vera ya se ha escabullido y yo me quedo con la sensación de que, ahora mismo, soy persona *non grata* para mi nueva compañera.

«Estupendo, Hugo, y tú que has venido a Santander huyendo de los problemas. Eres un experto en encontrarlos vayas donde vayas».

Decido comer un pincho en la cafetería del hospital. Me dirijo hacia la zona de los trabajadores y me siento de forma pesada en una silla. Ahora que he terminado mi turno, me doy cuenta de lo cansado que estoy. Ha sido agotador. Tener toda mi atención puesta en no meter la pata, en no equivocarme, me ha tenido tenso las siete horas. Joder, me duele la mandíbula de tanto apretarla.

Como rápido y voy hacia mi moto. Mi idea es hacer algo de compra.

Como es natural, tengo la nevera vacía y me toca hacer un pedido grande, por lo que, después de llenar el carro, al pasar por caja, opto por la opción de servicio a domicilio. Solo cargo en mis alforjas con lo más básico y con un paquete de cervezas. Con todo ello, me encamino hacia el que, durante los próximos seis meses, será mi hogar.

Paso la tarde colocando todas mis pertenencias en los armarios, en el baño... Haciendo de este piso mi guarida. Cuando termino, cojo una cerveza de la nevera y me tiro en el sofá, dispuesto a

no levantarme hasta que sea la hora de cenar o, si me apuras, de irme a la cama. Mañana me toca madrugar de nuevo, comenzar otro turno e intentar no meter más la pata con Vera.

Vera. Sonríó al pensar en ella. Cómo me gusta esa tía. Hace años que no siento un, ¿cómo lo llamo?, ¿flechazo? como el que me ha provocado ella nada más verla. Es una pena que ni siquiera me dedique dos miradas seguidas. Tengo que hacer lo posible para que deje de tenerme manía. A ver, no voy a pretender ser su mejor amigo de buenas a primeras, pero, no sé, podíamos dejarlo en un término medio, ¿no?

Aunque solo sea por tener un buen ambiente de curro.

Con la sonrisa de Vera en la cabeza, me quedo adormilado en el sofá hasta que el tono de llamada de mi móvil me despierta.

—Ey —contesto al descolgar. Es Guti, mi mejor amigo de toda la vida.

—Ey, colega, ¿qué tal tus primeros días de curro?

—Pues ha habido de todo, no te voy a engañar. —Suspiro.

—¿Y eso?

—¿Por dónde empiezo? —Pienso—. Parto de la base de que es un servicio nuevo, con pacientes muy especiales que nada tiene que ver con mi trabajo habitual. Me siento como un elefante en una cacharrería. Con la sensación de que voy a meter la pata en cualquier momento. Un error aquí puede ser catastrófico. Eso me tiene tenso, y salto a la mínima —reconozco—. Hoy le he gritado a una compañera que se había acercado a ayudarme. —Cierro los ojos al recordarlo.

—Joder, Hugo. Me imagino lo mal que lo estarás pasando. No conozco a ningún enfermero tan perfeccionista como tú.

—Yo sí. Precisamente a la chica a la que le he gritado hoy. —Perfeccionista, preciosa, perfecta...

—Bueno, no tengo ninguna duda de que, al final, conseguirás camelártela.

—Yo no estoy tan seguro. Es un hueso duro de roer. Y no hemos empezado con buen pie, precisamente.

—Veeenga, no me lo creo. Tienes un toque para tenerlas a todas comiendo de la palma de tu mano. Aunque al final no te comas un rosco. —Tiene razón. Aunque suene pretencioso, soy un imán para las tías. Mis amigos suelen reírse de mí porque no me aprovecho de ello para saltar de cama en cama. Pero, a pesar de que suelo aparentar ser un picaflor, no me gustan los líos de una noche. Son mis colegas los que salen beneficiados con mi «don de gentes».

—Pues me parece que, con esta, lo he perdido. —reconozco.

—Bah, dale unos días. No hay tía que se te resista. —Se descojona al otro lado de la línea.

Prefiero cambiar de tema. Seguimos un rato hablando. Quedamos en que, cuando esté instalado del todo y haya explorado alguna ruta para hacer en moto, Guti y los demás vendrán a visitarme para recorrer estas carreteras que, con toda seguridad, nos van a flipar.

Consigo no darle más vueltas al asunto de Vera. No me apetece contarle a mi amigo el impacto que sentí nada más verla. No estoy preparado para decirle que noté cómo el suelo se movía bajo mis pies cuando me sumergí en la profundidad de esos ojos de color miel, ni para confesarle que me quedo colgado cada vez que la veo sonreír. Sobre todo, porque ni yo mismo lo entiendo. Antes de poder hablar de ello, tengo que digerirlo, diseccionarlo.

«No tienes que digerir nada, macho. Te gusta esa tía, mucho. Es algo que ocurre desde el principio de los tiempos. Se llama química. Asímelo y actúa en consecuencia».

Es una pena que yo esté huyendo de una relación.

No necesito embarcarme en otra.

Una que sería pasajera.
Una con los días contados.

CINCO

POLOS OPUESTOS



VERA

Cuando suena el despertador, quiero morirme, literal. He pasado media noche dando vueltas mosqueada, sin dejar de pensar en mi nuevo compañero. ¿Quién coño se ha creído que es para gritarme como lo hizo? Joder, vale que el día anterior yo fui un poco borde, pero ayer fui de legal con él y traté de ayudarlo. Intenté olvidarme de su metedura de pata del primer día y achacarlo a los nervios. Pero está visto que es así de imbécil de base.

Cuando entro por la planta, él ya ha llegado, pero lo ignoro completamente.

—Buenos días —me saluda él con gesto arrepentido.

Prefiero no contestar. No es nada personal (bueno, vale, igual un poco sí), pero me he levantado con mal pie y necesito mi dosis de café diaria. Al final he remoloneado un poco más de la cuenta en la cama y he salido de casa sin tomármelo.

—Uy, vaya mala vibra que hay aquí por la mañana. Tranquilo, mi amor, no todas tenemos un carácter tan rancio como esta.

La que habla es Sara, un metro setenta y cinco de pibonazo moreno de ojos rasgados, pelo negro sedoso y lengua de víbora. Sí, como adivináis, no puedo con ella. Es de esas compañeras que te dejan unos cambios pésimos, que se quejan de todo y de todos y que nunca es la culpable de las múltiples cagadas que hace y que al final tenemos que solucionar los demás. En fin, creo que es la peor enfermera con la que me he cruzado.

—No te preocupes, Sara, me gustan los caracteres difíciles —suelta.

—¿Perdona? —No doy crédito a lo que creo haber entendido.

—Perdonada —contesta divertido.

—¿Insinúas que soy difícil? —Me doy la vuelta y lo reto a que conteste.

—Reconoce que no estás siendo precisamente amable conmigo desde que he llegado.

—¿Quieres que te recuerde la forma en la que te referiste a nosotras el primer día? Además, ayer intenté echarte un cable y casi me muerdes.

—Vale, tienes razón. Ya me disculpé por lo del primer día, no sé cuántas veces más quieres que lo haga. Y ayer, joder, ayer me sentía superado por las circunstancias y lo pague contigo que fuiste la primera persona que se me acercó. Te pido perdón por eso también.

—Estás sembrado, macho. Dos de dos, vas para bingo.

—¿No podemos olvidarnos de todo y empezar de nuevo? Por favor. —Hace un puchero y no puedo negarme.

—Deja que me meta un chute de café y me lo pienso —contesto y me doy la vuelta hacia la sala de descanso y la cafetera.

—Buenos días, guapa —dice Alba entrando por el *office* con cara de sueño—. Ponme uno doble, por favor.

—Vaya, veo que se te han pegado un poco las sábanas. —Me río.

—Un poco. ¿Y cuál es tu excusa para ese megacafé? —Señala con los ojos mi taza.

—A mí también se me han pegado las sábanas y no me ha dado tiempo de tomármelo en casa —informo—. Ya sabes que si no me tomo uno bien cargado, no soy persona.

Asiente porque sabe que es verdad. No se te ocurra dirigirme la palabra antes de mi primer café de la mañana. Después puedes pedirme lo que haga falta, pero antes, más vale que te apartes de mi camino.

Sigo un rato charlando con Alba hasta que acabo con mi dosis de cafeína y friego mi taza.

Nos incorporamos al resto de compañeros que ya han empezado a leer y después de despedirnos del turno de noche, empezamos con la jornada laboral.

—Sara, asegúrate de hacer las comprobaciones oportunas —le recuerdo.

—Tía, relájate un poco conmigo, ¿no? —contesta enfadada.

—Solo te estoy dando un consejo de compañera.

—Sí, ya me sé yo tus consejos.

Hugo es testigo mudo de nuestra conversación.

—Bueno, haz lo que quieras. Yo ya te he avisado. —Me doy la vuelta para ocuparme de mis medicaciones.

—Estoy un poco cansada de que siempre estés igual, ¿sabes? —La oigo a mi espalda.

—No sé qué quieres decir.

—Claro que lo sabes —me dice—. Estás esperando a que vuelva a cometer un error para echarte encima de mí.

—Estás muy equivocada —le contesto—, solo me preocupo por los pacientes. No quiero tener que comerme otra cagada de las tuyas.

—Oye —interviene Hugo—, no sé lo que os pasa, pero creo que deberíais bajar un poco el tono, ¿no?

—Hugo, no te metas. Tú no sabes de qué va esto.

—Ya, ni lo sé, ni me importa —dice—, pero no creo que alteraros de esta manera a las ocho de la mañana vaya a ser bueno para los pacientes.

Lo miro a los ojos y tengo que reconocer que lleva razón. Pero me jode un montón que haya sido precisamente él quien haya tenido que darme el toque, así que me doy la vuelta hacia mi carro mientras me muerdo la lengua para no soltar otra bordería. Parece que este tío saca lo peor de mí.

Sí, vale. Pero reconoce que ahora tiene razón. Al César lo que es del César.

A media mañana, cuando ya tenemos toda la medicación repartida, sueros puestos y hemos escrito en el evolutivo, me voy con Alba a tomarme el segundo café. A ver si consigo que mejore mi humor.

—Tía, vaya careto que tienes. —Alba me mira fijamente—. ¿Has tenido algún problema?

—Sí, un intercambio verbal mañanero con nuestra queridísima compañera y su «abogado defensor», míster capullo —digo sin más.

—¿Eh?, ¿míster capullo? —pregunta sin entender.

—Sí, hija, el nuevo «macho man» de la planta. El mojabragas, el rompecorazones, ¿necesitas que especifique más? —digo poniendo los ojos en blanco.

—Ah, ja, ja, ja, ja, ja, ya lo has bautizado —adivina—. Me parece que de ahora en adelante los turnos van a ser un poco más entretenidos que antes.

—¿Queda café para mí? —dice el objeto de mi inquina mientras entra en la sala de descanso.

—Uy, qué pena, acabo de tirar lo que quedaba —contesto mientras vierto lo que queda del café por el fregadero.

Sí, lo sé, soy una zorra rencorosa. Pero es que me ha jodido mucho que la haya defendido.

Creo que ha merecido la pena el desperdicio del oro negro solo por ver la cara de mi nuevo compañero.

—No te preocupes, mi rey, ahora hago yo café para los dos —ronronea Sara a la vez que entra y acaricia el brazo de Hugo.

—Gracias, Sara, no te molestes. También puedo hacerlo yo, no es tan difícil —le dice, pero me mira a mí con los ojos echando chispas.

—Tranquilo, guapo, yo por ti hago lo que sea —contesta dulcemente.

Apuesto a que sí.

Me muerdo la lengua para no soltar sapos y culebras a la vez que salgo de la sala de descanso para seguir atendiendo a mis pacientes.

—¿Y estos dos de qué van? —Me pregunta Alba cuando sale detrás de mí.

—Pues ya ves, se han juntado el hambre con las ganas de comer —suelto enfadada.

—¿Oye y a ti qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadada? —me dice.

—No es enfado, tía. Es que me enerva la actitud de Sara, de verdad. Y luego está el nuevo, que no hace más que meter la pata conmigo. Le salva que ha demostrado que es bueno haciendo su trabajo, que si no... —resoplo.

—Bueno, piensa que solo son seis meses, luego se volverá a ir. Y quizás, en este tiempo, consigáis ser amigos —aventura mi compañera.

—Seis meses que se me van a hacer eternos. Y lo de hacerme amiga de él... Ni en mis peores pesadillas —suelto convencida.

—O en tus mejores sueños —suelta por lo bajini ella.

Será zorra. Me vuelvo enfadada hacia mi ordenador y me dedico a mis cosas mientras me trago mi cabreo.

Al terminar la jornada, cuando ya he dado el cambio al turno de tarde y me dispongo a salir hacia el vestuario, Hugo me corta el paso.

—¿Qué? —digo un poco más borde de lo necesario.

—Espero que no te haya molestado que te llamase la atención esta mañana.

—Lo que me ha molestado es que hayas defendido a Sara sin tener ni idea de lo que estábamos hablando.

Me mira sorprendido.

—Yo no la he defendido. Solo he intentado que bajaseis el tono de voz, que lo habíais empezado a subir sin daros cuenta.

Cierro los ojos y doy un suspiro exagerado.

—Lo mío con Sara viene de lejos —confieso—. No es la primera vez que tengo que salvarle el culo. Deja unos marrones monumentales y luego nos toca a los de alrededor arreglarlos. Perdona si he sido un poco borde contigo. Y perdona también por lo del café. —Lo miro

arrepentida, pero él me dedica un sonrisa para quitarle importancia—. Pero es que todo esto me supera. Afortunadamente, no coincido mucho con ella en turnos.

—No te preocupes, te perdono si tú haces lo mismo con mis salidas de tiesto de los primeros dos días. —Me sonrío de medio lado y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Venga, vale. Pero no vuelvas a cagarla. Te pongo en cuarentena —contesto rodeándolo y siguiendo mi camino hacia el vestuario.

—Te prometo que no voy a cagarla de nuevo —grita a mi espalda.

Eso espero, guapo. No doy segundas oportunidades.

El jueves entro deprisa y corriendo por el hospital. He pasado a comer por casa de mis padres y se me ha echado el tiempo encima, por lo que vengo con la lengua fuera para no dar el cambio tarde.

Cuando entro por la planta, veo a Sara muy pegada a Hugo y no puedo evitar poner una mueca de asco.

—Vaya, *miss* puntualidad hoy ha fallado, ¿será que la perfección tiene sus puntos débiles?

Me doy la vuelta hacia ella, que me mira con una sonrisa socarrona en los labios y, cuando me dispongo a contestar, se acerca a un milímetro de la cara de mi compañero para quitarle una pelusa de las pestañas (no puede usar un truco más viejo) y veo que él la mira embelesado. Madre mía, entre estos dos va a haber más que palabras.

Los ignoro y me giro para empezar con mi ronda y de esta manera, ocupada en mis pacientes, se me pasa media tarde. Cada vez que miro en dirección al nuevo enfermero, veo a Sara revoloteando a su alrededor; y de verdad que me parece estar viendo un documental de apareamiento. No puedo evitar reírme para mí sola, hasta que me quedo clavada en mi sitio por la mirada que me dedica Hugo.

—¿Te has acordado de algo gracioso? —pregunta.

—Solo estaba acordándome de Félix Rodríguez de la Fuente —miento.

—No entiendo —dice.

—Normal, tienes todas las neuronas ocupadas en Sara. —Joder, Vera, qué mona estás callada.

—Anda, si parece que estás un poco celosilla, ¿no? —me vacila.

—No lo flipes. —Me doy la vuelta enfadada.

—Eh, Vera, Vera. —Me agarra del brazo—. Que solo estoy bromeando.

—Veo que vuelves a sacar tu vena graciosa. —Lo miro fijamente—. Podrías ser un poco más original.

—Podría, pero cuando te tengo delante, no soy capaz de hilar dos frases seguidas. —Me guiña el ojo.

¿Me está tirando los trastos?

—Si esto es lo que parece, siento decirte que estás tirando la caña al pez equivocado, no vayas por ahí —le aviso.

—Oh, vaya, ¿quiere eso decir que ya estás pillada? —Su curiosidad es evidente.

—¿No tienes medicación que repartir? —Me salgo por la tangente.

—No me has contestado, ¿tienes pareja? —Erre que erre, mira que es cansino el tío.

—No creo que eso sea de tu interés —contesto—. Pero si te hace dormir más tranquilo, te diré que sí, tengo pareja. —O algo parecido, pero eso no hace falta que él lo sepa, ¿no?—. Y soy muy feliz a su lado, de manera que deja tus dotes de casanova desfasado conmigo y pon tus ojos en otra. Por ejemplo, en tu otra compañera. Seguro que en ella no encuentras resistencia.

—Bueno, espero que si tienes pensado serle infiel alguna vez, me pongas a mí el primero de la lista —dice mientras se queda tan ancho.

Confirmado, me está tirando los trastos.

Soy consciente de la cara de flipada que se me ha quedado ya que Hugo me obsequia con una sonrisa canalla que hace que me quede sin palabras y no sepa qué responder.

Se da la vuelta y desaparece por su pasillo para continuar haciendo la ronda de sus pacientes. A mí me cuesta hacer lo mismo. Así de bloqueada me he quedado.

¿Qué ha *pasao*?

Por fin llega el viernes y aunque he tenido que tragarme las indirectas que le ha echado Sara a míster capullo (lo sé, ya no me parece tan capullo, pero se ha quedado con el nombrecito de marras), y a pesar de que todavía me queda aguantarlo un turno de noche (que dios me coja confesada), la comida de hoy con mis amigas eleva un poco mi ánimo y pongo mi música favorita mientras voy recogiendo por casa antes de prepararme. Oigo la entrada de un WhatsApp, dejo lo que estoy haciendo para entrar al chat de mis chicas de siempre.

PERRAS DEL INFIERNO

MARTA

Chicas, he conseguido encalomarmelas la niña a mis padres.

¿Se viene cena mañana?

YO

Ostras, Marta, no podemos desaprovechar la ocasión. ¡Venga!

PILI

Fenomenal. A ver lo que dicen las demás.

CORAL

Ey, sííí. Venga, antes de que se arrepienta la super mami 😊.

BLANCA

Jajaja, serás bruja. Venga, me apunto 😊.

YO

Genial, ¿os parece si reservo en el Bruma y terminamos con unas copas en el Moon?

CARMEN

Estamos como para copas, Vera :P

YO

Quién te ha visto y quién te ve 😊.

CARMEN

Ufff, no lo sabes bien. Venga, a cenar y a lo que se tercie.

YO

Esa es mi perra 😊.

PILI

Oleeee! Estas son mis chicas. Se va animando la cosa.

ANA

Yo me adapto a lo que digáis. Sería mejor cenar en un sitio céntrico.

Lo malo va a ser para aparcar.

YO

No pienso conducir.

IRENE

Nada de coches. Pillamos taxis para volver a casa.

YO

No me lo puedo creer, por fin hemos conseguido quedar. Luego hablamos, que me voy de comida.

Con los emoticonos de caritas con corazones de mis amigas que contestan a mi WhatsApp, me preparo para comer con mis compis. Procuro que no se me olvide nada para el turno de noche, pues como me conozco y las conozco a ellas, sé que la comida se alargará a las compras y que me tocará ir a trabajar directa.

Llego por los pelos a la hora convenida a La Salvaje, en donde ya están María y Alba.

—Joder, tía, vaya sitio más chulo. No lo conocía, tengo que traer aquí a mi marido —alaba María.

—Me encanta la decoración industrial —añade Alba.

—Pues veréis qué bien se come —digo mientras me quito la cazadora, la dejo detrás de la silla y me siento—. La ensalada de quinoa está de muerte. María, te aconsejo que vengáis a tomar el *brunch*, la tostada con huevo *benedictine* está para chuparse los dedos —recomiendo.

—Pues entonces pide tú, que ya conoces esto, nos fiamos de ti —dice mi amiga.

Una vez hecho el pedido, nos ponemos al día de nuestras cosas. María, aunque trabaja en el mismo hospital, no está en nuestro servicio, ella trabaja en hematología y es raro cruzarnos por los pasillos y más todavía cuadrar nuestros turnos.

—Bueno, chicas. ¿Qué contáis?, ¿cómo os va la vida? —dice María

—Bien, bien. —Sonrío.

—Aquí la moza, que tiene sus más y sus menos con el nuevo compañero —salta Alba.

—No son más, son menos, y no tengo nada con él, simplemente no hemos congeniado —suelto.

—Bueno, las miradas que te echa dicen todo lo contrario —ríe Alba.

—Estarás de coña. En todo caso, le echa miradas a todo lo que lleve faldas.

—Bueno, bueno, haya paz. ¿Y cómo es ese nuevo enfermero capaz de romperte los esquemas? —pregunta.

—Lo tienes que ver, María —dice Alba—. Es un chulazo castaño, alto, con unos ojos azules que te traspasan el alma y una sonrisa capaz de bajarte las bragas sin pestañear.

—Coño, Alba, no pensé que le hubieses hecho esa radiografía. —Me parto con ella.

—A ver, tía, que tengo ojos en la cara, ¿o acaso he dicho alguna mentira? —dice como si nada.

—Bueno, reconozco que no está mal, pero tiene una capacidad sorprendente para meter la pata. —Bufo.

—Que no está mal, dice. —Ahora la que bufa es Alba.

—Veo que tenéis la planta incandescente. —Se ríe María.

—Eso que se lo pregunten a Sara —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Acabáramos, a ti lo que te pasa es que te jode que se deje querer por ella. —Alba y sus paranoias.

—¿Te has metido algo hoy? Ni que estuviese interesada en él. Ni por todo el oro del mundo tendría nada con ese. Que le aproveche a Sara, son tal para cual. Nosotros no podemos ser más distintos.

—Los polos opuestos se atraen —sentencia María.

Llegados a este punto, lo mejor es que cierre la boca y cambie de tema, no sea que, en el fondo, tengan razón.

—Bueno, ¿cómo lleváis las investigaciones para el congreso? —pregunto—. Yo ya tengo tres artículos seleccionados y de ellos voy sacando bastante información.

Con esto me refiero al III Congreso de Enfermería Oncológica que se celebra a primeros de febrero en Madrid y al que asistiremos María, Alba, Bego y yo, financiadas por nuestro hospital.

—Yo tengo un par de ellos y ya están revisados —dice María.

—A mí me falta revisar uno, pero Bego va con un poco de retraso. —Alba se encoge de hombros.

—Pues habrá que ponerse las pilas o asumir nosotras alguno de sus artículos si se ve apurada. —No podemos dormirnos en los laureles que se nos echa el tiempo encima.

—Bueno, vamos a esperar a ver cómo va y ya tomamos una decisión. —María siempre consigue relajarnos, ella nunca tiene prisa. Va despacio pero segura.

Y así, entre risas, planes y alguna que otra pulla, llega la temida hora de ir a trabajar.

SEIS

ALGUIEN QUE YA NO SOY



HUGO

Ese viernes, me levanto temprano y, después de desayunar, cojo la moto y me dispongo a recorrer algunas carreteras y así buscar una ruta chula que poder hacer con mis colegas cuando vengan a visitarme, como han prometido. Tiro por una secundaria que lleva al Puerto del Escudo y me recreo en sus curvas, cogiéndolas más rápido de lo que es recomendable. Pero no lo puedo evitar. Es que me flipa la sensación de tumbar la moto y sentir el asfalto tan cerca de mí para, a continuación, volver a levantarme y acelerar hasta la siguiente curva. Afortunadamente, desde que hicieron la autovía, esta calzada está menos transitada que antes, aunque no puedo despistarme ya que han sido unos cuantos los camiones con los que me he cruzado.

Me paso unas horas descubriendo esta parte de la comunidad hasta que, consciente de que me espera un turno de noche dentro de unas horas, enfilo hacia la capital para comer algo rápido y dormir un poco de siesta.

Cuando llego a mi casa, me quito la ropa de cuero y la cambio por una deportiva. Meto una *pizza* en el horno y abro una cerveza que vació casi hasta la mitad en el primer trago. Con la comida en un plato, me acomodo en el sofá y, mientras sintonizo un canal de deportes en la televisión, ataco la comida con hambre.

Estoy disfrutando del helado con el que me he premiado de postre cuando suena el móvil que descansa a mi lado en el sofá. Lo cojo sonriendo.

—Hermanito, ¿ya me echas de menos? —contesto sin saludar.

—Creo que he metido la pata —responde de vuelta.

—A ver, ¿qué has hecho?

—Me he encontrado con Julia y, sin querer, le he dicho dónde estás.

—Joder, Chus. —Cierro los ojos.

—Lo siento, lo siento —dice arrepentido.

—Tranquilo, no es que sea ningún secreto ni nada. Solo que cuanto menos sepa de mi vida, mejor.

—Ya, pero, bueno, hasta donde yo sé, seguís en contacto, ¿no?

—Más de lo que me gustaría —confieso.

—¿Y lo llevas bien?

—Lo llevo. Simplemente.

—Pero no vas a...

—No, Chus, eso pertenece a mi pasado. Eso forma parte de alguien que ya no soy. Para mí es una etapa cerrada.

—Me temo que para ella no —dice con cautela.

—Ese es su problema. Yo se lo dejo bien claro cada vez que me llama.

—¿Estás seguro? —Me jode que, a estas alturas, siga con sus dudas.

—Hace años que estoy seguro, que lo tengo claro. No podemos estar con el mismo tema cada vez que hablamos de ella. —Suspiro cansado.

—Es que no quiero verte tan jodido como...

—Chus, ya no soy un puto crío. Ya estuve en ese lado y te aseguro que ni en sueños quiero volver allí.

—Pues entonces no vuelvas a cogerle el teléfono. Deja que se las apañe ella sola —me aconseja.

—No es tan fácil. —Estoy cansado de explicarlo. De intentar que lo entienda todo el mundo.

—Es tan fácil o tan difícil como tú quieras que sea —responde rotundo.

—Chus, no volvamos siempre al mismo tema.

—Joder, Hugo. Es que me repatea que te tenga cogido por los huevos —dice enfadado.

—NO ME TIENE COGIDO POR LOS HUEVOS —grito mientras me levanto y empiezo a dar vueltas por el salón—. Es solo que...

—Lo sé, no hace falta que lo repitas. Te sientes responsable, culpable...

—Exacto.

—Llegará el día en el que conozcas a otra chica y tendrás que cortar ese lazo. —Me hace ver—. Estás haciéndole más mal que bien.

Lo que me dice mi hermano no es nada que yo no sepa o que no me haya dicho yo mismo mil veces.

—Sé que tienes razón. Te prometo que la próxima vez será la última.

—¿Me lo juras?

—Por Snoopy —bromeo para aliviar un poco la tensión.

—Veo que, a pesar del cambio de aires, sigues siendo igual de mamón. —Nos echamos los dos a reír y nos enfrascamos en una retahíla de insultos cariñosos que definen la relación que he tenido siempre con mi hermano mayor.

Una en la que, además de hermanos, hemos sido los mejores amigos. Siempre dispuestos a echarnos una mano, a apoyarnos. Chus fue el primero en darse cuenta de mi “situación» en el pasado y de poner los medios para solucionarlo. Gracias a él, a mis amigos y al resto de mi familia, estoy donde estoy y por eso les estaré eternamente agradecido.

Después de colgar, me tumbo en el sofá y, como no quiero volver a rememorar el pasado, decido dedicarle mis pensamientos a la chica que, desde que puse mi mirada en ella por primera vez, los ocupa más veces de lo aconsejable.

No sé qué tiene Vera que hace que no pueda dejar de pensar en ella. Obvio que es guapa, pero si nos dejamos guiar por el físico, conozco a unas cuantas que son más guapas que ella. Sara, sin ir más lejos. Pero es el conjunto en sí lo que me tiene la cabeza del revés.

Son sus ojos, con ese brillo que te atrapa. O esa sonrisa, en la que me gustaría derrapar como buen amante de las curvas que soy. Y si hablamos de curvas, no puedo pasar de largo las suyas, que constituyen un mapa que estoy deseando conocer, que me muero por recorrer con mis manos, con mi boca, y descubrir si su piel es tan suave como parece.

Me muevo incomodo en el sofá por culpa de la empalmada que acabo de provocarme con estos pensamientos.

Si Vera supiese lo que provoca en mi cuerpo, no tendría ningún reparo en bajarme el calentón por la vía rápida. Y no de la forma en la que me gustaría a mí. Menudo carácter tiene la tía.

Con ese carácter y todo, te pone como una moto. Y eso es algo que hace tiempo que no consigue nadie.

Sonrío como un bobo y me dispongo a dormir un poco para poder hacerle frente a mi primera guardia en este nuevo hospital.

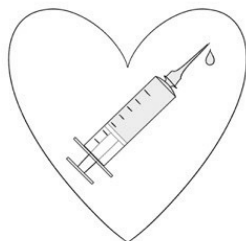
A la primera noche que voy a pasar con mi nueva compañera.

Espero poder pasar muchas más con ella, y no trabajando precisamente.

Sigue soñando, iluso.

SIETE

NOCHES DE GUARDIA... Y FIESTA



VERA

Con el buen sabor de boca de mi quedada con las chicas, entro en el hospital dispuesta a sacar mi lado más zen y no entrar al trapo a provocaciones. O sea: dientes, dientes, como diría una famosa folclórica.

Después de dar el cambio y despedirme del turno de tarde, empiezo mi ronda de medicación y de pacientes. Hugo está inusualmente callado y le doy gracias al dios o al demonio que haya obrado tal milagro.

Acabada la ronda y después de cenar con las compis TCAE (momento al que Hugo no se une y yo silenciosamente lo agradezco), proponen partir.

—Chicas —les digo—, id las dos a tumbaros. Está la noche tranquila, yo tengo sobredosis de cafeína y me va a ser imposible cerrar los ojos. Aprovechad, que yo me quedo al frente de todo. No os pienso llamar a no ser que se caiga el hospital.

—¿Estás segura? —pregunta Noe.

—Sí, sí, no os preocupéis —las tranquilizo.

Me dirijo al objeto de mis tormentos.

—Hugo, dime si tienes algo de medicación que poner durante la noche y tumbate un poco, anda. Aprovecha, que esta oferta no suele ser lo normal. —Intento ser simpática.

—Tranquila, yo no suelo tumbarme, prefiero ponerme al día con alguna serie.

—Vale, tú mismo —digo encogiéndome de hombros.

Cojo mi libro electrónico y me dispongo a continuar con la lectura que tengo abandonada últimamente.

Él pone música en su ordenador y nos sumimos en un pacífico silencio...

Las noches de guardia.

Que nadie cambie tu mundo.

Que nadie lime tus garras.

Mejor morirte de gusto

que envejecer con las ganas...

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Hugo rompe la tranquilidad que nos envuelve.

—¿Em? —Me he quedado en trance escuchando a Sidecars y no sé ni en dónde estoy pinada.

—¿Por qué no me soportas? —Me enderezo en la silla y me lo quedo mirando sin comprender—. Reconoce que te caigo fatal.

—A ver, Hugo, no me caes ni bien ni mal. Simplemente, no me caes. —Sinceridad *always*.

—Ni siquiera me conoces, es más, no has hecho ni el intento. —Como si no lo hubiese calado desde el minuto uno.

—Como te dije el otro día, mi primera impresión suele ser la acertada; y la que me causaste, con tu entrada gloriosa, fue de órdago a grandes. —Me encojo de hombros—. Y nuestras interacciones posteriores tampoco es que hayan sido para tirar cohetes.

Y que me pone nerviosa su presencia y prefiero evitar su proximidad.

¿Nerviosa o perraca?

—Y yo te dije que no puedes juzgar un libro por su portada —repito la frase que me dedicó—. Y he perdido la cuenta de las veces que me he disculpado. Te recuerdo que aún sigo en cuarentena —añade con un mohín—, no he vuelto a meter la pata contigo.

Eso es verdad, aunque tampoco es que le haya dado tiempo, ¿no?

—Deberías tratar de conocerme —continúa—. Igual si quedamos fuera del entorno laboral y más relajados, no sé, tomando una copa, cambies de opinión.

—Si quisiese pasarlo mal, me pondría una peli de terror o me iría al dentista —suelto con un tono vacilón.

—Auch, eso ha dolido. —Hace el gesto de sacarse un cuchillo del corazón con el que no puedo evitar reírme.

—¿Ves? Soy gracioso —me dice con los ojos brillantes—. He conseguido que te rías, ya es un logro. Así pareces más accesible. —Me guiña el ojo.

—Ese es el problema. —Me pongo seria—. Eres demasiado gracioso, demasiado complaciente. Eres un encantador de serpientes y yo huyo despavorida de la clase de tíos como tú.

—¿Lo de complaciente lo dices por Sara? —Vaya, además de gracioso, es listuco el tío.

—Lo digo por todo en general. Te crees irresistible y te dejas querer por todas. No me fío de ese tipo de chicos, lo siento. —Termino la charla mientras vuelvo a prestarle atención al libro que he dejado abandonado en mi regazo.

—¿Qué cabrón te ha hecho tanto daño para que tengas una idea tan preconcebida de mí? —pregunta sin saber que ha dado en el clavo.

Tocada y hundida. Lo miro durante un instante y, con las mismas, me levanto y me marcho de la sala de trabajo. Ahora sí que doy por zanjada nuestra conversación, porque no quiero darle la razón. No quiero acordarme de esa parte de mi vida, de ese príncipe/rana que me hizo desconfiar de todos los tíos con un mínimo de encanto. De aquel al que le regalé mi corazón y él lo pisoteó sin piedad.

Yo había sido otra Vera: más confiada, más dulce y, sobre todo, más (o, mejor dicho, muy) enamorada.

Pero, cuando das todo de ti y a cambio solo recibes mentiras. Cuando confías en alguien que con sus comentarios despectivos eclipsa tu luz, poco a poco te conviertes en una sombra. Alguien que menosprecia tus atributos hasta bajarte la autoestima. Y cuando más tarde te enteras de que por detrás va camelandando a las demás, hasta que llega el día que te encuentras a «tu amor» dándole cariño a otra en el salón de tu casa, te acabas hundiendo en la miseria.

Y aquí, el nuevo enfermerito, a pocos días de conocerme, ha visto dentro de mí lo que mucha gente, aun conociéndome desde hace años, ni siquiera ha llegado a vislumbrar.

Después de meses recreándome en mi dolor, y con mucha ayuda de mis amigas intentando subirme la moral, pude resurgir como el ave fénix. Aunque sé que a veces soy demasiado dura y sarcástica, prefiero dar a conocer esta coraza que he levantado para protegerme, que volver a demostrar mis sentimientos y mis debilidades. A pesar de eso, en ocasiones, me gustaría poder recostar mi cabeza en el hombro de alguien y poder ver en su mirada admiración, deseo y... amor.

Con estos pensamientos rondando por mi cabeza, pasamos el resto del turno sin dirigirnos la palabra.

Sábado mediodía y recién levantada. Me caliento una lasaña precocinada en el horno (cero complicaciones), después de un descanso un tanto inquieto, porque reconozco que mi conversación de anoche con Hugo ha removido cosas en mí que llevaban tiempo enterradas en lo más profundo de mi memoria.

Entro en el chat de mis amigas.

PERRAS DEL INFIERNO

PILI

Buenas noches, chicas, esta noche se vienen cositas.

CORAL

Ja, ja, ja, ja.

BLANCA

Entonces, ¿a las nueve y media en el Solorzano?

ANA

Ok.

CARMEN

Ok.

YO

Marta, recuerda, tú a las nueve :P

MARTA

Perra.

YO

Sí, mucho «perra», pero aún me acuerdo de la última vez 😏.

BLANCA

Mujer, no siempre tiene que pasar lo mismo.

IRENE

Uff, yo no lo veo.

MARTA

Cagüen, vaya fama que tengo. Pues hoy voy a estar allí a las ocho.

Para que luego digáis. Si me veis piripi es que ya me he tomado unas cervezas yo sola, ¿eh?

YO

Ve pillando sitio ya, ja, ja, ja, ja.

IRENE

Ahora no podemos llegar tarde nosotras con la caña que le estamos metiendo 😊.

YO

Ya te digo. Allí a las nueve y media como un clavo. Os veo luego, que me he levantado hace cinco minutos y voy a comer algo u os devoro en cuanto os vea.

PILI

Ja, ja, ja, ja. Chao.

Después de pasar toda la tarde hibernando en el sofá, feliz de dormitar con las pelis de la televisión como ruido ambiental, me dispongo a arreglarme.

Una vez que salgo de la ducha, con el pelo que he secado con el difusor, los rizos enmarcándome la cara (suena más bonito que decir que no puedo casi ver por la puñetera escarola que tengo en la cabeza), opto por ponerme un vestido de raso en verde botella, con medias tupidas y botines de tacón ancho. Un toque de rojo en los labios y unas gotas de mi perfume favorito ponen fin a mi *look* de fiesta.

Subida ya en el bus y a punto de llegar a mi destino, vuelvo a escribir en el chat de mis amigas.

PERRAS DEL INFIERNO

YO

Estoy llegando, espero que hayas pillado sitio, Marta 😊.

MARTA

Sí, hija, sí, estuve. Lo que pasa es que como me aburría, me fui de allí.

Ahora vuelvo al bar. Os veo en un ratuco.

YO

Vaya jeta que tienes, ja, ja, ja. Yo estoy llegando. Os espero tomando un vinín. Si tardáis mucho, acabo con la botella.

Llego al bar y cojo sitio cerca de la barra. Mientras el camarero me sirve un albariño, sigo atenta al chat.

CARMEN

Joerrrr!!! Yo estoy llegando.

PILI

Oye, guapa, que dijiste a las nueve y media. Estamos en hora. Ten cuidado, que te vas a mamar antes de que lleguemos.

YO

La gente me mira con cara de pena. Se piensan que me han dado plantón.

BLANCA

Ja, ja, ja, ja, ja. Ya casi estoy. Resiste.

MARTA

Llegando.

YO

Ostras, ya está aquí Marta. Os ha ganado.

Levanto la mano para que mi amiga vea dónde estoy y me río ante el último comentario del grupo antes de guardar el móvil en el bolso.

ANA

Coño, ponle el termómetro. Esto es un hito para la humanidad 😊.

Al poco tiempo, llegan las demás. Por fin estamos juntas las ocho. Aunque parezca mentira, nos cuesta un montón cuadrar horarios para poder quedar a tomar un simple café, imaginaos para una cena.

Tomamos otro vino rápido en la Pirula y nos vamos entre risas hacia el restaurante donde tenemos la reserva.

Cenar aquí es toda una experiencia sensorial. Sus platos, basados en la cocina tradicional, pero con un punto de innovación, harían las delicias hasta del más exigente de los chefs.

Pedimos todo para compartir. Empezamos por su *steak tartar*, con su toque justo de picante. Después el camarero nos trae unas torrijas de sobao con anchoas de la tierruca. Unas perlas de coliflor caramelizada le siguen a esto, para terminar con su variedad de pescados de roca a la plancha, de los que se puede comer hasta la espina de crujiente que está. Irene no pierde detalle de ningún plato y sé que su mente de chef está absorbiendo todo para poder hacer su propia versión en otro momento. Toda esta comida la regamos con tres botellas de vino de rueda bien fresquito, lo que hace que salgamos del restaurante un poco más perjudicadas de lo que deberíamos.

Nos ajustamos los abrigos para protegernos del frío viento que viene de la bahía y que te cala hasta los huesos. Es lo que tiene vivir en esta ciudad del norte, puedes estar muriéndote de calor a las tres de la tarde y congelarte a las doce y media de la noche del mismo día, como está pasándonos ahora.

Nos acercamos paseando hasta el Moon para tomar unas copas y movernos un poco al ritmo de la música. Es entrar y escuchar la canción de Amaia Montero «Nacidos para creer», lo único que necesitamos para venirnos arriba y empezar a cantar como locas.

“

... Si tú no sabes nada de mí
Ni dónde ni con quién ni cuándo
Si cuelgo a Dios o al diablo en la pared
A qué me atreví, lo que nunca haré...

Y así, vamos enlazando canción tras canción, calentando el ánimo, a la vez que lo enfriamos con copas y chupitos. De repente, no sé ni cómo lo veo. Mi mirada se cruza con unos ojos azules que están fijos en mí y, a mi pesar, no puedo despegar mi vista de la de Hugo.

No sé cuánto permanecemos así, fijos el uno en el otro, pero cuando voy a mover mis pies en su dirección, como una autómatas, siento unos brazos en mi cintura que me obligan a girarme y,

sin darme tiempo a reaccionar, una lengua invade mi boca y me roba el aliento.

—Hola, preciosa. —Me tropiezo con otros ojos brillantes, pero de un azul más deslavado.

—Ah, hola, Fer —contesto a la vez que me giro y busco otra mirada que me ha hipnotizado hace tan solo un momento, sin conseguir encontrarla.

—Vaya, qué bienvenida más calurosa —dice apenado.

—Bueno, ¿qué quieres?, estoy con mis amigas. No esperaba verte y que me avasallaras de esta manera —le digo mosqueada sin entender por qué.

—Otras veces te gusta que te avasalle —contesta sorprendido.

—Bueno, pues hoy no es una de esas veces. —De verdad que no sé qué me ocurre, solo puedo mirar a mi alrededor buscando... No sé qué busco o, bueno, rectifico, sí se a «quién» busco.

—No sé qué te pasa conmigo, ¿podemos salir a la calle y hablamos?

—De acuerdo —cedo—. Voy a avisar a las chicas.

Después de poner a mis amigas en antecedentes, Fer me coge de la mano, me saca del garito y me lleva a una zona tranquila de la calle, donde me abraza y me besa. Yo respondo con pocas ganas y, al levantar la cabeza, me encuentro con Hugo al otro lado de la carretera, que me mira con una expresión que no sé descifrar. Solo es un instante, porque agacha la cabeza y veo que se va con sus amigos. Yo lo sigo con la mirada hasta que lo pierdo de vista. Tras un segundo, me centro en Fer y en lo que intenta decir.

—Has estado poco comunicativa estas últimas semanas —empieza a hablar—. Si no hubiera sido por la comida el día de tu cumpleaños, no te habría visto el pelo en días.

—Sí, bueno, he tenido mucho curro, ya sabes. Además, como te dije, estoy liada con la investigación para el congreso.

—Ya, en fin. Quería hablar contigo —dice nervioso.

—Tu dirás —lo animo a que continúe.

—En estos días que hemos estado sin vernos, me he dado cuenta de que ya no estoy conforme con nuestro acuerdo. —Me mira a los ojos.

—¿Quieres que dejemos de vernos? —Esto no me lo esperaba. No me había insinuado nada el día que comimos juntos.

—No, joder, no, al contrario. Quiero exclusividad, que formemos una pareja. Mira, yo tengo treinta y ocho años, es una edad en la que ya no me apetece ir de cama en cama y, en fin... Me he dado cuenta..., creo... Joder qué difícil.

—¿Estás tratando de decirme que sientes algo por mí? ¿Algo más que atracción sexual? —termino por él.

—Joder, qué directa eres a veces. Sí, hace ya tiempo que me di cuenta de que estoy loco por ti, pero me callé y esperé para ver si tú te dabas cuenta de que también lo estás por mí —confiesa—. Joder, nena, nos llevamos bien, en la cama funcionamos de fábula y, cuando no estoy contigo, no dejo de pensar en ti. Dime que te pasa lo mismo.

—Hostias, Fer, no me jodas ahora con estas. Teníamos un acuerdo que funcionaba a las mil maravillas. Que me apetecía y a ti también, pues cojonudo, estábamos juntos. Que no nos venía bien a ninguno, pues lo dejábamos para la próxima. Te dejé bien claro mi forma de pensar...

—Coño, Vera, que yo no soy como Martín. —No me deja acabar.

—Ni lo nombres —le aviso.

—Mira, ha pasado mucho tiempo desde que... te jodió la vida, pero nadie se muere de amor. Te tomas un tiempo de duelo, incluso te permites llorarlo e insultarlo, pero la vida es muy corta para anclarse en el pasado. No sabemos mañana dónde estaremos, si seguiremos aquí. Creo que

tenemos que coger la vida con fuerzas, aprovechar lo que tenemos, lo bonito que nos ofrece, darle otra oportunidad al amor y vivir, Vera, vivir con mayúsculas. —La intensidad de sus palabras me hace tragar saliva.

Me lo quedo mirando con tristeza porque sé que, después de haberme abierto su corazón, mis siguientes palabras van a ser duras.

—Lo siento, Fer, pero...

—No me va a gustar lo que me vas a decir, ¿verdad? —adivina.

—Pues depende. —Lo miro fijamente—. De verdad que en estos momentos a mí me va bien con esto que tenemos. Entiendo que tú puedas estar en otro punto, que necesites algo más, pero te puedo garantizar que yo no te lo puedo dar. Solo tengo esto para ofrecerte, lo que hay, así de simple. Eres libre de tomarlo o de dejarlo. Si sientes que no puedes seguir como hasta ahora, tiramos por caminos diferentes y seguimos tan amigos —suelto con total sinceridad.

—No, no —contesta mientras se pasa la mano por el pelo. Tengo que reconocer que Fer es guapísimo, con esos ojos que son como faros y ese cuerpo tan bien formado. Es una pena que no pueda sentir nada más que atracción por él—. Es verdad que me gustaría dar un paso más en esta historia, pero prefiero tenerte así, a medias, a pequeños ratos, que no tenerte.

Asiento despacio.

—Pero —continúa—, con sinceridad, ¿hay alguna posibilidad de que en un futuro no muy lejano, tu forma de pensar, de sentir, cambie? ¿Hay algún resquicio de esperanza de que acabemos funcionando más seriamente? —Su voz ha bajado hasta llegar a susurros.

—Ay, Fer, no lo sé. No puedo prometerte nada. —Es la verdad. Y juro que me encantaría poder decirle que sí, pero, ahora, no me veo capaz de empezar nada serio con nadie—. De momento, solo puedo asegurarte que estoy muy a gusto con los ratos que pasamos juntos. Vamos a dejar que esto siga fluyendo. A ver hacia dónde nos lleva. —Sonrío quedamente.

Me abraza y siento cómo su cuerpo se sacude con un suspiro.

—¿Pasas la noche conmigo? —Su voz suena suplicante, como con miedo de conocer la respuesta.

—Claro. —No es exactamente la manera en la que esperaba terminar la fiesta, pero me sabe mal darle otra negativa—. Deja que les mande un mensaje a las chicas y pillamos un taxi. —Le doy un corto beso en la boca antes de coger el móvil.

PERRAS DEL INFIERNO

YO

Chicas, me piro, ya os cuento en otro momento. Disfrutad de lo que queda de noche.

PILI

Perra, ya te has enganchado a Fer y se te ha olvidado todo lo demás

😏.

CORAL

Ale, disfruta, amigui. Si a mí me dan ese pedazo de morreo, ya te aseguro que también me voy a casa 😊.

BLANCA

Pásalo bien, suertuda.

No les contesto. Me limito a recostarme en el asiento del coche mientras veo las calles de mi ciudad pasar a toda velocidad por la ventanilla y siento la mano de mi acompañante acariciar uno de mis muslos.

Pero mi cabeza está a más de mil kilómetros de aquí, totalmente desconectada del espacio temporal. Mi mente no deja de diseccionar la nula respuesta de mi cuerpo a las caricias de Fer, algo que me ha pasado las últimas veces que hemos estado juntos. Intento encontrar el motivo de mi rechazo, de mis inusitadas ganas de encontrarme en cualquier lugar menos en este taxi, de camino a su casa para pasar la noche con él. Como tantas veces, como tantas noches.

O tal vez sí tenga ganas, pero estas son las que ha despertado otro.

Recreo los preciosos ojos de mi nuevo compañero de trabajo y su cara de ¿decepción? al verme con Fer. No tengo ni idea de por qué me afecta tanto su reacción ni por qué ocupa mis pensamientos en este momento. Al fin y al cabo, es un compañero más. Sí, uno muy guapo y con un punto gamberro que me llama la atención, pero es un compañero. Y yo soy fiel a mi regla de no liarme con ninguno del hospital.

Y no sabéis lo que me jode que el nuevo enfermero se pasee por mi cabeza más veces de las que me gustaría. Porque sé perfectamente que me va a dar más de un quebradero de cabeza y que va a poner mi mundo patas arriba, cual terremoto de escala máxima. Y yo, en estos momentos, estoy muy a gusto con mi existencia, con mi cómoda «relación» sin sobresaltos.

Puede que le falte pasión, pero hay veces que hay que sacrificarla en aras del confort. Y en eso se basa mi acuerdo con Fer, es mi puerto protector. De esta manera, no tengo que implicar a mi corazón. Con él voy sobre seguro, con él no corro el riesgo de volver a salir rota, de que mi corazón vuelva a hacerse añicos. A desintegrarse en mil pedazos.

Es como esa manta que te abriga en el sofá las noches de invierno. Confortable, segura, conocida. No quiero más. No necesito más.

«Vera, te has convertido en una descafeinada de cojones».

Es lo que hay.

OCHO

IMAGEN DISTORSIONADA



HUGO

Siempre que hablo por teléfono con Madrid termino hecho polvo. No sé por qué me sigo fustigando de esta manera. Por qué sigo pendiente de ese hilo rojo del destino, que me tiene tan atado, que ya lo siento como una soga en el cuello. Por ese puto hilo rojo decidí pedir una comisión de servicios que me ha traído a otro destino.

Hoy, después de colgar, no ha sido diferente. Me ha embargado una desgana y una desmotivación que solo mejora un poco al pensar en que estaré con Vera esta noche en el trabajo.

No puedo quitármela de mi puñetera cabeza. Mira que hace todo lo posible para caerme mal, pero es que las batallas dialécticas en las que nos embarcamos son lo único que en estos momentos le dan un poco de luz a mis días negros.

Ya en el hospital, reitero lo que he pensado antes. Solo con verla aparecer por la planta, una parte de mí se enciende, se caldea, hace que me olvide momentáneamente de lo que he dejado en mi ciudad natal. A pesar de que casi no intercambiamos palabras, siento su presencia a cada momento, como si solo ella ocupase el espacio que me rodea. Como si su arrolladora energía me contagiase de sus ganas, de su alegría. Y aunque ninguna de sus sonrisas está dirigida a mí, yo, como un puñetero yonqui emocional, las busco, las anhele, las deseo y aprovecho cualquier momento del turno para intentar cruzarme con ella. Para intentar absorber toda la fuerza que emana y que me ayude a pasar la noche.

Después de hacer mi ronda mecánicamente, me siento delante de mi ordenador. Yo suelo venir cenado de casa, por eso no me uno a las chicas para cenar.

Además, después de mi conversación con Julia de esta tarde, no soy precisamente una buena compañía. Prefiero lidiar a solas con la mierda que me sigue allá donde voy y no quiero, con la mala leche que me bulle por dentro, volver a meter la pata delante de Vera.

«No olvides que sigues en cuarentena. Esta noche, ver, oír y callar. Que nos conocemos».

Ella me ha debido de notar algo raro, porque incluso se ha ofrecido a cubrir a mis pacientes para que yo pueda tumbarme cuando las auxiliares han partido.

Pero no he sido yo nunca de tumbarme en los turnos de noche y no voy a empezar precisamente hoy.

Pasamos el rato en un silencio cómodo, solo interrumpido por la música y llega un momento en el que no puedo más y le pregunto lo que lleva rondándome por la cabeza desde que la he conocido.

Aunque la conversación no ha sido demasiado tensa, e incluso nos hemos vacilado un poco mutuamente, me jode darme cuenta de que no me va a dar la oportunidad de conocerme, que me ha juzgado precipitadamente y no piensa dar su brazo a torcer.

Después de eso, se ha encerrado en sí misma y ni siquiera se ha despedido de mí al terminar el turno.

He pasado toda la mañana dando vueltas en la cama. Joder, no habré dormido ni una puta hora, no dejo de pensar en la conversación de anoche con Vera.

Lo que más me jode es esa estúpida idea de que soy un bala perdida. No lo ha dicho con esas palabras, pero yo sé que lo piensa. Que voy de cama en cama, de tía en tía y me la tiro porque me toca. Me descojono, si ella supiera mi historia.

Pero eso es algo que no tengo intención de contarle a nadie, y mucho menos a ella.

No puede tener una imagen más distorsionada de mí.

Hoy, mis colegas de siempre me han dado una sorpresa y se han venido todos en moto desde Madrid para quemar conmigo la noche santanderina. Sé que habían prometido hacerlo, pero no los esperaba tan pronto. Al fin y al cabo, solo llevo una semana aquí. Pero no podían haber venido en un momento mejor, los necesitaba como el respirar. A ver si, gracias a su compañía, consigo sacarme a mi nueva compañera de la puta cabeza porque de verdad, creo que voy a volverme loco.

Salimos de picoteo por distintos bares del centro y presumo un poco de la gastronomía de mi ciudad de acogida. Los llevo de tapas por Peña Herbosa, que a estas horas ya está abarrotada. Los hago probar las patatas de la Rana Verde, con su salsa especial. Luego unas rabas, tiernas y crujientes, en el bar de enfrente, que nos hacen salivar. No damos tiempo a que se calienten las cervezas. Caen una detrás de otra y nos descojonamos después de que les explico cómo llaman aquí a los botellines. Les parece un tanto peculiar que al tercio lo llamen media, pero como la cerveza es cerveza aquí y en cualquier sitio del mundo, chocamos las nuestras al grito de «gatos»; que es como se nos conoce a los madrileños en ciertos lugares, y seguimos poniéndonos ciegos mientras reímos con anécdotas e historias pasadas.

Si hay algo, aparte de a mi familia, que echo de menos de Madrid, sin duda, es a ellos. Mis colegas, mis hermanos, mis amigos de toda la vida. Los que han estado conmigo en lo bueno y en lo malo, en las duras y en las maduras. Los que me sacaron del infierno en el que me vi sumido durante una corta temporada de mi vida. Siempre ahí.

Unos vinos aquí, más cañas allá y nos dirigimos hacia un garito del que me han hablado en el hospital.

Hostia, está bien ambientado. Nos echamos unas risas con los intentos de Guti de ligar y nos arrimamos a la barra a por unas birras.

Estoy a punto de llevarme la mía a los labios cuando la veo.

Está distinta, tiene el pelo rizado, pero la reconocería entre un millón. Eso demuestra lo mucho que me pone. Joder, no puedo dejar de mirarla. Lleva un vestido corto que es como una segunda piel y que deja ver unas piernas de infarto. Es superior a mis fuerzas y me las imagino mientras rodean mi cuerpo. Mierda, creo que tanta abstinencia me está pasando factura. Tiene los labios pintados de rojo y la noto contenta, desinhibida. La veo disfrutar mientras canta y baila

con sus amigas. Es una Vera que me encanta. Bueno, a quién quiero engañar, las dos Veras me encantan. La borde y esta, libre y divertida.

De repente, cruza su mirada con la mía y os juro que siento como si un rayo me partiese por el puto medio. Creo que, con la electricidad que acaba de fluir entre nosotros, podríamos iluminar una ciudad pequeña durante una semana. Cuando doy dos pasos para acercarme a ella, veo a un tío que la abraza y le mete la lengua hasta la campanilla.

Ahora sí que me ha atravesado un puto rayo. Creo que se me acaba de joder la noche. Hago una señal a mis colegas para cambiar de parroquia y salimos del garito.

En la calle, no dejo de ver la imagen de Vera besando a ese pavo, y siento cómo una mano invisible me estruja la garganta. En ese momento, la veo salir con él y cómo vuelven a fundirse en un abrazo. Sé que soy un puto masoquista, pero no puedo apartar mis ojos de ellos. De repente, ella levanta la vista y me devuelve la mirada.

La miro otro segundo a la vez que me siento derrotado. Agacho la cabeza y me voy.

Me mata la sensación de pérdida de algo que ni siquiera había empezado a ser mío. O tal vez sea que no estoy acostumbrado a no conseguir a la tía que me propongo. Sí, ha sonado chulo, pero es la verdad.

Aunque cualquiera lo diría con la cantidad de tiempo que hace que no echas un polvo, figura.

Cuando, cabizbajo, entro en el siguiente local, me recibe «Polvorosa», de Sidecars, y me da la impresión de que, esta noche, todas las puñeteras canciones que escucho parecen escritas para mí.

“
... fuego de ametralladora, para desintoxicarme
de tus manos, de tu boca, de ponerte como loca,
de tu pelo enmarañado y de tus cosas.
De los celos que provocas, sin quererlo y me destrozas.
De correr por los tejados de tus pies en polvorosa.
No de ti, no me puedo desintoxicar de ti...

Y con esta melodía me da la sensación de que he pasado la vida enganchándome de las tías equivocadas.

Sin dejar de darle vueltas a todo esto en mi cabeza, me acerco a la barra, dispuesto a olvidarme de Vera esta noche a base de alcohol.

Mañana... Mañana volveré a ser su imagen distorsionada.

NUEVE COMPAÑEROS



VERA

El martes empiezo mi semana laboral pareciéndome a los zombis de la serie *The Walking Dead*.

Me he pasado las últimas noches casi sin poder dormir y no entiendo qué es lo que me está pasando.

Por una parte, me siento fatal por cómo ha cambiado mi actitud con Fer. Joder, creía que los dos teníamos claro los términos de nuestro acuerdo, en ningún momento hablamos de amor. En las últimas semanas; o, no sé, quizás esto me lleva pasando desde hace meses, hay un grado de incomodidad cuando estoy con él que antes no existía. Me molesta lo que antes me agradaba. Casi no soporto su contacto.

La última noche que pasé con él, ni siquiera quise quedarme a dormir en su cama. Con la excusa de preparar todo lo del congreso, me escape de su casa como una amante clandestina, en plena madrugada.

«Claro, ahora le echarás la culpa a esa incomodidad y no a lo que te pone tu nuevo compañero de curro».

Eso es otra cosa. Por otro lado, está Hugo y su forma de sacarme de quicio. Se ha pasado los pocos días desde que nos conocemos tirándome indirectas y pullas, y tengo que reconocer que han sido como un soplo de aire fresco. Ese tira y afloja que nos traemos le añade un puntito de diversión a mi vida.

Pero me recuerda tanto al otro...

En él, veo reflejadas tantas cosas de mi ex que me aterra.

«Vamos Vera, que se parecen como un huevo a una castaña, no me jodas». Tienen el mismo encanto, el mismo punto canalla y a todas las mujeres a tres kilómetros a la redonda suspirando por sus huesos.

Y luego está Sara, con la que se nota que ha congeniado mejor que conmigo.

Y yo no puedo competir contra ella, ni loca. Es una morenaza de metro setenta, delgada y con una cara de infarto. Y yo, pues eso, yo soy yo.

A ver, tengo espejos en casa y sé que no estoy mal. Lo que más destacaría de mi físico son mis piernas, a las que intento sacar partido. No estoy delgada como un palo y tengo mis curvas, unos labios bonitos y no mucho más. Como dice mi madre «ni fea que espante, ni guapa que

encante».

Pues eso, que reconozco que tengo mi público, pero, si me comparo con Sara, definitivamente tengo todas las de perder.

Cuando llego a la planta él ya está allí y, si yo tengo mala cara, no os voy a decir cómo está la suya. Tiene unas ojeras que le llegan hasta los pies, una barbita de varios días y el pelo más despeinado de lo que lo lleva normalmente. Me parece que a alguien se le ha ido la mano con la juerga este fin de semana. Ni siquiera me mira y no me devuelve ni los buenos días, así que, me imagino que la resaca debe de ser monumental. Como yo tampoco tengo el chichi para farolillos, me centro en documentarme sobre mis pacientes y lo dejo rumiando su malestar.

—Buenos días, chicos. —Alba entra con una sonrisa de oreja a oreja y con una bandeja de magdalenas de chocolate que me hacen salivar.

—Joder Alba, ahora mismo podría hasta comerte a besos. Esas magdalenas y un café bien cargado es justo lo que necesito en este momento —digo.

—¿Un fin de semana duro? Fer te ha tenido bien ocupada, ¿eh?

Sonrío tensa y veo a Hugo levantarse de forma brusca de su silla y desaparecer de nuestro lado.

—¿Y a este, qué tripa se le ha roto? —pregunta Alba intrigada.

—Ni idea, lleva así desde que he llegado. Luego soy yo la que tiene fama de borde. —Levanto las cejas—. Me imagino que también ha sido un fin de semana duro para él. Tiene pinta de cargar con una resaca monumental —contesto como si nada.

—Mujer, ¿y tú cómo sabes que ha bebido? —Creo que se ha perdido.

—Ah, claro, no te he contado que el sábado, cuando salí a cenar con las chicas, me lo encontré con sus amigos de fiesta por Santander. De ahí sus ojeras y su resaca. —Encojo los hombros.

—¿Hablasteis? —indaga mi compañera.

—Pues iba a acercarme a él cuándo me cogió Fer por la cintura y me metió la lengua hasta las amígdalas. —Pongo cara de circunstancias.

—¿Y Hugo te vio? —Joder, parece un interrogatorio del CSI.

—Pues no sé, me imagino que sí. Estábamos a la vista de todo el mundo. —Como si tuviera que esconderme.

—Mmm, interesante —dice mirando hacia donde se ha ido Hugo.

—Bueno, pero no te he contado lo mejor, o bueno, lo peor —digo haciéndome la misteriosa.

—¿Peor que cuando le tiraste tu copa en la cara a aquel tío que te tocó el culo? No me asustes, tía, que es muy temprano para disgustos —dramatiza Alba.

—En mi defensa diré que me lo estrujó con saña. —Recuerdo el cisco que monté aquella noche—. Bueno, que me disperso. El caso es que, después del beso, salí a hablar con Fer y me confesó que quiere que seamos pareja. —Resoplo—. ¿Te lo puedes creer?

—Y por tu cara, me imagino que eso no era precisamente lo que querías escuchar —adivina ella.

—Pues no, tía, que estamos de puta madre con nuestro acuerdo. No sé por qué lo quiere que joder todo. —Todavía no me lo explico, la verdad—. Qué manía tiene la peña de complicarse la vida. Si algo funciona, ¿para qué cambiarlo?

—Bueno, hija, lleváis mogollón de tiempo mareando la perdiz y esto se veía venir. Ya tenéis una edad los dos y es la consecuencia natural de una relación adulta —explica con tono de marisabidilla.

—Vale, eso sería cierto siuviésemos una relación, pero no es así. —Joder, no sé por qué nadie me entiende.

—Bueno, a llevar un par de años acostándoos juntos en exclusividad yo lo llamo una relación. —Otra vez ese tono de profesora de colegio.

—Bueno, en exclusividad porque no se ha presentado una ocasión mejor o, cuando se ha presentado, he visto que era mejor opción Fer.

—A eso me refiero, ninguno te ha parecido mejor que Fer, siempre has vuelto a él.

—Ya, pero...

—Sí, sí, ahora me vas a explicar todo eso de la comodidad, la confianza, bla, bla bla... Y no tiene nada que ver que haya aparecido en tu panorama un maromo castaño de ojos azules y cuerpo de escándalo y te ha descuadrado tus planes perfectos, ¿eh? —susurra cómplice.

—Anda, no digas tonterías y trae para acá esas magdalenas, que ya me están haciendo ojitos —contesto metiéndome un trozo en la boca para no tener que seguir con esta incómoda conversación.

Soy única cambiando de tercio, yo lo sé y Alba lo sabe, por eso estoy segura de que esta charla no ha acabado aquí. Pero de momento he ganado un poco de tiempo para pensar con detenimiento en todas estas emociones nuevas que me tienen revuelta.

El turno de ayer terminó como empezó, con un Hugo taciturno e inusualmente silencioso.

El miércoles amanece con el cielo encapotado y un frío más acorde con estas fechas que con el buen tiempo que hemos tenido en los últimos días.

Hoy me toca llevar a mí el desayuno y cojo la bandeja con las galletas que horneé ayer por la tarde para olvidarme de las pajas mentales que me estoy haciendo desde el fin de semana. No hay nada que me relaje más que cocinar. No puedo comparar mi don culinario con el de Irene, pero, oye, no se me da nada mal.

Entro por la planta y de primeras me topo con la cara de Sara, lo que hace que me frene en seco.

—Pero, ¿tú no estabas de tarde? —le suelto.

—Sí, pero Hugo me ha pedido que le cambie el turno hoy y yo no puedo negarle nada —contesta.

—Me apuesto a que no —mascullo entre dientes

Y no sé por qué, pero la perspectiva de no ver hoy a Hugo hace que se me presente el día un poco más gris.

«¿En serio que no lo sabes?».

Cuando llega el cambio de turno, lo veo aparecer, pero él ni siquiera me saluda. Da la impresión de que me ignora, y eso me sorprende. Normalmente, por muy borde que haya sido con él, no falta una mirada más larga de lo normal o una broma por su parte. Le doy el cambio a la compañera que me corresponde y, un tanto mosqueada, me bajo al vestuario para cambiarme e irme a mi casa.

«Ay, bonita, si, como has repetido por activa y por pasiva, ni loca tendrías nada con él, que no es tu tipo... ¿Me quieres decir a que viene ese monumental mosqueo?».

A la mierda Hugo.

Otra noche que paso sin parar de dar vueltas en la cama y otra noche que la culpa ha sido del imbécil de mi compañero. Esta se me ha antojado enorme y no sé a qué hora he conseguido dormirme, pero ya te digo que ha sido de madrugada. Como tengo turno de tarde y necesito

despejarme, me enfundo mi ropa deportiva y mis playeras, cojo mi teléfono, mis cascos y me voy a caminar. Creo que meterles kilómetros a mis pies es lo que necesito para dejar de darle vueltas a mi cabeza.

Ando por mi ruta de siempre, ajena al paisaje que me conozco de memoria. Con la música saliendo por mis cascos no dejo de intentar averiguar a qué se debe el nudo de nervios que en los últimos días se ha apoderado de mi estómago. Primero está mi situación con Fer, una que no me esperaba y que ha venido a enturbiarme la rutina.

Después está este tira y afloja que me traigo con mi nuevo compañero. Y es que, si estoy tan segura, tan convencida de que es una copia de mi ex, de que no merece la pena complicarse la vida con alguien como él, no entiendo por qué me ha jodido tanto su indiferencia de ayer.

«Porque te jode que a él no le pongas como él te pone a ti. Blanco y en botella...».

Leche, digo, leches. Aquí lo fácil, lo sencillo sería enamorarme de Fer, de lo conocido, lo cómodo, lo seguro. Pero no, qué va. Como parece que me gustan las cosas complicadas, aquí ando dándole vueltas a la cabeza y recreando en mi mente los ojos del color del océano del madrileño.

«No eres tú tonta ni ná, Vera».

Vuelvo de mi paseo y, después de remolonear por casa, ducharme y comer, me preparo para mi turno de tarde.

Entro por la planta y no puedo evitar que me nazca una sonrisa cuando veo que Hugo está allí. Tengo que darle una vuelta a por qué, solo con verlo, se ha me ha alegrado el día.

«¿Te hago un power point para explicártelo?».

Saludo alegre, pero solo recibo por su parte una mirada airada y una mueca. Pero ¿qué coño?, ¿de qué va este tío? Ya me está tocando un poco los ovarios. De acuerdo, ¿estamos de morros? Pues a este juego sabemos jugar los dos.

Pasamos todo el turno ignorándonos el uno al otro y sé que tenemos a todos nuestros compañeros ojipláticos. No es justo que nuestro mal rollo se lo tengan que comer ellos también e intento suavizar un poco el ambiente cuando veo que se le acumula el trabajo.

—Oye Hugo, he visto que tienes un paciente al que hay que poner una bolsa de sangre, ¿quieres que le haga yo la transfusión si estas muy liado?

Él me mira y, por un momento, pienso que no me va a contestar, pero asiente con la cabeza y me da las gracias en bajo. Una pequeña sonrisa, que solo aprecio yo, cruza su cara, y me quedo colgada de ella y siento que me caldea por dentro.

«A ver, tía, llamemos a las cosas por su nombre. Eso de que te caldea, ¿es una forma fina de decir que te pone cachonda?».

Después de este acercamiento, seguimos todo el turno trabajando en silencio, pero ya no es tenso. Cuando salgo del hospital, hace frío y está muy oscuro por lo que aprieto el paso para llegar al coche y resguardarme en su interior. Me asusto cuando siento una mano en mi brazo, pero, cuando me doy la vuelta y veo a Hugo, mis pulsaciones bajan y nos quedamos mirando fijamente.

—Oye —me dice serio—. Gracias por ocuparte antes de mi paciente. Se me acumularon las tareas e iba un poco de culo.

—Tranquilo. Al fin y al cabo, para eso están los compañeros. —Me encojo de hombros—. Hoy por ti y mañana por mí.

—Ya, compañeros...

Me mira fijamente a la vez que asiente.

—La otra noche... —Tira de mi brazo, que no me había dado cuenta de que no ha soltado, y

me acerca a él hasta que siento su aliento calentándome el cuello.

—¿Sí? —contesto conteniendo la respiración debido a su proximidad.

Se pega un poco más a mí, tanto que si levantara un poco la cabeza nuestros labios se rozarían. Retengo el aire, a la espera. Nos miramos fijamente un rato más, hasta que, al final, da un paso atrás y se aleja, robándome el calor que había empezado a apoderarse de mí.

—Nada, déjalo. Hasta mañana, Vera —se despide tras echarme una mirada encendida.

Y con las mismas, se da la vuelta y a mí me deja con la boca abierta, la respiración acelerada y cuatro o cinco latidos menos en el corazón.

DIEZ PUTO NIÑATO



HUGO

Después de la mierda de fin de semana que pasé, donde ni la compañía de mis mejores amigos consiguió sacarme de mis negros pensamientos, la vuelta al trabajo se me presentó, por primera vez desde que estaba en Santander, como una cuesta imposible de subir. No hubo manera de que mi cerebro dejase de darle vueltas a las imágenes que, en cuanto cerraba los ojos, poblaban mi mente. Cada vez que me abandonaba al sueño, unos destellos, como fotografías a todo color, me presentaban a Vera comiéndose la boca con el tío del sábado pasado. Y como la imaginación va por libre, no pude evitar verlos en toda clase de situaciones de lo más comprometidas, todas ellas con sus cuerpos entrelazados en posturas imposibles.

El lunes, al ser mi día libre, cogí mi moto y salí a comerme kilómetros para ver si así conseguía dejar de pensar en ella. Mientras aceleraba por el Desfiladero de la Hermida, alucinado con esas paredes verticales rocosas y al llegar al maravilloso pueblo de Potes, conseguí mantener mi mente en blanco, pero, una vez que me bajé de mi moto y mientras buscaba un restaurante para comer un buen cocido lebaniego, ella, sus piernas y sus ojos volvieron a ocupar todos mis pensamientos. ¿Cómo de seria es su relación con el guaperas del sábado? No sé en qué momento pude pensar que una tía como ella iba a estar libre y sin pareja, no puedo ser más incauto. Además, ya me avisó de ello, la culpa es mía por fantasear con tías ajenas. Creo que lo mejor va a ser que mantenga las distancias con ella, por el bien de mi salud mental.

Me mató ir a trabajar y oírle comentar con Alba lo bien que se lo había pasado el sábado. Algo hirvió dentro de mí y tuve que levantarme y salir en estampida del cuarto de trabajo antes de decir cuatro cosas de las que, seguramente, acabaría arrepintiéndome.

Ni siquiera cambiar el turno con Sara consiguió que dejase de pensar en ella. Solo puedo mantenerme ligeramente apartado de su persona, porque es inevitable querer orbitar a su alrededor, como si fuese el centro de mi universo, de mi puta galaxia.

La noche la pasé dando vueltas en la cama, no sé si mi decisión está siendo la correcta, porque os juro que no me siento ni siquiera un poco mejor desde que decidí ignorarla. Desde que, por mi propio bien, tomé la determinación de alejarme de ella.

Pero, como bien he dicho en alguna otra ocasión, soy de naturaleza masoquista y necesito fluctuar alrededor suyo para poder empaparme de su energía, por eso no cambié los turnos

siguientes. Al fin y al cabo, prefiero verla, aún a sabiendas de que, ni en un millón de años tendré posibilidades con ella.

No sé qué coño se me pasó por la cabeza para atreverme a acercarme a ella después del turno. Me mentí a mí mismo diciéndome que solo era para darle las gracias por ayudarme con mi paciente, pero no voy a insultar a vuestra inteligencia, lo hice para poder tenerla cerca de mí un poco más.

Las preguntas me quemaron en la lengua cuando le agarré del brazo y la junté a mi cuerpo. Quería que me dijera qué relación la une con el tío del otro día, si es algo serio, si está enamorada de él. Si no es consciente de la atracción que se palpa entre nosotros.

Pero no salió de mi boca nada de lo que me cruzaba por la cabeza. Solo me nació agradecer su ayuda, arrimarme más y pegarla a mí hasta notar cómo se le dilataban las pupilas y contenía el aliento.

Hubiera sido tan fácil acortar la distancia y apoderarme de su boca. Hacer que se olvidara de todo lo que no fuese yo, que, por un instante, la idea se abrió paso con tanta fuerza que tuve que respirar hondo para obligarme a dar un paso atrás. Separarme de ella y de ese cuerpo que me atrae de forma tan poderosa.

Nos quedamos unos segundos de más mirándonos fijamente, hasta que me despedí de ella y me alejé antes de sucumbir a mis deseos y besarla hasta hacerle perder la razón.

Sí, en esas estoy. En esas me encuentro. Me siento como un puto niño cuando estoy a su lado.

Por fin es viernes y, gracias a mi nueva supervisora, tengo seis días libres por delante. Meto unas cuantas cosas en las alforjas de mi moto y me dispongo a pasarlos en mi ciudad. Necesito desconectar de todo lo que Vera está removiendo en mi interior y, aunque no tenía pensado volver a visitar a mi familia hasta las próximas Navidades, decido que este es un momento tan bueno como otro cualquiera para cambiar de aires. Tal vez poner distancia entre mi compañera y yo me haga ver con perspectiva lo que sea que me está haciendo sentir. A lo mejor, no tenerla cerca de mí durante unos días, me venga bien para darme cuenta de que lo único que me pasa es que la abstinencia de los últimos meses, unido al calentón que se apodera de mí cada vez que la tengo delante, es lo que me está impidiendo dormir por las noches o lo que me tiene absolutamente agilipollado durante el día. Sí, eso va a ser. Mejor poner kilómetros entre los dos. Por mi salud mental.

Mi madre me acoge en sus brazos como si hiciese un año desde que nos vimos por última vez y no unas pocas semanas. En fin, supongo que la preocupación por sus retoños es algo que viene implícito en el carné de madre. He decidido pasarme por su casa antes de ir a la mía, ya que en cuanto llegue a mis dominios pienso acostarme en mi mullida cama y dormir cuatro días seguidos.

«Eso será si Vera no decide campar a sus anchas por tu cabeza».

—Bueno, ¿Y qué tal te tratan por Santander?, ¿comes lo suficiente? Mira que te veo más delgado. Te voy a preparar un cocido de esos que te gustan para que recuperes las fuerzas. —Hace ademán de levantarse pero la hago sentarse de nuevo agarrándola por la muñeca.

—Mamá —pongo cara de fastidio—, te prometo que estoy comiendo bien. Allí también tienen cocido y no tiene nada que envidiarle al tuyo. —La mirada afilada que me dedica me hace darme cuenta de que no voy por buen camino. Acabo de herir su ego como cocinera—. Además —cambio de tema—, te recuerdo que en el norte se come bien y de manera abundante. Tiene

fama de ello. —Acaricio su mano para apaciguarla.

—Bueno, pues yo te veo desmejorado. ¿Estás durmiendo bien? —Sigue con su interrogatorio.

—Depende del día —confieso.

—Hugo —suspira—, se suponía que tu cambio de trabajo era para que mejorase tu estado anímico, no para que vinieses igual o peor.

—Peor no estoy, de verdad. —Me mira sin creermelo—. Te lo prometo. Solo que es complicado. Demasiados años cargando con esta culpa. No puedes esperar que me deshaga de ella de un día para otro.

—¿Te ha llamado? —pregunta.

—Un par de veces —admito.

—¿Y? —Me mira a los ojos como intentando descubrir en ellos todas las respuestas que sabe que no pienso darle.

—Digamos que estoy aprendiendo a gestionarlo mejor. —Es lo máximo que tengo pensado contarle.

—Si volvieses a verla, me lo dirías, ¿verdad? —Aprieta mi mano.

—Sí, mamá. Pero puedes quedarte tranquila. De momento, Julia no ha intentado verme. —Le devuelvo el apretón.

—Hijo, yo solo quiero lo mejor para ti. Y los dos sabemos que ella no lo es. —Se le llenan los ojos de lágrimas y odio que, por mi culpa, esté en un sinvivir constante.

—Lo sé. Pero tienes que entender que ya no soy aquel crío, mamá. —Sonrío para tranquilizarla—. No voy a permitir que vuelva a arrastrarme a esa espiral de autodestrucción en la que está metida.

—Me alegra oír eso. —Acaricia mi cara con mimo—. Cómo me gustaría que encontrases a una buena chica que te enseñe lo que es el amor de verdad, sano.

No contesto, pero en mi cabeza aparece la imagen de Vera y se me escapa una sonrisa que no pasa inadvertida para el radar de mi madre.

—Espera, ¿qué es esa sonrisilla atontada que adorna tu cara? —No puedo evitar reírme ante las palabras de mi madre.

—No sé de qué sonrisilla hablas. —Intento escaquearme de su escrutinio levantándome del sofá.

—¡HUGO! Ni se te ocurra mover tu culo de ese sofá —me dice muy seria—. Te recuerdo que soy tu madre y me preocupo por tu vida sentimental.

—Y yo te recuerdo que ya tengo treinta años y no tengo que darte explicaciones sobre mi vida sexual —me defiendo.

—Ajá, de manera que en esas estamos. ¿Y tiene nombre esa «vida sexual»? —Me mira divertida.

—Ni lo pienses, mamá. No pienso contarte con quién me acuesto y con quién no. No es algo que quiera compartir con mi madre —resoplo.

«Además, recuerda que esa “vida sexual” es nula. Inexistente. Estas en completa sequía».

—Vale, vale. Tampoco te estoy pidiendo detalles. —La miro de reajo haciéndole saber que a mí no me engaña—. Está bien. Por lo menos, dime su nombre.

—No pienso decirte nada. En primer lugar, porque no hay nada que decir, ni siquiera me da cancha, pasa de mí olímpicamente. Además, tiene novio, otro punto en mi contra. Y en segundo lugar, si te digo un nombre, tu cabeza de alcahueta ya estaría planificando boda y escogiendo los nombres de tus futuros nietos.

—Ohhhh. —Se lleva la mano al pecho ofendidísima—. ¿Cómo osas decirle eso a tu madre?

—Mamá, que nos conocemos. —Me río de su cara falsamente indignada—. ¿Acaso no es verdad lo que he dicho?

—Vale, lo reconozco. Pero es que eres tan bueno que solo quiero una chica igual de buena para ti —dice haciéndome pucheros.

—Quién sabe, igual no estoy hecho para vivir en pareja. Igual es la venganza del cosmos por todo lo de... Julia —musito.

—Tonterías. Que no te oiga volver a decir eso. Ni cosmos ni leches. Tú no tienes la culpa de cómo ha elegido Julia vivir su vida —me dice enfadada.

De repente, me siento tan cansado, tan sobrepasado con la situación, que solo quiero llegar a mi apartamento, dejarme caer en la cama y no saber nada del mundo en varios días.

Mi madre debe de notármelo en la cara porque se levanta muy resuelta y me habla mientras se dirige a la cocina.

—Espera, antes de que te vayas, déjame darte unos táperes con comida. Así no tienes que preocuparte de cocinar mientras estes aquí.

Me levanto y voy detrás de ella, que ya está sacando comida de la nevera.

—Mamá, ¿te olvidas de que solo voy a estar seis días por aquí? —Por la cantidad de recipientes que está poniendo en la encimera, pensaríais que me quedo un mes entero.

—Bueno, seguro que Guti y los chicos se pasan por tu casa en más de una ocasión y esos solo se preocupan de surtirte de cervezas. —Termina cerrando la puerta de la nevera.

Prefiero no discutir con ella.

—Pues ya me contarás cómo coño voy a llevar todo eso en la moto. —Alzo los hombros.

—No te preocupes. Lo que no te puedas llevar, ya lo harán tu padre o tu hermano más tarde. —Sonríe—. Anda, vete a descansar, que se te ve agotado.

Abrazo a mi madre con fuerza y aspiro el olor de su laca de pelo, tan familiar para mí, y cierro los ojos agradecido por estar en casa.

—Ay, mamá, no sé lo que haría sin ti —reconozco mientras cargo con lo que puedo llevarme y camino hacia la entrada de casa.

—Morirte de hambre —contesta ella riendo mientras se despide de mí en la puerta.

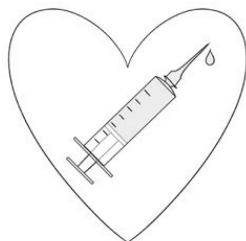
Lo primero que hago nada más llegar a mi apartamento, después de guardar mi botín gastronómico en la nevera, es desnudarme y dejar que el agua caliente de la ducha se lleve el cansancio. Eso y los recuerdos que ha traído mi madre a mi cabeza. Después de secarme, me tiro en la cama, desnudo. Antes de que el sueño se apodere de mí, solo puedo pensar en que por fin estoy en casa, en mi hogar.

Solo soy mínimamente consciente de que la cara de Vera se me aparece al evocar esta última palabra. Hogar.

A ver cómo interpreto eso.

A ver cómo lo digiero.

ONCE ¿TREGUA?



VERA

Hugo lleva varios días sin aparecer por el hospital. Sé por mi supervisora que le ha dado unos días libres y, aunque no quiero darle vueltas al tema, no dejo de preguntarme qué es lo que estará haciendo fuera de aquí.

Posiblemente (si alguien me lo pregunta, lo negaré como una perra), mi compañía no sea la mejor en estos momentos. Salto a la mínima y solo soy amable con mis pacientes y sus familiares. Incluso Alba procura mantenerse lo más alejada posible de mí.

No puedo decir con seguridad qué es lo que me mantiene en este estado.

«¿Te lo digo yo o no hace falta?».

No quiero ni plantearme que sea por la ausencia de mi nuevo compañero, pero es obvio que mi humor ha cambiado desde el mismo momento en el que me he enterado de su larga libranza. Es absurdo que su simple presencia o la ausencia de ella me altere de esta manera. Pero vamos a ver!!! Si no lo soporto. Si estamos picándonos continuamente.

«Para que te ponga una persona no hace falta llevarse bien con ella, ¿verdad?».

Vale, pues eso es sencillamente lo que me pasa a mí con Hugo. Me pone como puede ponerme cualquier otro tío que está tan bueno como lo está él, pero ahí termina la cosa. No tenemos nada en común y es más que evidente que no soy el tipo de chica que le gusta si hacemos caso a su manera de tontear con Sara, ¿no?

«Bueno, pues si tienes eso tan claro, Verita de mis entretelas, dime por qué narices estás como estás por no verlo».

Hago caso omiso de mis pensamientos y aprovecho mis tres días de libranza para hacer planes con Fer. A ver si, de esta manera, consigo reconectar de nuevo con él.

No os voy a engañar, disfruto de nuestros encuentros. Sigue siendo igual de cariñoso que siempre, igual de atento, pero yo... Yo no soy la misma. No soy capaz de devolverle las muestras de cariño, de tomar la iniciativa. No lo busco. Simplemente me dejo querer, como ya me he acostumbrado a hacer. No sé si él se ha dado cuenta de mi falta de interés, pero, o no he sido tan obvia como yo creo o ha preferido actuar como si nada, por eso de tener la fiesta en paz. De forma resumida, que estos tres días con él, en vez de aclararme las ideas, lo único que han conseguido ha sido embarullármelas más. Estamos apañadas.

Hoy me levanto molida, he pasado una noche infernal, con una congestión nasal de órdago, y no os quiero contar cómo tengo la cabeza. Me imagino que estos cambios de temperatura que hemos tenido este mes de noviembre me han pasado factura. Me dedico todo el día a estar tirada en el sofá alternando ibuprofeno con paracetamol y en un duermevela constante.

Tengo turno de noche; un cambio que me pidió una compañera y del que ahora me arrepiento, de manera que me arrastro hasta la ducha y dejo que el agua se lleve la pereza y el malestar de mi cuerpo. Hoy no tengo ganas de pasarme la plancha por el pelo y lo dejo secar al aire para que salga mi rizo natural.

Entro por la puerta del hospital y ya me estoy arrepintiendo de no haber llamado para que me den la noche libre (solo la posibilidad de ver a Hugo, que también tiene turno de noche, lo ha impedido), pero hago de tripas corazón y me dispongo a pasar mis diez horas de turno lo mejor que pueda, o que el cuerpo me permita.

—Vaya cara traes hoy, Vera. ¿Estás bien? —me pregunta Rebeca, mi auxiliar.

—Creo que he cogido un trancazo de los que hacen historia —contesto con voz de ultratumba.

Hugo se queda mirándome con gesto serio y vuelve a lo que sea que estaba mirando en el ordenador.

Preparo la medicación de la noche y empiezo mi ronda, que hoy se torna más larga y pesada de lo normal, y, tras una vuelta que se me hace eterna, por fin me puedo sentar ante mi ordenador para escribir las incidencias y las novedades de mis pacientes. Con un suspiro apagado, termino y siento que me da vueltas la habitación.

Hugo se fija en mi cara.

—Joder Vera, tienes los ojos brillantes y estás colorada. Deja que te tome la temperatura —dice acercándose a mí.

Se hace cargo del termómetro con cuidado, casi sin tocarme.

—Tienes fiebre. Venga, tumbate en el sofá del cuarto de descanso y duerme un rato —me ordena.

—No, tengo que estar pendiente de mis pacientes, ya se me pasará. —Mi voz suena gangosa por culpa de la congestión.

—De eso nada. Venga, yo me hago cargo de tus pacientes. Cualquier cosa que necesite, ya me ayudarán Rebeca y Noelia. Tomate un antitérmico y tumbate, no seas cabezona. —Ahora suena exigente.

—Vale, te hago caso, pero si necesitas ayuda, por favor, me avisas. —Nunca he dado mi brazo a torcer tan pronto, eso es indicativo suficiente de lo mal que me encuentro.

—Lo que voy a hacer si necesito ayuda es llamar para que me manden un refuerzo. O sea, que tú tranquila y a dormir. —Uf ¿está mal que me ponga a cien su lado mandón? Debe de ser por culpa de la fiebre, seguro.

—Lo que mandes, dictador —contesto mientras cierro los ojos.

Me tumbo en el sofá y me quedo dormida en cero coma, aunque soy consciente de las veces que Hugo o mis compis auxiliares me despiertan para comprobar mi temperatura o para darme un paracetamol. Hay otras tantas que abro los ojos y lo veo a mi lado, pendiente de mí, mientras está viendo lo que me imagino que es alguna serie en su tablet. Supongo que les ha obligado a mis compis a echarse un rato, ya que estamos completamente solos.

A eso de las seis, me despierto con la boca seca y lo veo en el otro extremo del sofá con los ojos cerrados y mis pies encima de sus piernas. Saboreo ese momento en el que puedo mirar cómo duerme sin que él se dé cuenta, y me recreo en su gesto sereno y sin tensión, su pelo

revuelto y su barbita de varios días. Joder, no puede ser más guapo. Él abre los ojos y me mira profundamente, lo que hace que mi tonto corazón se salte un latido.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con voz somnolienta.

—Mucho mejor, gracias por ocuparte de todo —respondo quitando mis pies de encima de él.

Me mira con una expresión extraña en la cara y parece que quiere decir algo, pero, en cambio, se levanta, se despereza y se pone en funcionamiento.

El rato que nos queda para terminar el turno, lo dedicamos a cambiar sueros, dar medicaciones y demás cosas que necesiten nuestros respectivos pacientes. Aunque no estoy al cien por cien, sí es verdad que me siento mucho mejor. Sé que todo es gracias a él (bueno, y a mis compis *auxis*, no les voy a quitar mérito), por ocuparse de la planta por la noche y estar pendiente de mí y, al finalizar el turno, al decirnos adiós, los dos nos sonreímos con un gesto. De esa manera aceptamos tácitamente esta tregua que parece haber nacido de forma unánime entre nosotros.

El domingo lo paso entre la cama y el sofá, intentando acabar de recuperarme de lo que sea que haya pillado y que me ha dejado como si me hubiese pasado un tren de mercancías por encima. Escucho la entrada de un WhatsApp y veo un mensaje de un número que no conozco.

NÚMERO DESCONOCIDO

Hola Vera, soy Hugo. Le pedí tu número a Sara, espero que no te importe. Solo quería saber cómo te encuentras.

Joder, esto sí que no me lo esperaba, es todo un detalle que se preocupe por mí. Grabo su número en mi móvil, entro en su perfil y veo una foto suya de espaldas, encima de una moto de gran cilindrada. Hostia puta, ¿pues no me he puesto tontorrón solo con ver la foto? Soy un caso. Me dispongo a contestarle.

YO

Hola. Pues me encuentro como si me hubiese pasado un camión por encima, pero, por suerte, ya no tengo fiebre. Gracias por preguntar 😊.

HUGO HOSPITAL

Cómo me alegro. La verdad es que anoche dabas pena... y un poquito de miedo 😊.

YO

Ah, muy bonito, esa es tu manera de decirme que me parecía a la novia cadáver, ¿no?

HUGO HOSPITAL

Ja, ja, ja, ja, ja. Sí, pero una novia cadáver muy guapa.

YO

Sí, claro. Ahora intenta arreglarlo ☹.

HUGO HOSPITAL

No, de verdad, no tenías tan mala cara 😊. Me gusta mucho cómo te queda el pelo como lo llevabas anoche. Te hace parecer menos serio.

YO

Pero ¿qué dices? Si me hace la cara de pantorrilla. Lo que pasa es que ayer no tenía fuerzas ni ganas de pasarme las planchas.

HUGO HOSPITAL

Todavía no entiendo cómo no llamaste para que te diesen la noche libre.

Y ahora cómo le explico yo a este que no quería coger la noche libre porque tenía de ganas de verlo.

YO

La verdad es que al principio no me encontraba tan mal, fue a lo largo del turno cuando empezó lo peor. Te vuelvo a dar las gracias por ocuparte y preocuparte por mí.

HUGO HOSPITAL

No fue nada. Cada vez que necesites que cuide de ti, ya sabes mi teléfono. Nada me gustaría más que meterte en la cama 😊.

YO

Oh, ¿en serio? ¿Y te limitarías a taparme y a salir de mi habitación de puntillas y sin hacer ruido?

HUGO HOSPITAL

Bueno, llegado ese momento, estoy seguro de que me rogarás que me meta contigo para darte calor 😊.

YO

Eres un caso, no puedo contigo.

HUGO HOSPITAL

Ya sabes lo que dicen. Si no puedes con tu enemigo, únete a él. En este caso, en posición horizontal 😊.

YO

Adiós, Hugo.

HUGO HOSPITAL

Sí, sí. Tira balones fuera. Adiós.

¿Estoy alucinando por la fiebre? ¿Alguien me puede explicar qué coño ha pasado aquí? Juraría que esto ha sido un tonto en toda regla. Hace poco más de dos semanas que nos conocemos y ya está poniendo mi mundo y mis convicciones patas arriba. Haciendo que quiera cosas que hacía tiempo que había descartado, y que me planteo otras que llevaba a rajatabla y que se están viniendo abajo como un castillo de naipes.

Jodido Hugo.

DOCE

CONFESIONES



HUGO

En cuanto Vera ha entrado por la planta, me he dado cuenta de que no se encuentra bien.

Ella me lo confirma cuando le ha contestado a Rebeca que ha pillado un trancazo de los grandes.

La observo un rato y vuelvo a mi ordenador. Veo cómo prepara la medicación de sus pacientes de forma eficiente y comienza su vuelta. Cuando hace más de media hora que yo he terminado mi ronda y estoy escribiendo en los evolutivos, la veo sentarse delante del ordenador con un suspiro cansado y con el peso del mundo sobre los hombros.

Me fijo bien en ella y me preocupo al ver la mala cara que tiene.

—Joder, Vera, tienes los ojos brillantes y estas colorada, deja que te tome la temperatura. — Eso hago y suelto una maldición cuando veo que pasa de treinta y ocho.

—Tienes fiebre. Venga, tumbate en el sofá del cuarto de descanso y duerme un rato. —Me veo en la obligación de decirle.

Aunque protesta un poco, accede enseguida, demasiado pronto para lo que viene a ser normal, y la veo tumbarse.

Sigo a lo mío y, cuando acabo de escribir sobre todos mis pacientes, me asomo a la sala para ver cómo se encuentra. Joder. Es una puta locura, pero, incluso así, con mala cara, es la tía más jodidamente guapa que me he cruzado en mis treinta años de vida. No puedo evitar acariciarle la cara y apartarle un rizo que le tapa los párpados.

Ella los abre y me mira con ojos vidriosos y sonrisa temblorosa.

—Eres guapísimo, ¿lo sabes? —suelta con voz de rockero desfasado.

Me la quedo mirando con cara de bobo y, aunque sé que está desvariando por culpa de la fiebre y los analgésicos, sonrío.

—Y tú eres una jodida obra de arte. —No puedo evitar decirle.

—No es verdad, pero gracias. —Cierra los ojos.

¿En serio esta tía no sabe lo preciosa que es? Me gustaría ponerle las manos encima al cabrón que ha hecho que no se vea como realmente es, como la puta maravilla que cualquier tío estaría encantado de tener entre sus brazos. Ah, joder, se me olvida que ya hay un tío con suerte que la

tiene en sus brazos, en su vida y en su cama.

Puto afortunado.

—Joder, Vera, cierro los ojos y te veo en todo, en cada canción que escucho apareces tú, en cada cosa que hago pensando en ti, en mis sábanas revueltas. Joder, si supieses la imagen que tengo en mi mente contigo ocupando mi cama; es increíble la idea de tú y yo juntos —confieso en voz baja a la vez que le acaricio la cara con suavidad.

Me atrevo a sincerarme de esta manera ahora que esta dormida, ya que sé que, si no fuese así, ni loco dejaría salir todo esto por mi boca. Y no sé si soltarlo así, a bocajarro, es una manera de reconocerme a mí mismo que esto ya es imparable, que no va a haber fuerza de la naturaleza que evite que intente que Vera caiga rendida a mis pies. Porque te juro que esta necesidad de ella que se ha creado dentro de mí es superior a mis fuerzas. Este deseo que siento por cada célula de su cuerpo me tiene desconcertado. Por la rapidez, por la intensidad. Por la fuerza.

No sé en qué momento de la noche me he dormido, sentado en un extremo del sofá, con sus pies encima de mis rodillas, pero cuando abro los ojos la pillo observándome.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias por ocuparte de todo —responde quitando sus pies de encima de mí y yo siento que acaban de despojarme del calor del sol.

Estoy a punto de preguntarle si recuerda algo de nuestra breve conversación de anoche o, incluso, si escuchó mi confesión, pero un vistazo a su cara me hace darme cuenta de que no, de que estaba tan grogui por la fiebre que no se enteró de nada. Me levanto, me desperezo y nos ponemos a preparar todo lo necesario para terminar nuestro turno. Al acabar, nos despedimos con un adiós, y la sonrisa que me regala me hace tener un poquito de esperanza en que me la estoy ganando poco a poco. Con este pequeño triunfo, me voy feliz a descansar.

Me paso el domingo poniéndome al día con mi serie y preparándome cualquier cosa de comer, pero en ningún momento se me va la cara de Vera de la cabeza. La cara, los ojos, el cuerpo...

«Estás colado, chaval».

Abro la aplicación de WhatsApp y le mando un mensaje.

YO

Hola, Vera, soy Hugo. Le pedí tu número a Sara, espero que no te importe. Solo quería saber cómo te encuentras.

VERA CURRO

Hola. Pues me encuentro como si me hubiese pasado un camión por encima, pero, por suerte, ya no tengo fiebre. Gracias por preguntar 😊.

Entro en su perfil. Está preciosa, en una actitud relajada, con el mar de fondo, su pelo rizado bailando al viento y riéndose a carcajadas. Una foto de esas que te hacen cuando estás desprevenida, pero en la que no puede ser más ella. Vera en estado puro. Todo un ciclón que ha puesto mi mundo del revés.

Me alegra infinitamente que siga distendida conmigo, que no esté tensa y esa actitud hace que me relaje yo y entre a saco con bromas (o no) con ella. Me encanta ver que me sigue el juego sin pensárselo y me dispongo a acomodarme mejor en el sofá para ver hacia dónde nos lleva esta conversación. La mayor parte de la charla la llevo yo, pero me flipa que en un par de ocasiones se pone coqueta y me tienta con alguna frase que hace subir un poco la temperatura hasta que se

hace la recatada y se despide entre risas.

Bueno, si con lo que hemos hablado no han quedado claras mis intenciones, es que estoy perdiendo facultades.

Y ahora no sé qué voy a hacer con estas ganas que se me han quedado de ella y de arroparla en su cama.

«Me temo que te espera una ducha fría, muy muy fría».

Decimos adiós rápidamente a los últimos días de noviembre, que de un día para otro se ha tornado frío. Pero eso no impide que recorra la provincia montado en mi moto, disfrutando de las carreteras y los paisajes que me adentran en pequeños pueblos de montaña unas veces, y costeros otras. No es infundada la fama que tiene el norte cuando hablan de su comida.

Aprovecho mis días libres para hacer pequeñas escapadas e incluso me animo a visitar las comunidades más cercanas a Cantabria. Unas veces conduzco hasta Asturias, disfrutando de su fabada, su cachopo y todas las delicias autóctonas de la zona, y otras me decanto por el País Vasco, apuntando sitios para visitar con mis colegas. Hago una nota mental para reservar en una típica sidrería vasca en abril, que es la temporada de estas y me recreo imaginando la cara de mis amigos cuando les haga probar el menú compuesto por bacalao, tortilla francesa del mismo pescado y el famoso chuletón. Todo ello regado con la sidra escanciada directamente de los enormes barriles alineados junto a la pared al grito de «chos».

El trabajo en el hospital cada día me gusta más. El buen rollo con el equipo es inmejorable y, aunque no siempre me toca trabajar en el mismo turno con Vera, las ocasiones en las que sí lo hacemos, son cómodas y ya no se percibe la tensión entre nosotros de los primeros días. Tampoco es que nos hayamos convertido en los mejores amigos del mundo, pero sí es verdad que, desde la noche en la que cuidé de ella y nuestra posterior conversación por WhatsApp, las cosas entre los dos se han suavizado.

Los únicos momentos raros son aquellos en los que Sara se cuelga de mí como si fuese un koala e intenta acaparar mi atención. Como no quiero ser borde con ella, aguanto el tipo lo mejor que puedo, pero sí que me doy cuenta de que, al vernos así, Vera se retrae y se encierra en sí misma, trabajando a su aire. Gracias a Dios, son pocas las veces que coincidimos los tres juntos y puedo evitar situaciones incómodas.

En general, si pongo en perspectiva este mes que llevo en Santander, puedo decir, sin dudarlo, que ha sido todo una acierto dejar mi vida en Madrid y cambiar de aires. La situación con Julia era tan mala y estaba tan al límite que tenía miedo de estallar en cualquier momento. Creo que el haberme distanciado de ella, romper ese hilo que aún nos unía a pesar de haber roto hace tanto tiempo, va a ser bueno para los dos. A ella le va a venir bien para deshacerse poco a poco de esa dependencia que tiene del Hugo que ya no soy, y a mí... A mí para respirar.

Porque los últimos meses allí sentía que me ahogaba, que no era suficiente para nadie. Que no estaba a la altura de lo que se esperaba de mí. Incluso estaba desmotivado con mi profesión, algo impensable en cualquier otro momento, porque si algo he tenido siempre claro, a pesar de mi época oscura, es que quería ser enfermero. Era mi sueño y mi mayor logro.

Desde pequeño, cuando me preguntaban lo que quería ser de mayor, sin ningún atisbo de duda, yo contestaba que enfermero. Mis amigos querían ser futbolistas o astronautas. Yo, enfermero.

Ellos leían comics y, llegados a la adolescencia, revistas de desnudos femeninos, yo leía

libros ambientados en el mundo sanitario o científico, mayoritariamente los escritos por Robin Cook o Patricia D. Corwell, y bueno, vale, también revistas de desnudos femeninos. Que tampoco era tonto. Al fin y al cabo, era un adolescente de hormonas revolucionadas como todo hijo de vecino.

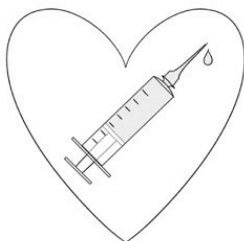
Por este motivo, cuando empezó a hacérseme cuesta arriba levantarme para ir a trabajar, cuando el corazón me iba a mil por hora al entrar por la puerta del hospital y esperaba los escasos días de libranza como si fuesen vacaciones, tomé consciencia de que no podía seguir de esa manera. Arrastrarme por la vida no era lo mío, no entraba en mis planes y, por ello, hablé con mi supervisora, que me ayudó con todas las gestiones para trasladarme de ciudad en comisión de servicios. No había muchas opciones, pero, de repente, la ciudad de Santander se presentó ante mí como la solución a todos mis problemas y, de esa manera, terminé aquí.

Enamorado de nuevo de mi profesión. Enamorado de esta preciosa ciudad.

Enamorado.

TRECE

JUGANDO CON FUEGO



VERA

El mes de diciembre llega y en el hospital nos sumimos en una tranquila rutina. Hugo y yo nos acostumbramos a trabajar codo con codo, cómodos, en amigable compañerismo salpicado de bromas que rompen la seriedad del trabajo. Acoplamos nuestros ritmos y estilos de trabajo y acabamos formando un tándem perfecto que no necesita decirse nada para saber cómo actuar. Compenetración absoluta.

Entre nosotros también se instala una especie de amistad que, si bien no está exenta de frases con doble sentido, nos permite empezar a conocernos un poco mejor. Y reconozco que me gusta el Hugo que voy conociendo, el que se esconde en esa pose de chulería del primer día. Está visto que, en esta ocasión, mi primera impresión no fue muy certera.

Hay algunos días que lo encuentro más serio de lo normal. Entonces procuro no interactuar mucho con él, he aprendido a dejarle su espacio en esos momentos. Cada persona convivimos con nuestro propio drama interno y necesitamos conectar con nosotros mismos, si lo sabré yo.

Hoy comienzo el primero de mis tres días de libranza y tengo que ser sincera, acostumbrada a estar con él siete o diez horas trabajando, cuando no lo veo, lo echo de menos. A él y a sus dobles sentidos. A él y a sus miradas un poco más largas de lo normal. A él y a los roces no tan casuales que fuerza cada vez que tiene ocasión.

Tirada en el sofá, hago *zapping* por los canales de la televisión hasta que encuentro en una cadena mi película favorita, *Dirty Dancing*. La pongo desde el principio y me acomodo para disfrutar de uno de mis actores fetiche.

Suena la entrada de un WhatsApp y miro la pantalla del móvil distraída. Me incorporo al ver que es Hugo el que me escribe.

HUGO HOSPITAL

Hola, ¿qué haces?

YO

Nada. Tirada en el sofá viendo *Dirty Dancing*.

HUGO HOSPITAL

Así que eres de las románticas a las que les gusta ese tipo de películas. Sabes que esos tíos no existen en la vida real, ¿verdad? Esa clase de pelis son las culpables de que tengáis el listón demasiado alto a la hora de buscar pareja. Deberían de estar prohibidas. Voy a empezar a pedir firmas para que no vuelvan a rodar ninguna película romántica más 😏.

YO

¿Estás de coña? Es, posiblemente, mi película favorita de todos los tiempos. Bueno, cualquiera en la que salga Patrick Swayze me encanta. Pero esta me rechifla. El papel de Johnny, con esa imagen de tío duro pero a la vez tan tierno, me vuelve loca.

HUGO HOSPITAL

Ahora que lo dices, tú tienes un aire a Baby con esa melena rizada. Aunque te aseguro que no tienes nada de tímida y angelical como sí lo es ella.

YO

Ja, ja, ja, ja, ja. Pues tú tienes un aire a Johnny. Con esa pose de chulito de barrio, de malote. Pero que en el fondo esconde un interior blandito y dulce.

HUGO HOSPITAL

¿Qué dices?, ¿blandito y dulce yo? Eh, no te pases, que tengo una reputación que mantener.

YO

Ja, ja, ja, ja, ja.

HUGO HOSPITAL

Espera, ya verás...

YO

¿Qué?

HUGO HOSPITAL

Te acabo de grabar en mi teléfono como «Baby» 😏.

YO

Serás capullo.

Cacharreo un poco con el móvil antes de volver a escribir.

YO

Ala, ya está. Te acabo de agregar a mis contactos como Johnny. Donde las dan, las toman 😏.

JOHNNY

Ya sabes cómo acabaron esos dos en la película 😏. ¿Significa eso que te vas a arrimar como en el baile... y lo que surja?

YO

En tus sueños.

JOHNNY

Los sueños son los deseos reprimidos :P

YO

Adiós, insufrible

JOHNNY

Adiós, baby. No te reprimas y sueña conmigo.

La hostia, hemos subido de nivel en nuestras conversaciones y esto se está caldeando. Mucho.

«Que se lo digan a esas mariposas que has empezado a sentir en la tripa, ¿no? Bueno, y en lo que no es la tripa».

La mañana siguiente la dedico a limpiar un poco la casa, es lo que tiene ser una pobre trabajadora, que no te da para pagar a una asistenta. Al terminar, decido hornear una bandeja de galletas para llevar el próximo día al hospital. Cuando ya no sé qué más hacer, me siento en el sofá, aburrida, y abro mi chat con Hugo.

YO

Ey, ¿en qué andas?

No tarda nada en estar en línea e inmediatamente veo los tres puntitos que indican que está escribiendo.

JOHNNY

Intento no quemar la cocina mientras me preparo algo de comer.

YO

Ya veo que las agujas son lo tuyo, pero que las cazuelas no.

JOHNNY

Prefiero poner mil vías antes que coger una sartén. La última vez que cocí unos huevos, me olvidé de ellos y explotaron pegándome un susto de la leche.

YO

Ay, madre mía. Ja, ja, ja, ja, ja.

JOHNNY

Seguro que a ti se te da bien la cocina. Solo hay que ver los postres que llevas al curro.

YO

Me gusta mucho cocinar, sí. Además, me relaja un montón.

JOHNNY

A mí se me ocurren mejores maneras de relajarse.

YO

Ah, ¿sí? A ver, ilumíname.

JOHNNY

Todas acaban contigo y conmigo en posición horizontal y bien entrelazados.

YO

No se para qué pregunté.

JOHNNY

Entonces, ¿aceptas que nos relajemos juntos? 😊

YO

Cuando se hiele el infierno.

Mi último día de libranza dedico la mañana a ir de compras y renovar un poco mi vestuario. Se acerca la cena de Navidad del trabajo y me apetece estrenar algo.

El resto lo paso viendo alguna serie, dormitando en el sofá y leyendo. Necesito hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrir la conversación con mi compañero, pero viendo cómo terminamos nuestras charlas las ultimas veces, prefiero no encender la mecha.

Cuando estoy en la cama a punto de cerrar el libro y apagar la luz, suena una notificación en mi móvil.

JOHNNY

¿Estás dormida?

YO

No, me pillas leyendo. ¿Qué tripa se te ha roto?

JOHNNY

Nada, no puedo dormir.

YO

Ponte a contar ovejitas, dicen que eso ayuda.

JOHNNY

Me ayudaría más dormir con compañía.

YO

Llama a Sara, seguro que está encantada de velar tus sueños.

«Estupendo Vera, entrando a matar. Con lo mona que estás callada. Se va a pensar que le interesas».

JOHNNY

Sara no me interesa, y la que sí lo hace no me da ninguna oportunidad.

YO

Vaya, no puedo creerme que alguna se te resista. Debe de ser una chica lista. O que no sabes llevártela a tu terreno.

«¿Tan lista como tú? No sé a quién quieres engañar, es obvio que cada día te gusta más. Solo te falta cantar el “Obi, oba”, como el príncipe gitano».

JOHNNY

Yo me la llevaría a donde hiciera falta. Preferiblemente a mi cama, a mi sofá...

YO

Como seas tan directo, la vas a espantar

JOHNNY

Ser directo es el único recurso que me queda. No hace ni caso a mis indirectas.

YO

Cómo sois los tíos, siempre andándoos por las ramas. ¿Le has preguntado directamente qué siente por ti?

¿Puede alguien explicarme qué coño hago dándole consejos sentimentales para que se líe con otra al tío que empieza a hacerme tilín?

«Vera, eres medio lela».

JOHNNY

No. Vera, ¿qué sientes por mí?

«Espera, ESPERA, ¿se refiere a mí?, ¿soy yo la que le intereso? Ostras, que me pinchan y no sangro. Y ahora, ¿qué puñetas le digo? Piensa, Vera, PIENSA».

YO

Joder, Hugo.

«Brillante, Vera, una contestación brillante, vamos, que no vas a destacar por tu oratoria». Manda huevos...

JOHNNY

Joder, Vera.

La madre que lo parió, creo que esto se nos está yendo de la manos. Estamos jugando con fuego y, si seguimos así, vamos a quemarnos. Qué digo quemarnos, vamos a arder cual cerillas.

Es una locura empezar una historia con él sin poner las cosas en orden con Fer. Me da la impresión de que con Hugo no sirven las medias tintas ni los acuerdos. Con él es todo o nada. Y no puedo arriesgarme a que tengamos algo. Sería la crónica de una muerte anunciada, una historia con fecha de caducidad. Porque él volverá a Madrid y yo me quedaré aquí intentando continuar con mi vida como si nada. Y si le dejo entrar en ella, no volverá a ser la misma. Y no sé si estoy preparada para abandonar mi plácida y cómoda rutina.

Por eso debo cortar estos troteos de raíz, no volver a entrar al trapo. No darle alas a algo que no puede pasar, ni por asomo. Hugo y yo debemos seguir en la *friendzone*.

«Vamos, Vera, vosotros no habéis estado nunca en esa zona. U os habéis pasado los días discutiendo, u os atraéis como imanes».

Es que esto no es ni medio normal. Qué coño, es un puto caos.

Porque ha empezado a gustarme más de lo que nunca imaginé y no tengo ni idea de cuándo ha pasado. Y mira que he hecho todo lo posible y lo impensable por evitarlo. Mira que he intentado que me caiga mal. Pero el muy capullo se ha hecho un hueco dentro de mí sin ni siquiera darme cuenta.

«Ya sabes lo que dice la canción de Los Rodríguez “Mi corazón es un músculo sano, pero necesita acción”; y el tuyo lleva demasiado tiempo en *stand by*. Vamos, que le están saliendo hasta telarañas».

No, a ver, no. Una cosa es que me empiece a gustar, y otra muy distinta es que empiece a sentir algo por él, ¿verdad? Es solo deseo. Puro y duro. No tiene nada que ver con los sentimientos. Para esos, se necesita tiempo. Conocerse, tener cosas en común...

«Claro, entonces explícame por qué sientes que se te va a salir el corazón por la boca cada vez que lo ves. O por qué corres como una descosida cuando suena un mensaje en tu móvil y piensas que puede ser Hugo. Na, aquí los sentimientos y el corazón no tienen nada que ver. Anda ya, no te lo crees ni tú».

Puñetero corazón.

CATORCE

PUNTO DE EBULLICIÓN



HUGO

Después de nuestras últimas conversaciones por WhatsApp, Vera se mantiene de nuevo alejada de mí. No es que hayamos vuelto al punto de partida, pero no me pasan inadvertidos sus intentos por evitar estar a solas conmigo. No siempre lo consigue, hay algo, como un imán que nos atrae, que nos conecta de alguna manera y es inevitable que en algunas ocasiones nos rochemos o nos interpongamos en el camino del otro. Son esas veces cuando siento que saltan chispas a nuestro alrededor. Y no son las mismas chispas que cuando nos conocimos, cuando no hacíamos más que picarnos y discutir. Estas son aquellas que desembocan en un punto de ebullición que no tiene retorno. Esto que se está fraguando entre nosotros salta a la vista que solo va a tener un final: ella y yo juntos.

Lo siento.

Lo deseo.

Lo necesito.

Me encanta ver cómo trabaja, cómo empatiza con sus pacientes, con su dolor. Tiene esa manera tan maravillosa de acercarse a los familiares, de hacerles notar su presencia consoladora sin molestar. Pasando casi de puntillas por su lado, pero haciéndoles saber con una simple caricia en el hombro que está allí para ellos; un gesto que para otros puede pasar inadvertido, pero que, para mí, que me paso el día con la mirada puesta en ella, en su cara, me parece toda una declaración de amor.

Amor por su profesión, por sus pacientes e, incluso, por la familia de estos.

Es increíble cómo le cambia el gesto cuando se dedica en cuerpo y alma a ellos, cómo se le dulcifica la mirada. Cómo la sonrisa se vuelve permanente cuando va dedicada a ellos. La Vera guerrera, peleona, desaparece detrás de la Vera cariñosa, la Vera que está entregada al cien por cien a sus enfermos. Y yo... Yo me cuelgo un poco más por ella cada día que la voy conociendo en más profundidad.

Hoy me ha vuelto a llamar Julia llorando, dice que me necesita a su lado, que no puede más, que

solo conmigo es capaz de dejar esa mierda y, a continuación, ha vuelto a pedirme dinero. Os juro que el Hugo de la época anterior a Vera hubiese corrido a su lado para apoyarla, para ayudarla, pero desde que se ha cruzado ella en mi camino, he acabado de entender lo que ya sabía desde hace tiempo, que lo que tengo con Julia no es una relación sana.

Porque Vera ha aparecido en mi vida para ponerlo todo patas arriba, o quizás para ponerlo todo en orden. Porque llevo tantos años destrozado, jodido, que al conocerla han encajado todas mis piezas rotas como si se tratase de un maldito puzle.

Después de tanto tiempo, no he cedido ante Julia, he sabido decirle NO. No a más dinero, no a más llamadas, no a sus chantajes si no acepta recibir ayuda profesional. Me he liberado por fin de este cordón umbilical al que se había aferrado, que me estaba estrangulando y he cerrado la última puerta que me unía a ese pasado.

Aun así, no he podido evitar sentirme un poco culpable, y en el trabajo he estado bastante más callado de lo normal.

Cuando me voy a la cama, no puedo evitar imaginármela conmigo, enroscada a mis piernas y siento tal anhelo por ella, tanta necesidad, que me paso horas dando vueltas sin poder dormir, con la cabeza llena de sus imágenes.

Nos hemos acostumbrado a terminar el día hablando por WhatsApp y ya es como una adicción. Parece que si no hablo con ella antes de meterme en la cama, el sueño no viene a mi encuentro. Solo al hablar con Vera soy capaz de ignorar el ruido que me acompaña cuando estoy solo y en silencio. Nuestras charlas nocturnas son lo único que necesito para que los monstruos, los fantasmas que pueblan mis pensamientos, se escondan y le den paso a la luz. Una luz que solo es capaz de encender ella. Solo Vera sabe dónde está el interruptor para dejar todo ese ruido ambiental en *mute*.

Pero al ver la manera en la que me ha evitado estos días, empiezo a creer que me he pasado un poco. Tengo miedo de haberla asustado, de que, por culpa de mi impulsividad, de mi deseo de acelerar las cosas, haya estropeado lo que sé que está surgiendo entre los dos.

Joder, qué complicado es esto de las relaciones. Ni con treinta años le cojo el tranquilo.

Decido dejar pasar unos días sin ponerme en contacto con ella. Dejemos que las aguas vuelvan a su cauce antes de pensar la manera de volver a tener esa complicidad de días pasados. Por eso acepto la invitación de Carlos, mi compañero, para salir a cenar ese viernes con otro par de enfermeros que, aunque no son de nuestro servicio, conozco gracias a él.

Reconozco que me apetece mucho el plan. La idea es ir de tranquis a picar algo a un restaurante de la zona de marcha y terminar tomando unas copas por la plaza de Cañadío.

Me visto sin poner mucho énfasis en mi aspecto, no tengo muchas expectativas en temas de ligue. Al fin y al cabo, a mí, en este momento, solo me interesa ligar con una, y como no es algo que vaya a suceder a corto plazo, me dedicaré a pasármelo bien con mis compañeros. Quién sabe, quizás de aquí salga una amistad que perdure tras mi vuelta a Madrid.

El restaurante elegido podría llevar más de doscientos años ubicado en el mismo sitio si hacemos caso de su decoración. Puertas de madera inmensas, suelo desnivelado de aspecto antiguo, mesas y bancos corridos, muebles de maderas nobles y, lo más curioso, en la parte de arriba del local, un piano en el que una chica interpreta canciones actuales pero con su toque personal. Una sonrisa se abre en mi cara. Me gusta, qué carajo, me encanta el ambiente del garito.

—No esperes comida muy elaborada —me avisa Carlos—, tendrás que conformarte con lo

básico. Tablas de embutidos, patés y fritos. Eso sí, unos fritos que harán que te corras del gusto —acaba con una carcajada.

—No soy yo muy sibarita con la comida —confieso—. Todo me viene bien. Tengo un paladar que se adapta a cualquier cosa. —Les guiño un ojo.

Un camarero nos acompaña a una de las mesas ubicadas en la esquina del local y nos ofrece varias cartas para que vayamos escogiendo.

—Para beber —es Gonzalo el que habla—, podemos pedir una jarra de sangría. Aquí las hacen muy buenas.

—¿Una sola? —David alza las cejas—. Con una no tenemos ni para empezar. ¿Qué somos?, ¿unas nenazas? Que se note que a nosotros no nos tumba un poco de vino. Pide dos para empezar y luego vamos viendo.

—David, no te pases, que ya sabes cómo terminamos la última vez que nos desfasamos. —Carlos se vuelve hacia mí—. Bebimos tanto que aquí, el colega, terminó subido en la farola de la plaza. Ni te imaginas lo que nos costó bajarlo de ella. Y encima, todos a nuestro alrededor lo animaban a que subiese todavía más alto.

—Aún no me explico cómo nos libramos de pasar la noche en comisaría —termina Gonzalo cabeceando.

—David es de los que no sabe cuándo parar. Da igual que sea el alcohol, las bromas o las mujeres. —Se ríe Carlos.

—Eh —se queja el aludido—, tendrás tú alguna queja de mi arte con las mujeres. Puedo darte incluso lecciones, y todo eso sin cobrarte ni un duro. Para algo están los amigos —vacila.

—Sí, claro —Gonzalo le da una palmada en la espalda—, por eso sigues babeando por Vera, la compañera de Carlos.

Giro la cabeza como la niña del exorcista hacia mi derecha.

—¿Te gusta Vera? —Miro a David a la cara, intentando que no se note lo que me jode que haya puesto sus ojos en ella.

—Buff, ¿acaso no la has visto?, ¿a quién no le gusta Vera? —Tiene razón, ¿a quién no le gusta?

—Pues vete bajando de la nube —le avisa Carlos—. Me parece que hay alguien que te ha comido la tostada. —Y no me pasa desapercibida la mirada disimulada que me echa mi compañero.

Afortunadamente, la llegada del camarero para tomarnos nota evita que la conversación se vuelva más incomoda. No sé si Carlos se ha dado cuenta de la electricidad que emanamos Vera y yo cuando estamos a menos de un metro de distancia o intuye algo, pero prefiero evitar tener que dar explicaciones.

Después de la cena, nos acercamos a uno de los bares que rodean la plaza y, tras encontrar una mesa libre en la calle, Carlos y yo entramos a pedir las bebidas, mientras David y Gonzalo se quedan custodiándola.

Pedimos cuatro *gin-tonics* y, mientras esperamos a que nos los preparen, mi amigo saca la conversación que yo intentaba evitar a toda costa.

—Entonces, ¿pasa algo entre Vera y tú? —Ale, directo a la yugular.

—No sé a qué te refieres. —Intento escaquearme.

—Vamos, no me tomes por tonto. Es evidente para cualquiera que os mire que entre vosotros saltan chispas —dice mirándome de medio lado.

—Sí, tantas que estoy a punto de cortocircuitar —confieso—. Porque, si tan atento estás a lo

que pasa entre nosotros, también habrás visto que no me da ninguna oportunidad. —Me encojo de hombros.

—Tal vez si no te dejases querer por Sara, mostraría más interés. —Joder, no se corta un pelo.

—Pero qué manía os traéis todos con Sara. Coño. Que ella no me interesa. No sé cómo hacéroslo entender. —Resoplo, cansado siempre del mismo tema.

—Puede que tú lo sientas así. Pero ya te digo yo que, desde fuera, las cosas se ven de diferente manera. Te aseguro que Sara está buscando enredarse contigo... y de todas las posturas posibles. —Termina descojonándose de mí.

—Pues ya te puedo ir diciendo que eso no va a pasar —digo convencido.

—¿Y ella lo sabe? Cómo se nota que no la conoces. —Me sonrío de medio lado—. Esa siempre consigue lo que se propone. Y está tan buena que encima tienes que darle las gracias por haber sido elegido —se burla.

—¿Tú y Sara...? —Parece conocerla muy bien.

—Ni de palo. No debo de ser merecedor de sus atenciones. —Encoge los hombros—. De cualquier forma, no estamos hablando de mí. —Se acerca a la barra y coge dos de las copas que el camarero ha puesto frente a nosotros.

Yo hago lo mismo con las otras y nos encaminamos hacia donde nos esperan nuestros dos amigos.

—Venga, hombre, sí que habéis tardado —dice David malhumorado— ¿Estabais destilando la ginebra o qué? —Coge rápidamente una copa de la mano de Carlos y le da un largo trago.

—Parece que alguien está un poquito ansioso por emborracharse —lo vacilo.

—Más bien parece que alguien está un poco jodido por haber visto a su *crush* con otro —dice Gonzalo señalándonos con la cabeza hacia un punto por detrás de nosotros.

Me doy la vuelta mientras doy un trago a mi bebida, pero lo que veo casi me hace escupir lo que acabo de beber.

Vera. Vera y su puñetero novio están detrás de nosotros de lo más acaramelados y hacen caso omiso al mundo en general, ocupados solamente el uno en el otro. Ella se ríe, él le susurra a saber qué tontería en el oído, pero ambos ajenos a lo que les rodea.

De pronto, ella gira la cabeza y la sonrisa se le congela en la boca cuando nuestras miradas se encuentran. Su novio le coge la barbilla con una mano y aprovecha para besarla cuando vuelve la cabeza. En ese momento, yo... Yo quiero estar en cualquier sitio que no sea este. En cualquier lugar donde no tenga que ser testigo de cómo lo que más ansío ahora mismo, a Vera, se me escapa como agua entre los dedos.

Segunda noche que se me jode la fiesta al ver al objeto de mis deseos enrollarse con otro que no soy yo. Genial. Y vamos para bingo.

Definitivamente, creo que me he imaginado en todo momento mi conexión con ella.

Pero no, qué cojones, ni soy tan gilipollas ni he perdido mi instinto. Estoy seguro de que entre nosotros está surgiendo algo. Lo que debo plantearme ahora es si merece la pena seguir intentándolo o dejar las cosas como están.

No, ni loco pienso cesar en mis intentos. Al fin y al cabo, aquí la que tiene pareja es ella. Yo no tengo nada que perder, ¿no?

Pues eso, puede que haya perdido una batalla, pero la guerra no termina hasta que uno de los contrincantes muerda el polvo.

Y os aseguro que ese no voy a ser yo.

QUINCE FLIPADA



VERA

Van pasando los días de este mes de diciembre y yo me hago la loca después de mi última conversación con Hugo por WhatsApp. He hecho todo lo posible por evitarlo, por no estar juntos en el mismo lugar. Hay veces que ha sido inevitable, y los roces casuales entre nosotros han hecho subir la temperatura de mi cuerpo. A pesar de ello, me niego a dejarme llevar por esta atracción que solo puede traerme quebraderos de cabeza.

El viernes, cediendo a la insistencia de Fer, quedo con él para salir a cenar. Aunque me apetece más bien poco, me esmero en arreglarme.

Cenamos en el Cañadío. Soy adicta a su tarta de queso y, después de varios platos compartidos, pido mi postre favorito entre todos. Como mi acompañante sabe que mi tarta es mi tesoro, como dice Gollum en *El señor de los anillos*, y que antes muerta que compartir, él se decanta por un arroz con leche. Hoy, para mi sorpresa y al contrario que en días anteriores, me siento cómoda en su compañía, casi como al principio de nuestra «relación» y me permito disfrutar de la noche bromeando y riendo. Al terminar, como ninguno de los dos nos queremos ir a casa, decidimos tomar una copa en alguno de los bares que rodean esta plaza tan emblemática en la noche santanderina. Compartimos risas y confidencias fruto de la complicidad que hemos ido forjando en estos años y me permito imaginarme mi vida si estuviera enamorada de mi compañero de mesa, de su sonrisa, de la paz que me transmite. De la ilusión de sus brazos confortables arropándome. Pero, por desgracia, en estos momentos solo lo veo como un amigo, un buen amigo.

Me río cuando se inclina y me susurra un par de tonterías subidas de tono en el oído, giro la cabeza para soltar una carcajada, pero esta se me atasca en la garganta cuando los ojos más tormentosos que he visto en mi vida me observan con fijeza. Ni siquiera me da tiempo a ver de quién está acompañado Hugo, pues inmediatamente Fer me agarra por la barbilla y me besa con demasiada posesión. La siguiente vez que miro hacia el lugar desde donde me taladraban esos ojos azules que me tienen loca, mi mirada se encuentra con otro grupo de personas entre las que no está él.

A partir de ese momento, mi noche se estropea y ya no soy capaz de disfrutar de la compañía

de nadie, por lo que, después de un rato, aduzco un dolor de cabeza terrible para que Fernando me lleve a casa, en donde permanezco despierta en la cama mientras maldigo mi puñetera suerte. Desearía no haber tenido la ocurrencia de salir de casa.

Me paso el fin de semana totalmente aislada en mi mundo, dándole vueltas a la puñetera cabeza a la vez que intento tomar una decisión. No puedo seguir así, no puedo estar dándole a Fer solo la mitad de mí. Se merece tenerme al cien por cien y no este sucedáneo de Vera en el que me he convertido. Se merece alguien con la capacidad de dar amor que tiene él, alguien que le quiera como él se merece. Tengo que dejarlo libre, dejar de atarlo a mi persona.

Después de decidir esto, me siento más tranquila y el domingo me acuesto expectante por saber qué me deparará el día de mañana cuando me encuentre con Hugo en el hospital. ¿Seguiremos evitándonos o volveremos a esa complicidad que nos unió a golpe de WhatsApp? Con la imagen de sus ojos azules, me duermo con una sonrisa y le pido a quien sea que maneje todo desde arriba que permita que las cosas vuelvan a estar bien entre nosotros. Por supuesto, de mis deseos de la noche anterior no se cumple nada. Hugo está extrañamente callado y evita mi mirada en los pocos momentos en los que busco la suya. Cuando termina el turno, una vez que hemos dado el cambio, me apresuro a salir de la planta y me encamino hacia los ascensores que me llevan al vestuario. Cuando estoy esperando a que llegue alguno, siento una mano que me agarra por el codo y me da la vuelta con ímpetu. Los ojos de Hugo me miran encendidos y durante unos segundos nos observamos sin decir nada. Levanto la barbilla desafiante a la espera de que hable.

—El tipo ese, tu novio, con el que te besaste la otra noche, no está a tu altura. No parece de los que te hagan ver las estrellas. Y tú... Tú te mereces a alguien que ponga toda la puta Vía Láctea a tus pies. —Y con las mismas, se da la vuelta, se va hacia las escaleras y me deja con la boca abierta y cuatro o cinco latidos menos en el corazón.

El día siguiente, coincidimos con Sara en el turno de tarde y te juro que solo le ha faltado desnudarse delante de Hugo, así de desesperada está por pillar con él. Él se deja querer, pero no le da bola. Creo que eso le da más pie y dobla sus esfuerzos. Joder, qué flipada.

Seguimos ignorándonos mutuamente, aunque ya no evitamos mirarnos. Al contrario, nuestros ojos se buscan con más frecuencia que antes. Él, como calibrando mi respuesta a sus palabras de ayer; yo, intentando digerirlas.

Terminado el turno, me entretengo hablando con Alba, que entra de noche, y, cuando quiero bajar al vestuario a cambiarme y salgo hacia mi coche, ya han dado las once y hace un frío del carajo. Me arrebujó rápidamente en mi abrigo, sin hacer caso de una pareja que esta acaramelada a unos pasos de mí, apoyados en una moto.

Cuando levanto la vista, me fijo bien en ellos y creo morir cuando me doy cuenta de que son Hugo y Sara. Ella lo tiene abrazado y le besa por el cuello y la mandíbula mientras él se ríe. De repente, cruza su mirada conmigo y, al verme, se queda helado. Hace el intento de levantarse, pero Sara le coge de la cara y le come la boca como si no hubiese un mañana.

Decepcionada y cabreada, aprieto el paso y me alejo de la parejita, mientras intento diseccionar lo que acabo de ver.

Pero qué coño, no hay nada que diseccionar, lo de estos dos se veía venir desde hace mucho tiempo. Demasiado ha tardado en pasar, y yo pensando que Sara era una flipada. Una mierda, la

flipada me parece que he sido yo.

«Bueno, supongo que esto mismo es lo que sintió Hugo cuando te vio besarte con Fernando el viernes pasado. Donde las dan, las toman».

Ya, pero escuece, joder cómo escuece.

Cuando llego a casa, no tengo ni putas ganas de hacerme la cena, de manera que pillo una tarrina de helado de caramelo salado del congelador y, después de ponerme el pijama, me tiro en el sofá a rumiar mi disgusto.

JOHNNY

Ey, baby.

Veo su mensaje en el chat que tenemos, pero, si soy sincera, no tengo ningunas ganas de hablar con él.

JOHNNY

Venga, háblame. Deja que te explique.

Ja, explicarme. ¿Qué coño me quiere explicar?, ¿que se le enredó la lengua en la campanilla de Sara?, ¿que se cayó encima de ella y ya de paso aprovechó la ocasión?

«A ver, Vera, que está en su derecho. Al fin y al cabo, vosotros no sois nada. Es lo que quieres, ¿no? Pues Sara te lo ha puesto bien fácil».

JOHNNY

Bueno, si ya estas dormida, hablamos mañana por la noche durante la guardia.

No sé si me mosquea más que intente explicarme lo que he visto o que haya tirado la toalla tan pronto cuando no le contesto.

«Ay, Verita, vaya puto cacao mental que tienes en tu cabeza».

Joder, que ya sé que no somos nada, pero pensé que después de nuestras conversaciones, habíamos empezado a construir algo, no sé, aunque sea una especie de conexión (y ese, señores, es el diablito que se me aparece de vez en cuando, asomando la nariz por encima de mi hombro izquierdo, para darme consejos que normalmente hacen que me meta en algún que otro lío), pensé que aquí había *feeling*, qué sé yo. Que soy una puta loca y pensé que era un poco especial para él. Pero, como siempre y para mi disgusto, el tiempo me da la razón y resulta que Hugo es el tío que yo había catalogado desde el principio. Un picaflor, un baja-bragas al que le gusta tontear con todas y cada una de las tías que se le ponen por el medio. Y aquí, la tonta del bote, bajó su caparazón lo suficiente para dejarle entrar y se dio una hostia contra el suelo de las que hacen historia.

«Bueno, Vera, pues a lo mejor tienes que aplicarte el cuento y medirte por el mismo rasero con el que lo mides a él. Al fin y al cabo, tú estás haciendo lo mismo. Estás con Fernando y suspiras por Hugo, ¿quién es una picaflor?».

Y señoras y señores, como siempre, la voz de mi angelito en mi hombro derecho acaba ganando la discusión.

Punto, set y partido.

Vaya noche que he pasado, joder. No he podido pegar ojo dándole vueltas a lo que vi,

imaginándolos juntos, en la cama, disfrutando acaramelados. Y ya te aseguro que me los he imaginado con pelos y señales. O quizás es que he puesto en mis pensamientos mis propios deseos, pffffff.

Creo que voy a llamar a supervisión de enfermería para ver si me dan libre esta noche. No puedo imaginarme pasando una guardia de diez horas a solas con él, muriéndome de ganas de ponerme en el lugar de Sara y sabiendo que él no tiene las mismas ganas que yo. Tendré que hacer como María en la canción de «Cruz de navajas» de Mecano, mojarme las ganas en el café.

Con la noche libre concedida, me siento más tranquila y me dispongo a pasar los siguientes cuatro días libres intentando no pensar en Hugo.

Estoy tirada en el sofá, leyendo después de cenar, cuando me entra una notificación de WhatsApp.

JOHNNY

Ey, me has dejado esta noche solo frente al peligro. ¿Todo bien?

Parece que no da la menor importancia a todo lo que ha ocurrido últimamente entre nosotros, sigue comportándose como si nada. Pienso si contestar o no, pero como no quiero que sepa lo que me ha jodido verlo con Sara, decido hacer caso a mi angelito particular y no a mi diablillo y escribo:

YO

Sí, es que me duele mucho la cabeza y, como me deben un montón de horas, me he pillado la noche libre.

JOHNNY

Ah, bien...

YO

Bien...

JOHNNY

Anoche te escribí.

YO

Sí, lo vi esta mañana, pero me lie a hacer cosas y se me pasó contestarte.

JOHNNY

¿Quieres que hablemos?

YO

La verdad es que tengo la cabeza como un bombo y me voy a acostar. Ya hablaremos.

JOHNNY

Joder, Vera.

YO

Adiós, Hugo.

Y con esta breve conversación siento que toda la complicidad que habíamos forjado los días pasados se ha ido por la puta ventana. Que lo que quiera que fuese lo que estaba empezando entre nosotros se terminó en el mismo momento en que le vi enroscándose con Sara. En el momento en el que me di cuenta de que lo que yo empezaba a sentir no estaba en la misma sintonía que lo que sentía él. Al fin y al cabo, y como he dicho en muchas ocasiones, yo no soy

rival para un pibón como ella, yo solamente... soy yo.

DIECISÉIS

CAOS



HUGO

Joder, joder y mil veces joder. No sé en qué puto momento se jodió todo esto, o bueno, mejor digamos que sí lo sé. Fue en el momento en el que Sara me pilló desprevenido mientras miraba a Vera y me metió la lengua hasta las amígdalas, delante de la cara sorprendida de la razón de mis sueños húmedos.

Me cagüen. Todavía no sé por qué me paré cuando me llamó Sara después de salir del curro. Yo solo quería llegar a casa y enfrascarme en una de mis conversaciones por WhatsApp con Vera. Iba despistado y me pilló con la guardia baja. Que si «Huguito, qué malo eres», que si «no me haces caso», que si un puchero aquí, otro puchero allá. Vamos, que entre tontería y tontería empezó a acariciarme el cuello, la cara... Por más que le quitaba la mano, ella no se daba por vencida y, cuando iba a levantarme para coger la moto e irme a casa, apareció Vera, ajustándose el abrigo, con las mejillas rojas, el pelo al viento y tan jodidamente guapa que me quedé atontado mirándola. Ahí es cuando aprovechó Sara para comerme el morro con ganas. No ha sido ni medio minuto, pero, cuando conseguí quitármela de encima, Vera ya estaba alejándose con prisas. Y aunque me hubiese encantado correr detrás de ella y explicarle lo que había visto, creo que fue mejor quedarme y hacerle entender a la morena que no era posible que estuviésemos juntos. Que no es posible un *nosotros* porque yo solo quiero un *nosotros* con la tía que se acaba de ir huyendo de aquí como alma que lleva el diablo. La tía que me vuelve loco. Una tía que, sin haberla besado todavía, sé que va a tener mi sabor favorito del mundo entero. Sé que va a ser justo lo que necesito para curar todos mis males.

Anoche intenté hablar con ella por WhatsApp, pero, una de dos: o ya estaba dormida o me ha ignorado completamente. Entendería su mosqueo si sintiese algo por mí, pero después de que lancé la pregunta del millón la otra noche, ella ha hecho como si esa pregunta no hubiese existido nunca. Ha estado evitándome, y con más ahínco después de enfrentarme a ella por el beso con su novio que ha estado causándome pesadillas desde que los vi.

No se me olvida que ella tiene pareja y quizás la he puesto en un compromiso al soltarle mi perla tan a bocajarro.

Bueno, espero que esta noche trabajando podamos arreglar las cosas y volver al punto donde

lo habíamos dejado. Me gustaría seguir con nuestra complicidad. Con nuestra amistad.

«Sí, claro, como que tú te vas a conformar solo con su amistad. Vamos, no me jodas».

Entro a trabajar y, después de llevar allí diez minutos, veo llegar a un correturnos que va a sustituir a mi compañera y eso me deja un poco fuera de juego.

Una vez que he dado mi vuelta y he escrito en el evolutivo, abro mi chat con Vera y, en esta ocasión, por fin consigo hablar con ella. Me dice que le duele mucho la cabeza y se ha pedido la noche libre, que no le apetece hablar porque se va a dormir. Me despido de ella, pero no me quedo tranquilo. Me da la sensación de que algo le pasa. Algo más aparte de mi cagada con los mensajes y mi salida de tiesto respecto al beso con su chico. Siento que hemos perdido nuestro momento especial. Nuestro troteo con el teléfono por la noche ha desaparecido, está triste, tensa y no me gusta. Quiero volver a leer sus pullas, que me tienta con sus frases con doble sentido, que se ría de mis gracias y que me cuente sus cosas cuando se permita bajar la guardia conmigo. Me aterra darme cuenta de que puedo perder esos momentos tan nuestros. Me he acostumbrado a dormirme y que sea ella la última persona con la que hablo. A dormirme con una sonrisa en la boca, y es que, desde que hablo con ella por las noches, he dejado de dar vueltas en mi cama. Vuelvo a dormir del tirón como hacía años que no dormía. En definitiva, he vuelto a ilusionarme.

En mis siguientes días libres, intento seguir disfrutando de mis rutas en moto, pero hay algo, una pequeña espina que tengo clavada, que me lo impide. No consigo sacarme de la cabeza a Vera. Le doy vueltas a todas las situaciones vividas en los últimos días intentando descubrir qué es lo que he hecho mal para que se haya cerrado a mí.

Vale, puede que me columpiase un poco al ponerla contra las cuerdas cuando le solté mi brillante frase sobre la Vía Láctea (léase con un leve tono de ironía), o quizá lo estropeé todo cuando le pregunte qué es lo que sentía por mí. Me gustaría hacer volver atrás el tiempo y no haber abierto mi maldita boca.

O no, joder, porque yo necesito saber qué es esto que siento cuando la veo y la única manera de hacerlo es entrando a matar, ir directo al grano y sin subterfugios.

Quiero saber qué narices me pasa cuando la tengo a mi lado, por qué no puedo apartar la vista de ella. Por qué, cuando ella está presente, no soy capaz de fijarme en nada ni en nadie más. Que, las pocas veces que me ha dedicado su sonrisa, las de las demás pasan a un segundo plano, o incluso se desvanecen, desaparecen. Por eso, para poder ahondar más en todo ello, necesito saber si Vera está en mi misma situación. Si le embarga la misma necesidad que a mí.

Tengo que averiguar si esta desaparece con un solo encuentro, con una sola vez que la tenga en mi cama o, por el contrario, en el momento en el que me meta de cabeza en este fuego que me consume, no habrá manera de separarme de su lado.

Hugo, recuerda que tú no eres tío de relaciones casuales. Una sola vez con Vera solo hará que tu necesidad de ella sea mayor. Pero para todo eso, el novio tiene que desaparecer de la ecuación. Y me temo que eso es algo que no está en mis manos solucionar.

Con todo esto bullendo en mi cabeza, ni siquiera soy consciente de los paisajes que voy dejando atrás a toda leche. Solo cuando mi moto está a punto de hacerme saltar por los aires por culpa de un bache, aminoro la velocidad, centrándome en la conducción. Ya solo me faltaba estrellarme con la moto por tener la cabeza en otra parte.

El sábado vuelvo a salir con Carlos, David y Gonzalo, rezando para no tener que volver a

encontrarme a Vera en actitud cariñosa con su novio. Aunque cambiamos de zona para cenar, Santander es pequeña y no tiene tantos sitios de marcha como puede tener mi ciudad de nacimiento.

Cuando salimos del restaurante, nos acercamos a la zona del Río de la Pila a continuar con la fiesta. Esta calle en pendiente (tanto que incluso han puesto a mitad de ella unas escaleras mecánicas para que los vecinos puedan llegar sin problemas a sus domicilios), tiene a ambos lados una infinidad de bares y garitos, cada uno de distinta clase. Están desde los de mayor solera, que se ve que llevan abiertos desde tiempos inmemoriales, hasta los más actuales, en donde sirven exóticos cócteles. Empezamos por el bar El Río que, junto con un restaurante que se ubica un poco más abajo, es, posiblemente, el más viejo del lugar. Empezamos suave, con unas cañas de cerveza que nos tomamos en la calle que ya empieza a llenarse de gente.

Cómo disfruto de la compañía, de las bromas de estos tres cafres que me recuerdan a la camaradería que comparto con mis amigos de Madrid. Me cuentan sus batallitas y no puedo evitar reírme con algunas de las locuras que han llevado a cabo.

Después de un rato en el que nos vamos animando, veo cómo David abre los ojos y se queda con la cerveza a medio camino de su boca. Me doy la vuelta para observar qué es lo que ha llamado la atención de mi amigo y esta vez el que se queda con la cerveza a medio camino soy yo. Allí, unos metros por debajo de nosotros, está ella, la que perturba mis sueños. Bueno, mis sueños y mi imaginación. Dejaremos para otro momento lo que me molesta que David parezca tener un puto radar en lo que a ella se refiere. Joder, es el primero que la ve siempre.

Afortunadamente, hoy no la acompaña el guaperas de su novio. En esta ocasión, está rodeada de cinco chicas con las que se ríe escandalosamente.

Me fijo en su cuerpo, enfundado en unos vaqueros ajustados que se vuelven más anchos en la parte de abajo. Un jersey de cuello alto y una cazadora motera completan su atuendo. Está para comérsela y después rebañarla, entera, sin dejar ni las migas. Madre mía, me vuelvo un puñetero caos en cuanto la veo.

No me ha dado tiempo aún de reponerme de su presencia y Carlos, seguido de David y Gonzalo ya se está acercando a ella y a sus amigas, de manera que no tengo más remedio que ir detrás de ellos.

—Verita, Verita, Verita —empieza David—. No sé cómo lo haces, pero cada día estás más guapa. Hola, chicas. ¿Cómo está este ramillete de bellas flores?

—Davicito, Davicito, Davicito. —Vera le dedica una sonrisa complaciente que me repatea en lo más hondo—. ¿En serio que con esa frasecita ligas algo? —Se lleva la cerveza a sus labios pintados de rojo sin mirarme ni una sola vez.

—Ya sabes, nena. —Se acerca y le pasa el brazo por la cintura. Este quiere quedarse sin mano—. Soy un clásico. Ya quedan pocos como yo —contesta arqueando varias veces las cejas.

—Por suerte —dice ella causando las risas de sus amigas.

—Bueno. —Carlos toma el mando de la conversación—. ¿No nos presentas a tus amigas?

—Uf, no sé. Con la entrada que ha hecho David, yo diría que se han hecho una idea de la situación —vacila Vera—. Estas son Coral, Pili, Blanca, Ana y Carmen. Chicas, estos son Carlos, un compañero del curro; David, el conquistador —le guiña un ojo burlona—; Gonzalo y... —toma un poco de aire— Hugo, otro compañero del hospital. —Aunque me presenta a sus amigas, sigue sin mirarme y empiezo a mosquearme un poco.

—Ajá —dice una de ellas, creo que es Blanca—, de manera que tú eres Hugo.

Le presto un poco más de atención. De manera que ha oído hablar de mí. ¿Es posible que Vera les haya contado algo a sus amigas?, ¿algo bueno o algo malo? Sinceramente, no sé cómo

tomarme esto.

Decido tomármelo como algo bueno, como dijo Oscar Wilde «hay solamente una cosa en el mundo peor que hablen de ti, y es que no hablen de ti». Pues eso, que el que sus amigas sepan de mi existencia es un punto a mi favor, ¿no?

—Veo que mi fama me precede. —Me río con mis compañeros—. A tu servicio, guapa. —Termino haciendo una reverencia.

Oigo como Vera bufa y no puedo evitar sonreír. De manera que esto es lo que necesito para llamar su atención y que me mire, hacerme el gracioso con sus amigas.

—En fin. —David vuelve a acercarse demasiado a ella y aprieta los dientes— ¿Os importa si nos unimos a vosotras? Alguien tiene que custodiar a semejantes joyas.

—No necesitamos guardaespaldas —contesta otra de las amigas—. Nos iba muy bien solas.

Vera se ríe mientras sigue bebiendo.

—Además —dice Coral—, si venís con nosotras, nos vais a espantar a los ligues.

—¿No os servimos nosotros como ligues? —Gonzalo se acerca a ella, que se separa de un salto como si quemase.

—Lo siento, pero no me gusta mezclar trabajo con placer. —Todas se descojonan con las palabras de Vera que, al decirlas, me ha mirado a mí directamente.

—Si hace falta, renuncio a mi puesto en el hospital —suelta el descerebrado de mi compañero.

—Ay, David, David —dice Ana dándole palmaditas en la cabeza como si de un cachorro se tratase—. Que se te ve el plumero.

—Bueno, chicos, ha sido un placer charlar con vosotros, pero tenemos que cambiar de prado para poder admirar el ganado —se despide Pili.

—Joder, si eso lo dice un tío, se nos echan encima —se queja Gonzalo.

—Ventajas de ser el «sexo débil» —le contesta Blanca.

—Vosotras de sexo débil no tenéis nada —dice Carlos—. Ya me gustaría a mí tener la mitad de la fortaleza que tiene una mujer.

—Me gusta cómo piensa este tío. —Carmen le guiña un ojo

Carlos se hincha como un pavo, todo orgulloso.

—Bueno, chicos, pues hasta otra, ¿vale? —Vera se aleja unos pasos—. Pasadlo bien. —Termina dándose la vuelta para marcharse.

Joder, joder, tengo que hacer algo. No quiero que se vaya todavía, no sin arreglar las cosas entre nosotros.

—Vera —la agarro de la muñeca—, espera. ¿Podemos hablar?

—No es un buen momento. —Baja la vista hasta mi mano, que sigue aferrada a la suya—. Estoy disfrutando con mis amigas. Sé que lo que sea que me quieres decir va a arruinarme la noche. Últimamente no estás muy acertado con tus palabras. —Con un tirón, se suelta de mi agarre y sigue a sus amigas, que ya están por mitad de la cuesta.

—Joder, Vera —grito para que me oiga entre la gente.

Nada, ni siquiera gira la cabeza para mirarme.

Siento una palmada en mi espalda y, al mirar a mi derecha, veo a Carlos, que sigue con la vista los pasos de Vera y sus amigas.

—Un hueso duro de roer —sentencia.

Y no tengo nada que rebatirle. Porque es verdad, así es Vera. Difícil. Muy muy difícil. Pero eso no hace que la desee menos. Al contrario, mis ganas de ella han crecido. Y va a llegar un momento en el que esas ganas van a rebasarme de tal manera que voy a ahogarme en mis propios

deseos.

Lo dicho: es verla y convertirme en un puto caos.

DIECISIETE CAMBIOS



VERA

Con el firme propósito de hacer las cosas bien, ese viernes decido quedar con Fer para poner fin a lo nuestro amistosamente. El sitio elegido es un pequeño restaurante, Agua Salada, donde Fernando ya me espera a la hora convenida para comer.

No sé si al verme la cara intuye lo que voy a decirle o es que viene observando los cambios en mi actitud hacia él en las últimas semanas, pero el caso es que se limita a besarme en la mejilla como saludo.

Cuando llevamos un rato sentados y ya hemos hecho nuestro pedido al camarero, toma la palabra.

—Bueno, suéltalo —dice un poco a la defensiva.

—Vamos a disfrutar primero de la comida y luego, con un café delante, hablamos, ¿vale? — intento relajar el ambiente.

—Mira, si vas a romper nuestro «acuerdo», mejor ir directos al grano, ¿no? —Me mira un tanto dolido—. ¿Para qué andarse con rodeos?

—A ver, Fernando, supongo que te has dado cuenta de que últimamente... —Me callo cuando el camarero pone los primeros platos delante de nosotros

—Últimamente estás menos..., llamémoslo accesible, para mí —acaba la frase cuando volvemos a quedarnos solos.

—Eh... —Me ha dejado bloqueada.

—Sí, no creas que no me he dado cuenta de lo ausente que has estado las últimas veces que hemos quedado.

—No es por...

—Ahora me vas a decir que no es por mí, que es por ti. —Vuelve a quitarme la palabra.

—¿Vas a dejar que hable de una vez? —Estoy empezando a enfadarme.

—Adelante, habla —contesta como perdonándose la vida.

Dejo los cubiertos encima del plato y suspiro antes de enfrentarme a sus ojos.

—Fernando —intento suavizar la voz, no quiero terminar enfadada—, los dos convinimos en seguir con «esto nuestro» hasta que alguno decidiese darlo por concluido —le recuerdo.

—De eso hace dos putos años, Vera —escupe con rabia—. Pensé que, en este tiempo, tus

sentimientos habrían cambiado.

—Pues no ha sido así —confieso—. Ya te lo dije aquella noche que me abordaste en el Moon.

—Dijiste que dejásemos que fluyera —recuerda.

—Pues ha dejado de fluir —me aventuro a contestar.

—Ya, claro. —Aprieta la mandíbula—. ¿Esto tiene algo que ver con otro tío?

—Eso no viene al caso —digo entre dientes.

—Creo que si mi chica me deja por otro, merezco saberlo —sueno derrotado a la vez que enfadado, pero lo ignoro porque no doy crédito a lo que he escuchado.

—¿Perdona? —Abro los ojos con exageración—. Primero, no soy tu chica. Segundo, no te estoy dejando por otro. Y tercero...

—Tercero... No te lo crees ni tú. —Qué puñetera manía tiene de no dejar que termine mis frases—. Eras mi chica porque, aunque tú digas que no, esto que teníamos —nos señala a ambos —, era una relación en toda regla. Acepté que tú lo enmascarases con la tontería del «follamigos», pero creo que ni tú, y mucho menos yo, llegamos a tragárnoslo. Porque aunque sé de primera mano que has tenido la oportunidad de estar con otros tíos, no lo has hecho. Conmigo tenías suficiente, de la misma manera que a mí me bastaba contigo. Por eso entiendo que, si ahora dejas lo nuestro, es debido a que ha aparecido alguien que te ha cambiado la forma de ver las cosas. De manera —dice poniéndose de pie—, que no me vengas con que «no eres tú, soy yo», porque, en realidad, es él. Que te aproveche. —Se despide, tirando la servilleta de mala manera encima de la mesa y dejándome con cara de boba.

¡Será gilipollas!

Miro alrededor y veo cómo algunos comensales me observan con disimulo. Me da que hemos dado un pelín el espectáculo. Llamo al camarero para pedir la cuenta, ya que es obvio que se me han quitado las ganas de comer. Me ofrecen poner toda la comida, esa que apenas hemos tocado, en recipientes para llevar, pero rehúso a ello. No necesito un recordatorio de este día. Pago de forma rápida, un poco (o un mucho) avergonzada y me encamino hacia mi coche. Con el único deseo de encerrarme en casa y olvidarme de esta mierda de viernes.

Cuando llevo media tarde acurrucada en el sofá, tapada con una manta, mi teléfono, que he dejado en silencio para evitar que me moleste nadie, vibra, y parpadeo sorprendida al ver que es Fer quien me llama. Sopeso seriamente si descolgar o no. No tengo el chichi *pa'* farolillos, y lo que menos me apetece es discutir otra vez. Al final, los años vividos con él ganan la partida y descuelgo al quinto tono de llamada.

—Lo siento. —No me deja ni saludar, su voz, arrepentida, llena todo el auricular.

—Fer. —Cierro los ojos.

—Siento haberme comportado como un capullo, Vera.

—No, Fer, no te disculpes, por favor. Soy yo la que me he comportado como una verdadera zorra —reconozco.

—No, Vera. Uno no puede obligar a otro a quererlo. Yo sabía en dónde me estaba metiendo. Me lo dejaste claro la otra noche, cuando te vi de fiesta con las chicas. Lo has tenido muy claro siempre, desde el principio. Ha sido culpa mía hacerme ilusiones. —Suspira—. No quiero perder nuestra amistad —me pide.

—Eso no va a pasar nunca. Somos amigos desde que éramos unos críos. Cuando os perseguía a mi hermano y a ti por todos lados, ¿te acuerdas?—Sonrío al echar la vista atrás.

—Como para olvidarlo. Eras una cría insoportable. —Los dos nos reímos, cada uno a un lado

del teléfono, y siento una pizca de alivio porque parece que aún somos capaces de conservar esa parte de nosotros que no quiero perder.

—Ahora como amigos, confiésalo. Hay otro, ¿verdad? —pregunta con confianza.

—Es algo complicado, Fer. Sí, hay alguien, pero no tengo ni idea de en qué punto estamos. De momento, damos un paso hacia delante y veinte hacia atrás. Pero no es justo seguir con lo nuestro mientras otro ocupa mis pensamientos —admito.

—Entiendo. —Y, a continuación, se queda callado.

—Fer, ¿estás bien? —me intereso.

—Sí, no te preocupes. Me llevará algo de tiempo digerir nuestra ruptura, pero pronto estaré listo para volver al mercado. —Y aunque no lo veo, sé que está sonriendo—. Prométeme algo.

—Lo que quieras —le digo.

—Cualquier cosa que necesites, sea lo que sea, llámame. Tardaré medio minuto en estar a tu lado.

Se me saltan las lágrimas. Joder, ¿por qué coño no he podido enamorarme de este tío?

—No te merezco, de verdad. Sé que hay una chica especial esperando por ti ahí fuera. Te la mereces.

Oigo cómo se ríe y no puedo evitar acompañarle con mis risas.

—¿Amigos? —termina.

—Para siempre —le digo convencida.

—Adiós, Vera. Espero que eso tan «complicado» acabe saliéndote bien. Tú también te lo mereces —dice antes de colgar.

Me quedo un rato con el teléfono aferrado a la mano, con la sonrisa en la boca, agradeciendo la suerte de tener a Fer en mi vida. Por favor, que el universo me regale más amigos como él.

Con un peso menos en el corazón, esa noche duermo con la conciencia tranquila por haber hecho las cosas bien por primera vez en los últimos días. Por lo menos, por este lado, está todo solucionado. Por el otro..., ni siquiera quiero pensar en ello.

El sábado, cuando me levanto, más tarde de lo habitual, el chat de las perras está que echa humo.

PERRAS DEL INFIERNO

PILI

¿A alguna le apetece tomar un vino esta noche y así nos vemos?

CARMEN

Yo tengo unos recados que hacer por la tarde, pero después estoy libre para lo que se tercie 😊.

BLANCA

Me apunto.

CORAL

Contad conmigo.

YO

Acabo de despertarme ☹️ necesito un chute de café ahora mismo.

PILI

¿Has dormido con compañía?

YO

Nada más lejos de eso. Esta tarde os pongo al día de los cambios en mi vida.

BLANCA

Ostras, no nos asustes. Adelántanos algo.

YO

Nada, nada, prefiero contarlo en persona. A ver si me ayudáis a aclararme las ideas.

MARTA

Ay, madre, Vera, ¿qué te pasa? Yo no puedo quedar hoy. La peque tiene cumple y seguro que nos liamos hasta tarde con los demás papis.

ANA

Me apunto!!!

IRENE

Buonasera desde Roma, chicas 😊.

YO

Ey, Ire, ¿qué tal por allí? ¿Cómo ha ido la entrevista en el restaurante?

Irene ha estudiado alta cocina y se ha desplazado unos días hasta la capital italiana para entrevistarse con un afamado chef que ha contactado con ella para ofrecerle un puesto de trabajo. Sobra decir que es una oportunidad increíble para mi amiga y, aunque nos alegramos mucho por ella, sé que la echaremos muchísimo de menos si tiene que trasladarse a vivir allí.

IRENE

Bueno, el chef es un poco egocéntrico, como les pasa a todos los genios, pero el restaurante es una pasada. Ojalá me contraten. Me encantaría trabajar aquí. En cuanto vuelva, tenemos que quedar y os lo cuento con todo lujo de detalles.

ANA

Que guay, Ire. Cómo me alegro por ti. Pero, oye, si te quedas a vivir, no te echas unas mejores amigas allí, ¿eh? Que para eso ya estamos nosotras 😊.

IRENE

No creo que con el ritmo de trabajo que tiene un restaurante de este prestigio tenga tiempo para socializar. Pero primero, tienen que cogerme. En cuatro días os veo. Vera, si tienes algo jugoso que contar, espera hasta que llegue yo.

YO

Trato hecho 😊.

PILI

Bueno, ¿os parece bien quedar a las nueve en la calle del medio? Tomamos el primer vino allí y podemos picar luego algo en el Masa Madre antes de terminar la noche por la zona.

BLANCA

Perfecto, entonces nos vemos a las nueve.

YO

Vale. Pero salimos de tranquis, ¿eh?

CORAL

Eso, que a mí luego las resacas me duran mil horas.

PILI

Ni que os obligasen a beber. Venga, vamos de tranquis, no os preocupéis.

YO

Bueno, luego os veo. Voy a inyectarme el café en vena.

ANA

Ja, ja, ja, ja, ja, exagerada.

BLANCA

Hasta luego, chicas.

En vena no, pero el café me lo tomo en cantidades industriales. Con la segunda taza en la mano, llamo a mi madre para autoinvitarme a comer a su casa. Mi hermano y su familia hoy están fuera de la ciudad, de manera que seremos mi padre, mi madre y yo. Ya me imagino la pedazo de siesta que me espera tirada en el sofá de la casa de mi infancia con mi padre rascándome la espalda. Las mejores cosas de la vida no cuestan dinero.

A media tarde, vuelvo a mi piso, sobrealimentada por mi madre y relajada por los mimos de mi padre, con tiempo de darme un baño de espuma con las bombas de jabón de Lush que me regaló mi cuñada por mi cumpleaños. Con la música de mi móvil conectado al altavoz que tengo siempre en mi cuarto de baño, me dispongo a sumergirme durante un buen rato y mimar mi piel como hace tiempo que no lo hago.

Me muevo al ritmo de Alejandro Sanz y su canción «A que no me dejas», a la que le sigue una selección de la música que más me gusta. Me muevo con ganas al ritmo de las canciones, hasta el punto de provocar una pequeña inundación en el suelo por culpa del agua que derramo con mis bailes. Salgo de la bañera cuando el agua está ya fría y cojo un tarro para embadurnarme de crema. Aunque no suelo hacerlo porque me gana la pereza, hoy me regalo todos esos cuidados que me merezco y tenía aparcados.

Me seco el pelo con rapidez y me enfundo en la ropa que he dejado preparada en la cama antes del baño. No me como mucho la cabeza; un jersey de cuello alto, un pantalón vaquero campana, mis botas preferidas con un tacón aceptable y por encima mi *biker* negra de piel.

No me lleva mucho tiempo maquillarme, aunque pongo especial énfasis en mis labios, de un rojo Valentino. Me rocío mi perfume favorito, cojo el bolso más pequeño que tengo, donde solo cabe el móvil, las llaves y una cartera minúscula; y bajo a la calle a esperar el taxi que he pedido por teléfono. En menos de diez minutos, estoy bajándome del mismo y encontrándome con mis amigas en el bar que hemos elegido para nuestro primer vino.

—A ver, a ver, recapitulemos, que no me centro. —Después de nuestro paso por tres bares, el ambiente está más que caldeado—. O sea, que lo has dejado con Fer. Así, de la noche a la mañana. Bueno, de la noche a la mañana no, porque llevas teniendo un encoñamiento adolescente con tu nuevo compañero de curro casi un mes y no nos habías dicho nada, perra. —Pili me mira la mar de ofendida.

Como había previsto, nada más ver a mis amigas, estas me han sometido a un tercer grado, quitándose la palabra las unas a las otras para sonsacarme lo más detalladamente posible mi historia. Eso ha hecho que sea el monotema de la noche y llevan interesadas en ello tres vinos y medio.

—Pero ¿el tal Hugo merece tanto la pena como para cortar todo lazo con Fernando? —me pregunta Coral.

—A ver, no he roto todos los lazos con Fer. Seguimos siendo amigos. Al fin y al cabo, nos conocemos desde críos. —Me encojo de hombros—. Y sí, Hugo merece tanto la pena, más que eso. Lo único malo es que no está interesado en mí de la misma manera que yo en él.

—¿Porque se enrolló con tu compañera? —adivina Carmen.

—Exacto. Vosotras no habéis visto a ese pedazo de tía. —Pongo los ojos en blanco—. Además, está siempre disponible para él. Solo tiene que alargar el brazo y ya la tiene. Imposible competir contra ella.

—A lo mejor solo se está entreteniendo hasta que tú des el primer paso. —Las palabras de Pili me hacen pensar—. Por lo que cuentas, él es el que ha mostrado más interés estas semanas.

—Igual quiere que yo sea su entretenimiento, su segundo plato, y Sara el plato principal —zanjo—. Pues lo lleva claro.

—¿Es definitivo? —pregunta Ana con seriedad.

—¿Qué? —No sé a qué se refiere.

—Que si lo tuyo con Fer es definitivo.

—Joder, Ana, pensaba que ese tema había quedado claro. —Miro a mi amiga—. Está totalmente finiquitado. —Veo como respira aliviada—. Ahora necesito que me aconsejéis con la otra cuestión: Hugo.

Seguimos hablándolo un poco más mientras cenamos algo y escucho atenta los consejos que, a medida que el alcohol va haciendo mella en nosotras, se van saliendo cada vez más de madre. Ostras, qué mentes más calenturientas tienen estas cinco, voy apañada si las hago caso.

Decidimos tomarnos la última copa en el Río de la Pila, testigo mudo de nuestros desmadres veinteañeros. Estamos riéndonos de una de las muchas burradas que salen por la boca de Coral cuando se nos acercan Carlos y sus amigos. Antes de verlo, sé con seguridad que Hugo está con ellos. No sé, llámalo intuición, llámalo corriente eléctrica que nos conecta. El caso es que no me hace falta mirarlo para sentir su presencia.

Lo ignoro, riéndome de la millonésima tentativa de David por tirarme la caña. Este tío no desiste en sus intentos por ligar conmigo. Creo que ya ha cogido la dinámica y se ha vuelto una costumbre entre nosotros, no me parece que haya un interés real. Me lo tomo como un inocente tonto, de manera que, depende del día, le sigo la corriente o no.

Cuando no tengo más remedio, les presento a mis amigas; y le doy un pisotón disimulado a Blanca cuando se le desencaja la boca al mirar a Hugo. Espero que no meta la pata y se vaya de la lengua. Mira que con el pedo que lleva es muy capaz de soltárselo todo a bocajarro. Para evitarlo, me despido pronto de todos ellos exhortando a mis amigas a continuar el camino, pero un agarre en mi mano me lo impide.

Me encuentro cara a cara con Hugo y me quedo un segundo alelada mirando su boca tan perfecta. Cruzamos cuatro palabras, pero paso de hablar con él. Nuestras últimas conversaciones no han acabado precisamente bien para mí, de manera que me niego a pasar más tiempo del necesario a su lado llevando un par de copas de más. Me conozco lo suficiente como para saber cuándo dar la callada por respuesta antes de decir algo de lo que luego me arrepienta. Me suelto de manera brusca de él y me voy para alcanzar a mis amigas. Dudo un momento cuando lo oigo llamarme a gritos, pero cierro los ojos y continúo como si nada.

Como si no me estuviese muriendo por volver a su lado y besarlo como deseo. Como si no pusiese mi mundo del revés cada vez que lo tengo delante. Como si no fuese el culpable de los cambios que se están produciendo en mi interior.

Como si no fuese el motor que tira de mí desde hace semanas.

DIECIOCHO ADICCIÓN



HUGO

El lunes, cuando me cruzo con Vera al comienzo del turno, noto cómo me esquivo, cómo me elude. Definitivamente, vamos de mal en peor. Aquí estoy yo, muriéndome por arreglar las cosas con ella, y ella pasando olímpicamente de mí. Y encima, si las miradas matasen, yo ya estaría enterrado bajo kilos de tierra. Mi semana empieza como el culo.

A media mañana, siento un revuelo en el pasillo que lleva Vera. Me asomo discretamente y la veo abrazada a un familiar de uno de sus pacientes. Por el movimiento de sus hombros, sé que está llorando y como, desafortunadamente, en esta planta son más las malas que las buenas noticias, me imagino al instante lo que ha pasado.

Me alejo sin hacerme notar para dejarles intimidad en este momento de duelo, porque sí, por desgracia, el paciente de Vera acaba de fallecer.

Sigo cargando la medicación para empezar la ronda de antes de la comida y por el rabillo del ojo la veo pasar, de forma atropellada, hacia la zona de descanso. Dejo lo que estoy haciendo y me apresuro a seguirla. Si necesita un hombro sobre el que llorar, yo tengo unos muy anchos que están deseando darle consuelo. Cuando llego, es Alba quien la abraza mientras llora. Por lo poco que puedo entender entre los sollozos, se trataba de su paciente favorita, una anciana a la que le había cogido cariño y que le recordaba a su abuela.

—Vera —la llamo en voz baja. Levanta la cabeza y me mira con los ojos rojos y la cara surcada de lágrimas—. ¿Necesitas algo? —pregunto con la voz llena de compasión. Es una putada cuando empatizas tanto con un paciente y finalmente lo pierdes.

—No, gracias. —Sorbe por la nariz—. Estoy bien.

—No lo parece. —Aparta la vista—. ¿Quieres que me ocupe de todo?

—No —dice resuelta—, era mi paciente. Necesito hacerlo yo. Cuando la familia se despidiera de ella, me hago cargo. Gracias.

—Pero...

—Hugo —me corta Alba—, ya la has oído. Déjala estar.

Mi mirada pasa de una a otra y, después de un incómodo momento, me doy la vuelta y salgo de la sala, dejándolas solas, molesto conmigo mismo. Molesto por seguir intentando acercarme a Vera. Molesto por esperar algo que, obviamente, no voy a conseguir. Molesto porque, a pesar de

saber que ahora mismo no soy su persona favorita, me hubiese gustado ser yo el que la consolara. Estar ahí para ella, para lo que necesitase. Ser su paño de lágrimas.

El día después del fallecimiento de su paciente, Vera no viene a trabajar y yo me encierro en mí mismo, sin ganas de relacionarme con nadie. Los turnos sin ella se me hacen un mundo, hasta ese punto me afecta su presencia. Es capaz de alegrar hasta la guardia más dura.

El miércoles por la tarde, cuando vuelve al hospital, seguimos la misma tónica que días anteriores. Es decir, yo buscando un mínimo contacto, un simple roce y ella huyendo de mí como de la peste.

Al final de la semana, estoy tan quemado que tiro la toalla y me obligo a olvidar cualquier intento de acercamiento con ella. Es absurdo imponerle mi compañía a alguien que no me quiere ver ni en pintura y, aunque me joda lo que no está escrito, sé aceptar cuándo no soy bienvenido en la vida de una persona. Me propongo sacarla de mi cabeza, de mi pensamiento. Otra cosa es que consiga sacarla de mi alma, en donde se ha ido metiendo cada día con más profundidad.

Ya es viernes y voy a verla en la cena de Navidad del trabajo. Después de esta noche, me he tomado unos días libres para ir a pasar las Navidades a Madrid con mi familia y, aunque he aceptado que no vamos a tener nada, que Vera no es para mí, no me gustaría irme sin arreglar las cosas entre nosotros. Por lo menos, para que podamos trabajar juntos sin que estropeemos el ambiente en el hospital.

Me visto a conciencia para la cena, un pantalón verde oscuro de pinzas, camisa blanca y zapatos y abrigo de paño marrón. Me despeino un poco y me echo mi colonia favorita, Loewe Solo Cedro. Una vez listo, me encamino hacia el restaurante donde hemos reservado.

Cuando llego, ya están la mayoría de mis compañeros y me pongo a charlar con ellos, mirando hacia todos los lados para ver si ella está, pero no. Me relajo y me pido una birra que me bebo entre risas contando anécdotas de la planta.

Estoy distraído cuando llega y, cuando la veo, tengo que darle la orden a mi cerebro para que cierre la boca, porque a poco más y me llega a los pies. Joder, está... No sé cómo describirla. Está increíblemente sexi. Lleva un vestido corto de cuero negro que me hace salivar, unas medias también negras y unos zapatos de tacón que hacen que sus piernas se vean interminables. Sus labios, esos que están hechos para ser besados sin tregua, pintados de un rojo tan rojo que me encantaría tatuármelos en la piel y así tenerlos para mí toda la jodida vida.

Cuando consigo volver a hacer funcionar la única neurona que no se me ha desintegrado al verla, le sonrío y ella me devuelve una sonrisa que no le llega a los ojos, pero no se acerca a mí. Se va con Alba hacia la barra a pedirse un vino y me deja allí plantado sin saber qué carajo ocurre.

Se pasa toda la cena evitándome, aunque en alguna ocasión la he pillado con la vista fija en mí. Tampoco es que ayude mucho a esta situación que Sara haya decidido sentarse a mi lado. Como si estuviese el horno para bollos. Mi compañera no se ha dado por enterada tras nuestra conversación del otro día, tendré que volver a hablar con ella.

Una vez que acabamos de cenar, nos vamos todos en masa a disfrutar de unas copas a un *pub* cercano donde ponen buena música y os juro que me voy calentando cuando veo que pasa el tiempo y ella me sigue ignorando. Ni siquiera se ha acercado a decirme *hola* y yo me vuelvo loco al verla bailar con unos y con otros, reírse con ellos, tontear y vacilar, mientras yo me muero

apoyado en la barra con la única compañía de mis cervezas y mi mala hostia.

En una de esas, la veo ir sola al baño y voy tras ella dispuesto a conseguir que me hable.

La intercepto cuando sale y no tiene más cojones que pararse.

—Ey, ¿me estás evitando? —le suelto.

—No seas tonto, estoy bailando y divirtiéndome —dice sin mirarme.

—Sí, ya veo que estas pasándotelo de puta madre. Con todos menos conmigo —escupo con rabia.

—Hugo, déjalo, has bebido. —Intenta pasar pero me pongo en medio.

—Sí, claro que he bebido. Joder, no me has hecho ni puto caso en toda la noche —ladro.

—Bueno, no creo que te hayas dado cuenta, estabas muy bien acompañado. —Ahora me mira desafiante.

—Ah, se trata de eso, de Sara. —Me aflora una sonrisa.

—No sé de qué me hablas. —Intenta volver a pasar, pero de nuevo se lo impido.

—Estos días que has pasado de mí, en todo momento se trataba de Sara. —Me aventuro a hacer conjeturas.

—Estás equivocado, me importa una mierda con quién te lías. No me debes ninguna explicación. —Levanta la cara con los ojos llenos de fuego.

—Exacto, no te debo ninguna explicación de con quién me acuesto. Además, tú ya tienes a tu guaperas para que te folle. —Solo de pensarlo me invade la rabia.

—Vete a la mierda —me dice Vera dándose la vuelta dispuesta a irse, pero se lo piensa mejor y, sin girarse, me dice entre dientes—. No es que sea algo de tu interés, pero ya no tengo pareja. —Y ahora sí da dos pasos para marcharse.

Cegado por la rabia y a la vez sintiéndome culpable por mi arrebato, la cojo del brazo y, cuando se gira y me mira, no puedo evitar apoderarme de su boca poniendo todas las ganas que llevo acumulando desde el primer día que la vi. De momento, Vera se queda quieta sin moverse, pero, en cuestión de segundos, me agarra del pelo y me devuelve el beso con las mismas ganas y el mismo anhelo que pongo yo. El beso es... todo lo que llevaba esperando y más. Son las ansias de poseernos, las ganas de conocernos. Es deseo acumulado y nos entregamos a él a manos llenas, sin escatimar fuerzas.

Con ella entre mis brazos, doy unos pasos y la llevo hasta una pared, todo sin separar mi boca de la suya. Acaricio los costados de su cuerpo, disfrutando del gemido que se escapa de sus labios.

Estoy tan metido en todo lo que me está haciendo sentir que no me doy cuenta de que ella ha parado el beso. Solo soy consciente cuando se aparta de mí y me deja con ganas de más, con ganas de todo.

—Nena —susurro

Vera me mira un momento y, de un empujón, me separa de su calor.

—No creas que estoy dispuesta a ser el segundo plato —suelta con rabia.

—¿Que estás diciendo? —Creo que voy a empezar a gritar por culpa de la frustración.

—La otra noche te divertías con ella, ahora pretendes divertirme conmigo, ¿a qué coño te crees que estas jugando? —pregunta poniendo sus brazos en jarras.

—No estoy jugando a nada. —Me paso las manos por la cara—. Joder, Vera. Lo que viste la otra noche, fue un malentendido, un error.

—¿Eso es lo que vas a decir de nuestro beso? —Me mira a los ojos.

—Nada que tenga que ver contigo va a ser nunca un error. —Intento acercarme a ella, pero me frena con la mano.

—Al final, yo tenía razón con mi primera impresión sobre ti, ¿ves? —dice con una sonrisa desdeñosa—. Te dije que nunca me equivoco.

—Ni siquiera me has dado una oportunidad. Has estado esperando con la espada de Damocles a que diese un paso en falso. —Cierro los ojos con fuerza, momentáneamente mareado por el dolor de su rechazo.

—Estás muy equivocado —baja la voz—. Estaba dispuesta a conocerte. Si tú supieses lo que...

Me echa una última mirada y, negando con la cabeza, se da la vuelta y sale de forma apresurada. Yo me quedo allí sin saber qué cojones ha pasado y con más ganas que nunca de ella después de haber probado su maravilloso sabor.

Uno que ya me ha creado adicción.

DIECINUEVE

BLANCA... Y CALIENTE NAVIDAD



VERA

La muerte de Renata, mi paciente, me dejó muy tocada. El día después del fallecimiento, lo pase acurrucada en el sofá, abrazada a mí misma y aferrando en las manos dos peinetas de carey que su hija me regaló, aduciendo que era un deseo de su madre. Eso terminó de romperme y tuve que pedirme un día libre para no aparecer por el hospital con los ojos rojos y la nariz como un pimiento.

Los días siguientes, cuando volví al trabajo, continué con mi dinámica con Hugo; es decir, ignorándolo y evitándolo continuamente. Puede parecer la actitud de una niña, lo sé, lo tengo asumido y no me escondo. Pero después de vivir al lado de mi ex los momentos más humillantes de mi existencia, perdonadme la vida si no me fío ni de mi sombra. Después de verlo abrazado a Sara, comprenderéis que se me revolvió todo lo que me hizo Martín y me di cuenta de que no valía la pena pasar por lo mismo con alguien que solo está aquí de paso.

Pero entonces llegó la cena del trabajo y con ella EL BESO. Lo digo en mayúsculas porque joder, besarlo fue un punto y aparte. Explataron mis sentidos. Lo besé como si hubiese olvidado todas las bocas que besé antes, como si fuese la primera vez que besaba. Con miedo, con anticipación, con gula. Como un niño cuando come un caramelo por primera vez, saboreándolo. Llegó un punto en que no sabía dónde estaba y, sin embargo, tenía claro dónde necesitaba estar, entre sus brazos, bebiéndome sus besos, sus suspiros, sus ganas, sus gemidos, sus ansias, que eran las mismas que las mías. Hubo un instante en el que no supe dónde terminaba yo y dónde empezaba Hugo de tan conectados que estábamos.

Hasta que mi puta cabeza, esa que creí olvidada, esa que nació después de que me jodieran el corazón, decidió hacer acto de presencia y me recordó que lo mismo que estaba haciendo conmigo, lo había hecho hacía unos días con otra.

Que yo no era tan importante para él como él empezaba a serlo para mí. Que yo no era nada si me comparaba con todas las tías con las que, seguro, había estado y con las que podría llegar a estar. Todas la mierdas que mi ex me fue metiendo en la cabeza día tras día se me fueron apareciendo una por una y me fui empequeñeciendo, me fui volviendo invisible e insignificante. Y dejé de besarlo.

Te juro que separarme de su boca fue lo más difícil que he hecho en mi vida, pero fueron muchos meses de sentirme poca cosa y es difícil dejarlo atrás en un momento. Por eso, por mis dudas, por mis inseguridades, salí disparada de allí sin volver la vista atrás. Cuando rompí el contacto con él, la rabia habló por mí y sé que dejé a Hugo con un millón de preguntas rondándole por la cabeza. Vi su cara antes de desaparecer, pero, ¿qué iba a hacer? ¿Explicarle lo que mi ex le había hecho a mi autoestima? ¿Confesarle que no confiaba en él? Eso sería como reconocer que siento algo, y os recuerdo que me he construido una coraza alrededor de lo que queda de mi maltrecho corazón. Aunque me temo que solo Hugo es capaz de derrumbarla de golpe. Ya la siento resquebrajarse con un único beso.

Esta semana que mi compañero ha cogido libre para pasar las fiestas con su familia me sirve a mí para calmar mis ansias, que no para calmar mis pensamientos, ya que no puedo apartar su cara y nuestro beso de mi mente.

Aprovecho para pasar tiempo de calidad con mi familia, con mis amigos y para adelantar trabajo para el congreso que tenemos en febrero. Me reúno varios días con María, Alba y Bego para ponernos al día. Quedo con las chicas para comer, con mi madre para tomar café, salgo de compras para ultimar los regalos de Reyes; pero en todos esos momentos, voy con el piloto automático puesto, estoy ausente. No puedo dejar de pensar en mi situación con mi compañero. Me temo que va a ser un poco violento la próxima vez que nos volvamos a ver. Tenemos una conversación pendiente. No podemos estar con esta tensión hasta mayo, que es cuando se le acaba la comisión y vuelve a Madrid, pero no sé cómo abordar el asunto.

«Pues directa y de frente, como acostumbras a hacer».

Sí, claro, como si fuese tan fácil.

Quedo con las chicas para celebrar la tarde buena por la zona de Peña Herbosa. Desde hace unos años, se ha puesto de moda el tardeo en este día tan señalado. Se sale a tomar los vinos a mediodía por estas calles y es digna de ver la cantidad de gente que se reúne para celebrar, a golpe de vinos, cervezas y vermús, el comienzo de las fiestas.

Llevamos unas cuantas rondas y puede, solo puede, que el alcohol ya esté haciendo estragos en nuestro organismo porque, después de las risas, hemos empezado con la exaltación de la amistad, que es la fase dos en el manual del borracho.

—Bueno, Vera. —Irene sonríe con expresión lobuna—. ¿Me vas a explicar qué es lo que te traes entre manos con tu compañero de curro?

—Eso, eso. —Marta la segunda—. ¿Hay tema o no hay tema?

—Tema que te quemas. —Blanca se ríe de su propia gracia.

No sé si contarles lo del beso o no. Mira que conozco a mis amigas y van a ver en ello más de lo que es.

—Bueno —decido confesarme—, en la cena del trabajo, nos besamos. —Me tapo la cara.

—¡Vera, Vera, Vera! —corean las muy capullas.

—Ni Vera ni hostias. Solo fue un beso y no va a volver a suceder —contesto convencida—. No voy a hablar más del asunto.

—A ver —dice Coral—, pero ¿fue un beso normalito o fue un beso de esos que te hace vibrar la pepitilla? —Joder, qué bestia es.

—¿Qué parte de «no voy a volver a hablar del asunto» no entiendes? —Miro mal a mi amiga.

—Oh, venga —se ríe de mí—, no te nos hagas la estrecha. Las amigas están para eso. Para contar con pelos y señales detalles íntimos y escabrosos.

—Joder —Pili se dirige a ella—, qué mal suena eso de *escabroso*, ¿has estado con algún tío en ese plan? —Arruga la cara solo de pensarlo.

—Vera, solo tú eres capaz de evitar que Coral se ponga a disertar sobre sus relaciones un tanto «extrañas». —Ana intenta cortar a nuestra amiga—. Por favor, cuéntanos lo del beso para que podamos diseccionarlo como es debido.

Suspiro de forma sonora, pero al final no me queda más remedio que contar toda la historia al detalle para calmar la vena cotilla de mis siete amigas.

—¿En serio le dijiste eso? —Blanca está flipada—. Tía, yo me lo hubiese llevado dentro del baño y me lo hubiese zumbado allí mismo.

—Argh, qué asco. —Irene pone en su boca lo que hemos pensado todas—. A saber los gérmenes que habría en esos urinarios.

—Vamos, hombre —Blanca se defiende—, cuando te da el apretón, te da igual el lugar. Solo lo quieres aquí y ahora. No me digáis que no os ha pasado.

—NOOO —coreamos todas a la vez.

—Pues vosotras os lo perdéis —sentencia mi amiga—. No sabéis el morbo que da hacerlo en un sitio público donde corres el riesgo de que te pillen. —Sonríe con picardía.

—No sabía yo de tu afición por practicar el *dogging*. —Me descojono de Blanca.

—¿*Dogging*? —pregunta Marta—. ¿Y eso qué es?

—Es la práctica de sexo en sitios públicos o «no tradicionales», como si fuesen perros en celo. —Coral la saca de la ignorancia.

—Ostras. —Pili abre los ojos como platos—. ¿En serio te gusta eso?

—Bueno —confiesa—, no me cierro las puertas a nada.

—Creo que esta conversación está degenerando mucho —observo—. Ire, cuéntanos cómo te ha ido en Roma antes de que esto vaya a peor.

A mi amiga se le iluminan los ojos al pensar en su futura nueva vida en la capital italiana.

—El restaurante es increíble. No os podéis imaginar lo que sale de esa cocina. —Sonríe—. Es pura magia. Leonardo es todo lo que se espera de un genio: es mal hablado, malhumorado, egocéntrico, déspota...

—Y te encanta —termina Ana por ella.

—Y me encanta —afirma—. Sé que me van a explotar, que me van a sacar hasta la última gota de sangre de las venas. Pero estoy tan feliz de trabajar con uno de los chefs más prometedores de Italia, que no me importa tener que recoger mis pedazos del suelo y arrastrarlos hasta la cama todas las noches.

—No sabes lo felices que estamos por ti. —Coral habla por las siete—. Por fin vas a ver realizado tu sueño. Vas a dejarlos alucinados con tus postres.

—Además, Leonardo me ha ofrecido un piso que tiene cerca del restaurante a un precio decente. —Toda su cara resplandece—. Así me evito la ardua tarea de buscar alojamiento. Cuando vuelva, Andrea, que es como se llama mi nueva vecina, me dará las llaves y transformaré un pequeño apartamento en mi hogar. Estoy deseando que pasen las fiestas para embarcarme en esta nueva aventura.

—Eso es genial —dice Pili—, pero asegúrate de tener los suficientes días libres para el viaje de chicas. Eso no es negociable.

—Tranquila. Le he vendido mis riñones y el hígado a mi jefe para tener esos días —confiesa—. Me va a hacer doblar turnos pero, eh, ya dormiré cuando me muera, ¿no?

Todas nos reímos a la vez que disfrutamos del ambiente prenavideño.

Pasadas las seis de la tarde, nos despedimos deseándonos una feliz Navidad y cada una se

marcha para celebrarlo con sus respectivas familias. Unas más derechas que otras, alguna más perjudicada de lo que debería, pero contentas y satisfechas de tenernos las unas a las otras para llorar, pero, sobre todo, como hoy, para reír.

Paso la Nochebuena y la Navidad con mi familia y el barullo de mis sobrinos hace que pueda desconectar un poco de mi drama mental. Disfruto de las comidas, de los regalos de Papá Noel (sí, aquí le hacemos a todo, al gordo de la barba y a los tres abuelitos con coronas). De las risas con mi hermano, al que le gusta picarme para hacerme rabiar. De los juegos de sobremesa y las siestas de sofá, pijama y orinal (y marca de babilla en la almohada). Poco a poco, van pasando unos días familiares a los que les había perdido las ganas, pero que este año, no sé por qué, me han reconciliado con toda la parafernalia de luces, bolas, espumillón y villancicos.

La Nochevieja hemos decidido pasarla varios compañeros del hospital en una casa rural y, si os lo preguntáis, no, Sara no está invitada. Faltaría más. Era o ella o yo y, en esta ocasión, no hubo ninguna duda.

La idea es encargar la cena en un *catering*, lista solo para calentar allí, y salir hacia la casa sobre las siete de la tarde. Por eso, mientras unos cuantos se encargan de recoger la cena, Alba y yo nos ocupamos de hacer la compra para el desayuno de Año Nuevo, el beberecio (aquí nos bebemos hasta el agua de los floreros), y alguna bolsa de cotillón. En total somos siete, tres tíos y cuatro tías. Todos sin compromiso y con muchas ganas de divertirnos. Yo sé que Alba está entusiasmada. Hace tiempo que le tiene el ojo echado a nuestro compañero Carlos, y creo que va a animarse esta noche a entrarle, ya que está visto que él es un poco paradito. Mi amiga ya se ha cansado de esperar, y va a poner toda la carne en el asador. Ale, a suerte o muerte. Bien por ti, Alba.

Entramos en un bazar a comprar las bolsas de cotillón.

—Bueno, pilla las siete bolsas y algo para decorar la casa rural y nos vamos —le digo.

—Ocho —contesta y veo como me mira de reojo.

—¿Cómo que ocho? Si solo somos siete: Bego, Rebeca y su nuevo ligue Alberto, Carlos, Gonzalo, tú y yo.

—Bueno... —titubea mi amiga.

—¿Qué? Suéltalo. —Me da que no me va a gustar lo que salga por su boca.

—Bueno, es que Carlos ha invitado a Hugo a pasar la Nochevieja con nosotros —confiesa.

—Joder, ¿y cuándo cojones me lo ibais a decir? —Manda narices.

—No te mosquees conmigo, tía. A mí me lo dijo ayer y tenía miedo de contártelo por si te rajabas y decidías no venir —dice con cautela.

—Pufff, ganas me dan, pero me niego a dejar que me amargue la fiesta. —Sueno más convencida de lo que me siento.

—Creía que habíais firmado una especie de tregua —asegura.

—... —murmuro.

—¿Qué has dicho? —Se lleva la mano a la oreja.

—Nos besamos —reconozco.

—¿QUÉ? Joder, ¿cuándo? —Parece un dibujo animado de esos a los que se les salen los ojos de las orbitas.

—En la cena de Navidad del curro. —Cierro los ojos avergonzada.

—¿Y dónde coño estaba yo que no me enteré? Tía, eres una amiga de mierda. —Como lo dice con una sonrisa, no me lo tomo a mal—. Verás tú cuando se lo diga a María.

—Lo siento, necesitaba digerir todo esto —admito.

—¿Todo esto? Coño, tía, que te has dado un beso con un maromo que está muy bueno, no es que te vayas a casar con él. —Se encoge de hombros.

No contesto. Valgo más por lo que callo que por lo que digo.

—Hay algo más, ¿no? —pregunta.

—Creo que empieza a gustarme un poco.

«Ja, un poco. Verita, creo que te perdiste el capítulo de Barrio Sésamo en donde explicaban la diferencia entre *poco* y *mucho*».

—Ja, ja, ja, ja, ja, me estás vacilando. ¿Vera, la del corazón blindado se ha pillado por un rompe-bragas? Joder, que está buenísimo y todo eso, pero, que no tienes futuro con él. Que en mayo se vuelve a su ciudad y si te he visto no me acuerdo. —Alba pone en palabras mis pensamientos.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Por qué te piensas que estoy así? No dejo de darle vueltas al asunto. —Mi cabeza parece una centrifugadora de lo rápido que va.

—Coño, y eso que no te lo has zumbado todavía. Mira, igual ese es el problema. Tíratelo y seguro que se te pasa la tontería. Eso que sientes, es tensión sexual no resuelta. Vamos, que te pica la almequilla. —Se ríe la muy cabrona.

—Joder, mira que eres burra. —Esta se puede dar la mano con mi amiga Coral.

—Ah, perdona, que ahora resulta que tú eres la marquesa de Griñón. Pues, perdona que te diga, ese título ya está pillado, de manera que no te vengas arriba y te hagas la ofendidita, que a nosotras nos ha gustado siempre llamar a las cosas por su nombre. Si hay que follar, se folla, y si hay que... Bueno, tú me entiendes —dice alzando las cejas y haciéndome un gesto demasiado explícito con la boca.

—Hostia, Alba, estás de un profundo últimamente que asustas. —O más caliente que una parrilla.

—Que te den. Bueno, al lío, ¿qué vas a hacer con el buenorro? —Esta quiere saber más que yo.

—Joder, no sé, tía. Para mí, aquel beso significó algo. Bueno, en realidad, significó todo y no sé con qué cara mirarlo cuándo nos encontremos.

—Mira, te voy a dar dos consejos al precio de uno, como en el Carrefour. Cuando lo veas, haz como si ese beso no hubiese significado nada y luego... Luego tíratelo y disfruta de un comienzo de año memorable. Si él quiere seguir follando contigo después de esta noche, aprovecha. Y si no quiere, tú atesora el momento para, cuando él se vaya, poder recordarlo en tus épocas de sequía. —Alba en estado puro.

—¿Eso es lo que piensas hacer tú con Carlos? —me burlo.

—Ay, nena, yo a Carlos no le voy a dar opción a una sola noche, porque le voy a hacer tantas cosas y tan bien que no va a tener más remedio que besar el suelo por donde estos pies pisan —suelta con chulería.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, pobre Carlos, no sabe que está totalmente perdido. —No tiene ni idea de la que se le viene encima.

—Amén, chiqui, amén.

Y creo que las palabras de mi amiga son lo que necesitaba para no darle más vueltas a mi cabeza. Para tomar la decisión de disfrutar el momento con Hugo y aceptar lo que él quiera darme, por poco que sea.

De repente, mi Nochevieja se ha vuelto más interesante si cabe, y se acaba de instalar en mi bajo vientre un cosquilleo de anticipación que hace que se me pongan rojas las mejillas.

Ozú, qué *caló*.

VEINTE

LA MEJOR ENTRADA DE AÑO



HUGO

Vaya mierda de fiestas he pasado. A ver, no me entendáis mal. Ha estado cojonudo estar con mi familia, dejarme consentir por mi madre, ver deportes en la televisión con mi padre y mi hermano y no hacer absolutamente nada más que disfrutar de ellos todos estos días.

También me ha dado tiempo a salir con mis colegas, tomar birras por mis zonas favoritas de Madrid, recorrer con mi moto las carreteras tan conocidas de mi comunidad e incluso salir a echar alguna pachanga con ellos entre risas y empujones.

Me ha dado tiempo de ver a Julia. Bueno, más bien, cuando ella se ha enterado de mi vuelta a Madrid, ha aparecido por mi piso como quien no quiere la cosa para ver qué es lo que me conseguía sacar.

Solo me ha bastado echarle una mirada para darme cuenta de que sigue de mierda hasta las cejas. Joder, hay cosas que no cambian. Hemos vuelto a lo de siempre: sus lloros, sus súplicas, sus promesas para dejarlo y mil movidas más que han desembocado en lo mismo, ella pidiéndome dinero y yo diciéndole otra vez que NO. Le he hecho ver, por millonésima vez, que está destruyéndose, que se está matando y aun doliéndome la vida misma, le he tenido que decir que no quiero que vuelva a ponerse en contacto conmigo, que esta dependencia se acaba aquí mismo. Que no podemos seguir así a no ser que vaya a buscar ayuda profesional. Ella me ha gritado que soy un puto egoísta y se ha ido corriendo, dejándome solo, con el mismo sentimiento de culpabilidad de siempre.

Y entre todas estas cosas, mis amigos, mi familia, mi ciudad, siempre está presente Vera. En mi cabeza cuando me voy a la cama y cuando me despierto. En cada latido que me recuerda que estoy vivo aunque sin ella. En cada cosa cotidiana que hago imaginándola a mi lado, en mi cama, en mis putas sábanas enredada, despeinada y con los labios hinchados por la fuerza de mis besos.

No sé cómo lo voy a hacer cuando vuelva a coincidir con ella en el curro, cómo voy a aceptar que ella no se muere por estar conmigo de la misma manera en que me muero yo por ella. No tengo ni puta idea de cómo voy a fingir ser su amigo (siempre y cuando no lo haya jodido todo con el beso), si cada vez que la veo tiemblo. Si me ilumino por dentro cuando me mira. Y si me sonrío... Joder, si me sonrío, soy capaz de matarme en esa curva que dibuja su boca. Daría mi vida por que esa sonrisa fuese solo para mí.

Sí, lo sé, me he vuelto un moñas, pero es que me he pasado todos estos días escuchando canciones románticas que me recuerdan a ella. Sí, ya ves, parece que me encanta regodearme en mi desgracia.

«Quién te ha visto y quién te ve».

He cambiado mis planes para Nochevieja y, en vez de pasarla aquí, he aceptado la invitación de mi compañero Carlos de celebrarla en una casa rural en mitad de la nada. Me apetece el plan, beber hasta dejar de pensar con unos cuantos del curro a los que ya considero amigos y no solo compañeros.

Ellos se encargan de todo porque yo llegaré con el tiempo un poco justo. He querido aprovechar las últimas horas con mi familia, de manera que guardo la ubicación de la casa y salgo con la moto dispuesto a pasar una Nochevieja diferente.

Llego a eso de las diez y, cuando paro la moto y me quito el casco, miro alrededor. Joder, esto es flipante. Las luces del interior solo me dejan adivinar el paraje que la rodea. Estoy deseando que se haga de día para poder disfrutar del paisaje. Creo que nunca me acostumbraré a las vistas. En cada rincón de Cantabria, encuentras un panorama acojonante, con bosques de árboles centenarios, prados verdes e inmensos, e incluso riachuelos de agua helada.

La casa es, más bien, una cabaña de madera restaurada, de esas que utilizan los pastores; creo que se llaman «cabañas pasiegas», pero mola un montón. No es muy grande, pero, desde fuera y con las luces encendidas, se ve super acogedora.

Pillo mi mochila y entro en la casa, en donde me recibe un calor que mi cuerpo agradece al momento. Sonrió a los de dentro, pero la sonrisa se me congela en cuanto la veo, en medio de todos, con una copa de vino en la mano, una sonrisa tímida y la vista clavada en mí.

Creo que se me ha quedado cara de tonto, no me esperaba encontrarme a Vera aquí después de que no he dejado de soñarla estos días. Carlos no me había dicho que también venía. Creí que seríamos solo nosotros cuatro, con comida y bebida para parar un tren. Tampoco veo a David por ninguna parte. En cambio, hay un chico que no conozco de nada abrazando a Rebeca.

Mi objeto de deseo está enfundada en un vestido negro con una abertura kilométrica y unas sandalias de tacón. Con su pelo rizado y esos labios pintados de rojo, me pregunto si no estaré en mi cama y seguiré soñando con ella como cada noche, cada puta noche desde que la vi por primera vez.

Carlos me acerca una cerveza y rompe así el hechizo que me tiene anclado a sus ojos. Entonces, reparo en la mesa que está preparada para la cena, en la decoración de la casa y en el ambiente que se respira en el salón.

O yo me he perdido algo estos días o aquí las cosas suceden a la velocidad del rayo, porque el tonto que se masca en el ambiente entre los otros seis integrantes del grupo es palpable.

Arqueo una ceja en dirección a Vera, que encoge los hombros riéndose. Vaya, vaya, los únicos que no vamos a pillar esta noche vamos a ser ella y yo.

Putá mierda.

Cenamos entre risas, bromas y miraditas de reojo, que entre el vino y el buen rollo, van caldeando la atmósfera. Llega la hora de las uvas, el cambio de año y, después de acabar las doce, unos con más habilidad que otros, nos felicitamos entre todos. Las parejitas enseguida se enroscan las lenguas y yo me acerco a Vera para plantarle dos besos.

—Feliz año, Vera —digo con cautela.

—Feliz año para ti también, Johnny. —Y con eso y un guiño de ojo, consigue romper el pequeño atisbo de tensión que aún se respiraba entre nosotros.

No sé cuánto tiempo llevamos bailando. Hace rato que las chicas se han deshecho de sus tacones. Alba y Carlos han desaparecido hacia una de las habitaciones hace un rato, y me da la impresión de que los demás no van a tardar en seguir sus pasos.

Vera está un poco perjudicada por el alcohol. No llega a estar borracha, pero tiene su puntillo. Está superdivertida y le brillan tanto los ojos que, si ahora se fuese la luz, estoy seguro de que con ellos sería capaz de iluminar la casa entera.

La música va bajando de intensidad y suena «Cómo mirarte» de Sebastián Yatra. Joder, ¿en serio? Y la piel se me pone de gallina escuchando la letra mientras no dejo de mirarla.

“... y cómo mirarte, a esos ojos que me dejan en enero, cuando sé que no son míos y me muero...”.

El resto hace mutis por el foro y se van a continuar su fiesta particular en las habitaciones. Afortunados ellos. Vera y yo nos quedamos de pie, en silencio y sin saber qué hacer.

—No me apetece irme a la cama ahora mismo. La verdad es que, con la cantidad de alcohol que llevo encima, lo único que puede pasar es que me dé vueltas la habitación —dice Vera.

—Yo también estoy superdespejado. Ven, vamos a sentarnos en el sofá —la invito.

—Espera, voy a prepararme un café, ¿quieres uno? —pregunta.

—Perfecto, gracias —contesto mientras ella va hacia la cafetera.

Me acomodo en el sofá, me quito los zapatos y los calcetines mientras la veo trajinar en la cocina, que está abierta al salón. Se acerca con dos tazas y me pasa una. Después se sienta en la otra esquina del sofá y se acurruca tapándose con una manta.

—Bueno, ¿qué tal tus fiestas? ¿Todo bien con tu familia? —Sopla en su taza sin apartar sus ojos de los míos.

La agarro de los pies y se los pongo encima de mis piernas frotándoselos con mi mano libre para hacerlos entrar en calor, pues los tiene helados. Es una acción tan íntima, tan cómoda y me sale tan natural, que no me paro a pensarlo. Ella cierra los ojos y suspira mientras le da un sorbo a su taza.

—Ha estado bien. Me he dejado consentir por mi madre y he pasado buenos ratos con mi padre y con mi hermano. —Sonrío al pensar en ellos.

—Me apuesto a que eres el niño mimado de tu casa. —Se ríe.

—Reconozco que soy el ojito derecho de mi madre, pero lo negaré si algún día lo dices delante de mi hermano —digo guiñándole un ojo.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—¿Y tú? No esperaba encontrarte aquí, pensé que pasarías las fiestas con los tuyos. —No admito lo mucho que me alegra que no sea así.

Da un sorbo a su café sin decir nada.

—Vera —me mira a la cara—, el beso...

—Olvidalo —contesta mientras fija la vista en un punto detrás de mí.

—Ese es el problema —confieso—, que no puedo olvidarlo.

Vuelve a quedarse en silencio tanto rato que consigue ponerme nervioso.

—¿Has pensado en ello esta semana? —pregunta dudosa.

—Cada minuto de cada jodido día —admito categórico.

Pasamos otro rato en silencio, mirándonos, calibrándonos.

—¿Tienes pensado arreglar las cosas con...? —Me atrevo a preguntar lo que lleva rondando por mi cabeza desde que me enteré de su ruptura.

—Fernando, se llama Fernando. No —contesta rotunda—, ha llegado un momento en que ya no estamos en el mismo punto. Fer ya no tiene suficiente con nuestro acuerdo y yo no estoy

preparada para darle lo que necesita. Ante eso, lo mejor ha sido dejarlo correr. —Dirige su mirada hacia mis ojos—. Se merece una tía que esté al cien por cien a su lado. Afortunadamente, hemos salvado nuestra amistad. No podría perdonármelo si saliera de mi vida.

—¿Acuerdo? —Es lo único importante que se me ha quedado en la cabeza.

—Ajá, teníamos un acuerdo de cero compromiso. Si nos apetecía acostarnos y nos venía bien, pues al lío; que no nos venía bien o salía algo mejor, aprovechábamos la ocasión. Pero llegó un momento en el que quiso formalizar lo nuestro y yo no estaba en su misma onda. Me confesó que se había pillado por mí. Yo no siento lo mismo y sé que no lo voy a sentir. Como te he dicho, gracias a Dios, seguimos siendo los mejores amigos. —Sonríe melancólica.

Me quedo un poco descolocado. No llego a entender cómo alguien puede llegar a un acuerdo como ese con ella. Yo querría tenerla al cien por cien conmigo. Pero al momento me reconozco a mí mismo que, si eso fuese lo único que me ofreciese, lo cogería sin dudarlo. Por sentirla pegada a mi piel, aceptaría ese y mil acuerdos más.

—Y ¿tú y Sara aún...? —Ahora es su turno de las preguntas.

—Mira, Sara y yo nada. Ya te dije que lo que viste la otra noche fue un malentendido. Reconozco que ella hizo todo lo posible para que sucediese. Incluso intentó meterme la lengua hasta la campanilla, que me imagino que fue el momento que tú presenciaste, pero si no hubieses salido corriendo, te hubieses dado cuenta del momento en que me la quité de encima y le expliqué la situación.

—La verdad es que me quedé un poco flipada. Sara no es trigo limpio y me jode que os tenga engañados a los tíos. Reconozco que es todo un mujerón, capaz de hacer babear a cualquiera, por eso creí... —dice un poco avergonzada.

—Tú creíste solo lo que quisiste creer. Anda, ven. —La cojo de la mano y la acerco a mi costado, abrazándola por el hombro y acurrucándola contra mí—. Ay, Vera, Vera, no sé qué voy a hacer contigo.

Apoya su cabeza en mi pecho y me gustaría tener el poder de parar el tiempo, porque sentirla así, pegada a mí, es sin duda lo mejor que me ha pasado en los últimos tiempos. Si no contamos el beso, claro.

—El beso del otro día, ¿lo cortaste porque creías que estaba con Sara?

Ella hace un gesto imperceptible con la cabeza y no me queda claro si es una afirmación o una negación.

—Por una parte, sí —reconoce a media voz.

—¿Y por otra parte? —la animo a que continúe.

—Por la otra parte, es por culpa de mi inseguridad. —La miro alucinado. ¿Vera insegura? Pero si parece la chica con más confianza que he conocido nunca—. Soy una tía a la que un gilipollas, hace tiempo, pisoteó la autoestima y se la dejó a la altura del betún. Y aunque he logrado, más o menos, volver a recomponerla, hay veces que, como el otro día, mis inseguridades vuelven a salir a flote. Mientras nos besábamos, vino a mi mente tu encuentro con Sara y, ya sabes, las comparaciones son odiosas y...

—¿Comparaciones? ¿Tú con Sara? —No es posible que lo crea de verdad.

—Vamos, hombre, me vas a decir que puedes comparar a un pibón como ella con una tía normalita como yo.

Me envaró en mi sitio y no puedo creer lo que estoy escuchando. Solo puedo mirarla fijamente sin decir palabra.

—¿Qué? —Se revuelve incómoda en mi abrazo.

—Te juro por lo más sagrado que me encantaría cruzarme con ese tío que te ha hecho ser tan

insegura y partírsela la cara. ¿Tú te has visto? Dios, eres preciosa. ¿Quién no querría estar contigo? Veo como traga saliva.

—¿Lo dices en serio?

—¿Cómo puedes dudarlo? —Mi voz suena más como un gruñido que a otra cosa.

Se ríe mientras niega con la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto.

—Joder. Llevo semanas comiéndome el coco. —Me mira con la cabeza ladeada—. No sé en qué momento empecé a verte como algo más que a un compañero de trabajo —reconoce—. Solo sé que, de repente, necesitaba tus mensajes para poder dormir, era lo mejor de la jornada. Me bastaba con verte para que mi día mejorase y tus pullas y tus piques le dieron emoción a mi aburrida vida. Ese tira y afloja que nos traíamos entre manos... Hasta que Sara entró en la ecuación. Supe que no tenía nada que hacer a su lado.

—Hostias, Vera. Me dejas flipado con lo que me dices porque es exactamente lo mismo que ha rondado mi cabeza todo este tiempo. Ni Sara ni leches. Es que si tú estás delante, no hay ninguna que te haga sombra. ¿No te has dado cuenta? Ni te imaginas lo jodido que he estado al pensar que estabas con el tío ese. Solo de saber que él era libre de besarte, de acariciarte, de... Nunca he sido un tío celoso, pero cada vez que te he visto con él, he estado a punto de separarlo de ti a golpes. Tú dices que no sabes cuándo dejaste de verme solo como a un compañero de trabajo, yo tengo claro cuándo te vi como a más que eso. —Ahí voy, a confesarme. O la cago o por fin me llevo el ansiado premio—. Desde el primer día, Vera, desde ese mismo momento no he podido sacarte de mi pensamiento. Llevo desde que te conozco imaginando como será besarte, saborearte. Y me muero de ganas de estar dentro de ti. Hacerte el amor despacio, mirándote a los ojos y oírte gritar mi nombre cuando estalles de placer.

«Hugo, mamón, no la asustes».

—Pues no sé a qué estás esperando —susurra despacio.

«Joder, dime que no me he muerto y he subido al cielo».

No necesito que me diga nada más. Con rapidez, me apodero de su boca, esa boca que me dejó con ganas de más y que, ahora, me sabe mejor, si cabe, que la otra vez. Porque ahora me sabe a promesas, me sabe a anticipación. Cierro los ojos mientras hago mío su sabor, recreándome en lo que sé que está a punto de suceder.

Nos besamos durante un rato, primero despacio, saboreándonos, tanteándonos y, después, con más profundidad, cuando vamos calentándonos cual antorchas.

Le acaricio las piernas por debajo del vestido y paso de largo por su centro para recrearme en sus tetas, esas que me tienen loco desde el minuto uno en que las intuí. La cojo en brazos y la llevo a la habitación que queda libre (donde tiré antes mi mochila deprisa y corriendo), no quiero que nuestra primera vez sea en el sofá, donde alguien nos pueda pillar si se levanta a por agua o al baño. Quiero disfrutar de esto sin posibles testigos de por medio.

Le subo el vestido y se lo saco por la cabeza. Me separo un poco para mirarla. Con su sujetador rojo sin tirantes y su tanga a juego, te juro que es el sueño de cualquier hombre. Me relamo al pensar que esta noche es solo para mí, que voy a poder gozarla, disfrutarla.

Ella me quita la camisa y empieza a desabrocharme el pantalón, que termino de bajarme yo, y lo saco por mis pies, con dificultad, llevándome el calzoncillo en el proceso. Me mira embelesada, y reconozco que ver su mirada apreciativa hace que el ego se me suba un poquito de más, y digo el ego porque otra cosa lleva más que subida desde que la abracé en el sofá.

Le desato el sujetador liberando sus pechos y me dedico durante un rato a ellos en exclusividad, recibiendo como recompensa un grito de placer.

—Joder, Vera, eres una puta maravilla. Daría lo que fuese por tenerte siempre así, con esa cara de deseo y entre mis brazos.

Ella me coge por el cuello y me besa, duro, profundo, dientes contra dientes, labios mordiéndose y tengo que contenerme porque, como sigamos así, voy a durar menos que un adolescente virgen.

La deposito en la cama y es mejor que en mis sueños: el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas, los labios entreabiertos y ella mirándome con los ojos entrecerrados, esperando. Esperándome a mí.

Le deslizo las braguitas por las piernas y la miro sin poderme creer que la tengo desnuda, entera para mí. En otra vida he debido de ser muy bueno para merecerme esto.

Empiezo a pasar mis labios por los tobillos y voy subiendo poco a poco dejando un reguero de besos por sus piernas hasta que llego hasta su centro del placer. Me doy un festín de ella, de su sabor, de su esencia salada, intentando atesorar en mi memoria hasta la mínima sensación que produce en mí.

Vera se retuerce en la cama, gime, y sé que está a punto de dejarse ir, pero no me paro, llegados a este punto, no hay fuerza en este mundo que me separe de ella.

Cuando grita y veo cómo tiembla de placer, sigo acariciándola con la mano y subo hasta su boca adueñándome de sus labios. Me trago sus gemidos, me emborracho de su boca hasta que relaja todos sus músculos, saciada y completamente desmadejada.

Me mira con una sonrisa satisfecha y yo me siento el jodido rey del mundo. Juro que con esto podría morirme feliz.

Pero, aunque suene tan filantrópico, no soy una ONG y, como me muero por estar dentro de ella como tantas veces he soñado, me levanto hacia donde está mi mochila. Saco un preservativo de mi cartera, me lo pongo y me coloco en su entrada. La miro un momento a los ojos y, mientras me besa, me acerca para que me una a ella, cosa que hago con dolorosa lentitud. Una vez dentro, no me muevo, nos quedamos así, mirándonos. Y es que encajamos tan jodidamente bien que parece que nuestros cuerpos estén hechos el uno para el otro. Empiezo a moverme, lento al principio y más rápido a medida que nos puede la prisa. Ella se acopla a mi ritmo y enrosca sus piernas a mi cintura para que profundice mejor.

Aceleramos el *tempo* porque ya empiezo a sentir la llamada del placer y me basta una sola mirada para adivinar que ella está en mi misma situación. En un segundo, siento cómo se tensa a mi alrededor y se deja ir con un gemido gutural. Entro y salgo de ella un par de veces más y allí está, el puto nirvana, el placer más espectacular que he sentido en mi vida, que se acrecienta cuando la oigo pronunciar mi nombre.

Ahora sí, ahora puedo decir que soy el tío más jodidamente feliz del Universo.

Me quito el condón y tapo nuestros cuerpos con la sábana. La abrazo y nos quedamos dormidos completamente plenos.

Feliz entrada de año.

La mejor de mi vida.

VEINTIUNO

¿Y AHORA, QUÉ?



VERA

Me despierto con algo pesado sobre mi cintura y con unas ganas inmensas de ir al baño. Cuando giro la cabeza, me encuentro con la cara de un Hugo dormido a escasos centímetros de la mía y me recreo unos instantes mirando su cara relajada. Tiene una barba de un par de días y, al fijarme en sus largas pestañas... Joder, ya las quisiera yo para mí. No puedo evitar acordarme de nuestro fin de año.

«Puntualiza, Vera. Acordarte de vuestro fin de año apoteósico».

Hacía un montón de tiempo que no sentía lo de anoche. Bueno, a quién quiero engañar, creo que no lo he sentido nunca. Tener a Hugo dentro de mí y experimentar las cotas de placer que experimenté con él, creo que no se puede comparar con nada de lo que haya sentido. La manera en que encajaron nuestros cuerpos fue una puta maravilla. Y la manera de movernos tan compenetrados me dejó sin aliento. Después he dormido como un bebé. Prueba de ello es que hemos dormido juntos. Algo que, como ya os expliqué, no hago NUNCA. No al menos desde que pasó lo del mamón de Martín.

Hostias, ya puedo nombrarlo sin vomitar.

Con cuidado, aparto su brazo de encima de mí y me levanto intentando no despertarlo. Me pongo la camisa de Hugo y me voy hacia el baño dispuesta a vaciar mi vejiga.

En la barra de la cocina, me encuentro a una Alba despeinada y con cara de bien follada, que se toma un café y, por la sonrisa que me dedica, me imagino que yo debo de tener una cara parecida.

—Bueno, parece que acabaste el año mejor de lo que pensabas, zorra. —Se carcajea de mí, señalando la camisa que llevo puesta, y después a los pies del sofá donde se quedaron los zapatos de Hugo.

Yo me hago la digna, paso a su lado para servirme una taza de café y solo me atrevo a contestar:

—Ni te imaginas —declaro.

—Sí, claro que me lo imagino. Recuerda que llevo viendo las miraditas que te echa el *macho man* desde el primer día que entró en la planta —se burla la *jodía*.

Yo me tapo los ojos con las manos y suelto un suspiro.

—Joder, tía, no sé si he hecho bien o mal —A ver, no es que me arrepienta, pero siempre queda una pequeña duda.

—¿No te ha gustado? —pregunta Alba con un arqueado de cejas.

—¿Eres gilipollas? ¿Cómo no me va a gustar? Ha sido... Joder, ha sido una puta pasada. Nunca había sentido nada parecido. El sexo ha sido la hostia, pero la conexión que he sentido con él ha sido indescriptible. —Sonrío de medio lado.

—¿Y entonces, cuál es el problema? —Para Alba todo es demasiado fácil.

—Coño, pues que no sé qué va a pasar ahora. No sé si solo va a ser un polvo de una noche, si va a querer algo más... —Me corroee la incertidumbre.

—¿Tú qué quieres? —Buena pregunta.

—No sé, tía, a mí me gustaría seguir disfrutando de esto con él, pero también quiero conocerlo, saber cosas tuyas. Es tan hermético —me atrevo a confesar.

—Bueno, pues habladlo, pregunta. Vamos, tú nunca has sido tímida. —Tiene más razón que un santo. No destaco precisamente por la timidez.

—Ya, pero... Me muerdo el labio indecisa.

—Sí, lo entiendo —suelta comprensiva—. Es la incomodidad de la mañana de después.

—Exacto. —Ha dado en el clavo.

—Pues nada, manda la incomodidad a la mierda. Entra en esa habitación, quítate esa camisa tan sexy —pone los ojos en blanco al percatarse de las pintas que llevo—, y verás como desaparecen todas tus dudas. Por lo menos, eso voy a hacer yo ahora mismo con Carlos. Espero que esté recuperado para otro asalto. —Y se va guiñándome un ojo y partiéndose el culo.

Joder, vaya con mi Alba, ya me gustaría a mí tener esa seguridad.

Me termino el café a la vez que disfruto del silencio de la casa. Los demás no han dado señales de vida. Tengo que preguntarles a Bego y a Rebeca sobre su noche. Me apuesto a que ha sido tan movidita como la mía.

Recojo el calzado del suelo, busco mi bolsa de viaje, abandonada en un rincón del salón, y me encamino hacia la habitación.

Cuando entro, Hugo ya está despierto, pero no se ha movido de la cama.

—Vaya, pensé que lo había hecho tan mal anoche que habías salido espantada. —Se ríe.

—Estaba tomando mi primer café de la mañana, si no, no soy persona —contesto mientras me encojo de hombros y dejo los zapatos y mi equipaje debajo de la silla del cuarto.

Levanta las sábanas y me invita a unirme a él en la cama. Yo dudo un segundo, pero me basta con ver su sonrisa para que se me pasen todas las incertidumbres.

Me meto de un salto y él me acurruca a su lado. Está caliente y huele a él. A esa mezcla de madera, viento y hogar y no puedo evitar soltar un suspiro profundo mientras cierro los ojos. Me da un leve beso en los labios y recorre la comisura con su lengua. Pasamos de cero a cien en un minuto y, cuando quiero darme cuenta, somos todo manos y brazos, labios y suspiros, gemidos y lenguas y volvemos a descubrir la manera de comernos el mundo. De hacer de las horas, minutos. De la cama, nuestro mundo particular.

Nos exploramos, a veces lento y otras veces con prisas, descubriendo lo que nos gusta, lo que nos excita, conociendo nuestros cuerpos. Aprendiéndonos. No solo con la vista, también con el tacto, con el olfato, con el gusto; en definitiva, con los cinco sentidos. Intentando escribir nuestra propia historia, aislados de la vida exterior. Los dos rogamos para que no llegue la hora de irnos, porque no sabemos qué pasará cuando volvamos a nuestra rutina.

Hugo se levanta al baño y vuelve con una bandeja llena de sobaos, fruta, galletas... que comemos riéndonos como críos en la cama y que dejamos olvidada a un lado cuando volvemos a

enredarnos entre las sábanas. Creo que, después de hoy, voy a tener unas agujetas de campeonato. Vaya maratón de sexo llevamos.

Charlamos a ratos sobre nosotros, cuando nuestros cuerpos nos piden un descanso, y me habla de su familia, de sus padres, de su hermano. De su vocación por cuidar gente desde pequeño, sus horas de estudio, su orgullo al conseguir entrar a la escuela de enfermería, sus logros, pero noto que hay otra historia de trasfondo por la que él pasa de puntillas y, como no quiero agobiarlo, cambio de tema.

Me cuenta sobre sus amigos de siempre, que son inseparables y que, de vez en cuando, necesita su compañía para desconectar de todo. De su afición por las motos y de su amor especial por la suya en concreto. Yo reconozco que me dan mogollón de miedo y me promete que, cuando monte en la suya, acabaré por adorarlas. Lo dudo mucho, pero no se lo digo, no quiero parecer acojonada.

Yo le hablo de mis padres, de mi hermano y sobrinos, de mis chicas, ay, mis chicas. Le cuento anécdotas nuestras de adolescentes, de los líos en los que nos metíamos, de cómo hemos seguido en contacto aunque cada una haya hecho su vida. De la pena que me da no vernos tanto como quisiéramos, pero también le hablo de los días que nos reservamos para hacer nuestro viajecito anual. Él flipa y se ríe a partes iguales cuando le cuento que todo lo organiza Pili y que nosotras no sabemos a dónde vamos hasta que pisamos el aeropuerto. Incluso hay veces que ni así, pues no es dónde volamos sino dónde acabamos.

Entre risas y charlas se va acercando el momento de volver a la realidad.

Entonces Hugo me mira y me pregunta:

—¿Y ahora, qué? —Su semblante ha cambiado a uno más serio.

No contesto, porque es la misma pregunta que me estoy haciendo yo desde que me desperté con su brazo alrededor de mi cintura.

—Mira, Vera —continúa—, me gustas. Me gustas mogollón desde el primer momento en el que te vi. Sé que tú tenías un acuerdo con Fer, pero yo no soy de acuerdos. Conmigo es o todo o nada; y contigo lo quiero todo. No quiero agobiarte, no te estoy pidiendo amor eterno, solo quiero que sigamos conociéndonos. Salir a tomar algo o a cenar juntos, charlar. Por supuesto que tener sexo, mucho sexo —me guiña un ojo—, pero, sobre todo, quiero estar a tu lado. Me encanta estar contigo, me divierte tu lengua afilada, no te cortas en ponerme en mi sitio. Me flipa cuando te ríes y arrugas los ojos, cómo los pones en blanco cuando suelto alguna chorrada y cómo te brillan cuando te hago el amor. Quiero seguir viendo eso, Vera. No te aseguro cuánto durará, pero quiero intentarlo. Quiero seguir descubriendo todo eso juntos.

Me quedo muda y solo puedo mirarlo con los ojos abiertos como platos. Creo que él malinterpreta mi silencio porque, nervioso, continúa de forma atropellada.

—Joder, Vera, perdóname. Creo que he sido muy directo, no tienes...

—No, no digas nada, acepto —lo corto—. Quiero decir, que sí. Me parece bien que nos conozcamos y veamos a dónde nos lleva esto. Yo también estoy muy a gusto contigo, y el sexo, bueno, no hace falta que te diga nada sobre eso. —Siento cómo me sube el color a la cara.

Se descojona de mí, me agarra de la mano, me acerca a él y empieza a besarme. Tenemos que parar porque hay que preparar las cosas para irnos y, si nos liamos, me parece que no va a haber quien nos saque de la cama.

—Joder, cielo. No te imaginas cómo me pones. —Resopla.

—Imaginármelo, no sé, pero ya se encarga tu cuerpo de hacérmelo saber. —Me burlo del bulto que adorna su bóxer.

Intenta tirar de mí para que vuelva a caer a su lado, pero soy más rápida que él e

incorporándome a los pies de la cama, empiezo a vestirme a la vez que ignoro las miradas encendidas que me dedica apoyado en la almohada.

—Venga, pesado, que se nos hace tarde. —Le tiro sus vaqueros y me doy la vuelta para terminar de recoger mis cosas.

—Me debes una —asegura mientras se pone los pantalones—. Es cruel dejarme con este calentón. —Señala su erección, que ya está cubierta por los vaqueros.

—Ja, ja, ja, ja. Eres insaciable —digo sacándole la lengua

—La culpa es tuya. —Lo miro incrédula—. Tengo las ganas acumuladas desde hace demasiadas semanas. Necesito ponerme al día y recuperar el tiempo perdido. Calcula tres polvos por día desde que nos conocemos. —Me mira burlón mientras se acerca despacio a mí—. Ya vamos con retraso. —Me besa con lentitud y termina mordéndome el labio para después pasar la lengua por el punto que han irritado sus dientes.

—No tienes tú jeta ni nada. —Lo empujo divertida y me separo de él para coger mi pequeña bolsa y salir de la habitación moviendo las caderas con exageración mientras oigo cómo se ríe a mi espalda.

Reunidos los ocho en el salón, nos afanamos por dejar todo recogido entre risas e indirectas. Bego y Rebeca están resplandecientes y no me hace falta preguntar para saber que su noche ha sido casi tan maravillosa como la mía. Digo *casi* porque es imposible que nadie haya experimentado las sensaciones que Hugo ha despertado en mi cuerpo. Y no solo en mi cuerpo, ya que la conexión entre nosotros ha sido, como canta Enrique Iglesias, una «experiencia religiosa». Sí, así me pongo de intensa cuando estoy... ¿enamorada? ¿En tan poco tiempo? No, no puede ser posible, ¿o sí?

Trago saliva al reconocérmelo a mí misma, pero, en este momento, prefiero no pensar en ello. Voy a dejarme llevar. Voy a disfrutar de lo que me tenga deparado el destino. Sin dudar, sin mirar atrás. De su mano. Así de sencillo. Así de normal.

Una vez que está todo listo, lo repartimos en los coches y nos disponemos a irnos. Alba me espera en el suyo, pero Hugo me coge de la mano y le dice:

—Alba, Vera se viene conmigo en mi moto. Después recogemos su bolsa en tu casa. —Y me arrastra hasta su máquina infernal.

Sí, digo que me arrastra porque yo voy clavando los tacones por la hierba negando con la cabeza. Me muerdo los labios nerviosa y miro su moto. Joder, es enorme y de verdad de verdad que me dan mucho miedo estos trastos.

Me coge la cara con las manos, me besa y me susurra:

—Nena, nunca dejaría que te pasase nada. Voy a ir muy despacio, tú solo tienes que agarrarte a mí muy fuerte y disfrutar del viaje.

Ya, disfrutar. Si solo puedo pensar en mis sesos desparramados por la carretera. ¡Calla! Agorera.

Me pierdo en esos ojos azules y me olvido de mis miedos. Subo detrás de él, me pongo el casco que me ofrece y me fundo con su espalda. Cierro los ojos y rezo para que el viaje sea corto y no me espatarre por el camino.

Cuando siento el viento en mi cara y me invade el olor de Hugo, abro los ojos y me dejo llevar. Y en ese momento, aún no sé hasta qué punto me voy a dejar llevar, literalmente. A medida que le voy perdiendo el miedo, me relajo y me permito abrir los brazos. Río mientras echo la cabeza hacia atrás y empiezo a disfrutar del viaje por carretera.

Un rato antes, nos hemos parado en el mirador de La Braguía, desde donde contemplamos todo el valle del Pisuerga con su brillante verdor.

—Es increíble el paisaje —reconoce Hugo—. Es el paraíso para los moteros. Con estas carreteras de montaña, estas subidas y los valles abajo es una pasada.

Sonríó al verlo tan emocionado, tan encantado con mi tierra e intento ponerme en su lugar y ver todo esto con sus ojos. Con los ojos de alguien que lo ve por primera vez.

—Mira que he viajado a infinidad de países —confieso—, pero reconozco que cuando paso más de una semana fuera de aquí, echo todo esto de menos. No sé si podría vivir en otro sitio que no fuese Cantabria.

Me observa detenidamente y hace el amago de decirme algo, pero se lo piensa mejor y me besa antes de volver a ponerse el casco.

—Vamos. —Se sube a la moto y espera a que yo haga lo mismo antes de arrancar y seguir recorriendo la carretera que nos lleva hasta mi casa.

Sé que le gustaría darle más gas, más velocidad, y que se corta por mí. Ese detalle hace que me pille un poquito más por Hugo.

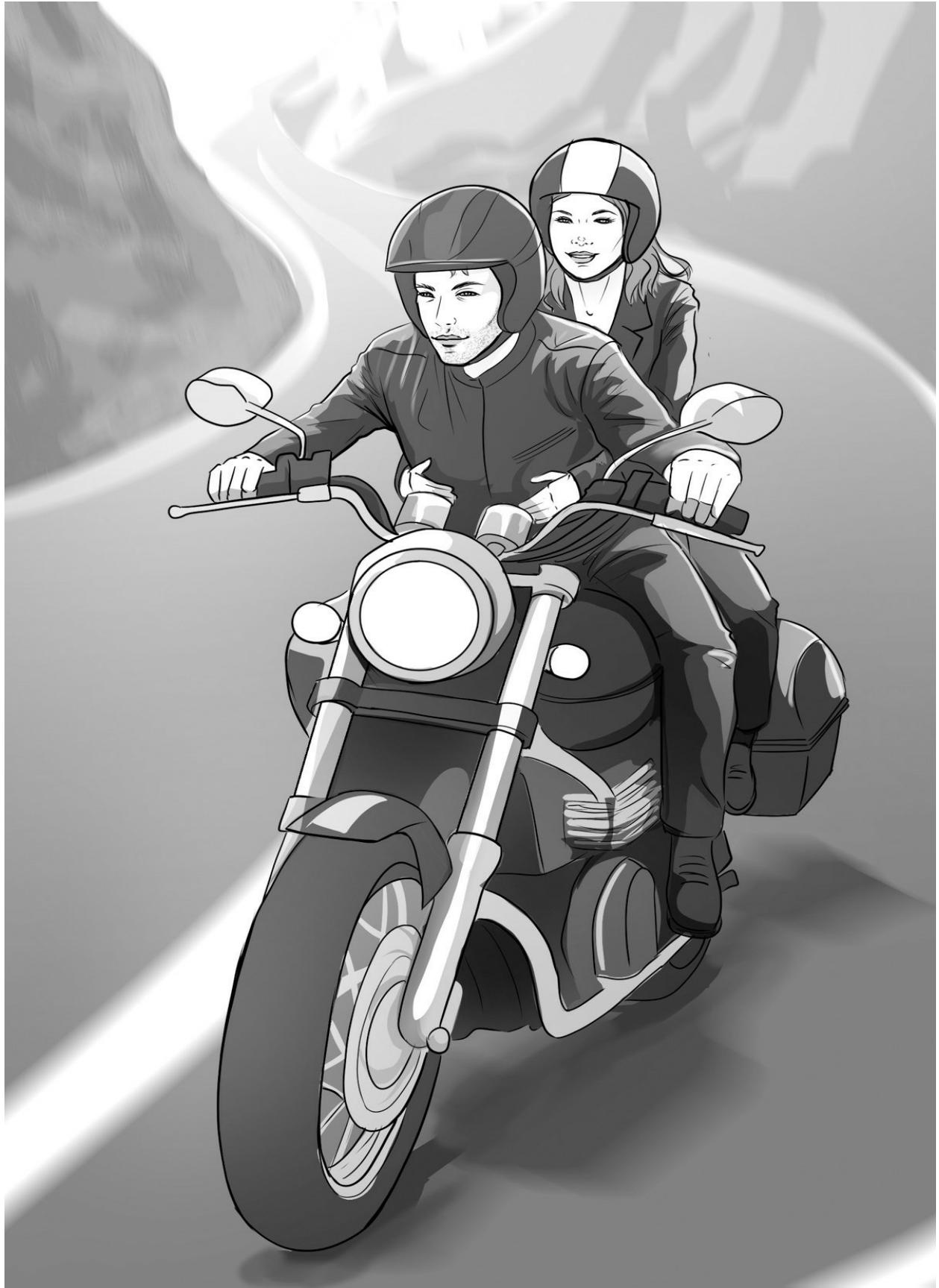
¿Eso es posible?

Llegamos a mi portal, con prisas, con ganas y, en cuanto nos subimos al ascensor, somos todo brazos enmarañados, labios conectados, suspiros entrecortados y gemidos desenfrenados. Casi no me da tiempo ni a cerrar la puerta de mi piso cuando Hugo está desnudándose, acariciándose las partes de mi cuerpo que van quedando al descubierto hasta que me tiene completamente desnuda frente a él.

—Joder. —Sus ojos recorren todo mi cuerpo—. Eres mi puta fantasía erótica hecha realidad. —Me besa con desesperación y, abrazando con mis piernas su cintura, le indico el camino hacia mi habitación. Una vez allí, nos olvidamos de todo lo demás.

De recoger mi equipaje de casa de Alba, de que él está temporalmente en esta ciudad, de mis miedos, de su hermetismo, de mis reglas y de todo lo que no sea el aquí y el ahora.

Respirándonos, saboreándonos y haciendo de nuestros cuerpos música. Haciéndonos vibrar.



VEINTIDÓS

TODO UN MUNDO POR DESCUBRIR



HUGO

Cinco días, cinco días hace que toco el cielo con los putos dedos al tener el cuerpo de Vera enredado en el mío. Da igual si es en su cama o en la mía, hace cinco días que respiro su olor, que saboreo su piel, me pierdo en sus curvas y me recreo en las expresiones de su cara cuando entro en ella, cuando recorro todo su cuerpo con la boca y los dos gemimos de placer.

La vuelta desde la casa rural el día de año nuevo fue una pasada, sentirla encima de mi moto, con su pecho pegado a mi espalda como si fuésemos uno, temblando de miedo, pero dispuesta a vivir la experiencia, casi me hace parar en cualquier rincón y volver a hacerla mía. Vaya subidón. Sé que hizo un esfuerzo tremendo al montar conmigo, porque me explicó una y mil veces el miedo que le tiene a las motos, y por eso mismo valoré todavía más su valentía.

La vuelta al trabajo no nos ha restado ni un ápice las ganas de estar juntos. En el hospital, somos de lo más profesionales, aunque hay que reconocer que el ambiente ha cambiado. No ocultamos nuestras miradas ni evitamos los roces casuales, y no tan casuales; incluso me he atrevido en alguna ocasión a acorralarla en alguna esquina para disfrutar de sus labios. Hasta Sara parece que ha captado la situación y no ha vuelto a insinuarse. No sabéis cómo lo agradezco.

Mención aparte es cuando salimos por la puerta del hospital. En esos momentos, dejamos de contenernos, y son muchísimas las ocasiones en las que no nos da tiempo de llegar a una u otra casa. Parecemos dos adolescentes en sus primeras veces. Ver como Vera no se corta en pedirme más, en exigirme que la haga disfrutar, me pone muy burro y terminamos haciéndolo en cualquier superficie que tengamos a mano. En esas ocasiones, se la ve desinhibida, poderosa y yo me derribo en el mismo momento en el que pone sus manos encima de mí.

Estos días me permiten conocerla más, descubrirla.

Sé perfectamente que, hasta que no se bebe su primer café de la mañana, es mejor no dirigirle la palabra, bajo pena de que te ladre cualquier barbaridad. También sé que le encanta pasarse un buen rato debajo de la ducha, con el agua tan caliente, que si me ducho yo después de ella corro el peligro de escaldarme la piel. También sé que es muy fiel a los suyos, ya sea su familia o sus amigos y que, por sus chicas, como las llama ella, sería capaz hasta de esconder un cadáver si alguna se lo pide.

Le encanta leer, en cualquier momento y en cualquier lugar. Tiene su móvil sincronizado con su libro electrónico, y lo mismo lee en un semáforo en rojo que en la cola del supermercado.

Otra de sus pasiones son los viajes, ha recorrido media Europa en compañía de sus amigos, en esos divertidos momentos que reservan para ellas una vez al año y que hacen que le brillen los ojos cuando me cuenta sus correrías en los mismos.

Y le encanta comer y probar platos de otros países. Me flipa ver cómo disfruta las veces que hemos salido juntos por ahí, cómo cierra los ojos y gime del gusto cuando se mete una cucharada de tarta de queso o una trufa en la boca, sus debilidades. En esos momentos tengo que contenerme para no cogerla en volandas, llevármela como un puto neandertal y hacerla mía en cualquier sitio.

Pero lo que de verdad me ha vuelto loco ha sido conocer cada centímetro de su cuerpo. Sé exactamente dónde le gusta que pose mis labios, en ese hueco justo de la clavícula que hace que le recorra un escalofrío de anticipación. Me conozco cada lunar que salpica su espalda porque me he pasado las horas besando cada uno de ellos y haciendo mía la canción de Marwán «Un día de estos», que habla de leer su cuerpo en braille con las luces apagadas. Me maravilla que esté siempre dispuesta y preparada para mí. Incluso me hace gracia ese pudor que tenía los primeros días de mostrarme su cuerpo, no sé por qué mierdas de complejos, de los que día a día se ha ido despojando, aunque de vez en cuando asoma un atisbo de vergüenza a sus ojos, que yo me apresuro a borrar beso a beso, caricia a caricia.

Hemos hablado mucho, de lo humano y de lo divino, del pasado y del presente. Evitamos el futuro, pensando de forma inocente que no llegará el día que tenga que volver a Madrid y poner fin a estar juntos diariamente. Porque si algo tengo claro, es que no pienso dejar de verla cuando vuelva a mi ciudad. De una u otra manera tenemos que conseguir que esto funcione, no quiero dejar de sentir esta plenitud. No me cabe en la cabeza dejar de enterrarme en ella por completo y sentirla casa, sentirla hogar. Sí, esto es lo que ha conseguido en este poco tiempo que llevamos juntos. Que no pueda, ni quiera, separarme de ella. Ha creado una necesidad tan grande que ya no recuerdo cómo era yo antes de ella, no recuerdo al Hugo roto y vacío que llegó a Santander huyendo de una relación tóxica. Solo sé que ella ha llenado de luz cada rincón de mi oscuridad.

Me ilusiona todo lo que me queda por descubrir a su lado. Todo un mundo. Y pienso saborear cada minuto.

Aprovecho una noche que Vera está de guardia para salir a tomar unas cervezas con Carlos y los demás. No se me olvida que David tiene una especie de fijación con ella y quiero ir de frente con él, no quiero malos rollos. No ahora que he encontrado en este grupo tan dispar a unos amigos con los que compartir mis horas libres.

Salimos por el casco viejo de la ciudad, conformado por pocas calles pero con mucho ambiente de tardeo.

Estamos en la barra y, mientras disfrutamos de nuestras cañas, me rompo la cabeza para encontrar las palabras adecuadas que decirle a mi amigo.

—De manera que tú y Vera. —David se adelanta y va al meollo sin despeinarse.

—Eh, sí —confieso—. Surgió sin proponérmelo.

—Sí, claro. —Carlos se descojona en mi cara—. Pero si saltaba a la vista la química que había entre los dos.

—Bueno —me paso una mano por el pelo—, reconozco que Vera me gusta desde el primer momento en el que la vi, pero te juro por lo más sagrado que ni en sueños pensé que tuviese una oportunidad con ella.

—Pues yo lo veía cantado. —Carlos sonríe mientras da un sorbo a su cerveza.

—Sinceramente —Gonzalo interviene—, yo también lo veía venir.

—Joder —mascullo—, debo de ser el único tonto que no se daba cuenta de nada. Estaba tan concentrado en intentar caerle bien que, por mucho que me matasen las ganas, no me esperaba el desenlace de Nochevieja.

—Mira —David toma la palabra—, si estás incomodo por mí, desde ya te digo que no te preocupes. —Me da una palmada en la espalda—. Es verdad que me siento —me mira—, me sentía atraído por ella. Joder, estaría muerto si no fuese así, pero yo sí que tenía claro que no iba a suceder nada entre nosotros. Creo que convertí en costumbre el tirarle la caña. Era como un juego entre nosotros. —Sonríe canalla—. Claro que, si ella hubiese mostrado interés, no me hubiese achantado y me hubiese tirado a la piscina. —Se descojona—. Pero como no ha sido así, quiero que sepas que todo está bien. Tienes vía libre para estar con ella.

—Ni que necesitase tu permiso. —Ríe Gonzalo.

—Eso es verdad —reconozco—. Pero sí que se me quita un peso de encima. No quería malos rollos entre nosotros.

—Eso nunca, tío. —David me da un abrazo torpe—. Ninguna mujer va a separarme nunca de un amigo.

—Pues brindemos. —Carlos levanta su vaso—. Por la amistad, la cerveza... y las mujeres, las criaturas más maravillosas de la creación.

Todos chocamos nuestros vasos mientras nos reímos por la euforia de nuestro amigo. Después de darle un trago, me dirijo a él.

—Bueno. —vuelvo a hablar—. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de Alba? —digo alzando las cejas—. No puedes negar que estás mucho más contento desde fin de año.

—Buff. —Sonríe con cara de bobalicón—. Esa tía es demasiado. Es incansable, insaciable. —Bebe un sorbo—. Me tiene todo loco.

—Entonces, ¿es algo serio? —pregunta Gonzalo—. ¿Vais a continuar viéndoos o solo fue una cosa puntual?

—La verdad es que seguimos viéndonos.

—¿Va para largo? —David pone en su boca lo mismo que estoy pensando yo.

—No sé. Lo único que os puedo decir es que durará lo que Alba quiera —reconoce—. ¿O pensáis que yo tengo voz y voto en esto? Alba es como un puto terremoto que arrasa con todo a su paso, y yo estoy encantado de dejarme arrasar. —Ríe encantado.

—Hostias, tú. —Gonzalo le da un golpe en el brazo a David—. Ya lo hemos perdido para siempre. Este está encoñado hasta la axila. —Se descojona.

—Me parece —David le acompaña en sus risas—, que tenemos aquí a dos que han caído con todo el equipo.

—Ni confirmo ni desmiento. —Río con ellos—. Pero reconozco que estoy loco por Vera.

—Pues ríete tú del carácter de Alba, que Vera no se le queda corta. —Carlos me da una colleja amistosa—. Las dos son de armas tomar.

—Hasta eso me gusta de ella —confieso—. No veas qué tontaco me pone verla soltando sapos y culebras por la boca.

—Joder, tío, menudo masoca estas hecho —dice Gonzalo.

—No te creas. —Carlos sonríe de medio lado—. ¿Tú no sabes que después de la tempestad viene la calma?

—Exacto. —Asiento para secundar a mi amigo—. Las reconciliaciones pueden llegar a ser gloriosas. —Guiño un ojo burlón.

—Hostias.—Gonzalo abre los ojos desmesuradamente—. No lo había visto de esa manera.

—Ay, tontuco. —Carlos le da unas palmadas en la cara—. Cuánto te queda por aprender.

Y con estas últimas palabras, rompemos a reír los cuatro, sintiendo que nos unimos cada vez más, hasta el punto de que Vera no va a ser a la única a la que eche de menos cuando se terminen mis seis meses en esta ciudad.

Como Gonzalo y David tienen turno de mañana, damos por concluida la salida y volvemos a casa a una hora prudencial.

Acabo de cerrar la puerta de casa detrás de mí cuando siento mi teléfono vibrar en el bolsillo.

Lo saco y sonrío al ver que es mi amigo Guti el que llama.

Descuelgo con rapidez, feliz de charlar con él.

—¿Qué pasa, colega? —saludo.

—Ey, ¿te pillo bien? —pregunta.

—Sí, acabo de llegar a casa. —le informo—. He salido a tomar unas *cerves* con tres compañeros del curro.

—Deja algo para este finde —pide.

Mis colegas de Madrid vienen a pasar el fin de semana de después de Reyes a Santander y estoy que me muero por que lleguen. Por verlos y por presentarles a Vera.

—Hemos salido de tranquis, guardo mi energía para vosotros.

—¿Ya tienes todo planeado? —indaga.

—Sí, todo perfectamente organizado, incluida la ruta que haremos con las motos. —Sé que les va a flipar—. Pero quiero comentarte algo.

—Dime.

—Esto... ¿no os importa que el sábado salgamos con más gente? —pregunto dudoso.

—Si entre esa gente hay alguna tía que merezca la pena, por mi estupendo —dice entre risas.

—Sí, bueno, son todo chicas —apunto.

—Pues mucho mejor. —Oigo cómo chasca la lengua—. Muy mal se me tiene que dar para que no caiga una de ellas.

—Suenas desesperado. —Me río de mi amigo.

—Muy desesperado. —Ríe conmigo—. ¿Y entre esas chicas hay alguna en particular a la que no pueda tirarle la caña? —Qué listo es el cabrón.

—Bueno, hay una tía...

—Hugo, Hugo, Hugo. —Me corta—. No puedes mantener el rabo dentro de los pantalones. —Sé que bromea. Ambos somos conscientes de mi larga temporada de sequía y de que no soy tío de rollos de una sola noche.

—No es eso —me defiendo—. O no solo es eso.

—¿Me vas a decir que es algo más que un polvo?

—No te quepa la menor duda —digo categórico.

—Joder, no lo flipes. No te oía así desde lo de Julia —suelta—. No habías vuelto a tener interés por nadie.

—Pues ya ves, macho. Fue ver a Vera y ¡pum!, tocado y hundido.

—Vera, ¿así se llama la afortunada? —ríe al otro lado del teléfono.

—Te garantizo que el afortunado soy yo —admito—. Cuando la conozcas, lo entenderás.

—Hostias, Hugo. Aun sin verte, noto la ilusión en tu voz. —Espero a que continúe, pero se queda un rato callado antes de volver a hablar—. ¿Y qué piensas hacer cuando se termine tu contrato en Santander?

La pregunta del millón, la misma que llevo yo haciéndome desde hace días. La misma que

todavía no he sido capaz de contestarme.

—No sé, tío —digo con sinceridad—. Lo único que sé es que quiero seguir con ella. Quiero seguir teniéndola en mi vida. Porque desde que ha entrado en ella, no se me borra la puta sonrisa de la cara.

—Suenas como un puñetero enamorado. —Se ríe mi amigo.

—No sé si estoy enamorado, puede ser —confieso—. Lo que sí sé es que nunca en mi vida me había sentido así de bien.

—¿En cuánto?, ¿una semana? —pregunta—. Porque cuando has estado aquí en Navidad no has mencionado a Vera para nada y, sinceramente, yo te habría notado esa cara de gilipollas enamorado que me imagino que tienes.

—En cinco días, aunque llevo colgado de ella desde que la vi el primer día que empecé a currar en el hospital —reconozco—. Y te garantizo que he sentido más con ella en estos cinco días de lo que he sentido con cualquier otra en años.

—Ten cuidado, Hugo —me pide—, no quiero que vuelvas al infierno que viviste con Julia.

—No puedes compararme a una con otra, Guti. Mi relación con Julia era tóxica. En cambio con Vera... Es lo más real que tengo en mi vida.

—Yo solo me preocupo por ti, colega. Recuerdo el pozo en el que te hundiste y lo que nos costó sacarte de él. —No puedo evitar recordar esos días.

—En este momento, no necesito que te preocupes por mí. Necesito que te alegres —pido.

—Está bien —accede a regañadientes—. Me alegro por ti, tío. Solo espero que esta no sea una pirada como la anterior.

—No lo es o, por lo menos, no en el sentido que insinúas. —Suspiro—. Estoy seguro de que te vas a llevar bien con ella, ya verás.

—Yo digo como Santo Tomás. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no lo creeré —sentencia—. Bueno, cambiando de tema, ¿por dónde va a ser la ruta en moto?

Agradezco que mi amigo deje el tema de Vera y rompa con la tensión que empezaba a crearse entre nosotros. Estamos otros buenos quince minutos planeando al detalle nuestro fin de semana y cuando por fin cuelgo y me recuesto en el sofá, mis pensamientos vuelan a la chica que no puedo sacarme de la cabeza.

Y me gustaría dar las gracias al karma, al universo, al destino o a quien cojones sea el que mueve los hilos allí arriba por haberla puesto en mi camino. Por permitirme disfrutar de ella. De sus sonrisas, de sus ojos de color miel y de toda su persona en general. Porque ha iluminado mi vida, que estaba sumida en la oscuridad, o por lo menos estaba llena de claroscuros como un cuadro de Velázquez.

Y no sabía la falta que me hacía su luz hasta que me deslumbró.

No sabía la falta que me hacía su calor hasta que descongeló esas partes de mí que ni siquiera sabía que tenía congeladas.

Como un tsunami. Sin avisar. Sin piedad.

Hasta que me alcanzó y no tuve más remedio que dejarme arrastrar.

Y aquí estoy yo, dispuesto a dejar que me siga llevando la corriente.

Sin remedio.

Sin querer evitarlo.

VEINTITRÉS CON EL VIENTO DE CARA



VERA

No me reconozco. Ahora mismo no me reconozco y no puedo estar más encantada. Donde dije digo, digo Diego. Vamos, que se me están empezando a caer todas las reglas que me impuse.

Que no me iban los rollos en el trabajo, pues toma, embarcada en una relación con mi compañero de curro en tan solo unos pocos días.

Que no dejaba a nadie que durmiese conmigo, pues ale, desde hace cinco mañanas amanezco en los brazos de Hugo, da igual que sea mi cama o que hayamos pasado la noche entre sus sábanas, me despierto con él pegado a mi espalda y sus buenos días terminan de la misma manera, con él enterrado en lo más profundo de mi cuerpo y yo retorciéndome de gusto entre sus brazos. Así entenderéis que llegue con una sonrisa de oreja a oreja a trabajar.

En nuestros ratos libres, aprovechamos para que yo le enseñe mi provincia. Si tenemos turnos de mañana, al salir, nos subimos a su moto y disfrutamos de los pueblos cercanos a la capital, degustando platos típicos y paseando cogidos de la mano por sus calles. Si, por el contrario, trabajamos de tarde, madrugamos para ir a desayunar por los alrededores, haciendo una lista de las top diez tortillas de patata que más nos han gustado. Aunque todavía me acojona un poco, estoy empezando a cogerle el gustillo a esto de ir en moto, a sentir el viento de cara, sobre todo porque, en esos momentos, aprovecho para arrimarme a su espalda como una pegatina.

Nos deleitamos con un cocido montañés en Bárcena Mayor, uno de los pueblos más bonitos de Cantabria, de unas alubias con venado en Los Tojos, cuyas carreteras para llegar hasta allí hacen las delicias de Hugo que, aunque se corta y va más despacio por mí, disfruta tumbando un poco más de la cuenta la moto en sus curvas.

Tíos.

Y hablamos . Bueno, si soy sincera, lo hago sobre todo yo, por eso de que no me callo ni debajo del agua. Le cuento todo lo que se me pasa por la mente. Le relato mi pasión temprana por la enfermería, por el arte de cuidar y curar personas. De lo duro pero a la vez gratificante que es estar en una planta de oncología y del trabajo que estoy haciendo con mis compañeras para presentarlo en el congreso que se celebrara dentro de poco en Madrid.

Aunque él habla menos, me cuenta cosas de su infancia, de sus veranos en la costa gaditana, de sus amigos de la niñez, que son los mismos de ahora. Dice que siempre fue un poco empollón,

pero que hubo una época en que la que se perdió un poco y tuvo que apretar de lo lindo para sacar buenas notas y poder terminar la carrera de sus sueños. Oírlo hablar con tanta pasión de nuestra profesión me hace entender que, al igual que yo, su vocación viene de niño y me río cuando me cuenta las trastadas que hacía de pequeño utilizando cualquier cosa que encontrase por casa como instrumento médico. Incluso me habla de la emoción que sintió cuando a los diez años se encontró, debajo del árbol de navidad, un maletín lleno de instrumental de juguete, que consiguió que no le prestase atención a ningún otro regalo. Se aferro a su jeringa y fonendo de tal manera que pasó a ser su bien máspreciado. No puedo evitar reírme al imaginar a ese niño ilusionado con su regalo. Avergonzado reconoce que, a día de hoy, todavía está guardado entre las muchas cajas de juguetes que amontonan sus padres en el trastero.

Por la época en la que se perdió, pasa un poco de puntillas y, aunque sé que hay algo más, prefiero dejarlo correr y no indagar mucho porque intuyo que es algo que todavía le escuece. Espero que llegue un día que se atreva a hablarme de ello. Creo que le vendrá bien sacarlo.

No he podido ver a las chicas desde la tarde del veinticuatro de diciembre y, antes de que se encuentren con todo el pastel de frente, tengo que ponerlas al corriente de la historia que he comenzado con mi compañero. Como sus colegas van a venir a visitarlo después de Reyes, hemos pensado que es un momento tan bueno como otro cualquiera para conocernos todos. De esa manera, respaldada por mis amigas, no me dará tanto apuro pasar el filtro por el que seguro que me mirarán los amigos de Hugo. Ellas ya lo conocen, aunque haya sido un encuentro breve, pero sé que también lo van a mirar con lupa. Por eso decido abrir nuestro chat y tirarme a la piscina. No es lo ideal, lo sé, preferiría contárselo en persona, pero el tiempo apremia y el viernes salimos con ellos, de manera que es hora de las confesiones.

PERRAS DEL INFIERNO

YO

Chicas, antes de que salgamos de fiesta el viernes, tengo que confesaros una cosa.

PILI

¿Vas a hacerte un cambio de sexo?

CORAL

¿Vas a meterte a monja?

BLANCA

¿Estás embarazada?

ANA

Ja, ja, ja, ja, qué animales sois.

YO

Animales no sé, pero dramáticas, un rato largo.

MARTA

Bueno, no nos tengas en ascuas. ¿Qué pasa?

YO

Ahí voy. Puede que las cosas con mi compañero de trabajo se hayan precipitado un poco.

CARMEN

¿Precipitarse, en qué sentido?

YO

En el sentido más amplio de la palabra.

PILI

Espera, espera, ¿te lo has tirado? Ole tus huevos.

YO

No me lo «he», me lo «estoy».

CORAL

Ostras, a rey muerto, rey puesto. Eres mi ídolo 😊.

BLANCA

Tu sí que sabes, Verita. Y encima está tremendo.

YO

No lo sabes tú bien 😊.

PILI

Eso significa que carga bien.

YO

No pienso entrar en detalles. En fin, que quería que lo supieseis antes del viernes porque vienen sus amigos de Madrid y vamos a quedar con ellos.

CORAL

Yuhu, carne fresca. Si están la mitad de buenos de lo que lo está él, ya me doy por satisfecha.

YO

Pues no tengo ni idea, no los conozco. ¿Eso significa que no os importa?

ANA

Claro que no, cuantos más seamos, mejor nos lo pasaremos.

IRENE

Tengo el chat que echa humo, ¿me hacéis un resumen o tengo que ir hacia atrás mensaje a mensaje?

BLANCA

Yo te hago un resumen. Aquí, tu amiga Vera está cohabitando con su compañero de trabajo y debe de andar como puta por rastrojo. Vamos, escocidita debe de estar la niña.

IRENE

Ja, ja, ja, ja, ja. Blanca, ¿llegará el día en el que tengas filtro?

BLANCA

Nah, ¿tú me ves a mí recatadita y sin soltar una de mis perlas por la boca? Me entran temblores solo de pensarlo.

YO

Eres más bruta, tía. Espero que mañana te cortes un poco y no los espantes.

BLANCA

A mí hay que quererme como soy, nena.

IRENE

Eso es verdad. No sabes lo que necesitaba reírme de tus salidas de tiesto.

BLANCA

¿Todo bien en el restaurante?

IRENE

Sí, en el restaurante va todo de lujo. El problema lo tengo con mi vecino de la puerta de al lado. Es el ser más... Más... No sé ni cómo catalogarlo, pero me saca de mis casillas, y eso que no hace ni una semana que compartimos rellano. Menos mal que casi no paro por el apartamento.

YO

Bueno, seguro que tarde o temprano te lo metes en el bolsillo. Preséntate en su puerta con uno de tus maravillosos postres y verás como lo tienes comiendo de tu mano.

IRENE

No creo que a este tipo le seduzcan los postres, tiene pinta de ser de los que le dan patadas a los cachorritos. Tiene una cara de mala leche que no se aguanta ni él.

CORAL

Pues si no le seducen los postres, sedúcele tú. A no ser que sea un octogenario.

IRENE

Qué va, debe de tener mi edad. Pero vamos, ni loca me arrimo yo a ese personaje. Va a conseguir que odie la música italiana. La escucha a todas horas, a un volumen mucho más alto de lo que el oído humano puede soportar. No es la primera ni la segunda vez que me despierta al poco de haber caído en la cama agotada. Encima, su habitación da pared con pared con la mía. Es un sinvivir.

ANA

Pues quéjate a tu jefe. Al fin y al cabo, es tu casero, ¿no?

IRENE

Sí, y también es su amigo. Prefiero tener la fiesta en paz. Bueno, chicas, espero que os lo paséis bien el viernes. Vuelvo a la cocina que se ha terminado mi rato de descanso. Os quiero, perracas. Id buscando un hueco para venir a verme.

CORAL

Eso, eso, y le damos de leches a tu vecino por atreverse a perturbar tu paz.

YO

Adiós, bombón, ya te vamos contando.

Chicas, nos vemos.

PILI

Chao, pescao.

Con una sonrisa, me abrazo al cuerpo de Hugo, que se da la vuelta adormilado y me regala la suya, perezosa. Solo con eso, con ver su cara al acostarme y sentir sus besos al despertarme, podría morir feliz.

Tal vez me estoy pillando demasiado rápido, lo sé, pero es algo que no puedo evitar. Ya me preocuparé de todo cuando llegue el momento de la separación, cuando tenga que volver a su ciudad.

De momento, voy a permitirme disfrutar de esto mientras el viento de cara arrasa con mis dudas y mis miedos. Voy a obligarme a recordar que Hugo no es Martín, que él no me va a despachar de su vida como lo hizo mi ex.

Porque esta vez soy consciente de en dónde me estoy metiendo. En una historia con fecha de caducidad.

Esta vez tengo yo el mando. El mando de mi vida y de mi corazón. Y es algo que no voy a olvidar.

No lo pienso olvidar.

El viernes me arreglo en mi casa. En la de él se van a quedar sus amigos y, si duermo allí, creo que ya seríamos multitud. Además, sé que él agradecerá estar estos días al cien por cien con ellos y, aunque cuando se lo planteé no le hizo mucha gracia, luego reconoció que era lo mejor. Pero cuando me despedí de él en la puerta de su piso y lo vi ponerme esa carita de perrillo apaleado, te juro que casi mando a tomar por culo mi idea y poco me faltó para enroscar mis piernas en sus caderas y olvidarme de todo y de todos.

«Vera, céntrate».

Como sé que la noche va a ser larga y acabaremos bebiéndonos hasta el agua de los floreros, no me arreglo mucho. Unos pitillos vaqueros bien ceñidos, un top lencero negro, americana roja y mis salones de tacón bajo. En mis labios mi rojo mate favorito y el pelo con su onda al natural como sé que le gusta a él. No van a estar todas las chicas, Irene está en Roma, cumpliendo uno de sus sueños de siempre, Marta se queda en casa porque su niña ha cogido un virus estomacal y mucho nos tememos que ella no tardará en ir detrás, por lo que me reúno con Pili, Blanca, Coral, Carmen y Ana en nuestro bar de cabecera para tomarnos un vinín antes de ver a los chicos.

—Bueno, chicas —les digo alzando mi copa—, vamos a brindar por este nuevo año, para que no deje de sorprendernos gratamente y cumpla todas nuestras expectativas.

—Claro, lo dice doña «me estoy tirando a mi compañero de curro y no se lo cuento a mis amigas» —suelta Pili.

—Joder, tía, ya os lo expliqué y os puse al día —me defiendo.

—Bueno, al día al día... No nos lo contaste con pelos y señales —dice Blanca.

—Eso, queremos los detalles guarros —se descojona Coral.

—Lo lleváis claro, conformaros con saber que me hace muy muy feliz. —No pienso entrar en detalles, esos quedan bajo secreto de sumario.

—Creo que quieres decir que te lo hace muy muy bien. —Me guiña un ojo Carmen.

—Bueno ¿y dónde has quedado con ese portento? —pregunta Ana.

—En el Rocambole, y vamos a ir caminando, que ya llegamos tarde —las apremio mientras pago la ronda.

Entre risas y bromas, caminamos hacia el lugar en donde hemos quedado y al llegar veo que

ya nos están esperando los cuatro chicos en la puerta.

—Hostia puta, ¿esos son los amigos de Hugo? Vaya pedazo de maromos, hay un par de ellos que están bien buenos —suelta Pili.

Tiene razón, hay un par de ellos que no están nada mal, pero mis ojos no se apartan de Hugo, que hoy lleva unos vaqueros negros, un jersey claro de ochos y cuello alto y una americana de micropana granate. En sus pies, unas Adidas blancas. Dios mío, debería estar prohibido que saliese así a la calle, pienso mientras lo veo acercarse a mí con esa sonrisa de medio lado que se gasta el muy canalla.

Cuando llega a mi altura, me empapo de su olor, ese olor que ya empiezo a hacer mío, a madera y a él, tan a él que duele. Sin cortarse ni un pelo, me coge de la nuca y me acerca a su boca besándome como si hiciese un mes que no nos viésemos. Yo me dejo llevar y cierro los ojos olvidándome del mundo, hasta que oímos los silbidos de sus amigos y las carcajadas de las chicas. Me aparto un poco avergonzada y le recuerdo el nombre de las petardas de mis amigas. Él me presenta a los suyos, Guti, Sergio y Raúl, y a continuación los presentamos entre ellos. Todos tenemos ganas de pasarlo bien y eso se nota en la facilidad con la que congeniamos entre nosotros. No me pierdo la larga mirada que se han dedicado Guti y Coral, aquí han saltado chispas.

Dispuestos a quemar la noche santanderina, entre risas y empujones, nos disponemos a disfrutar de nuestra mutua compañía.

Hacemos una ruta por nuestros bares favoritos. Les hacemos probar el vino de coco en El Panel, cosa que ellos hacen y, aunque afirman que ese vino tan dulce es vino de chicas, no veo yo que digan que no cuando van sacando porrón tras porrón. Cambiamos de tercio y de zona y nos animamos a subir hasta el río de la pila entrando en la Tienduca, garito que no cambia a pesar del paso de los años. Allí nos venimos arriba, bailamos, bromeamos y, chupito tras chupito, vemos pasar las horas en nuestro reloj. A las tres de la mañana y cuando hemos ido rodando de bar en bar, nos entra el hambre y nos pillamos un bocata de rabas en uno de los pocos sitios que quedan abiertos. Con ellos en la mano, nos acercamos hasta el palacete del embarcadero a comerlos sentados mientras seguimos con nuestro cachondeo.

—Buah, qué bueno está el bocata. Los calamares están que te mueres. —Raúl cierra los ojos al dar otro mordisco.

—Qué calamares ni qué leches. —Blanca se ríe del amigo de Hugo—. Esto son rabas. R-A-B-A-S, a ver si aprendes, macho.

—Perdone usted mi ignorancia. Rectifico, estas rabas están de muerte. —Ahora es él el que se burla de mi amiga.

—Así me gusta —dice ella dándole un cachete en la cara—. Cuando estés en Santander, habla con propiedad si no quieres que se den cuenta de que eres de fuera. Bueno, aunque, con ese acento que tienes, no dejas lugar a dudas de que eres de Madrid.

—Eh, y a mucha honra —lo defiende Sergio.

Todos nos reímos, cansados y un poco borrachos, pero contentos después de una gran noche de diversión.

Hugo me abraza y yo apoyo mi cabeza en su hombro, sintiendo la brisa marina en la cara. Cierro los ojos y suspiro, mientras pienso que no me hace falta nada más para ser feliz.

Solo un poco más de tiempo para disfrutar de esto.

Para disfrutar de su compañía.

VEINTICUATRO

BENDITA MI SUERTE



HUGO

Han sido días buenos, qué coño, han sido días muy buenos. Dedicar el sábado a recorrer con nuestras motos las carreteras secundarias que nos llevaron al sorprendente pueblo de Orbaneja del Castillo, en la provincia de Burgos, y ver sus cascadas y sus piscinas naturales fue todo un puntazo. Los cuatro, acompañados solo por el ruido de los motores y con el azote del viento en el cuerpo, disfrutamos de nuestra mutua compañía. Tuve tiempo de, con tranquilidad, hablar a mis otros dos amigos; por si no les había quedado claro al vernos juntos la noche del viernes; de mi naciente relación con Vera. Como Guti estaba al tanto de todo, permaneció en un segundo plano mientras mis colegas, a la vez que se alegraban por mí, también me pedían preocupados que no me precipitase. Sé que en la cabeza de ambos está muy presente mi historia con Julia. De la misma manera que ya hice con mi mejor amigo, los tranquilicé hasta que vi que se quedaron conformes. Al fin y al cabo, sé que Vera los ha conquistado, igual que a todo el que tiene el privilegio de conocerla.

Más tarde, entre Sergio, Raúl y yo, le sonsacamos (o, por lo menos, lo intentamos) a Guti el rollo que se trae con Coral, ya que no pasó la noche en mi casa. Entre risas, lo único que conseguimos que reconociera es que durmió poco o nada, pero de ahí no lo sacamos. Lo vacilamos un montón. No es lo normal que nuestro amigo se guarde para sí sus aventuras, es más, como norma general, nos hace partícipes de todo. Y, cuando digo todo, es TODO.

El domingo, aprovechamos el último día que pasan en Santander para salir a tomar el vermouth por la zona de Peña Herbosa, que se encuentra atestada de gente haciendo lo mismo que nosotros. Hay que aprovechar el sol que nos regala este día de enero. Después de despedirnos de Vera y de sus amigas, hacemos nuestra última ruta juntos (por si lo dudabais, ninguno ha probado una gota de alcohol, somos un poco inconscientes, pero no tanto), bordeando toda la costa cántabra hasta llegar a San Vicente de la Barquera. Cuando anochece, traemos las motos hasta mi casa, cansados pero satisfechos. Ha sido un fin de semana perfecto, tener juntos a mis amigos y a Vera, que son parte fundamental de mi vida, ha sido una puta pasada.

La única pega es que no he podido dormir abrazado a su cuerpo, ni he podido estar en mi lugar favorito del mundo, dentro de ella. Le agradezco que me haya dejado disfrutar de mis

colegas estos días, pero, mentiría si dijera que no me muero por estar otra vez con ella, desnudos, en mi cama. Y no es por el sexo. Bueno, no es tan solo por el sexo, es por la complicidad que hemos creado. Es por tenerla pegada a mí, por oler su aroma, esa mezcla de algo dulce y a la vez picante tan característico de ella y que reconocería en una habitación a oscuras llena de gente. Es por tener esas conversaciones de todo y de nada en concreto que hacen que nos acerquemos más, que nos conozcamos; aunque a mí todavía me cueste hablarle de mi pasado. Sé que un día llegará, que conseguiré hablarle de mi antiguo yo, pero tengo miedo de que, cuando me vacíe ante ella y me conozca mejor que nadie, no quiera saber nada de mí. Tengo miedo de que sepa de mi pasado tóxico. Del Hugo que destruye lo que toca. Que conozca mi oscuridad y que, en ese momento, me niegue su luz.

Con todas las ganas del mundo, le abro la puerta de mi casa el lunes, apenas una hora después de despedirme de mis amigos. No espero ni a que se quite el abrigo, la alzo en brazos a la vez que pego mi boca a la suya. Ella se ríe y me abraza por la cintura con sus piernas, mientras nos quitamos la ropa a trompicones, y la llevo a mi habitación.

Joder, qué ganas tenía de tenerla así, desnuda, excitada y mirándome con esa cara de... de... de puro vicio. En este momento, juro que moriría feliz. No somos delicados, ninguno de los dos, las ansias nos pueden, somos todo manos, labios, dientes. Mordemos, lamemos, chupamos y nos vertemos el uno en el otro. Me bebo su orgasmo como hace ella conmigo y, una vez que nos saciamos y caemos agotados y desmadejados en la cama, nos sonreímos.

—Hola —me dice satisfecha.

—Hola, te he echado de menos —confieso mientras recupero el aliento.

—Nos vimos ayer. —Se ríe

—Entonces he echado de menos tenerte así, solo para mí —digo besándola.

Nos quedamos un rato en un cómodo silencio. Ella tumbada bocabajo con los ojos cerrados y una sonrisa perenne en la boca y yo acariciando su cuerpo de arriba abajo. Le acaricio el costado donde tiene un tatuaje pequeño, en las costillas, a la altura del pecho izquierdo, es un pequeño atardecer en el mar.



—¿Significa algo?

—Lo significa todo —contesta en voz tan baja que me cuesta oírlo

—¿Quieres contármelo? —le pido.

No dice nada y, cuando pasa un buen rato y ya pienso que no me va a contestar, empieza a hablar en voz baja pero tensa.

—Cuando ocurrió lo de Martín, me quedé destrozada. No solo fue su traición, no solo me sentí engañada, es que tenía mi autoestima por los suelos. Él se había ido encargando, en el tiempo que duró lo nuestro, de ir poco a poco minándola con pequeños actos que, si no te fijabas bien, pasaban desapercibidos. Eran comentarios que podían parecer casuales, pero que, poco a poco, iban haciendo mella en mí. Si veíamos a una chica que llamaba su atención, él no se cortaba en comentarme que, por qué no me vestía como ella, que estaría mejor, o por qué no llevaba el pelo como otra para verme más favorecida. Si salíamos con sus amigos y yo empezaba a sentirme cómoda con ellos, él me llamaba la atención para que no me riese tan fuerte, para que no hablase tanto o cualquier chorrada que en ese momento le molestase de mí. Luego, cuándo volvíamos a casa, criticaba mi forma de ser y me decía que por qué no podía ser como las demás novias, que estaban calladitas y solo hablaban si se les preguntaba. —En ese momento, respira profundamente y puedo ver en sus ojos el tremendo dolor que su ex ha enraizado en ella y lo odio por ello, más de lo que he imaginado nunca odiar a alguien—. El tema cama era un caso aparte. Nunca me dejaba tomar la iniciativa, se hacía dónde, cuándo y como él quería. Cuando yo proponía algún cambio, me miraba y me ignoraba, lo que hizo que me fuera reprimiendo, encerrando en un caparazón y, en los últimos tiempos, ni siquiera tenía ganas de acostarme con él. Te preguntarás que por qué me dolió tanto que acabase con lo nuestro si se comportaba así conmigo. —Me mira y asiento—. Fue por la costumbre. Piensa que él me anuló de tal manera que llegué a pensar que no me merecía estar con nadie y que, si terminaba con lo nuestro, nadie querría estar conmigo. Te imaginarás que cuando lo pillé con la lengua metida en la garganta de otra y desnudos en mi sofá, lo primero que pensé es que me quedaría sola para siempre. Y me hundí. Cogí una depresión de caballo. No salía de la cama, me dieron la baja y me pasaba los días del sofá a la cama y viceversa, llorando y maldiciendo. No dejaba de verme defectos. Si fuese más alta, más delgada, más guapa, no sé, si fuese mejor, quizás Martín no me hubiese sustituido por otra. Entré en un bucle de autocompasión que terminó cuando mis chicas no aguantaron más y entraron en mi casa como un huracán. Me obligaron a ducharme, a arreglarme y a salir con ellas a la calle. Me llevaron a un estudio de tatuajes y allí me dieron a elegir entre un montón de ellos. Me hicieron prometer que se acabó flagelarme, que nadie, y menos un tío, merecía que enfermase. Me hicieron elegir un *tattoo* con un significado con el que me identificase, y me pidieron que llevase ese significado a rajatabla. Entre todos ellos, escogí este. Lo hice cuando el tatuador me explicó que este dibujo minimalista significa el fin de una gran etapa de la vida y el comienzo de nuevas cosas, también es el compromiso de dejar atrás viejas costumbres. —Sonríe cuando me acerco a besar ese pequeño dibujo—. A partir de ese momento, empecé a salir a flote. Fui a terapia, no me avergüenza decirlo. Creo que deberíamos normalizar el ir al psicólogo de la misma manera en la que vamos al traumatólogo cuando nos duele un pie, a la peluquería cuando queremos cambiar de imagen o al masajista para cualquier dolencia muscular. No hay nada más importante que el cuidado de la mente. Si esta no está en perfecto estado, es difícil que el resto de ti funcione con normalidad. Mi psicóloga, no sin mucho esfuerzo, me hizo ver la realidad de mi persona. Me ayudó a quererme tal y como soy, con mis defectos y con mis virtudes, con mis luces y mis sombras, aceptando lo bueno y lo malo. —Me encantaría decirle que, para mí, todo es bueno, pero no quiero interrumpir este momento de sinceridad—. No te voy a decir que fue rápido, pero si te diré que, gracias a ellas, a mi terapeuta

y a mis chicas, lo conseguí. Porque cada vez que flaqueé, ellas estuvieron allí para recordarme el significado de mi *tattoo*, para recoger mis pedazos y volver a recomponerlos todas las veces que hiciese falta. Para reír conmigo, pero, sobre todo, para llorar. Y gracias a ellas logré, si no volver a ser la chica que fui antes de Martín, convertirme en una versión de mí misma con la que empecé a sentirme cómoda y de la que al final me enorgullecí.

Cuando termina de contarme su historia, se queda mirándome fijamente, esperando mi reacción. Yo me he quedado noqueado con su relato y lo único que soy capaz de hacer es volver a besar ese pequeño *tattoo* que tanto significado tiene para ella, acercarme a su cara, limpiarle una lágrima que, traicionera, se ha escapado de sus ojos y hacer su boca mía. Besarla como merece que la besen, besarla entregándole toda mi alma, sintiéndome orgulloso de la mujer en la que se ha convertido, orgulloso de la mujer tan valiente que es, de la mujer que ha conseguido reponerse de su pasado y resurgir como el ave fénix. Mirándola a los ojos, entro en ella y le hago el amor con ternura, sin dejar de mirarla, intentando con mi cuerpo, con mis gestos, hacerle saber lo maravillosa, lo jodidamente perfecta, que es.

Tan jodidamente perfecta para mí.

Un rato después, abrazados y en un silencio solo roto por nuestras respiraciones, Vera se vuelve, quedándose frente a mí, y me da las gracias.

—¿Gracias, por qué? —susurro.

—Por escucharme. Por no juzgarme, por haber aguantado tantas cosas. Por hacerme sentir bien. Porque, cuando estoy contigo, me siento especial, me siento preciosa, me haces sentir preciosa —dice emocionada.

—Es que eres preciosa. Joder, me gustaría que te vieses con mis ojos, que vieses lo jodidamente bonita que eres. No solo por fuera, sino por dentro. Con solo una sonrisa, iluminas mi día, haces que desee ser mejor persona para ti, ¿quién no estaría orgulloso de estar contigo?

—Martín —susurra.

—Ese Martín es un capullo que no supo valorarte. Un imbécil que acabó jodiendo lo más bonito que ha tenido y tendrá en la vida, lo más bonito que se puede imaginar nadie tener: tú.

Vera se ríe a la vez que llora en mi hombro, mientras me da pequeños besos en la mandíbula.

—Ey ey, no llores, no era mi intención hacerte llorar. —Seco sus ojos con los dedos.

—No te preocupes, no lloro de pena, es de felicidad. —Sus labios, salados por culpa de las lágrimas, se encuentran con los míos

—¿Felicidad? —Sonrío.

—Sí, felicidad. Felicidad por esa casualidad de conocerte, esa suerte de coincidir, esa magia de conectar.

Y con esta frase, que hace que mi corazón se salte un latido, nos quedamos un buen rato abrazados y en silencio.

Bendita mi suerte, afortunada casualidad, maravillosa conexión.

Estoy a punto de quedarme dormido, mecido por la pausada respiración de Vera, cuando la siento removerse en mis brazos.

—Oye, ¿tú también te has dado cuenta de las chispas que han saltado entre Coral y Guti? —pregunta mientras se sienta en la cama y la sábana se escurre por su cuerpo dejándola desnuda de cintura para arriba.

—Tengo noticias de primera mano. —Me froto la cara para despejarme y me hago el interesante—. Solo diré que Guti no ha dormido en mi casa ninguna de las tres noches.

—¿QUÉ? Será cerda. —Parece ofendidísima—. La cabrona de ella no ha hecho más que intentar sacarme hasta el último cotilleo desde que les conté que nos besamos por primera vez y,

cuando le toca a ella, se calla como una...

—O sea, que se lo contaste a tus amigas —digo con una sonrisa.

—Obvio. —Me la devuelve y me quedo un instante atontado mirando su boca. La beso con ganas, joder, no me canso de saborearla.

Me aparta riéndose y se sube la sábana, tapándose hasta el cuello.

—Estate quieto, que estamos hablando de un tema muy serio. —La risa que sigue burbujeando en su cara desmiente sus palabras.

—¿Desde cuándo el que tu amiga y mi amigo se estén dando candela es un asunto serio? —pregunto alzando las cejas.

—Desde que ella se ha pasado el código de amigas por el forro y no nos ha dicho nada. —Termina cruzándose de brazos.

—¿Código de amigas? —Empiezo a descojonarme—. Pero ¿eso existe?

—Por supuesto. —Me mira con cara de suficiencia—. Y consiste en que no haya ningún secreto entre nosotras. Yo tuve que detallarles nuestro beso incluso cuando ni yo misma entendía lo que estaba pasando.

—¡Ah! —Me acomodo mejor en la cama—. Esto se empieza a poner interesante. ¿Y te dieron algún consejo?

—No quieras saberlo. —Sonríe de medio lado—. Soltaron verdaderas barbaridades por la boca. Incluso salió el término *dogging* a colación.

—Vaaaya. —Me tumbo encima de ella y la atrapo con mi cuerpo—. ¿Te pone hacerlo en sitios públicos, viciosilla?

—Depende de en qué sitios. —Me sigue la broma.

—Ya. Eres toda una caja de sorpresas —digo y cojo su labio inferior con mis dientes, soltándolo de inmediato.

—¿Y tú? —Me da un golpe en el hombro—. ¿Cómo sabes de qué va el asunto?

—Bah, solo de oídas. —Doy pequeños mordiscos en su cuello y sonrío al ver que suspira.

—Sí, claro, eres... —No la dejo terminar, con un par de caricias me hago dueño de su cuerpo y se olvida momentáneamente de lo que iba a decir.

—En cuanto la pille... —Gime cuando entro de golpe en ella y damos por concluida la conversación.

Nos olvidamos de nuestros amigos y nos concentramos en sentir todo esto que nos provocan nuestros cuerpos cuando entran en contacto. Toda esta marejada de sensaciones que se desatan en el mismo momento en el que mi piel se une a la suya.

En el mismo instante en el que pasamos de ser dos personas, a convertimos en una sola.

En parte de un mismo ser.

VEINTICINCO FACTOR EX



VERA

Por fin he conseguido, al hablar de Martín, sentir una enorme indiferencia. Es más, creo que es la primera vez, desde que pasó todo, que puedo hacerlo sin rencor, sin deseos de asesinarlo de mil y una maneras diferentes para que sufra mucho, muchísimo.

Y me ha hecho bien hablar de él con Hugo, desahogarme. En un principio, no era mi intención abrirme de esa manera con él, pero esa es una de sus virtudes, consigue que desee contárselo todo sobre mí. Es tan jodidamente bueno escuchando, que las palabras salen solas, sin pretenderlo. Bastó solo que me preguntase por mi *tattoo* para que abriese la compuerta y ya no pudiese parar hasta que lo solté todo. Quedé exhausta emocionalmente, pero mereció la pena. Con sus caricias y sus besos, me relajé de tal manera que me olvidé de todos mis traumas.

Es tanto lo que me transmite con solo un abrazo que acurrucarme en él, en su calor, se ha convertido en mi pasatiempo favorito. Eso y experimentar las mejores sensaciones inimaginables cuando está dentro de mí. Es como si los mejores sabores del mundo explotasen a la vez en mi boca. Como si, al cerrar los ojos, en vez de verlo todo negro, un arcoíris con los colores más vivos que puedan existir, unos que ni siquiera la paleta del mejor pintor puede recrear en un lienzo, inundan mis pupilas a través de los parpados. Y el olor, solo su olor es el único capaz de llenar mi olfato de tal manera que incluso después de llevar horas separada de él, siento su aroma en mi almohada, en mis sábanas y en mi piel.

Entre los dos se establece una cómoda rutina que me encanta por lo cotidiano, por la complicidad, por la conexión que hemos conseguido. Atrás quedan los días de roces y malos gestos, de malas palabras y mosqueos por nada; y, a tiempo pasado, reconozco que todo era tensión sexual no resuelta.

«Ya, pero es que eso lo sabía todo el mundo menos vosotros dos».

Ahora trabajamos en sintonía. Los días que libramos, nos pasamos las horas juntos, en su casa o en la mía, haciendo lo que hace cualquier pareja cuando se está conociendo: charlar, explorarnos y descubrir qué es lo que más nos gusta a cada uno. Hay ratos en los que está un poco desconectado, pero respeto esos momentos y disfruto del resto, cuando está al cien por cien conmigo.

No se me olvida nuestra conversación sobre Coral y Guti; y, como ahora mismo no es

posible quedar para someter a mi amiga al tercer grado, decido hacerle una encerrona en toda regla.

PERRAS DEL INFIERNO

YO

¿Alguien tiene algo que contar? ¿Alguien está guardando un secreto?
¿Alguna ha estado dándole al fornicio sin decir «esta boca es mía»?

PILI

Joder, Vera, te pareces a Gila con eso de «¿alguien ha matado a alguien?».

¿Quieres ser un poco más clara?

BLANCA

Eso, ¿qué carajos pasa?

YO

Dejaré qué sea ella la que hable ahora o calle para siempre.

BLANCA

No, no. Joder, ahora que me has dejado con la intriga, que hable, que hable.

MARTA

Chicas, no me estoy enterando de nada.

ANA

Pues ya somos dos.

CARMEN

Vaya manera de dejar a una con el suspense.

IRENE

Me parece que la única que no se ha manifestado todavía tiene algo que contar, ¿me equivoco, Coral?

CORAL

Joder, sois como moscas cojoneras.

YO

Hombre, el cuerpo del delito.

CORAL

¿Eso no era una telenovela? Joder, qué bueno estaba el maromo que la protagonizaba.

YO

Coral!!! No te hagas la tonta. O lo dices o lo digo.

CORAL

Vale, vale. Me he tirado al amigo de Hugo. Varias veces.

Vaaale, muchas veces.

BLANCA

Serás perra, ¿Y no nos lo dices hasta ahora?

ANA

No te preguntaremos a cuál de sus amigos te has tirado. Todas somos conscientes de la electricidad que emanabais los dos cada vez que os rozabais.

CORAL

Pues eso.

YO

Sabes que esto no va a quedar aquí. Nos lo vas a tener que contar con pelos y señales. Y encima te va a tocar pagar las copas, como castigo por haber incumplido el código.

CORAL

Joder con el puto código. Me va a salir caro.

BLANCA

Ahora apechugas.

IRENE

Chicas, os recuerdo que estoy aquí y que no me estoy enterando de nada. Necesito que me hagáis un breve resumen de lo que ha pasado.

CORAL

Tranquila, Ire, que luego te mando un breve audio explicándotelo todo.

YO

¿Breve? Te recuerdo que tus audios pueden competir con cualquier pódcast que se precie de serlo.

Desconecto del chat de mis amigas con las últimas risas y todo un arsenal de emoticonos que van desde el mono con las manos en los ojos hasta la berenjena o incluso el enchufe. Creo que he abierto la caja de los truenos. No me quiero ni imaginar el día que quedemos para que Coral nos ponga al tanto de su historia con Guti.

Lo que nos gusta a nosotras un salseo.

Casi sin darnos cuenta, llegamos a febrero. Me esperan unas semanas un poco locas, ya que a final de mes tendremos que viajar a Madrid para defender nuestro proyecto en el congreso de enfermería y tengo que ponerme las pilas para terminar nuestra exposición.

De esta manera, los días me pasan conectada al ordenador investigando, trabajando en el tema escogido, hablando con mis compis para poner nuestras investigaciones en común.

He acampado en la mesa de mi salón y no me muevo de allí más que para trabajar, comer y dormir. Incluso hay veces que se me olvida comer. Menos mal que Hugo ha hecho lo mismo en mi sofá y es el que se encarga de abastecer mis necesidades básicas, tanto alimenticias como... otras igual de necesarias (ya me entendéis). Porque sí, porque ya puedo estar ocupada con mi proyecto durante el día que las noches las dedicamos a seguir saboreándonos, seguir explorando nuestra piel, seguir regalándonos sensaciones el uno al otro, susurrándonos palabras, que no promesas. Los dos somos conscientes de que estas son peligrosas en nuestra situación, tenemos una fecha de caducidad pendiendo de nuestras cabezas como una espada de Damocles. Y no sé si seremos unos locos o unos inconscientes al embarcarnos en esta aventura que los dos sabemos que acabará más pronto que tarde, pero, de la misma manera, entendemos que era inevitable que nos encontrásemos, que nos respirásemos. Era inevitable este choque de trenes en el que nos hemos convertido. Estos dos cometas que no tuvieron más remedio que colisionar porque no

hubo escapatoria. No desde el primer momento en el que cruzamos nuestros ojos, desde que su mirada, azul como el mar Mediterráneo, se enlazó con la mía de color miel.

Y preferimos seguir con la venda en los ojos a la espera de... No sé de qué, pero evitamos pensar en el después.

Disfrutamos de lo que tenemos mientras dure, ya pensaremos en el final cuando se acerque el momento, esperando salir indemnes cual víctimas de un accidente de tráfico. Deseando no salir rotos, ni siquiera astillados, de esta historia nuestra.

Jodidos ilusos.

Días después estoy enfrascada en mi portátil mientras Hugo lee en el sofá. ¿Veis por qué me gusta tanto? Un hombre que lee ya está en el primer puesto del *top ten* de cosas que me gustan en un tío, y este está subiendo posiciones a pasos agigantados. Qué cojones, este tío ya se ha salido de la tabla.

Estoy perdida.

—¿Cuándo salís para Madrid? —me pregunta

—El avión sale el viernes que viene a las nueve de la mañana —contesto distraída sin apartar la vista del ordenador.

—He pensado una cosa —suelta con duda en su voz.

—Uy qué miedo, tú pensando —me burlo mientras desvío la mirada de la pantalla a su cara.

—Boba. ¿Por qué no pillas solo el billete de ida y luego te quedas unos días más conmigo? Después volvemos juntos en la moto, así te puedo enseñar mi ciudad —pregunta ilusionado.

—No sé. —Me muerdo el labio con fuerza. Tengo mil ganas de contestarle que sí, aunque paso de decirle que ya tengo los dos billetes comprados desde hace un par de meses.

—Los dos libramos, no empezamos hasta el jueves a trabajar. Te podrías quedar en mi casa, sería una pasada. —Sonríe ante el anhelo con el que me lo dice.

—Ya tengo pillada la habitación de hotel hasta el domingo, le haría una putada a Alba si ahora la anulo.

—Bueno, pues te quedas en el hotel hasta el domingo y, cuando ellas se vayan, te trasladas a mi piso. De todas formas, yo no llegaré a Madrid hasta el sábado por la noche, te recuerdo que estoy de guardia el viernes y si sé que voy a tenerte conmigo cuatro días enteros, puedo dormir algo antes de ponerme en carretera. Puedes disfrutar del viernes y el sábado con ellas y a partir del domingo ser solo para mí. —Sus ojos brillan por la propuesta.

—Uhm, no me disgusta ese plan —reconozco.

—¿Eso es un sí? —me pregunta sin poder contener la alegría.

—Contigo todo al sí —contesto

—Me gusta esa actitud, ¿todo al sí? —me dice mientras se levanta con movimientos felinos del sofá y se acerca a mí con el deseo dibujado en la cara.

Y de esa manera, dejo colgado el proyecto, la investigación, mi portátil y todo lo que no sea este chico que me vuelve loca, que se ha hecho un hueco en mi corazón a base de besos y sonrisas canallas; y me centro en este momento que vamos a compartir juntos. Uno de tantos momentos que guardo en mi caja de recuerdos particular. Por si tengo que tirar de ellos cuando llegue el día en el que tenga que conformarme con eso, con sus recuerdos. Por ello memorizo todo lo que puedo sus facciones, sus gestos cuando está en mis brazos. Atesoro sus palabras, lo que me susurra, componiendo en mi memoria un álbum de recortes. Como aquellos que hacía de adolescente, guardando entradas de cine y conciertos, servilletas con frases tontas, pero que eran importantes para mí, fotos hechas en un fotomatón en esas madrugadas de risas compartidas con

mis amigas. En definitiva, retazos que componen el *collage* de toda una vida. Y ahora, en el centro de ese *collage*, en el centro mismo de mi universo, guardo una instantánea de nosotros dos, abrazados en la cama, en formato polaroid. Para que lo recuerde, para que no lo olvide nunca.

Ni que te hiciese falta una foto para recordarlo.

Solo con cerrar los ojos, puedo recrear detalladamente todos y cada uno de sus rasgos. Desde la pequeña cicatriz que le parte la ceja derecha en dos, hasta el diminuto lunar que adorna el lóbulo de su oreja izquierda. Pero, sobre todo, podría dibujar a ciegas la curva de su sonrisa. Porque esa sonrisa es la que me nutre en mi día a día, esa sonrisa canalla que, ya he comprobado, solo guarda para mí.

De la misma manera que la mía solo se forma por él.

Con un suspiro, después de habernos saciado, me acurruco en su costado. Tan pegados el uno al otro en este sofá, que no sé dónde acaba mi cuerpo y empieza el suyo. Y mientras cierro los ojos, solo deseo que se detenga el tiempo en el calendario. Que no llegue mayo. Porque sé lo que eso significa. Su partida.

Y no tengo ni idea de cómo voy a ser capaz de ir a trabajar sabiendo que no volveré a verlo por el hospital.

Una vez me juré no volver a aferrarme a nada ni a nadie con uñas y dientes.

Hasta que apareció Hugo.

Hasta que me dejé arrastrar por el océano de sus ojos y dejé de ser solo yo, para simplemente ser los dos.

Espero no volver a perderme por el camino.

Dudo que esta vez pueda recomponerme con tanta facilidad.

Se acerca el día del congreso y he quedado con mis compis para poner nuestras respectivas investigaciones en común y pulir los últimos detalles. Estamos tan entusiasmadas como nerviosas por todo lo que esto conlleva, un reconocimiento entre el sector que no nos recompensará monetariamente, pero sí profesionalmente; y eso para nosotras supone un mundo. La cita es en La Rana Verde, y si queréis comer una bravas como Dios manda, no podéis perderos este bar mítico de Santander, que ya pisaba en mi adolescencia y que, aunque ahora está reformado y actualizado, sigue con sus bravas como especialidad.

—Bueno, venga, que esto va como la seda, hemos hecho un trabajo cojonudo, chicas. Nos vamos a quedar con todos —dice María.

—Yo lo único que pido es no quedarme en blanco cuando tenga que salir a exponer —refunfuña Bego.

—Tú imagínate a la peña en bolas y seguro que se te pasa el bloqueo. —Se parte Alba.

—O eso o te descojonas y es peor el remedio que la enfermedad. —Acompaño a mi amiga en sus risas.

—Aquí no se va a bloquear ni a quedar en blanco nadie. Llevamos muchas horas de curro y está todo perfecto. Vamos a bordarlo y luego vamos a quemar Madrid y a bebernos hasta el agua del Manzanares —sentencia María.

—Amén —digo metiéndome una patata en la boca—. Hostias, cómo pican. —Me abanico la boca con una mano mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

—Ah, tú has pedido las atómicas. —Alba se encoge de hombros—. Ahora te jodes y te las comes.

—No hay problema, es que no me acordaba de por qué se llaman así. —Bebo un trago de

cerveza para aclararme la garganta—. Por cierto, chicas, yo no vuelvo con vosotras el domingo.

—Coño, ¿y eso? —Bego me mira sorprendida.

—Pues, cuando pilléis el avión, me traslado al piso de Hugo y me quedo con él hasta el miércoles que volveremos juntos en moto —les informo.

—Joder, vaya planazo, tía, pues disfruta. —María me sonríe.

—Yo no es por ser agorera, pero, ¿ya habéis hablado de lo que va a pasar con vosotros cuando se le acabe la comisión? —Alba y su manera de bajarme de la nube.

—La verdad es que pasamos sobre ese tema un poco de puntillas, pero yo creo que los dos tenemos claro que esto solo va a durar hasta que él se vaya, aunque no lo digamos en alto —reconozco.

—Una cosa es tenerlo claro. —Alba me mira a los ojos—. Y otra cosa es tenerlo asumido —termina seria.

—Bueno, tú no te metas en su cabeza. A lo mejor él quiere continuar cuando le toque irse, quiere que lo vuestro no se acabe. —Bego intenta animarme al ver que me he quedado un poco noqueada con las palabras de mi amiga.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo vamos a hacer? —contesto mientras me recompongo—. Te recuerdo que él tiene allí su plaza y yo no me planteo irme a Madrid, mi sitio está aquí. Además, no creo en las relaciones a distancia —confieso.

—Bueno, hay veces que las relaciones a distancia funcionan —dice María.

—El caso es que él ni siquiera me lo ha sugerido, de manera que será mejor que lo ... —Me quedo helada al ver quién aparece por la puerta del bar y mi cara lo dice todo, porque mis compañeras ni siquiera me preguntan, siguen la dirección de mi mirada y maldicen en voz baja.

—Maldito hijo de... —No oigo el final del piropo que le dedica Alba a mi ex, porque me levanto de forma atropellada y me voy al servicio en cuanto veo que se dirige hacia nuestra mesa con una sonrisa de gilipollas que no le cabe en la cara. No sé en qué momento esa especie de mueca me pareció atractiva.

Respira hondo, Vera, respira hondo.

Me miro al espejo y me veo blanca como un fantasma. Me salpico agua en la cara y juro en arameo, cagándome en todos los astros que han hecho que Martín y yo coincidamos en el mismo espacio temporal. Me cago en la puta, ¿pero este tío no se había ido de Santander? ¿Qué cojones hace aquí? Y ¿no había otro bar en toda la maldita ciudad que tenía que aparecer en este? Cuando me recompongo un poco, salgo del baño y me doy de bruces con el imbécil que me rompió en pedazos una vez.

—Hola, Vera, veo que no has cambiado, sigues huyendo. —Me entran ganas de soltarle una hostia para borrarle esa cara de suficiencia que me dedica.

«Bonita manera de recordarte que, la última vez que os visteis, saliste pitando del piso al pillarle retozando con otra. Capullo».

—Martín, en cambio, veo que tú sí has cambiado, te has vuelto más gilipollas, si eso era posible. —Intento esquivarlo para seguir mi camino, pero me lo impide poniéndose en medio.

—Vamos, muñeca, hace mucho que rompimos, tienes que superarlo, tienes que superarme —dice sonriendo.

Lo miro flipada, alucinada con su ego y su cara dura.

—Mira, Martín, hace mucho tiempo que te superé. —Intento que mis palabras suenen con el matiz justo de indiferencia que se merece—. En el mismo momento en el que empecé a agradecerle al cosmos que te apartase de mi vida. —Lo miro fijamente—. Y no me llares *muñeca*, nunca me gustó ese apodo —termino diciéndole entre dientes.

—Vamos, Vera, no mientas. Los dos sabemos lo enganchada que estabas a mí. Fue ese enganche lo que me hizo alejarme de ti, me agobiabas, me absorbías la energía. —Intenta hacerme el mayor daño posible con lo que dice.

—¿Perdona? ¿Ahora resulta que rompimos porque te agobiaba? Disculpa mi ignorancia, yo pensé que fue porque te tirabas a todo bicho viviente que se te cruzaba en el camino. —Este tío se cree sus propias mentiras—. Y lo que tú llamas *enganche* yo lo llamo *amor*. Creía que estabas tan enamorado de mí como yo lo estaba de ti. Era tan estúpida que no fui capaz de ver las señales de tus infidelidades aunque las tuviera delante de las narices —confieso.

—Bueno, si tenía que buscar fuera de casa, tal vez fue porque eras poco para mí. —Se ríe de mí, ¿en serio?—. Necesitaba carne fresca para no morir de aburrimiento.

Lo observo fijamente, intentando entender qué cojones vi en este tipejo para enamorarme de él.

—¿Sabes? Hubo un tiempo en el que realmente llegué a creermelo todo eso que tú me decías, que era poco para ti, que no te llegaba a la altura, que era nula sexualmente... Pero, por suerte, he conocido a alguien que me ha hecho darme cuenta de que quizás el que es nulo en cuestión de sexo eres tú. Que tenías que tirarte a una detrás de otra para demostrarte que podías. Que arrastras tantos complejos que necesitabas anularme para poder sentirte grande. Alguien que me hace sentir querida, especial. Que me ha hecho conocer realmente lo que significa «hacer el amor» y no «follar», que era lo que hacíamos nosotros. Aunque en los últimos tiempos no hacíamos ni eso, era simplemente un acto en el que tú te desahogabas y yo fingía pasármelo bien. Pues mira, con él no tengo que fingir ni una sola vez. Y ahora, disculpa, mi tiempo vale demasiado como para perderlo contigo. Haznos un favor a los dos y no vuelvas a cruzarte en mi camino. Aprovecha tu energía para engatusar a cuantas tontas caigan embelesadas a tus pies. Pero hazlo sin abrir la boca. En cuanto lo haces, la gente se da cuenta de lo gilipollas que eres y lo poco que vales. —Y con este discurso, me doy la vuelta y escapo de su lado con la frente alta y la espalda recta.

Cuando llego a la mesa que comparto con mis amigas, estas me miran con cautela. Deben de haber adivinado por mi cara y mi tardanza que he tenido la dudosa fortuna de encontrarme con mi ex.

—¿Todo bien? —pregunta Alba con ojos compasivos.

—Todo genial —la tranquilizo—. Le he soltado todo lo que llevo guardado dentro desde que me la lió. Me he quedado más ancha que larga y él... Él se ha ido de lo más calentito. —Sonríó al acordarme de la cara de lelo que se le ha quedado después de mi monólogo.

—Vale, pero ¿no te ha removido nada? —Alba me lo pregunta con cautela; al fin y al cabo, ella estuvo en primera línea de fuego cuando todo saltó por los aires.

—Como mucho, el asco que ahora siento por él. —Agarro la mano de mi amiga y le dedico una sonrisa tranquilizadora—. No te preocupes, Alba, no voy a volver a hundirme en el pozo de depresión en el que me sumió su traición. Soy una Vera más fuerte, más segura de lo que nunca fui a su lado. Está todo superado, Martín está superado. —Le doy un apretón cariñoso.

Y aunque es verdad que me siento más fuerte, más segura que antes, esa pequeña parte de mí que era cuando estaba con él, asoma la cabeza por detrás de mi espalda para recordarme que, si una vez no fui suficiente para retener a mi lado a un hombre, no sé qué me hace pensar que esta vez sí lo voy a ser.

Y de esa manera, con sus palabras lanzadas como dardos venenosos, la Vera que aprendió a quererse por encima de todo y de todos, se vuelve a hacer pequeñita, a encogerse hasta hacerse diminuta y deja que las dudas vuelvan a tomar el mando de su vida.

Maldito seas, Martín. Maldito tú y tus palabras.

VEINTISÉIS

VIEJAS COSTUMBRES



HUGO

El día de hoy se me ha hecho un poco bola. Un compañero me pidió cambio de turno y, por ese motivo, no he coincidido casi nada con Vera. Cuando se ha ido a trabajar, yo aún estaba dormido y solo nos hemos cruzado en el cambio de turno, pero como ella había quedado con las compañeras para rematar el proyecto del congreso, se ha ido corriendo. Solo nos ha dado tiempo a un beso rápido y escondido que me ha sabido a poco. A eso le añadimos que ha sido un turno de mierda, que encima se ha complicado al final y he tenido que salir más tarde de lo normal. Estoy deseando llegar a casa, acurrucarme a su lado con una copa de vino y respirarla. Llenarme de ella. Porque simplemente eso, solo con esa acción tan sencilla, llenar mis sentidos de Vera, me proporciona más paz de la que hubiese podido imaginarme jamás. Con su sola presencia es capaz de despojarme del peso que cargo en los hombros. Y saber que soy el causante de la luz que brilla en sus ojos me convierte en el dueño del mundo. Y yo quiero ser el puto dueño del mundo toda mi vida. Toda mi jodida vida.

Cuando abro la puerta, me lo encuentro todo a oscuras a pesar de que ya pasan de las once y media de la noche. En un principio, pienso que Vera se ha liado con las compis y no ha vuelto todavía a casa, pero luego veo su bolso tirado en el suelo del salón de cualquier manera junto con su abrigo y los zapatos. Digo su nombre en voz alta y, cuando no me contesta, me acerco hasta la habitación.

Allí la descubro tumbada en la cama, en posición fetal, con los ojos abiertos, pero mirando a la nada. A pesar de que está a oscuras, gracias a la luz que entra desde el pasillo, noto que ha llorado. Veo sus ojos enrojecidos y la huella que han dejado sus lágrimas en su preciosa cara. Me acerco a ella, me descalzo y me tumbo a su lado a la vez que me abrazo a su espalda. Ya la conozco lo suficiente para saber que, si insisto para que me hable, se cerrará en banda, de modo que me quedo en silencio y me limito a estar ahí para ella, para que me lo cuente cuando esté preparada.

No sé qué coño ha podido pasarle para que se encuentre en ese estado casi catatónico, pero me destroza verla así, me mata no poder hacer nada para que esté mejor. Solo puedo abrazarla cada vez más fuerte y esperar a que decida desahogarse conmigo.

Eso no evita que le dé vueltas a la cabeza, que empiece a pensar en las mil y una razones que han podido hacer que esté así. En este mismo instante, me hago una promesa. Me hago el firme propósito de estar siempre para ella, ser su apoyo. No voy a alejarme de su vida. Aunque tenga que alejarme geográficamente, haré lo posible para que esto funcione. Es difícil encontrar lo que tenemos y te juro que, ahora que lo he hecho, no pienso dejarlo ir. Voy a poner todo mi empeño para que nuestra historia, la más bonita que he vivido nunca, salga adelante.

—Me he encontrado con Martín —musita

Yo rechino los dientes, porque entiendo, sin que me diga nada más, que ese encuentro es el que ha hecho que este así. Sin embargo, no hablo y dejo que continúe.

—El muy cabrón insinuó que lo nuestro se terminó porque lo agobiaba, porque estaba obsesionada con él. —Se le escapa un sollozo que me rompe en pedazos.

—Valiente hijo de puta —escupo.

—También dijo que si tuvo que buscar algo fuera de casa, fue porque siempre fui poco para él. —Las ganas de romperle la cara a ese malnacido crecen por momentos.

Levanto la cabeza y la miro

—¿Qué le contestaste? —me atrevo a preguntar.

—Le dije que me llevó bastante tiempo darme cuenta de que eso no era verdad, pero que había conocido a alguien con el que me sentía especial y que me hacía el amor como no me lo había hecho él nunca. Con el que no tenía necesidad de fingir para que se sintiese más hombre.

Mi carcajada llega sin pensar. Joder, qué tía. Incluso cuando un impresentable le hace sentir una mierda, saca fuerzas para arrearle un zasca con la mano abierta.

Se da la vuelta con una sonrisa triste y sé que hay algo más de trasfondo.

—Me sentí bien contestándole y dejándolo con la palabra en la boca, pero a la vez... —Se muerde el labio y no dice nada más. Me mira y te juro que soy capaz de perderme en la profundidad de su mirada, aunque ahora esté apagada, aunque esté despojada del brillo que tiene un día normal.

—A la vez, ¿qué? —pregunto mientras acaricio su boca con la yema del pulgar para que la libere de la cárcel de sus dientes.

—Pues, que volvieron todas mis mierdas, todas mis inseguridades. Igual es verdad que no era suficiente para él —confiesa cerrando los ojos.

—Bueno, tal vez no eras suficiente para él, porque se ve a la legua que es un capullo. Pero sí te digo que eres más que suficiente para mí, qué coño, eres perfecta. Y si te soy sincero, si me lo encontrase cara a cara, antes de partírsela, le daría las gracias —digo con una sonrisa.

—¿Y eso por qué? — Me mira sin comprender.

—Porque gracias a que fue tan tonto como para dejarte ir, ahora soy el cabrón afortunado que comparte tus días... Y tus noches. Yo gano y él pierde: Hugo 1 - Martín 0 —termino mientras se ensancha la sonrisa que ha nacido mientras hablaba.

Rompe a reír, y me hincho como un pavo real, satisfecho conmigo mismo por conseguirlo, pero como ya la voy conociendo, sé que sigue dándole vueltas a la cabeza todavía con las palabras de su ex. Me estiro y cojo mi móvil. Abro la aplicación de música y empieza a sonar la canción «Amigos con derechos», de Reik y Maluma. Se la canto bajito al oído: «te presto mis ojos, para que veas lo hermosa que eres...» y, acorde a acorde, siento cómo se va relajando hasta que noto, por su respiración profunda, que se ha quedado dormida.

Me gusta mucho esta canción por su significado. Incluso hubo un tiempo que era la situación ideal para lo nuestro. Pero ya no, ya no quiero que seamos solo amigos con derechos. Quiero más, lo quiero todo con ella, estar para lo bueno y también para lo malo, como esta noche. Ser

quien la ayude a alzar el vuelo y el que la sostenga cuando se derrumba, el que la anime a volver a ponerse en pie. El que celebre con ella sus éxitos cada día y desordene su cama cada noche, aunque solo sea para abrazarla como lo hago ahora. De lo que no tengo ni idea es de cómo se lo voy a hacer entender a ella, cómo voy a conseguir que se deje llevar y que confíe en lo nuestro.

Con estos pensamientos en la cabeza, cierro la aplicación de música del móvil y, sin dejar de mirarla, se me van cerrando los párpados, mientras me aferro a ella para que me sienta con los cinco sentidos. Por si se despierta durante la noche y vuelven sus fantasmas. Quiero que sepa que mataría monstruos por ella, que me enfrentaría a un ejército sin dudarlo.

Después del encuentro de Vera con Martín, me siento, si eso es posible, más unido a ella. Nuestras miradas son diferentes, más intensas, ya no solo están recubiertas de deseo, tienen otro brillo, un trasfondo más tierno y, por mi parte, un nuevo significado.

Sé que tengo que sentarme a hablar con ella. Necesito saber qué espera de lo nuestro y explicarle lo que siento. Reconocer ante ella lo que ya me he reconocido a mí, que ya no me conformo con ser solo esto que somos, sin etiquetas. Quiero darle nombre a lo que formamos, quiero mirarla a los ojos y decirle lo que hace tiempo que me ronda por dentro. Que la quiero, que estoy loco por ella y que es primordial que encontremos una forma de que funcione. Si los dos ponemos de nuestra parte, podemos lograrlo. Lo sé, lo necesito.

En algunos momentos, me embarga el miedo a hablarle de mis sentimientos. Me aterroriza que se cierre en banda, que se esconda en su caparazón, que se escude en su independencia, esa que lleva por bandera, y me rechaza como lo hizo con Fer. Por ese motivo, pasa un día tras otro y yo aquí, como un cobarde, no me atrevo a poner en palabras mis pensamientos.

Tampoco ayuda a que me sincere que esté de los nervios con su próximo viaje a Madrid para el congreso.

Estos días me han servido para conocer a una Vera que se altera con cualquier nimiedad, que hace un millón de cosas a la vez, todas a mil por hora y sin ton ni son, olvidándose luego de dónde ha puesto esto o qué ha hecho con aquello. Yo me descojono de ella a la cara, y ya son varias las collejas que me he llevado, pero es que es realmente divertido ver a una Vera que en condiciones normales controla cada situación, convertida en un manojo de nervios. Por eso, como todo buen enfermero que se precie haría, soy el encargado de conseguir que cada noche se relaje entre mis brazos y se olvide de todo y de todos en cuanto me encajo entre sus piernas.

Por fin llega el día de su viaje a Madrid y llevo a las cuatro amigas al aeropuerto. Están como motos, de manera que, cuando me despido de ellas, les aseguro que lo van a bordar, que dejen atrás el miedo y que se metan a todos los del congreso en el bolsillo. Vera me da un beso largo del que nos cuesta separarnos y las veo pasar el control de seguridad entre cuchicheos y risas nerviosas. Sé que lo van a hacer genial. Llevan mucho tiempo invertido en este proyecto y merecen que se lo reconozcan. Estoy deseando que llegue el domingo y poder tenerla solo para mí, en mi ciudad de nacimiento, enseñarle todos sus secretos y compartir mis recuerdos, vividos en sus calles, con ella.

Llego a casa entusiasmado con los planes que quiero llevar a cabo a su lado cuando siento vibrar el teléfono en mi bolsillo. Descuelgo sin mirar, creyendo que es Vera para despedirse una vez más antes de despegar, y se me seca la boca al oír una voz que no esperaba volver a oír.

—Hugo. —La voz de Julia al otro lado de la línea hace que me recorra un sudor frío por la espalda.

—Julia, ¿por qué llamas? ¿No te dejé claro que no quería volver a hablar contigo? — Mi voz

suenan más duras de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo.

—No me cuelgues, por favor, esta vez es diferente —habla de forma atropellada.

—¿Diferente de cuándo? ¿De todas las otras veces que me llamaste para pedirme dinero? —suelto con rabia.

—No. Sí. Bueno, ahora no estoy puesta, estoy intentando dejarlo de verdad, como te prometí, como le prometí a mi chico, ¿recuerdas? —Empieza con el truco de rememorar el pasado.

—Julia, yo ya no soy tu chico, dejé de serlo hace mucho tiempo.— Estoy cansado de tener que darle la misma contestación mil veces.

—Tú siempre serás mi chico, siempre estaremos unidos. Nos une un pasado en común. Una historia que está inacabada. —Sube el tono de voz.

—De eso hace una eternidad. Nuestros caminos tomaron rumbos diferentes, el tuyo fue un camino de autodestrucción del que intenté que salieses, pero fue inútil. Tuve que alejarme de ti para no caer más yo también. Y nuestra historia está muerta y enterrada. Es tóxico que te aferres a ella. —Cierro los ojos agotado.

—A diferencia de ti, yo no la he olvidado. Veo que tú has hecho borrón y cuenta nueva. Te olvidaste de mí desde el primer minuto en el que me dejaste tirada —acaba a gritos.

—No te equivoques, Julia, no fue así, no te dejé tirada. Hice todo lo posible por ayudarte cuando era el único que apostaba por ti, por lo nuestro. Al final, tuve que ponerme a mí por encima de todo y, aunque me costó mucho, al final aposté por mi salud mental, por mi integridad física. No podía dejarme arrastrar a tu mundo, recuerda que ya estuve allí una vez y cada día que pasaba me arrastraba más por el fango, hasta el punto de descuidar mis estudios, a mis amigos y a mi familia. No podía perderme más de lo que ya estaba. —Las lágrimas surcan mi cara al recordar aquella época tan oscura de mi pasado.

—Pero yo te quería, te quiero —oigo como llora también.

—Y yo te quise, mucho, o por lo menos quería a la Julia de los primeros tiempos. Pero luego entramos en un bucle que solo nos hacía daño y yo tenía una meta marcada, un sueño por cumplir —recuerdo.

—Sí, claro, el perfecto enfermero salvador del mundo, que no dudó en dejarme sola con mis mierdas. Sin volver la cabeza, sin mirar atrás. —Siempre he creído que cada persona implicada tiene una versión de su historia, pero la de Julia está muy alejada de la realidad. Me he roto la cabeza una y otra vez para hacérselo entender, pero a la vista está que no lo he conseguido. No sé por qué sigo intentándolo, por qué sigo explicándoselo cada vez que hablo con ella.

—Eso no es justo, Julia. Sabes que hice todo lo humanamente posible para que salieses de ese pozo, pero no sirvió de nada. Para conseguir eso, la que tenía que poner todo de su parte eras tú; y no sé por qué razón, nunca quisiste. Nunca hiciste el menor intento de salir de ese mundo —replico con tono monocorde.

—¿No entiendes que cada vez que me drogaba me sentía grande? ¿Invencible? ¿Que cada vez que estaba colocada no sentía que era una mierda al compararme contigo?

—¿Qué coño estás diciendo? —Es la primera vez que oigo estas palabras salir de su boca.

—Cada vez que te iba a buscar a la universidad y te veía salir hablando con tus compañeros, lo hacías sonriendo, despreocupado, integrado en ese ambiente. Te brillaban los ojos cuando hablabas de tu futura profesión, con una pasión que me daba envidia y sentía que te iba perdiendo poco a poco, porque, al fin y al cabo, ¿a qué podía aspirar yo? A trabajos de mierda, mal pagados y en los que no estaba a gusto —reconoce.

—Julia, tú eres muy inteligente, podrías haber estudiado lo que hubieses querido. Es más, te animé a hacerlo en numerosas ocasiones —le recuerdo.

—Sí, pero yo ya era un caso perdido y, a tu lado, cada vez me sentía más pequeñita. Más insignificante. —El dolor que deja traslucir su voz termina de romperme.

Nunca fue mi intención hacerle daño.

—Pero yo nunca quise que te sintieras así. Para mí eras importante. En cierto momento, incluso dejé de lado todo lo demás por ti. Nunca te vi como alguien que valiese menos que yo. Por lo menos, esa no fue mi intención. —No está en mi naturaleza hacer sufrir a propósito.

—Cuando estabas enfrascado en tus apuntes, no veías más allá de estos, no me veías a mí —confiesa.

—Joder, Julia. ¿Por qué nunca hablaste de esto conmigo? ¿Por qué no me contaste cómo te sentías?

—Yo era la chica alegre y divertida, ¿recuerdas? No me pegaba nada hablar de sentimientos.

—Julia, lo siento. —Por tantas cosas.

Pero sobre todo por no poder sentir en este momento por ella nada más que compasión.

—Tranquilo, no te llamo para hacerte sentir mal. Solo necesito que me prestes algo de pelas, te prometo que es la última vez. Ya sé que me dijiste que no volverías a prestarme nada, pero te juro que no volveré a pedirte. —Al final, llegamos a la verdadera razón de su llamada.

—Hostias, Julia, esto es la pescadilla que se muerde la cola. —Siempre consigue que termine enfadado.

—No, de verdad, no es para meterme nada. Ya te he dicho que esta vez voy en serio con lo de dejarlo. He encontrado un curro, pero hasta que no me paguen a fin de mes, no me llega para pagar el alquiler de mi habitación y ya sabes que con mis padres no puedo contar. —Le dieron de lado cuando, después de muchos intentos, de muchas promesas incumplidas por parte de Julia, tiraron la toalla con ella.

—Joder, vale, de acuerdo, pero te juro que es la última vez. Julia, tienes que encauzar tu vida, dejar las compañías con las que vas y centrarte. Conserva el trabajo el tiempo suficiente para que puedas vivir de él. —le aconseja.

—¿De qué coño vas? ¿Te crees que no lo intento? Pero no es tan fácil. Parece que llevo un puto cartel en la frente que dice lo que soy, lo que fui, y no soporto las miradas de superioridad que me echa la gente. Se creen mejor que yo.

—Tienes que dejar las paranoias. Si te miran, que les den. Tú ve a lo tuyo, a salir adelante y a no volver a caer en esa mierda que solo te está matando. —Tiene que dejar de afectarle lo que la gente opine de ella.

—Te juro que lo estoy dejando, hace semanas que no me meto nada, de verdad, tienes que creerme. Solo me quedas tú, si tu no confías en mí, ya no me queda nada. —Quiero creerla, de verdad que quiero, pero son años de darme cabezazos contra la pared.

—Está bien, está bien. Pero no podemos seguir así. Yo, Julia, yo estoy con alguien —me atrevo a confesar.

Da la callada por respuesta

—¿Julia? —llamo.

—¿Es algo serio?

—Quiero que lo sea —reconozco.

—Vale. Está bien. Espero que seas feliz, de verdad. Te juro que, después de este préstamo, no volverás a saber nada de mí —dice en voz baja.

—Tampoco quiero que desaparezcas del todo de mi vida. Si es verdad que estás dispuesta a mantenerte limpia, me gustaría saber cómo te va —pido.

—Ay, mi chico, siempre serás el defensor de las causas perdidas. No puedes salvar a todo el

mundo, ¿sabes?

—Me conformo con que te salves tú. —Es verdad. Aunque ya no sienta nada por ella, ha sido parte importante de mi vida y deseo con todas mis fuerzas que consiga salir de su infierno personal.

—Yo ya he dejado de ser responsabilidad tuya. Adiós, mi chico. Siempre te querré —susurra.

—Julia, eso ha sonado a una despedida definitiva.

—...—¿Julia?

—...

No sé si han sido los recuerdos del tiempo compartido, o que con sus palabras ha hecho que me sienta más culpable de lo que ya me sentía; el caso es que nuevamente ha conseguido llevarme a su terreno y ceder a su petición.

Cuelgo, y solo espero que sea verdad, que esté intentando desengancharse. Por su bien y por el de mi conciencia. No me gustaba la versión de mí que era a su lado como canta Leiva en «Mi mejor versión».

Me ha costado mucho tiempo encontrar eso, mi mejor versión. La que saco cuando estoy con Vera. La que sale a relucir desde que ha entrado en mi vida.

La mejor versión de uno mismo es la que somos con la persona de la que estamos enamorados. La que eres junto a un amor sano.

Como mi amor por ella.

VEINTISIETE DE MADRID... AL SUELO



VERA

Recién aterrizadas en la capital, pillamos el metro y nos dirigimos a Gran Vía, en donde está ubicado nuestro hotel, con el tiempo justo de dejar nuestras maletas y acercarnos a IFEMA a recoger nuestras identificaciones para el congreso.

Entusiasmadas como estamos, echamos un vistazo al programa para apuntarnos a las ponencias que nos interesan.

Esta tarde solo tenemos una que empieza en dos horas, por lo que buscamos un sitio cerca para picar algo y volvemos rápidamente para no perdernos detalle.

Después de hora y media de charla, en la que he estado un poco dispersa pensando en otras cosas (léase, pensando en Hugo y los días que vamos a pasar juntos), salimos escopetadas hacia el hotel para arreglarnos un poco y conocer la marcha madrileña. No tenemos prisa por acostarnos, ya que nuestra exposición es por la tarde y podemos remolonear por la mañana en la cama.

Alba, con quien comparto habitación, se enfunda en un vestido azul eléctrico que se pega a su cuerpo como una segunda piel y yo me decanto por un top de encaje negro y una falda de tubo de cuero negra. En mis pies, mis botines de tacón con estampado de serpiente, mi pelo rizado natural, un toque de mi perfume preferido y en mis labios, como siempre, mi *rouge* favorito.

Lista para quemar Madrid.

Nos reunimos con María y Bego, que también se han preparado para la ocasión y, dispuestas a pasarlo bien, nos dirigimos hacia Malasaña.

Allí tapeamos por las típicas tascas de toda la vida. Bravas, chicharrones, embutidos varios, tablitas de quesos, todo ello regado con cerveza de cañero. Vamos, que no nos privamos de nada. Entre risas y cachondeo, se nos va pasando la noche. Al salir de uno de los bares, me doy de morros con un chico y, cuando voy a pedirle perdón, me empiezo a descojonar al ver que se trata de Guti, el amigo de Hugo.

—Joder, Vera, qué puta casualidad. Ya me dijo mi colega que vendrías este finde. Él llega mañana, ¿no? —Se ríe contagiado por mí.

—Sip, mañana mismito —contesto con mi tono de voz más fiestero.

—Hostias, tía, vas un poco alegre, ¿no? —Y el muy capullo se parte de mí en la cara.

—Anda, deja de reírte de mí e invítanos a una copa, corre, no sabemos a dónde ir ahora. — Me cuelgo de su brazo y les hago una seña a mis tres *partner in crime* para que nos sigan, cosa que hacen mientras entablan conversación con los acompañantes de Guti.

No son precisamente tímidas estas tres.

—Venga, vamos —empieza a hablar mientras me guía entre los coches para cruzar la calle —, os voy a llevar a un garito donde ponen unas copas sin garrafón y música de la buena. Uno que yo me sé no me perdonaría nunca que te dejase perdida de la mano de Dios. —Y el muy mamón se sigue riendo.

—Oye, que ya soy mayorcita y sé cuidarme sola —suelto haciendo un puchero.

—Sí, seguro. Anda, vamos, que he quedado allí con Sergio y Raúl —termina de decir mientras me da un apretón en el brazo que tengo aferrado a él.

Guti nos lleva a un *pub* en donde ya están sus amigos, que no ocultan su sorpresa al verme, y nos acomodamos en un reservado después de pedir una ronda. Es verdad que las copas están buenas, y la música es mejor, de manera que nos acercamos a la pista y bailamos como si no hubiese un mañana.

Está siendo una noche divertida, hay un ambiente entre nosotros muy bueno y no tardamos en bromear entre todos y a contar anécdotas. En un momento dado, Guti y yo nos quedamos solos y aprovecho la ocasión para sacarle algo de información sobre su amigo, envalentonada por el alcohol.

—Oye, ¿tú sabes qué le pasa a tu colega? —hago la pregunta que me quema en la lengua desde hace tiempo.

—Uhhmm ¿Por qué lo dices? —Tira balones fuera.

—Pues, verás, estamos tan a gusto juntos y, de repente, noto que su cabeza se va a diez planetas de aquí, como canta Sidecars. No sé si tiene algún problema, algún trauma o qué. Y, la verdad, me gustaría que se abriese a mí, que me tuviese confianza —confieso.

—Mira, Vera, lo que sea que le pase, yo no soy quién para contártelo, eso tiene que salir de él —dice mirándome a los ojos.

—O sea, que sí le pasa algo —adivino.

—Te repito que no es cosa mía contar nada. Pero pregúntaselo, estoy seguro de que no dudará en hablar contigo cuando se sienta preparado —me aconseja.

—Joder, Guti, me has dejado peor de lo que estaba.

—No te montes películas en esa linda cabecita. No es tan malo como parece, pero es parte de su pasado y es él quien te lo tiene que contar.

—Ok, gracias, Guti —me conformo, y le doy un beso en la mejilla—. Venga, será mejor que me lleve a estas al hotel. Mañana nos espera un día intenso y, como sigamos así, no nos levantan ni con la grúa Pernía. —Nos va a costar levantarnos de la cama, lo veo.

—Ja, ja, ja, ja, ja, venga, os acompañamos, no sea que os perdáis —me dice guiñándome un ojo.

—Vale, papi. —Le devuelvo el guiño.

—Para ti, papi chulo. —Y descojonándonos de la risa cogemos el camino hacia el hotel después de pasar una noche inolvidable.

El sábado nos despertamos más bien tarde y, como ya han cerrado el bufé del hotel, decidimos acercarnos a un local que no está muy lejos de allí para tomar un *brunch*, el Misión café, un sitio pequeño pero muy bien aprovechado.

Una vez acomodadas en una mesa, con mi *latte*, mi tosta de setas y huevo benedictino y mi

porción de tarta Red Velvet (eso, sin escatimar en calorías), repasamos nuestra exposición y retocamos algún fleco suelto.

Cuando acabamos, pasamos por el hotel a terminar de arreglarnos y nos adentramos en el metro con más nervios de los que quisiéramos.

Qué os voy a decir de nuestra exposición, nerviosas y todo como estamos, lo bordamos. Somos lo puto mejor de todo el congreso y, cuando vemos que todo el público congregado se pone en pie, aplaudiéndonos, no podemos evitar abrazarnos las cuatro riendo y llorando a la vez. Porque sí, sabemos que lo hemos conseguido, que nos vamos con el mérito y el reconocimiento en el bolsillo y, joder, después de todas las horas que hemos invertido en el trabajo, esto es mejor que un jodido orgasmo. Bueno, mejor no, pero ya me entendéis, ¿verdad?

Finalizadas todas las ponencias, nos unimos al *catering* preparado por la organización y recibimos las felicitaciones de todo el que se pasa a saludarnos. Estamos agotadas, física y mentalmente. Han sido muchas emociones juntas y tácitamente decidimos irnos a tomar una copa a la terraza del hotel y descansar después de este subidón de adrenalina.

Cuando salgo, tengo varios mensajes de Hugo, confirmándome que ya está en Madrid. Yo le contesto y le cuento cómo ha ido el todo. Le explico que estamos agotadas, que nos tomaremos una última copa en el hotel y que nos acostaremos. Me dice que se va a reunir con sus amigos y que mañana se pasa a desayunar con nosotras y a acompañar a las chicas al aeropuerto.

Reventada pero feliz, muy feliz, me dispongo a dar por finalizado un día perfecto. Bien dicen que, de Madrid al cielo. Así me siento yo hoy: en el cielo.

Ya estamos las cuatro en la recepción del hotel haciendo el *check out* cuando llega Hugo. Joder, este tío cada vez está más bueno. No puedo dejar de mirarlo con una tonta sonrisa en mi cara e imaginándome miles de cosas calientes que hacerle en este mismo momento. Parece que la recepcionista está pensando exactamente lo mismo, a tenor de la cara con la que le está escaneando. Sonrío para mí cuando pienso en todas las miradas que atrae mi chico.

Me regodeo en ello, «mi chico», mientras me embarga una sensación de posesividad que no había sentido nunca. Eso, en vez de hacerme sentir aterrorizada, me llena de alegría. Porque siento que me pertenece y que yo le pertenezco a él, que los dos juntos nos complementamos de tal manera que somos capaces de enfrentarnos a todo, incluso al mundo si hiciese falta.

Él ignora todo lo que no sea yo y me regala un beso que consigue que mis piernas parezcan de gelatina, que provoca los silbidos de mis amigas y las sonrisas de los clientes que pasan por nuestro lado.

—Bueno, si empezáis así, no quiero ni pensar cómo vais a terminar —dice Alba.

Hugo se ríe y guiña un ojo el muy jodido; qué creído se lo tiene, aunque no conozco a nadie que se lo merezca más que él.

—Bueno, venga, vamos a desayunar y os acompaño al aeropuerto.

—A ver, Huguito, que somos capaces de llegar solas al aeropuerto. No desperdiciéis ni un solo segundo de estar con mi amiga, que se os salen las ganas por los ojos —dice María.

—Es verdad, pillamos el metro y en nada estamos en Barajas. Aprovechad que hace bueno y disfrutad de la capi —la segunda Bego.

—¿De verdad que no os importa? —pregunto.

—Andad, tortolitos, dejadnos bien desayunadas y podéis irnos a arrullaros por las esquinas. —Se parte Alba.

—Serás pava. —La empujo yo.

—Lo que soy es una envidiosa. —Me guiña un ojo—. Pero es envidia sana, ¿eh?

—Ah, ¿pero eso existe? —Me burlo de ella.

—Tienes razón. Es envidia pura y dura, muy mala y muy puta —termina por apoyarse en la pared cruzando las piernas porque la conozco y sé que se mea de la risa.

—De verdad que no sé cuándo vas a madurar. —Intento hacerme la ofendida, pero sucumbo a las risas también. María y Bego se unen a nosotras pero es que tenéis que comprender que las carcajadas que salen de la boca de Alba son contagiosas.

—Venga, vamos a comer unas tostadas para que cojáis fuerzas para el viaje. Seguidme. —Hugo mueve la cabeza como dejándonos por imposibles y nos indica hacia dónde tenemos que dirigirnos.

Una vez que hemos desayunado y nos hemos despedido de mis compis, Hugo, con mi pequeña bolsa de viaje, me guía por las calles de Madrid en dirección a su piso.

—Oye, Hugo, que estoy pensando que no sé cómo vamos a cargar con mi bolsa en la moto. —A ver, no es que sea muy grande, pero seguro que no entra en las alforjas.

—No te preocupes, *sunset*. La idea es mandarla a tu casa por mensajería. —Se acerca para darme un beso y sigue caminando.

—¿*Sunset*? —Sonrío como una estúpida.

Hugo se para y se coloca frente a mí.

—Sí, *sunset*. Porque a eso me recuerdas, a un atardecer. Porque la luz, el brillo que desprendes, es el mismo. Sin deslumbrar, sin que tengas que cerrar los ojos para evitar que te ciegue su resplandor. Pero nos cubres a todos con esa calidez que emanas y que hace imposible no quedarse maravillado ante ti. —Me besa con tanta delicadeza que me desarma.

Estoy tan sorprendida, tan emocionada, que no soy capaz de decir nada. Es tanto lo que me ha hecho sentir con sus palabras que lo único que me nace es quedarme mirándolo a los ojos, sumergirme en ese azul que tantas cosas me transmite. Fuerza, cariño, vulnerabilidad...

Tira de mi mano para que sigamos andando y yo lo sigo como un perrito a su amo. En este momento, me doy cuenta de que sería capaz de seguirle a donde él me dijera, incluso al fin del mundo si me lo pidiera.

Llegamos a la calle de las Aguas, cerca del barrio de La Latina, y entramos en un portal con solera, de esos antiguos pero muy bien reformado. Subimos al primer piso y abre una puerta haciéndome pasar a sus dominios. La cara de tonta que se me queda al ver el piso es directamente para foto. Es un piso antiguo de techos altísimos que Hugo ha decorado con un gusto alucinante.

El apartamento es todo diáfano, el salón está conectado con la cocina, que tiene unos azulejos imitando a los blancos antiguos y los muebles en un azul piedra ocupando una pared con una barra/mostrador en medio.

En el salón, un sofá Chester de piel marrón desgastado que le da un aire bohemio, y enfrentados a él dos sillones en color mostaza con una mesa de líneas rectas entre ambos. Un mueble bajo contiene una televisión de plasma no tan grande como se esperaría de un soltero y en un lateral una estantería llena de libros que me hace abrir los ojos como platos. Si no estuviese ya loca por él, te aseguro que con esa librería me hubiese llevado al huerto en cero coma segundos.

Aunque lo que de verdad me encanta del piso es un altillo abierto al salón al que se accede por unas escaleras de aspecto industrial y donde Hugo tiene su habitación. Una cristalera de

pequeños cristales de pavés con molduras en negro le da cierta intimidad a un cuarto donde la cama ocupa la mayor parte del espacio. Una enorme, con un nórdico en tonos grises y un tabique que separa el dormitorio del baño. Un baño que sería portada de cualquier revista de decoración, todo en colores blanco y negro, con unos azulejos haciendo forma de un tablero de ajedrez.

—¿Te gusta? —pregunta.

—¿Estás de broma? Me encanta. Es una autentica pasada, me quedaría en esa cama toda la vida —digo mientras valoro si lanzarme en plancha.

—Joder, ahora no podré sacarme esa imagen de la cabeza —habla mientras cierra los ojos—. Será mejor que salgamos a la calle, si te meto en mi cama ahora, no habrá fuerza humana que consiga que salgamos de ella y tengo muchas ganas de enseñarte mi ciudad.

—Está bien, está bien —contesto, echando una última mirada a la cama y siguiéndolo escaleras abajo.

Ya en la calle, me va contando que él no vivió en este barrio de pequeño, pero que su abuela materna sí. Me explica que la adoraba y le encantaba venir a visitarla siempre que podía. Y cuando ella murió, hará un par de años, les dejó el piso a su hermano y a él. Como su hermano acababa de comprarse uno, Hugo le propuso comprar su parte y se quedó con él.

Lo reformó a capricho, poco a poco, arreglando algunas cosas con sus propias manos, como método de terapia. En este punto, desvía la mirada y deja que se pierda en las azoteas de los edificios. Por cómo me habla de él, sé que está absolutamente enamorado de este pequeño apartamento. No me extraña. Yo también me he enamorado.

Paseamos hasta el barrio de las letras y no me canso de hacer fotos a las frases de conocidos escritores que, en letras doradas, decoran el suelo de la calle Huertas y a los edificios emblemáticos de este barrio tan castizo.

Paramos a comer unas bravas en la plaza mayor y, sentados a una mesa, vemos pasar a la riada de gente que inunda siempre las calles el centro. Mucho se habla de que Nueva York es la ciudad que nunca duerme, pero no es menos cierto que Madrid no se queda atrás. Sus calles están siempre atestadas de gente, ya sea de día o de noche. Y si hacemos caso a Marwán y su canción «Puede ser que la conozcas», esta ciudad te acogerá, ella abre sus brazos a cualquiera. Porque todo el mundo es bienvenido aquí, sin hacer distinción de raza, clase social o ideología política. Madrid lleva por bandera la frase *vive y deja vivir* y sus calles, que han visto pasar tanta historia, se convierten en espectadoras mudas de cada muestra de cariño que nos regalamos. Sus portales son escenarios de nuestros besos hambrientos y desesperados, cualquier esquina nos viene bien para escondernos del mundo en general, y así disfrutar del nuestro en particular. De ese que inventamos cuando estamos juntos, cuando nos pueden las ganas y el deseo se escapa por cada poro de la piel.

Volvemos hacia su barrio y paramos a tomar un vino y a picar algo en el Mercado de la Cebada. Un viejo mercado que se ha puesto de moda y alterna puestos de toda la vida con pequeños bares donde puedes degustar diferentes platos, la mayoría elaborados con productos de las tiendecitas del propio mercado. Me alucina el ambiente que hay, todo el mundo disfrutando de los productos, charlando y riendo. Salgo de allí gratamente sorprendida.

Hugo me pregunta si quiero subir a descansar, pero estoy tan eufórica y tan encantada de recorrer estas calles, que prefiero que siga enseñándome su ciudad, cosa que él hace con mucho gusto.

Paseamos por el palacio Real y por la Catedral de la Almudena, seguimos por Gran Vía hasta la plaza de España y, aunque ya se va notando el fresco del atardecer, rodeada por sus brazos no siento los mordiscos del frío, en ningún sitio me sentiría ahora mejor que donde estoy, con él,

respirando su aroma, sintiendo su calor.

Después de patear los sitios más emblemáticos de la ciudad y ya de retirada hacia su casa, pasamos por el Mercado de San Miguel, restaurado y reconvertido en sitio de ocio, para presentar múltiples ofertas gastronómicas, a cada cual más apetitosa. No es de extrañar que esté siempre a reventar de gente.

Saciados de comida (que no de nosotros), a paso lento llegamos hasta su piso. Subimos las escaleras saboreándonos, hambrientos de todo, de piel, de labios, de él, de mí, de la suma de los dos. Casi no nos da tiempo de cerrar la puerta cuando empieza a caer la ropa que en este momento nos parece una gran barrera para conseguir nuestro propósito, que no es otro que estar lo más unidos posible, lo más pegados que se permita.

Una vez desnudos, me coge en brazos y me sube en volandas por las escaleras provocando mis risas, ebria de necesidad de él, hasta depositarme suavemente en la cama. Se queda de pie, mirándome, y yo me muero de vergüenza, pero dejo que memorice cada una de mis curvas, cada uno de mis recovecos, cada una de mis imperfecciones.

—Si supieses las ganas que tenía de tenerte así —susurra.

—Solo hace dos noches que no dormimos juntos —contesto juguetona.

—Para mí, eso equivale a una eternidad. —Madre mía, el Hugo intenso que estoy descubriendo hoy hace que se me disparen las pulsaciones—. He soñado miles de veces con tenerte de esta manera, en mi cama, en mi piso, en mi vida —dice mientras se arrodilla a mi lado y cubre mi cuerpo de besos y caricias.

Joder, que esto no se acabe nunca.

Cuando consigo recobrar el aliento, me tumbo sobre él y ahora soy yo la que le devuelvo las atenciones, besando cada porción de piel que encuentro por el camino. No deja que me recreé demasiado en mi labor. Al momento, su boca se apodera de la mía y, después de colocarse un preservativo, se funde en mí con la desesperación del que teme que sea la última vez. Entre besos que no acallan los gemidos, entre caricias que no aplacan las ganas, de nuevo y como cada vez, toco el cielo con la punta de los dedos. En pocos segundos, Hugo me acompaña en mi viaje al placer.

Sintiéndonos plenos y satisfechos, mientras escuchamos el ritmo de nuestras respiraciones, nos quedamos dormidos abrazados y con las piernas entrelazadas.

La mayoría de la gente desearía morir en su cama, en paz y sin sufrir. Yo quiero morir así, sintiendo sus brazos en mi cintura, su aliento en el cuello y su corazón acompasado al mío, hasta que deje de latir. No imagino un final mejor para mi vida.

Despierto con una sonrisa perezosa, sintiendo cómo Hugo se mete entre mis piernas y me hace el amor lentamente, mirándome a los ojos fijamente, a lo que yo le correspondo, mientras nos decimos con la mirada lo que, tal vez, aún no somos capaces de decir con palabras. Ponemos el alma y el corazón en cada caricia, y nos regalamos un orgasmo con sabor a promesas, a futuro, a un puede, a mil quizás.

Desnudos en la cama, con las manos y las piernas enredadas, te juro que no hay sitio que me dé más paz en el mundo que este, aquí, ahora.

—Guti me dijo que le preguntaste por mi pasado —suelta mientras pasea sus dedos a lo largo de mi brazo.

Me incorporo un poco y lo miro a la cara, obligándolo, sin querer, a romper su caricia.

—Lo siento, no te enfades. Había bebido un poco más de la cuenta. Como a veces te encierras en ti mismo, eres tan hermético en algunos aspectos de tu pasado y, bueno, él te conoce

desde siempre... —confieso avergonzada.

—No te preocupes, tranquila. Debería haberte hablado antes de todo, pero era una etapa que no había cerrado todavía.

—¿Y ahora sí? —Me puede la curiosidad.

—Sí, por fin está cerrada. Te voy a contar todo lo que quieras, necesito que lo sepas todo sobre mí —dice con gesto serio.

Me quedo callada, esperando que empiece a hablar. Estoy nerviosa porque no sé por dónde me va a salir, pero impaciente por conocer todo de él.

—Conocí a Julia cuando estábamos terminando bachillerato, yo entonces ya tenía claro cuál iba a ser mi profesión, no me avergüenza reconocer que era un empollón, de manera que, cuando Julia se fijó en mí, apenas podía creérmelo. Empezamos a salir y juntos éramos la puta bomba. Yo había tenido otras experiencias, pero nada fuera del otro mundo. O sea, imagínate a un niño de dieciocho años, con una tía por la que suspiraba medio instituto, en plena efervescencia hormonal.

—Vamos, que follabais como conejos —me río.

—Literal. El caso es que, así como yo estaba centrado en conseguir mi sueño de ser enfermero, ella solo pensaba en divertirse. Al principio, yo seguía desviviéndome por mis estudios, pero, poco a poco, los fui dejando de lado por ella. Salíamos casi todas las noches, bebíamos; y ella empezó a tontear con alguna sustancia un poco más peligrosa. Al final, fue inevitable seguirla en su desfase. Aunque en menor medida que Julia, me paseé más veces de las aconsejables por el filo del infierno de las drogas. No llegó a convertirse en una adicción, pero fue una época de continuos desmadres. Empecé a patinar en clase, pero me daba igual, yo solo quería sentir lo que sentía con ella. Estaba tan enganchado a su cuerpo como Julia lo estaba a las sustancias que se metía. Afortunadamente, mis padres se sentaron a hablar conmigo y me hicieron ver lo que me estaba perdiendo, o, mejor dicho, lo que no iba a conseguir: mi sueño. Creo que ver a mi madre llorar mientras me decía todo aquello fue lo que necesité para volver al redil. Me centré en volver a sacar buenas notas. —Termina con los ojos llenos de lágrimas no derramadas—. En volver a ilusionarme con mi sueño de la infancia, con mi vocación.

—¿Y ella? —pregunto con miedo a conocer la respuesta.

—Intenté ayudarla, de verdad que lo intenté, pero tenía que presentarme a los exámenes finales, a la selectividad, y no le presté tanta atención como debía —reconoce culpable.

—Ella era mayor de edad, no era tu responsabilidad. Eras demasiado joven para echarle una carga como esa sobre los hombros. —Atrapo con el pulgar una lágrima que ha conseguido escapar del lago oscuro en el que se han convertido sus ojos.

—Pero yo sentía que sí lo era, la descuidé, no le presté atención. Si hubiese estado más a su lado...

—No hubieras conseguido nada, el que no quiere ser ayudado... Nadie la obligaba a consumir. —No sé cómo hacer que se desprenda de esa culpabilidad que veo sigue sintiendo.

—Todo eso lo sé. El caso es que no rompimos, pero nos distanciamos. Yo entré en enfermería y cada vez la veía menos. Cuando estaba a punto de terminar mi primer año de carrera, cansado de ver cómo se autodestruía a pesar de mis intentos de sacarla de ese mundo, rompí la relación y me centré en mi vida universitaria. De ella solo sabía las veces que se pasaba por mi casa para pedirme dinero, algo que se convirtió en hábito hasta que el otro día...

Suena su teléfono, que tiene cargando encima de su cómoda, y se levanta, con su gloriosa desnudez, a cogerlo.

—¿Sí? ¿Diga?

—...

—¿QUÉ?

Me siento en la cama al oír su grito y, de repente, veo como empieza a dar puñetazos a la pared. Suelta el móvil y se agacha cogiéndose la cabeza con las manos hasta que termina sentándose en el suelo. Asustada, me acerco a él y, mientras me agacho, le abrazo por un costado.

—¡Es mi culpa, es mi puta culpa! —grita—. Joder, joder.

—Hugo, ¿qué pasa? —Mi cabeza va a doscientos por hora.

—Vete —me pide en voz baja.

Está de puta coña, ¿no?

—¿Estás de broma? —respondo asustada.

—QUE TE VAYAS, COÑO —me grita esta vez.

—¿Me quieres decir qué pasa? —Intento apartar sus manos para verle la cara, pero me lo impide.

—¿Qué parte de que te vayas no has entendido? VE-TE-DE-U-NA-PU-TA-VEZ.

Me separo de él y me pongo de pie. Empiezo a pasear por la habitación sin que me importe una mierda mi ausencia de ropa.

—Le dije que estaba contigo —dice en voz baja.

—¿Qué? —pregunto mientras me paro y me sorbo las lágrimas que han empezado a correr sin control por mi cara.

—Le dije que estaba contigo y ahora está muerta, MUERTA, JODER.

—Pero, no puedes pretender echarme a mí la culpa, yo ni siquiera sabía... —balbuceo.

—No, tú no tienes la culpa, la culpa es mía. Yo soy el que le fallé. Solo me tenía a mí y le fallé.

—Ella eligió la vida que llevaba —le digo abrazándolo de nuevo—. No puedes sentirte culpable.

Se suelta bruscamente de mis brazos y, temblando, se aparta de mí.

—Es mejor que te vayas, no podemos seguir así. A ti también te haré daño —dice cabizbajo.

—No lo hagas, no rompas esto que acaba de empezar, esto que empezamos a sentir. —Mi voz sale entrecortada por culpa de los sollozos.

—Yo no empiezo a sentir nada —dice con rabia y sin mirarme—. Esto solo es sexo, siempre ha sido solo sexo.

—No es verdad, al menos no para mí. —Vuelvo a acercarme a él—. Ahora habla el dolor. Vamos a tranquilizarnos, a hablar las cosas. Por favor.

—No hay nada de lo que hablar. —Sigue sin fijar su mirada en mí—. No es culpa mía que te hayas hecho ilusiones, ni siquiera eres mi tipo.

—Dijiste que era perfecta para ti —le echo en cara.

—Y tú estabas tan desesperada por un poco de cariño, por que alguien te diese unas migajas de afecto, que te lo creíste —me escupe con rabia.

—No me creo que todo fuese una mentira. —Oigo la derrota en mi propia voz.

—Es tu problema, lo que creas o no. —Por fin levanta la mirada y clava sus enrojecidos ojos en mí—. Ahora solo quiero que te vayas de mi casa.

Me quedo muda, con los ojos abiertos como platos y sin dar crédito a lo que me está pidiendo. Siento que me abrasan por culpa de las lágrimas. Niego con la cabeza.

—Me voy, pero lo hago con la conciencia tranquila, ¿sabes? —le digo con la voz inundada

de pena—. Porque yo te he dado todo de mí, me he ofrecido a ti tal y como soy. Es una lástima que no hayas sabido valorarlo. Vendrán otras chicas, muchas seguramente, pero te puedo asegurar que ninguna te va a amar como yo. —Me atrevo a confesar lo que llevo tiempo queriendo decirle, mientras saco mi bolsa de viaje con rabia y empiezo a ponerme la ropa—. Porque sí, ya ves, tienes razón y me he hecho ilusiones. Sin pretenderlo. Tenía mi corazón cerrado a cal y canto al amor, pero conseguiste abrirlo y que me enamorase de ti. Aun así, no me arrepiento, porque he conocido la felicidad más absoluta en el breve tiempo que he estado contigo y con eso me quedo. Con eso y con el amor más puro que te van a ofrecer en tu vida. Ese amor que me llevo conmigo y que espero poder regalar algún día a alguien que sí lo merezca. —Termino de vestirme y recojo de forma atropellada las pocas cosas que me había dado tiempo a sacar.

Antes de irme de forma definitiva, cojo aire y lo miro por última vez.

—Al final resulta que no eres mejor que Martín. —Con estas palabras, el corazón roto en mil pedazos y el orgullo más herido que nunca, salgo de su casa y de su vida tambaleándome. Sin un billete de avión, de tren o de autobús, pero con la convicción de no volver a dejar entrar a otro capullo en mi vida.

Toca poner una cartel con luces de neón. Prohibida la entrada a los gilipollas. Se reserva el derecho de admisión.

De nuevo me toca volver a blindar mi corazón, pero primero, primero tengo que unir sus pedazos y, esta vez, sé que me va a costar más que con Martín.

Si el sábado aseguraba que era verdad eso que de Madrid al cielo, hoy puedo garantizar que en mi caso es: de Madrid... al suelo.

VEINTIOCHO OSCURIDAD



HUGO

En el mismo instante en el que Vera cierra la puerta de mi casa, sé que he cometido el mayor error de mi vida. Lo sé, sí, pero no hago nada para remediarlo. No puedo correr detrás de ella por mucho que me maten las ganas, no puedo atarla a mí. A este ser oscuro que destruye a todo el que se acerca a él, que destroza el amor. No puedo hacer lo mismo con ella. Ahora que ha visto mis grietas, que ha conocido mis aristas, la mejor decisión que he tomado ha sido apartarla de mi lado.

Me siento un capullo. Por no llamarme algo peor. No sé cuántas veces me prometí que yo no iba a ser como su ex, que yo no iba a hacerle daño. Me juré que estaría allí para ella y, ya ves, a la primera de cambio, la decepciono, la hundo, la humillo. ¿Y qué hace ella? En vez de gritarme, en vez de insultarme o incluso de pegarme como merezco, me regala lo más bonito que me ha regalado nadie en la vida: un *te amo*.

Es una putada que haya tenido que decírmelo en estas circunstancias y no después de habérselo dicho yo en el millón de oportunidades que he tenido, en las innumerables veces que, sumergido en su cuerpo, he deseado tener valor para confesárselo, para poner en palabras lo que espero que haya demostrado con gestos.

Mientras recuerdo su mirada herida y rota por el dolor, me acuesto en el suelo, me hago un ovillo y, entonces sí, entonces rompo a llorar. Por ella, por mí, por Julia. Por esta mierda de vida que me pone en el camino un amor como el de Vera y, cuando logro tocar el cielo con las manos, me lo quita. Por mi culpa, por esta maldita tara que tengo de no poder retener a mi lado todo lo bueno. Por la puta manía de no dejar atrás el pasado, de recrearme en lo malo, de dejar que me engulla la oscuridad.

JODER. Grito al pegar un puñetazo en el suelo y sentir que mi mano machacada no aguanta más. Sé que tengo que parar y que no puedo seguir lamentándome, al fin y al cabo, he sido yo el que la ha echado de mi casa, mintiendo, diciéndole que no siento nada por ella, aniquilando su autoestima como antes lo hizo su ex. Me ha destrozado ver sus ojos, anegados de lágrimas, y me mata saber que he sido yo el que se lo ha provocado, el que ha acabado con sus ilusiones.

Pero ¿cómo decirle que todo eso que ella siente por m, lo siento yo multiplicado por mil? ¿Que lo que me hace experimentar es tan fuerte, tan inmenso, me hace sentir tan grande, tan

importante a su lado, que me siento el puto rey del mundo? Como explicarle que a su lado puedo ser realmente yo. Solo a su lado. Que me complementa de tal manera que se acaba de ir y ya siento que me falta la mitad de mí. Qué coño, me falta todo de mí o, por lo menos, lo más importante: el corazón. Porque se ha ido con ella. Porque me dejó sin él en el mismo instante en el que salió por mi puerta.

No puedo decirle todo eso porque no me puedo permitir que continúe a mi lado. No después de que haya visto a la persona en la que me convierto cuando rascas en mi superficie. Lo que soy cuando el amor me queda grande.

Suena el timbre y bajo volando las escaleras, después de ponerme unos pantalones de deporte, con la esperanza saliendo por mis poros, con la ilusión quemándome la piel. La ilusión de que se haya dado cuenta de que he mentado, de que la necesito en este momento más que nunca. Que necesito que me abrace y me diga que no va a pasar nada, que está aquí, que somos, que seguimos siendo.

Abro la puerta y la decepción se pinta en mi cara.

No es ella, es Guti, que me mira con la pena pintada en la cara.

Me abraza y, aunque agradezco el gesto, no son esos los brazos que necesito, no es él quien deseo que me reconforte. Pero es mi amigo de siempre y dejo que me envuelva con su cariño.

—Joder, tío, vaya putada más grande. Creía que ya estaba de vuelta de esas mierdas.

—Yo también lo creía, o por lo menos eso me hizo pensar la última vez que hablé con ella por teléfono. Me dijo que llevaba semanas limpia, que esta vez iba en serio, que tenía un curro, hasta le conté que me veía con Vera... —Me paso las manos por la cara apesadumbrado.

—Hostia, macho, como tienes esa mano. —Se le abren los ojos como platos al fijarse en cómo está empezando a doblar su tamaño—. Vamos a poner hielo. ¿Vera esta arriba? —me pregunta mirando hacia mi habitación.

Le sigo a la cocina y niego con la cabeza.

—No, ella... Ella no está. La he echado. —Y se me saltan las lágrimas solo de pensar en mi estupidez.

—Pero ¿tú estás loco? —Me mira con cara de pensarlo muy seriamente—. Necesitas que esté aquí, a tu lado, sujetándote mientras te desmoronas.

—No creo que vuelva a hacerlo —confieso—. Es más, no creo que quiera volver a verme después de cómo la he tratado. —Me paso la mano buena por la cara—. Le he dicho que solo ha sido un pasatiempo para mí mientras estaba en Santander, que ni siquiera es mi tipo. —Cierro los ojos al ver cómo la cara de mi mejor amigo pasa de la incredulidad a la decepción.

—Eres gilipollas —escupe enfadado—. Vera es lo mejor que te ha pasado en la vida.

—¿TE CREES QUE NO LO SÉ, JODER? —grito sin poder evitarlo.

—¿Me puedes explicar por qué cojones has hecho eso? —Guti ni se inmuta por mi salida de tiesto.

—¿Y conociendo mi pasado me lo preguntas? ¿Acaso no has visto cómo ha terminado la última chica que me ha querido?

—A ver, Hugo, lo de Julia no tiene nada que ver en esto. Ella estaba perdida desde hacía tiempo. Escogió vivir así, tú no hiciste que se drogara, no la obligaste a hacer nada. —Intenta abrirme los ojos con sus palabras.

—Lo sé, pero, tal vez, si hubiese estado a su lado...

—Y lo estuviste, tío, ¿acaso no te acuerdas de todas las veces que le tendiste la mano para salir de esa mierda? ¿Todas las veces que la has ayudado? Podría haberlo dejado cuando lo hiciste tú, pero prefirió el subidón que le daban las drogas al que le daba tu amor. —Recordar

aquella época tan dura sigue doliendo—. La ayudaste incluso cuando ya no estabais juntos, incluso cuando no lo merecía.

—No sé, joder. Para mí fue más fácil —reconozco—. Yo no era un adicto, solo probé alguna cosa muy de vez en cuando. Además, os tenía a mi familia y a vosotros para sacarme del pozo. Ella no.

—Julia te tenía a ti... Y si hubiese querido realmente salir, no dudes ni por un momento que hubiese tenido a tus padres. Incluso nos hubiese tenido a nosotros. —Aprieta mi hombro—. Pero ni siquiera lo intentó. No hizo el esfuerzo.

Nos quedamos en silencio. Mi amigo me observa con detenimiento antes de volver a hablar.

—Mira, Hugo, incluso estando muerta consigue que te sientas culpable. Eso es lo que hacía contigo. Abusaba de tu sentido de la responsabilidad, jugaba con tu culpabilidad y, de esa manera te tenía siempre cogido por los huevos. No es que no sienta su muerte, de verdad, pero a ver si esta es la manera de que te des cuenta de que tú nunca, escúchame, nunca, pudiste hacer por ella nada que ella no estuviese dispuesta a hacer por sí misma. La vida se compone de las decisiones que tomamos y ella tomó la suya. No es tu culpa.

—La he cagado, tío, la he cagado con Vera. —El peso de su ausencia empieza a acomodarse sobre mis hombros.

—Pero bien cagado, en cantidades industriales. —Da una palmada a mi cara—. No es el momento de pensar en eso ahora. Me apuesto el cuello, conociéndola como creo que he empezado a conocerla, que con un poco de tiempo y distancia podréis arreglar lo vuestro. Coño, tengo que pensarlo para creer en el amor. Si vosotros, que brillabais como una puta bombilla cuando estabais juntos, no conseguís volver a conectar, creo que me meto a monje budista y renuncio a las chicas, al sexo y al amor.

—Ojalá tengas razón.

—Eso espero. No quiero tener que poner mi rabo a hibernar. —Guti es único destensando el ambiente. La parida que acaba de soltar por la boca hace que los dos riamos—. Venga, ahora vamos a curarte esa mano y después, supongo que tendrás que ocuparte de todo lo del funeral de Julia. Ya sabemos que con los padres no podía contar. Vamos. —Me da un empujón con el que me anima a que suba a vestirme.

Le obedezco, sintiéndome un poco más tranquilo. Solo un poco, tampoco pretendamos engañarnos, pero la presencia de mi colega a mi lado consigue despejar levemente los nubarrones que asolan mi cabeza.

Hay amigos que cuando los ves piensas: «joder, qué suerte la mía de haberte encontrado». Eso me pasa con Guti. No puedo llegar a imaginarme la vida sin él, sin su apoyo incondicional, sin su humor, su esencia.

Salimos de mi casa bajo un cielo gris plomizo. Color que se asemeja al de mis pensamientos en este momento... A mis pensamientos, a mi futuro, a mi vida.

Lo tengo bien jodido.

Nos vamos de urgencias con mi diagnóstico en un papel. Fractura de dos dedos, de puta madre, baja laboral de tres semanas, como mínimo, y una cantidad ingente de antiinflamatorios que espero que consigan mitigar el dolor del cuerpo.

Ya tengo claro que el del alma no se mitiga con nada.

Con el brazo en cabestrillo, nos acercamos hasta el tanatorio mientras pienso en la cantidad de papeleo del que tendré que encargarme para poder incinerar a Julia, que es lo que ella hubiese querido. Me sorprende gratamente al ver a sus padres allí y darme cuenta de que esta vez sí, esta

vez han sido los encargados de ocuparse de todo. Eso hace que se me quite un enorme peso de encima.

Los observo desde lejos mientras reciben el consuelo de la gente, pero no me acerco. Fueron muchos los reproches, muchas acusaciones que no vinieron a cuento en los momentos de mi relación con Julia, cuando ella ya estaba hasta el cuello de sus mierdas y yo solo intentaba ayudarla a salir de aquello.

Nos quedamos más tiempo del que me hubiese gustado. Me siento en la obligación de aguantar este suplicio (mi puta responsabilidad hace acto de presencia), ya que no tengo intención de estar mientras la incineran. Cuando siento que ya no pinto nada allí, me dispongo a irme, pero noto una mano en el brazo en el que no llevo el cabestrillo. Me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con la madre de Julia, que me mira con los ojos llorosos y tristes. Decido no ignorarla por educación. Por eso y porque no quiero hacer más leña del árbol caído; bastante tiene la pobre mujer con haber perdido a su única hija. Puede que no tuviesen relación desde hace años, pero un hijo siempre será un hijo. Por mucho que te haya defraudado, por mucho daño que te haya hecho. Aun así, creo que se ha dado cuenta de mi incomodidad.

—Solo... Solo quería pedirte perdón —me dice en voz baja.

—¿Ahora? —No puedo evitar decir con rabia.

Cierro los ojos y me doy una colleja mental. No puedo permitirme perder los papeles.

—Sí, ahora, creo que más vale tarde que nunca. —Tiene la decencia de parecer avergonzada—. No sé si estabas al tanto de que en los últimos meses Julia se acercó a nosotros.

—No, no sabía nada. —Como siempre, Julia solo me contaba lo que le interesaba.

—Pues sí. Nos llamó un día para vernos. Vino a casa y nos pidió perdón, perdón por todo el daño que nos había hecho, por perderse. Nosotros también nos disculpamos. Por no haber estado a la altura, por no haber sabido ser los padres que ella necesitó en su momento. —Traga saliva—. En cambio, tú sí estuviste allí para ella y no supimos verlo. Encerrados en nuestro dolor, te acusamos de cosas que ahora sabemos que no fueron justas. Durante estas semanas, hemos hablado mucho. Nos contó cómo intentaste ayudarla, sacarla de ese pozo, incluso cuando ya no os unía nada, hasta el último momento. Nos habló de las veces que había acudido a ti, de tu forma de cuidarla y reconoció su manera de hacerte sentir culpable para que siguieses atado a ella. Estas últimas semanas intentó salir, yo notaba su mejoría. Me habló sobre vuestra última conversación, que te notó feliz, ilusionado con un nuevo amor y, tienes que creerme, no te imaginas lo contenta que se puso. Dijo que te merecías todo lo mejor de este mundo y que no lo tendrías con ella. Si hay una palabra para describir a Julia esos últimos días, seguramente sea *tranquilidad*. Estaba tranquila y en paz. Contigo, con ella, con nosotros. —Las lágrimas surcan su cara, rellenando como ríos las arrugas que el tiempo y el sufrimiento han forjado en sus rasgos.

—Entonces, ¿por qué? —No entiendo si, tan bien, tan tranquila como dice su madre estaba, ha terminado así.

—Creo que ya no encontraba su sitio en el mundo y esta ha sido su forma de escapar de una vida que ya no entendía y que no la entendía a ella.

—Si tan solo hubiese estado a su lado. —Suspiro, volviendo a sentirme culpable.

—Y lo estuviste. —Aprieta mi mano—. No lo dudes en ningún momento. No era tu labor mantenerla limpia. Eso era responsabilidad suya. —Mira hacia el ataúd que está en el centro de la estancia—. Puede sonar insensible —titubea—, pero... Al menos ya no me quedaré despierta por las noches pensando dónde estará y qué hará. El terror no me paralizará cada vez que suene el teléfono. Quizás ahora, su padre y yo podamos empezar a sanar las heridas. Aunque siempre

nos pesarán los remordimientos, y con esos tendremos que aprender a vivir.

Quiero consolarla, decirle que la entiendo, que sé a la perfección lo que está sintiendo, pero no quiero extender más la conversación. Necesito cerrar la puerta a esta parte de mi vida.

—Gracias por contarme todo esto. Y por tus disculpas.

—Espero que, sabiendo lo que sabes ahora, te libres de toda esa culpabilidad a la que te ató mi hija. —Dándome un suave beso en la mejilla, se aleja hacia donde la espera su marido, que me saluda con un leve gesto de la cabeza.

Yo lo imito. De esa manera, me despido de parte de mi pasado. El más doloroso, sí, pero, sin duda, una parte importante que ha forjado a la persona en la que me he convertido. Hasta hace poco, era una de la que sentirme orgulloso; ahora, después de mi comportamiento con Vera, ya no estoy tan seguro.

Salgo del tanatorio más ligero, con la misma pena, pero con la tranquilidad de saber, o por lo menos de creer, que yo no fui el detonante de la muerte de Julia. Y ese pensamiento me alivia un poco de la carga que aún pesa sobre mis hombros.

Ahora es otra culpabilidad la que me atormenta. La de haberle roto el corazón a la chica más maravillosa que he tenido la fortuna de conocer.

Con una claridad aterradora, me doy cuenta de que, de la misma forma en la que se cruzó en mi camino y me llenó de luz, ahora que ya no está conmigo, otro, con el tiempo, va a ser el agraciado de estar a su lado. El afortunado de disfrutar del regalo de su cuerpo, de su atención.

Porque Vera resurgirá de sus cenizas, como ya lo hizo una vez. Y volverá a brillar, porque sí, porque ha nacido para eso, para brillar como una puta estrella y todo el que se encuentre a su lado se empapará de ese brillo, contagiándose de su resplandor. Pero yo ya no tendré esa suerte, no contaré con ese privilegio. Sin ella a mi lado, me temo que dejaré que la oscuridad vaya ocupando cada vez más sitio en mi interior hasta que llegue un momento en el que me apague por completo.

«Si es que no te has apagado ya».

VEINTINUEVE

NOS HIZO FALTA TIEMPO



VERA

Justo en el momento en el me dejo caer en mi asiento del tren, después de conseguir *in extremis* una plaza, me derrumbo y no puedo parar de llorar. No puedo creerme lo que ha pasado. ¿En qué momento se torcieron las cosas? ¿Cómo hemos llegado a esta situación? Joder, estábamos tan bien, era todo tan perfecto, y, de un plumazo, Hugo echa por tierra todas mis ilusiones, acaba con mis esperanzas y me hace sentir como una mierda. Peor de lo que me hizo sentir nunca Martín, porque a él nunca llegué a quererlo como quiero a Hugo. Por eso siento este dolor que me atraviesa el alma en dos.

Cuando consigo tranquilizarme un poco, abro el chat con mis chicas y les vomito todo lo que me pasa. Cómo se ha torcido todo, cómo me ha hecho sentir y cómo he tenido que salir por patas de Madrid con mis sentimientos y mi orgullo por los suelos.

Una vez que me he desahogado y después de haber leído las formas de cómo acabar con Hugo y deshacerse de su cadáver que propone Blanca, cierro el chat, abro mi lista de reproducción de música y la voz de Luis Miguel con su «Nos hizo falta tiempo», vuelve a anegarme los ojos de lágrimas.

Cojonudo, más apropiada imposible.

Precisamente lo que llevo yo pidiendo en estos escasos dos meses que he estado con él: tiempo. Para descubrirnos, conocernos. Para sentirnos y aprendernos de memoria. Recorrer nuestros cuerpos hasta estudiar cada lunar, cada cicatriz, cada mínimo detalle, hasta poder repasarlos con los ojos cerrados.

Nos ha faltado, sí, aunque lo poco que hemos tenido para estar juntos, lo hemos bebido y vivido con prisas, con avaricia, sabiendo desde el principio que esto tenía un comienzo y un final. Una fecha de caducidad. Lo que nunca imaginé fue que esa fecha me golpearía con tanta fuerza en la cara.

Bum, como un cañonazo, como un disparo entre las cejas. Sin contemplaciones, sin tregua.

Arrullada por la música y el traqueteo del tren, consigo desconectar, de momento, de todos mis problemas. Lo dicho, de momento.

Cuando llego a la estación de mi ciudad, me encuentro a mis amigas esperándome en el andén y no puedo evitar echarme a llorar en cuanto me abrazan.

—Nena, ya has pasado por esto antes y saliste adelante, más fuerte, más libre. —La que habla es Pili, que es única dando ánimos.

—Esto es diferente, chicas, esto duele, quema. —Me seco las lágrimas con una mano—. Nunca en mi vida había sentido este dolor.

—Bueno, a ver, es igual. Es el mismo perro con distinto collar. A la vista está que ha resultado ser igual de pájaro que tu ex —sentencia Carmen.

—No, no es lo mismo, Hugo está roto por dentro. Vosotras no visteis sus ojos mientras me decía todo lo que me dijo. Estoy segura de que él cree que lo hace por mi bien, está convencido de que no es bueno para mí. —Recordar sus palabras hace que las lágrimas pugnen por salir de nuevo, pero consigo contenerlas—. Está convencido de que todo el que se acerca a él, todo el que se atreve a quererlo, sale dañado. Que les hace daño.

—¿Más daño del que te ha hecho él? —bufa Coral.

—Creo que piensa que más vale terminar esto antes de sufrir más. Antes de que los sentimientos de ambos crezcan. —Suspiro—. Tengo que creer eso, porque la otra alternativa que se me presenta es peor.

—¿Peor? —pregunta Ana mientras alza las cejas.

—Sí. Porque la otra opción sería que todo lo que me escupió en la cara es verdad. —Cierro los ojos para tomar aire y los vuelvo a abrir pasando la mirada por cada una de mis amigas—. Que es verdad que solo he sido un entretenimiento para él. Alguien que caliente su cama durante estos meses que tiene que pasar en Santander. Que no soy su tipo, ni siquiera su elección. —Y duele pensarlo. Jode hacerse a la idea de que el tío que ha vuelto a despertar en tu interior sentimientos y emociones que tenías enterradas, por decisión propia, desde hace tanto tiempo, los echa por tierra, los desecha como si fuesen algo que no merece la pena tener en cuenta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta Blanca.

—Voy a hacer lo que él quiere. Voy a respetar sus deseos, aunque duela, aunque joda. Es mejor no insistir más. Encerrar la ilusión en un lugar lo suficientemente blindado para que no pueda volver a salir. Quedarse con lo bonito que fue, lo feliz que me hizo, aunque haya sido breve. Puede que él no lo valore, que no le dé importancia, pero yo me aferraré a ello como la época más maravillosa de mi vida. Aunque haya sido una mentira. Mientras duró, para mí fue real y eso nadie me lo puede quitar. —Las lágrimas vuelven a correr libres por mi cara, ya no tengo fuerzas para contenerlas.

—Esa es mi chica, para atrás ni para coger impulso. —Ana me abraza.

—Solo os pido una cosa, no quiero volver a oír su nombre. —Prefiero cortar por lo sano, quitarme la tirita de golpe—. Coral, cuando hables con Guti, por favor, no le cuentes nada de mí. No quiero que Hugo se entere por terceras personas de cómo me va todo. Si él está dispuesto a borrar todo lo que hemos vivido, eso va a tener, no volverá a saber nada de mi vida. Voy a hablar con mi supervisora para pedir cambio de servicio de forma temporal. —Durante el viaje me ha dado tiempo a pensar mucho y esta es una de las decisiones que he tomado. Aunque me joda cambiar de servicio, creo que va a ser lo mejor—. De esa manera, no tengo que cruzarme con él a diario. Voy a volver a estar bien. —Hago un amago de sonrisa—. Esta vez cuento con más experiencia en esto de que me rompan el corazón. Os prometo que no volveré a encerrarme en mí misma como la otra vez. —Sé que la depresión que tuve por culpa de mi anterior ruptura se les pasa por la cabeza—. Ahora cuento con las armas necesarias para poder gestionarlo. Y si veo que entro en el mismo bucle, llamaré a mi terapeuta. Es una promesa. —Ahora sonrío con sinceridad.

—Venga, eso se merece un vinín, chicas. —Blanca toma las riendas de la situación.

—Tía, solo son las seis de la tarde, un poco pronto para empezar a beber, ¿no? —pregunta Marta.

—No es beber, es terapia, chicas. Terapia de choque —dice, ganándose las risas de todas, incluso las mías.

Y le agradezco al cielo por tener a las mejores amigas que se pueda soñar, por eso las sigo fuera de la estación. Gracias a ellas, siento el ánimo un poquito más caldeado, aunque con el mismo peso en el corazón. Una cosa es decir que todo va a ir bien, que voy a estar bien, y otra cosa es creérselo. De momento, toca fingir para no preocuparlas, para no hacerlas partícipes de mi desesperación.

Toca guardarme el dolor para mí misma. Hasta que empiece a desaparecer o, por lo menos, se mitigue lo suficiente para poder seguir sobreviviendo.

Porque se terminó el vivir, ahora toca aprender a sobrevivir.

Sin la cara amable de la vida.

Sin Hugo.

Envuelta en mi rutina se pasan los días. Ocupo mi tiempo cada vez en más cosas, doblo algún turno, hago más ejercicio de lo normal... Todo, para llegar a casa tan agotada, que caiga en la cama y no tener fuerzas casi ni de pensar en él.

Digo casi, porque no lo consigo. Es por la noche, cuando estoy sola en mi cama, cuando las imágenes de Hugo, de nosotros, de lo que fuimos, se cuelan por cada rendija de mi memoria, las muy puñeteras, evitando que pueda conciliar el sueño. No quiero pensar en el último día, ni recordar las palabras que me escupió, con la rabia y el dolor por la muerte de Julia saliéndole por los poros. Prefiero recordar los buenos ratos, esos que fui atesorando, que fui recopilando cuando veía que se acercaba el momento de la despedida. Una despedida que, como ya he dicho en otra ocasión, nunca me imaginé que fuese tan pronto y tan dramática.

Me gusta recordar cómo se le oscurecían los ojos en el momento exacto en el que entraba en mí, el suspiro de placer que emitía cuando le besaba en el hueco del cuello, entre sus dos clavículas. También sus risas cuando me ponía a cantar como una loca cualquier canción que me encantase, a grito pelado, desafinando como lo hacía e invitándolo a acompañarme en esa locura transitoria que me produce la música. Me quedo para mí la promesa que conseguí de sus labios de que algún día se atrevería a cantar conmigo. Cuando cierro los ojos, lo veo en mi cocina, descalzo y vestido solo con el pantalón del pijama, siempre más abajo de lo normal, dejando ver esa fina línea de vello oscuro que se perdía en el interior y que me hacía recordar lo que se escondía de la vista, pero que yo conocía de primera mano y que me hacía salivar. Sonrío al pensar en las veces que intentó sorprenderme con un desayuno que, en la mayoría de los casos, era incomible, pero que yo valoraba todavía más, porque conocía su incapacidad para cocinar algo mínimamente comestible.

Veo su sonrisa torcida esos días en que pasaba a buscarme en su moto y me esperaba fuera de mi portal, con su cazadora de piel y un casco para mí en la mano que ajustaba a mi cabeza, después de besarme y de coger mis manos para meterlas en sus bolsillos una vez acomodada detrás de él.

No puedo evitar recordar el breve tiempo que pasamos en Madrid. Cómo aprovechábamos cualquier rincón, cualquier portal para regalarnos besos y caricias, haciendo nuestra la canción de La Oreja de Van Gogh, «Puedes contar conmigo», porque las tardes de invierno por Madrid eran menos frías si eran sus brazos los que me daban abrigo.

Ya apenas lloro, hace tiempo que se secaron mis lágrimas. No tengo ni idea de si ha

intentado llamarme ya que lo bloqueé en mi teléfono nada más salir de su ciudad, o si ha preguntado a mis amigas por mí. Ellas respetan mi deseo y no han vuelto a sacar su nombre en ninguna conversación.

Y aunque es verdad que lo estoy llevando mejor que la otra vez, que estoy poniendo en práctica las directrices que me dio la psicóloga para poder gestionar todo esto, sé que algún día explotaré por algún sitio.

Pero de momento no, de momento necesito seguir entera. Puede parecer una tontería, pero necesito ser la fuerte por si él vuelve y se tiene que apoyar en mí. Porque, maldita sea, por mucho que lo niegue, por mucho que no quiera saber de Hugo, si apareciese en mi puerta y me mirase con esos ojos turbulentos como el mar Cantábrico en invierno, si él se presentase delante de mí, cabría la posibilidad, de que lo acogiese de nuevo. Me erigiría como su faro, para sacarlo de esa oscuridad que se ha autoimpuesto, le guiaría para ayudarlo a salir de su tormenta interior, para traerlo de vuelta a la calidez, al calor de mi cuerpo. Y sé que, si así fuera, no volvería a dejarlo marchar, no sin luchar.

En cambio, cada día que pasa sin verlo me aleja un paso más de él. Me devuelve un poquito más a la realidad.

Y esa no es otra que la de aprender a estar otra vez sin él.

Sin dudarlo, me refugio en mi familia y amigos. Incluso he retomado el contacto con Fer. Ocurrió sin más, una tarde que nos encontramos por el centro y nos sentamos a tomar un café. Hablamos mucho, de cómo se sintió, de que no tardó en entender que lo nuestro no podía ir a más, pero que echaba de menos hablar conmigo, los principios de nuestra amistad y, sin saber cómo, empecé a contarle mi historia con Hugo.

No me hizo ningún reproche, solo estuvo ahí para mí, escuchando, diciendo las palabras apropiadas para hacerme sentir mejor, y me ofreció de nuevo su mano amiga. Solo eso, su amistad. Sin sexo, sin tratos, solo un oído para escuchar y un hombro en el que llorar. Desde entonces, ya son varias las veces que me ha venido a buscar al trabajo para ir a tomar un vino, para compartir nuestras miserias y también para reírnos de ellas. Es una pena no haber podido enamorarme de él en su momento, tal vez mi vida hubiese sido un poco más fácil si hubiese conseguido amarlo.

«Lo fácil no siempre es lo mejor, Vera».

Ya ha pasado un mes desde la última vez que vi a Hugo y, como Fer sabe que hoy no tengo muy buen día, me ha propuesto salir a tomar un vino y a picar algo, así aprovechamos que estoy en mis días libres. Me arreglo como hacía tiempo que no me arreglaba, dispuesta a pasármelo bien, dejando que la procesión vaya por dentro, pero sin permitir que eso afecte a mis ganas de salir. Me enfundo en unos *leggings* de piel, camisa y zapatos de tacón rojos, mi pelo en un moño flojo y mis labios bien pintados. Ya se sabe: al mal tiempo, labios rojos.

Fer me espera apoyado en su coche y, cuando me ve, me hace un buen escaneo de arriba abajo y me silba, lo que me hace sonreír y darle un abrazo espontáneo. Ay, Fer, si tu supieras lo mucho que me estás ayudando. Me monto en su coche y salimos en dirección al centro. Hoy estoy dispuesta a olvidar, hoy voy a disfrutar de una buena cena y una excelente compañía. Porque yo lo valgo. Porque me lo merezco.

Tenemos mesa en un restaurante que ha abierto hace poco y al que tenía muchas ganas de venir, otra de las muchas cosas que me quedaron por hacer con Hugo. Muevo la cabeza porque no quiero empezar a regodearme en lo que pudo ser y no fue. Centro la atención en mi acompañante, en su conversación distendida, en las payasadas que hace para que me sienta bien

y, sorprendentemente, empiezo a disfrutar. Terminamos el postre y no me deja pagar la mitad de la cena, por lo que me ofrezco a invitar a la última copa.

Están todos los garitos llenos y la verdad es que no me apetece mucho apretujarme en ninguno de ellos, de manera que le invito a mi casa, al fin y al cabo, no es la primera vez que sube.

Aparcamos en mi calle y salimos del coche riéndonos de alguna de las muchas perlas que Fer suelta por la boca. Estoy un poco perjudicada, algo contentilla por las dos botellas de vino que hemos compartido durante la cena, por lo que tengo que apoyarme en él para no caerme. Pasa su brazo por mis hombros para sujetarme bien y de esa manera entramos en el portal.

Una vez en casa, saco un par de tónicas de la nevera mientras él saca la botella de ginebra del mueble y se dispone a preparar dos *gin-tonics*.

—El mío no lo cargues mucho, creo que se me ha ido un poco la mano con el vino —apunto.

—No hace falta que lo jures, te has ido bebiendo todos los culines que quedaban. —Se descojona él.

Me siento en el sofá hasta que termina de prepararlos y viene a reunirse conmigo.

—Jo, Fer, muchas gracias por todo. No te haces idea de lo bien que me está viniendo tu compañía —confieso.

—Siempre es un placer ser tu humilde escudero, linda princesa. —Me guiña un ojo.

—Qué payaso eres. Más que escudero, eres el bufón de la corte. No puedo hablar en serio contigo. —Le doy un golpe en un hombro.

—No tenemos que tomarnos la vida tan en serio. Total, para lo que nos va a servir. Si te quiere joder, te va a joder igual, estés serio o riéndote. Pues a mí, que me joda mientras estoy partiéndome de risa. —Y eso mismo hace, partirse.

—Buena filosofía de vida, amigo —digo chocando mi copa con la suya.

—No sé si es buena o mala, pero es la mía. He decidido vivirla así y tomar las cosas cómo y cuando quiero. Y lo siento, pero, en este momento, lo que quiero es besarte. Y eso es lo que voy a hacer. —Se acerca de forma lenta hacia mi cara, dándome tiempo para apartarme si quiero.

Y no sé si debido al vino tengo los reflejos un poco más lentos o que me apetece el beso, pero no me aparto. Tal vez quiero comprobar si estos labios consiguen borrar la huella de otros que no consigo olvidar, unos que tengo grabados a fuego en mi piel.

Correspondo a la boca demandante que me avasalla feroz, enredo mi lengua con la suya y empezamos ese baile que tantas veces nos ha llevado a terminarlo en la cama. Pero, aunque es un beso bonito, conocido, no me remueve, no me hace temblar, no aviva nada en mí. Quizás hace más presente aún la ausencia de aquellos que sí volvían mi mundo del revés.

Me mira a los ojos después de separarnos.

—Ni frío ni calor, ¿verdad? —pregunta sin resquemor en la voz.

—Fer.

—Tranquila, sabía que era una apuesta arriesgada. —Me guiña un ojo.

—Lo siento, no eres tú...

—Ese es el problema. Que sí soy yo, pero no soy él —dice resignado.

—No te enfades, por favor. —Si sale de mi vida, me muero.

—No tengo por qué enfadarme, me dejaste las cosas claras —apunta.

—No quiero perder tu amistad —reconozco con miedo.

—Eso no lo vas a perder nunca, lo sabes. Será mejor que me vaya. Levantándose del sofá, me da un leve beso en los labios y se despide de mí.

Puto Hugo, hasta esto me has quitado, volver a disfrutar con un beso.

Una vez que se ha ido Fer, apago las luces y me voy a la cama dispuesta a pasar otra noche en vela acosada por los recuerdos.

Como canta La Oreja de Van Gogh, «qué corto fue el amor, y qué largo el olvido».

TREINTA

SI TU NO ESTAS AQUÍ



HUGO

Una semana sin Vera

Me despierto con un dolor de cabeza tremendo y vuelvo a cerrar los ojos cuando la claridad me ciega. Tengo la boca pastosa. Recuerdo perfectamente en qué momento de la noche debería haber dejado de beber, pero, como todas las putas noches desde que la eché de mi lado, ignoré la voz de mi conciencia y se me fue la mano con el alcohol. Como si no supiese ya que ni borracho como una cuba puedo dejar de pensar en ella.

Bajo las escaleras a trompicones y, en la cocina, bebo un trago de agua directamente del grifo. Me vuelvo hacia el salón y, no por primera vez en estos siete días, pienso que debería poner orden en esta pocilga, pero, una vez más, la pereza y el desánimo me pueden. Y también que en este momento me la suda todo.

Busco mi móvil y lo enciendo, dejando paso en ese momento a un montón de notificaciones, mensajes y llamadas perdidas que ignoro.

Las palpitaciones en mi mano me recuerdan que no he tomado los antiinflamatorios desde hace horas. Busco un blíster y me tomo dos de golpe, así, a palo seco. Espero que consigan mitigar un poco el dolor, aunque lo que de verdad deseo es que puedan anestesiar el otro más profundo que es el que me está matando. El de mi corazón. ¿Es posible sentir que estás muerto aunque notes sus latidos? Porque ahora mismo es así como me siento. Insensibilizado a todo lo que no sea el dolor que me arrasa por dentro.

Intento mandar otro mensaje a Vera, pero vuelvo a constatar que sigo bloqueado en su móvil y me dan ganas de darme de hostias por lo gilipollas que fui.

Pongo música y me tiro en el sofá sin ganas de hacer nada. Total, con la mano como la tengo, aunque quisiese, no podría.

Suena el timbre de la puerta y lo ignoro. Vuelve a sonar y subo el volumen de la música a tope para ver si de esta manera captan la indirecta. Oigo cómo aporrean la puerta y me cago en toda la puta leche, pero no hago caso. Solo cuando da la impresión de que van a tirarla al suelo, me levanto como un miura y abro con toda la mala hostia que me hierve por dentro.

—¿Qué cojones quieres?! —le grito a Guti, que es el que está al otro lado de la puerta.

—Buenos días a ti también, *salao*. Por el volumen de la música, veo que ya hasta tienes ganas de fiesta —dice cuando entra.

—Que te den. —Me vuelvo a tumbar en el sofá—. ¿Vienes a tocarme los huevos?

—Creo que los vecinos agradecerán que apague este trasto durante un rato —contesta ignorando mi exabrupto mientras corta en seco la canción.

—¿Tienes algo en contra de Rosana? —Definitivamente sí, viene a tocarme los huevos.

—Hombre, si no dejas de escuchar «Si tú no estás aquí» en bucle, sea la hora que sea, con el trasfondo de pérdida que tiene la cancioncilla, llega un momento en el que ya satura un poquito, pero solo un poquito, ¿eh? De todos modos, en el estado en el que estás, no creo que sea lo que más te convenga escuchar.

—Acabáramos. Ahora me vas a decir también la música que tengo que escuchar, cojonudo.

—Tiene un don para tocarme la moral—. De todos modos, ¿cómo coño sabes que la escucho en bucle?

—Me lo ha chivado tu vecino de arriba, que también me ha advertido de que no tardará mucho en llamar a la policía —me informa.

—¿Desde cuándo te ha dado por espiarme?

Mi amigo bufa y resopla y, como le conozco desde hace un porrón de años, sé que estoy acabando con su paciencia, pero me la pela. Ya puede acabarse el mundo ahora mismo, que a mí me la seguiría pelando.

—Venga, tío, métete en la ducha mientras recojo un poco este desastre y te invito a desayunar por ahí —dice a la vez que empieza a ordenar lo que encuentra por el medio.

—No tengo ganas de salir. —Me enfurruño como un crío.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Regodearte en tu miseria para siempre? —pregunta con una de mis camisetas en la mano.

—No tengo nada mejor que hacer. O sea, que déjame solo con mis mierdas y vete a darle el coñazo a otra persona. —Me tapo la cara con el brazo bueno.

—El Hugo que yo conozco no se rinde ni tira la toalla con tanta facilidad, siempre ha peleado por sus sueños, por lo que quiere. —Intenta hacerme reaccionar.

—El Hugo que tú conoces es un gilipollas que ha dejado escapar a la mejor tía que ha conocido en su puta vida y tiene derecho a regodearse en su mierda, a cagarse en sus putos muertos y hasta a tirarse por la ventana. —Joder, pues sí que se me da bien eso de recrearme en mis miserias.

—Si te tirases por una de estas ventanas, lo máximo que te pasaría es que, del golpe, te volverías más tonto de lo que ya eres. —Se ríe—. Venga, hombre, vamos a dar una vuelta. Te aireas y buscamos alguna solución para este *embolao* en el que estás metido.

—No sé de qué manera voy a salir de él. Ni siquiera puedo llamarla por teléfono porque me ha bloqueado. No quiere saber nada de mí —confieso.

—A ver, la chica tiene motivos.

—Eso, tú encima echa sal en la herida. —Lo miro mal—. Con amigos como tú, ¿quién quiere enemigos? —Si a esto es a lo que le llama animar, que baje Dios y lo vea.

—Bueno. —Aparta mis piernas y se sienta en la esquina del sofá—. Puede que te haya bloqueado en el teléfono, pero no lo necesitas para intentar arreglar las cosas.

—A ver, ¿y qué me aconsejas que haga, lumbreras?

—Hasta donde yo sé, sigue viviendo en el mismo sitio...

Miro a mi amigo a la cara y no quiero, de verdad que no quiero, pero no puedo evitar que una

ligera esperanza nazca dentro de mí.

Tres semanas sin Vera

Llevo veintiún días ahogándome en mi propia cama. Una cama que se me hace enorme sin tenerla enredada en unas sábanas que huelen a ella. En su rápida huida, se dejó varias cosas en mi casa, entre ellas su perfume, que rocío en mi almohada cuando siento que voy perdiendo su olor. Puta locura. Cuando me acuesto y aspiro su aroma, cierro los ojos y me transporto a los momentos pasados a su lado.

¿Sabes cuando llegas a casa después de un duro día de trabajo y suspiras agradecido por haber llegado a tu lugar seguro, a tu hogar? Pues eso me sucedía a mí cuando aspiraba el aroma de Vera. Me sentía en casa. Sus brazos eran mi hogar, mi puerto seguro. Cobijado en ellos, sentía que no podría pasarme nada, siempre y cuando estuviese aferrado a ella. Que si Vera estaba a mi lado, si no me soltaba, mis monstruos desaparecerían. Hasta que estos volvieron a aparecer y me encontraron. Cuando menos lo esperaba, en el peor momento posible.

Y aniquilaron mi paz. Destrozaron mi hogar.

Por lo menos, he dejado un poco de lado mi vena autodestructiva y ya no me acuesto por las noches ciego de alcohol, o no tanto como al principio. He empezado una rutina y eso me ayuda a aclararme un poco. Después de mi conversación con Guti, vislumbro una pequeña luz y tengo claro que, si quiero recuperarla, tengo que presentarme en su puerta e intentar hablar con ella, intentar que me escuche, que me perdone.

Por eso pongo especial interés en la rehabilitación de la mano. Ando todo el día de aquí para allá con la puñetera pelotita de los cojones entre los dedos para fortalecer los músculos, cuando lo que de verdad quiero es mandarla a tomar por culo y correr a buscarla a ella. Pero tengo claro que, hasta que no esté al cien por cien y prepare un discurso convincente, no puedo acercarme a Vera.

En plena rehabilitación estoy cuando suena el timbre. Joder, esta casa, últimamente, se parece a una parada de metro en hora punta. Abro la puerta pensando que es, como siempre, Guti, y me encuentro de morros con mi madre. Ya me parecía a mí raro que no apareciese por aquí después de haberle dado largas día tras día desde que he vuelto. Mucho ha tardado.

—Hola, hijo. —Entra, me da un beso y veo cómo arruga la nariz.

De acuerdo, en estos momentos no soy precisamente un dechado de pulcritud y puede ser que apeste algo a sudor, a alcohol... Pero, bueno, que puede fingir un poquito, para eso están las madres, ¿no?

—Hijo, das pena, ¿tú te has visto? —Me repasa de arriba abajo mientras niega con la cabeza.

—Vaya, mamá, yo también te quiero. —Me doy la vuelta y me acerco a la cocina.

—Hugo, solo te he visto así de perdido cuando Julia te arrastró a su mundo. —Las lágrimas inundan sus ojos, pero no las deja caer—. Como ella no está ya entre nosotros, solo me queda pensar que, o estas así por otra chica, o te han hecho una lobotomía y te han dejado tonto perdido.

Y sí, gente, esa es mi madre, única dando ánimos. Menos mal que soy su hijo favorito.

—No quiero hablar de ello, mamá. —Y menos con ella, que está dispuesta a diseccionar todo lo que le diga.

—Bueno, pues no pienso irme de aquí hasta que me lo cuentes. —Y se repantinga en mi sofá—. De manera que, si no quieres que acampe en tu salón, ya puedes empezar a largar por esa

boquita o volverás a vivir con tu madre, como cuando eras adolescente.

Mi cara de horror le hace tanta gracia que empieza a descojonarse y, aunque no tenga ganas, no puedo evitar reírme con ella cuando me siento a su lado.

—Venga, desembucha. —Me da una palmada en la pierna para animarme a hablar.

—¿Qué te parecería si te digo que tu hijo ha sido tan gilipollas que ha echado de su lado a una chica maravillosa, que creo que podría, qué coño, sé que podría ser la mujer de mi vida? —Miro a los ojos de mi madre, que no demuestra si le han impactado mis palabras o no.

—Pues te diría que a veces hacemos y decimos cosas sin querer; o incluso con intención, que nos alejan de las personas que amamos. Pero si ese amor es el que ha puesto la vida en tu camino, tarde o temprano volverá a cruzarse contigo. Mientras tanto, no está de más que ayudes a la vida a que volváis a tropezaros. —Sonríe de forma un poco siniestra.

—¿Y cómo hago eso si ella no quiere ni hablar conmigo? —confieso derrotado.

—En mi época —pongo los ojos en blanco al oírla y recibo una colleja de su parte—. En mi época —vuelve a empezar—, no había móviles, de manera que, cuando una pareja se enfadaba, había que tirar de imaginación para encontrar la manera de hacerse perdonar.

—¿No puedes ser un poco más concreta?

—Nunca te ha faltado ni cabeza ni ingenio para conseguir todo lo que te has propuesto. Espero que no sea ahora cuando pierdas la fuerza. —Ladea la cabeza al decirlo—. No sé, vete a verla y, si ella no quiere, insiste hasta que consigas tu propósito. Déjale claro lo que me has dicho a mí, que es el amor de tu vida, suplica si hace falta.

Y las palabras de mi madre, que vienen a apoyar las que ya me soltó Guti el otro día, me dan el último empujón que me faltaba para no tirar la toalla, para intentar recuperarla, para que vuelva a entrar el sol en mi vida. Aunque me temo que me va a tocar suplicar, como bien dice mi progenitora, y arrastrarme, mucho. Pero si al final consigo que Vera vuelva a mi lado, bien merece la pena.

Un mes sin Vera

Hoy, por fin, he conseguido el alta. Ya puedo hacer vida normal, volver a entrenar, volver a trabajar y, sobre todo, volver a coger mi moto e ir tras Vera.

Entre papeleos y demás historias, salgo más tarde de lo que esperaba del hospital. Ya está anocheciendo. Debería esperar a mañana para ponerme en carretera hasta Santander, pero, como me pueden las ganas, recojo unas cuantas cosas de mi casa y salgo hacia mi destino.

Estamos a finales de marzo y, aunque ya no hace el frío de meses anteriores, la temperatura aún desciende bastante cuando se oculta el sol y son varias las paradas que tengo que hacer para descansar y tomar un café para templar el cuerpo. Por eso, cuando llego a Santander, ya casi es medianoche y me acerco directamente a su casa.

Cuando aparco a unos metros de su portal (lo suficientemente alejado de su casa para que no vea la moto si se asoma a la ventana) y me quito el casco, veo llegar un coche y a Vera bajar de él. Está preciosa, brilla con la misma luz de siempre y, quizás porque hace tanto tiempo que no la veo, hoy sí siento que me deslumbra. Oír cómo se ríe me caldea el corazón, hasta que veo bajarse del lado de conductor a un tío que la abraza por los hombros.

Se ríen juntos mientras él le planta un beso en la cabeza, y ahí es cuando reconozco a Fer y quiero morirme en este mismo instante, quiero salir corriendo hacia ellos y apartar sus manos de mi chica.

Gritarle a ese capullo que ella es mía, solo mía. Que solo yo soy capaz de hacerle reír. Que solo yo provoco sus gemidos y sus suspiros. Que solo yo puedo hacer que sus ojos se vuelvan más oscuros cuando entro en ella. Que es mi nombre el que grita cuando la llevo a la cima y el que sabe el número exacto de lunares que salpican su piel.

Pero me recuerdo que yo perdí todos mis derechos y privilegios en el mismo momento en el que la eché de mi casa y de mi vida.

Los veo entrar en el portal y, solo de imaginarlos juntos en la cama, se me revuelve el estómago.

No quiero que sienta con él lo que yo le hacía sentir. No puedo, ni quiero, planteármelo.

Sabía que esto era algo que entraba dentro de lo posible, pero verlo con mis propios ojos ha acabado de hundirme.

Maldigo en alto y me cago en todo. Mientras yo estoy muerto en vida, ella no ha tardado ni un mes en sustituirme. ¿Eso era lo que decía quererme? Joder, pues no me quieras tanto y quiéreme bien, no me olvides a la primera de cambio.

Soy un hipócrita, lo sé, es la rabia la que habla por mí, pero nadie sabe lo que me ha destrozado verla con Fer. Aquí se termina la poca esperanza que tenía de recuperarla. Yo mismo la he empujado a sus brazos, yo mismo he acabado con mis ilusiones.

Cuando siento las primeras lágrimas correr por mi cara, me pongo el casco, arranco mi moto y, al doble de velocidad de la que he venido, vuelvo hacia mi ciudad, dejando por el camino los pedazos de mí que voy perdiendo.

De vuelta a mis días grises. «... A la maldición del cajón sin su ropa...». Nunca me sentí tan identificado con esta canción de Joaquín Sabina como hoy.

Porque vuelvo a mis sábanas frías, a mi habitación vacía.

A mi vida sin ella.

TREINTA Y UNO VIAJE DE CHICAS



VERA

Aun pesándome los días como me pesan, sin darme cuenta, llegamos a abril y al esperado viaje de chicas.

Como todos los años, nuestro destino es el secreto mejor guardado de Pili. Ella es la que organiza todo hasta el último detalle. Nosotras nos limitamos a ingresar mensualmente una cantidad «x» de dinero en una cuenta que tenemos conjunta, y nuestra amiga busca, rebusca, planifica al dedillo cada paso que damos en estas minivacaciones. Esas que deberían estar prescritas en la receta electrónica de cada mujer. Un viaje de vez en cuando con tus mejores amigas es la terapia perfecta para cualquier dolencia. Es una cura basada en la risoterapia que te hace volver con las pilas cargadas y contar los días para la siguiente escapada.

En mi caso, en esta ocasión, no sé si conseguire desconectar. No sé si podré dejar a una lado toda mi tormenta interior y permitirme disfrutar del viaje y de mis amigas. Espero que encuentre por fin el botón de *off* de mi cabeza, de mis recuerdos y pueda centrarme en esta escapada planeada al detalle por esta loca.

Y os puedo asegurar que viajamos por todo lo alto. Los mejores restaurantes, saunas, *spas*... Nos lleva como marquesas y nosotras, pues eso, nos dejamos hacer.

La muy puñetera nos va diciendo desde hace unas semanas lo que tenemos que ir metiendo en la maleta, mandándonos vídeos en los que sale preparando la suya con los objetos más estrafalarios que te puedas imaginar, pero, conociéndola como la conocemos, hay veces que no sabemos qué es verdad y qué es mentira de todo lo que nos dice. Porque, vamos a ver, ¿un saco de dormir y unas botas de montaña? ¿De verdad? No tengo ni idea de lo que pretende, pero Carmen e Irene ya han dicho que a ellas no las mete en un albergue, que es lo último con lo que nos está amenazando nuestra organizadora de viajes particular. Aquí ya entramos todas en bucle imaginando destinos. La que se lleva la palma es Coral que, sabiendo la hora a la que quedamos para salir, empieza a hacer conjeturas y una labor de investigación digna del CSI. Se pasa las horas navegando por internet, buscando vuelos que salgan de nuestra ciudad, sin darse cuenta de que Pili es más lista que eso y suele darnos pistas falsas hasta el día de la partida. Esta es capaz de tenernos en el aeropuerto cuatro horas antes de lo necesario solo para que Coral no adivine a dónde vamos. Además, no nos sirve de nada saber el lugar donde aterriza el avión. Hemos

aprendido en primera persona que el lugar donde llegamos puede no ser en el que acabamos.

Por fin llega el día y, con ganas y entusiasmo (algunas más que otra), nos reunimos en el aeropuerto dispuestas a disfrutar de estos cuatro días que tenemos por delante. Irene llegó el día anterior desde Roma. Trae ojeras para regalar. Su nuevo jefe está explotándola, pero, a pesar de la cara de cansada con la que carga, también está resplandeciente. Se ve que su ciudad de acogida y su trabajo le sientan bien.

—Bueno, zopenca, menos mal que nos hiciste dejar el saco de dormir y las botas en casa porque yo ya me esperaba una acampada en pleno monte. —Respira tranquila Marta.

—Ja, ja, ja, ja, ja, es que si no os metía alguna trola, aquí la detective Colombo —señala a nuestra amiga—, averigua en cero coma el destino. —Se parte Pili.

—Yo creo que ya me imagino a dónde vamos, pero voy a ser buena y no voy a decir nada —dice la aludida.

—Bueno, el año pasado dejaste el listón muy alto al llevarnos a Dublín. No esperamos menos nivel que ese —apunta Blanca.

—Bah, seguro que os va a gustar, qué coño, os va a encantar.

—Es una maravilla tenerte aquí. —Le doy un abrazo de lado a Irene.

—No me lo hubiese perdido por nada del mundo. —Sonríe—. Además, lo necesito como el respirar —confiesa.

—¿Sigues teniendo problemas con tu vecino? —adivina Ana.

—Mira que yo suelo ser tranquila —tiene razón, Irene es la más pacífica de las ocho, además de un verdadero cielo—, pero, al principio de vivir en el piso, no sé la de veces que tuve ganas de asesinar a ese gilipollas. —Cierra los ojos—. Afortunadamente, las cosas se han relajado un poco y hemos empezado a convivir en armonía.

—¿Y cómo es? —pregunta Coral.

—Aparentemente es un estirado al que parece que le han metido un palo por el culo. —Empieza a enumerar—: Engreído, maleducado, prepotente... Aunque ahora que lo he empezado a tratar y a conocer un poco mejor, he descubierto que, detrás de esa fachada, se esconde un tío muy culto que sabe mogollón sobre arte. Hablé con él seriamente y ya no tengo que escuchar a todas horas su música, pero cada noche me toca ser oyente privilegiada de sus momentos de pasión. Y joder, vaya aguante tiene el chaval.

—¿Tiene pareja? —Si es todo lo que mi amiga dice, su novia o mujer debe de tener el cielo ganado.

—¡Qué va! Ya son varias las mujeres que he visto salir de su apartamento. Todas ellas con pinta de modelos de revista. Con ropa de marca y tacones de vértigo. Te juro que no sé cómo aguantan ser solo una muesca en su cabecero. —Se encoge de hombros.

—Hombre, si es capaz de durar tanto tiempo dedicado al fornicio, sobran las preguntas. —Se descojona Blanca.

—O sea, que es un rompe-bragas —sentencia Ana.

—De manual —confirma Irene.

—Eso significa que está de buen ver.

—Mira —contesta a Coral que es quien le ha hecho la observación—, la verdad es que el tío es mono. Al principio me caía tan mal que ni siquiera me fijaba en su aspecto, lo jodía todo con su comportamiento. Pero ahora... Bueno, digamos que ahora soy un poco más consciente de sus atributos. Aunque no es mi estilo. Ya sabéis que a mí no me van los rollos de una noche. Es más del estilo de Blanca —termina mirando a nuestra amiga.

—Uhm, me están entrando ganas de ir a visitarte a Roma —suelta la aludida y todas rompemos a reír porque sabemos para qué quiere viajar hasta la capital italiana. Reímos todas menos Irene, a la que parece que no le han hecho ni puñetera gracia las palabras de nuestra amiga.

Interesante reacción.

Sentadas en la cafetería del aeropuerto, mientras esperamos la salida de nuestro vuelo, mis amigas se entretienen con diferentes conversaciones, pero yo dejo perder la vista y los recuerdos sobre Hugo vuelven a acecharme. Desde que salí corriendo de Madrid, me he escudado en el trabajo y en el deporte para no dejar que me invadiesen los pensamientos intrusivos, pero ahora que tengo por delante varios días libres, me temo que no va a ser tan fácil apartarlo de mi mente.

—A ver, tú —me salta Pili—, quita ya esa cara de acelga que te traes y ponte en modo vacaciones, porque una de las cosas que me he propuesto en este viaje es hacerte olvidar a ese capullo que no ha sabido valorar lo que tenía contigo. Ni se merece tus lamentos ni se merece tu recuerdo. Alegra esa cara que de este viaje vas a volver renovada y relajada. A disfrutar en 3, 2, 1...

Y con estas palabras, una vez más, me doy cuenta de la suerte que tengo de contar con estas amigas, que están aquí para todo. Y aunque alguna lleve a mi lado menos tiempo que otras, me han demostrado que la amistad no se trata de quién vino antes o quién te conoce desde hace más tiempo, sino de quien llegó y se quedó. En las buenas, en las malas y en las peores. De quién te sujeta cuando tropiezas y quién, como dice La Vecina Rubia, te recoloca la corona cuando la tienes torcida.

Quién te hace brillar más en vez de apagar tu luz.

En mi caso, sé que mis siete amigas sufren cuando sufro y celebran mis triunfos como si fuesen suyos. Por este motivo, me planto una sonrisa en la cara y me dispongo a pasar estos cuatro días con ellas. Aparcando mis preocupaciones y tristezas.

Una vez que estamos en la cola de la puerta de embarque se desvela el misterio: el destino este año es Marrakech y no podemos evitar lanzar gritos de alegría y de anticipación. Esto promete.

Cuando hemos aterrizado, y tras pasar el control de pasaportes, nos espera un minibús a la salida del aeropuerto que nos llevará a nuestro alojamiento. Aunque es de noche ya, no podemos evitar mirar alucinadas todo lo que se ve a través de las ventanas, y es que esta cultura tan diferente a la nuestra nos sorprende allí por donde pasamos.

El minibús nos deja a la entrada de un callejón por donde ya no puede pasar y las siete nos miramos con los ojos como platos, ¿de verdad esta calle tan sucia, con tanta basura y tantos gatos acoge nuestro hotel?

—Madre mía, ¿pero dónde nos has metido, Pili? —Ana pone en palabras lo que estamos pensando las demás.

—¿Os fiais de mí? —contesta ella.

—Normalmente sí, pero ahora ya me haces dudar —replica Irene.

—Venga, vamos, que se nos hace tarde.

Sacamos nuestro equipaje del vehículo y nos despedimos del conductor.

Caminamos unos metros por una calle bastante larga y oscura, que hay que reconocer que está más limpia de lo que nos habíamos imaginado, y, poco después, llegamos a un portón con el nombre del alojamiento. Llamamos y nos abre una chica marroquí preciosa que nos hace entrar a un patio donde nos quedamos boquiabiertas. Es como un oasis en mitad de la ciudad. Alrededor

de una piscina azulejada que hay en el centro, con una fuente en cada una de sus cuatro esquinas que emiten un tranquilizante sonido de agua al caer, se reparten aquí y allá sillones, pufs y mesas de té que le dan a la estancia un aire íntimo que invita a relajarse y a conversar.

Nos animan a sentarnos en uno de los rincones y un camarero nos trae una bandeja con una tetera llena de humeante té moruno, que nos sirve en preciosos vasos de colores. De esta manera, nos dan la bienvenida a este Riad que parece sacado de un cuento de las mil y una noches.

Terminado el té y repartidas las habitaciones, nos disponemos a pasar nuestra primera noche en este maravilloso país.

Nos levantamos temprano, después de haber dormido como hacía tiempo que no dormía, y nos reunimos en el patio para desayunar. Café, embutido, huevos, granada, dulces típicos marroquíes, miel... Que sirven para que cojamos fuerzas en nuestro primer día recorriendo la ciudad,

—Bueno, os pongo sobre aviso. Cuando alguien se acerque a vosotras, a ofreceros cualquier cosa, decid siempre que no, aquí tienen la costumbre de aprovecharse de los turistas y no quiero ningún problema —nos dice Pili.

Cuando hemos desayunado, nos terminamos de preparar y salimos del Riad. Una vez en la calle, Pili vuelve a entrar.

—Chicas, se me ha olvidado una cosa —nos dice—. Esperad aquí un momento, que ahora bajo.

En esas estamos, esperándola en la calle, cuando vemos acercarse a un marroquí guapo no, lo siguiente. Vestido a la manera occidental y con un sombrero borsalino que le queda de muerte. Cuando llega a nosotras, reconozco su perfume, Loewe Solo Cedro, la misma que usa Hugo, y eso hace que cierre los ojos y lo añore tanto que duele, no sabéis hasta qué punto.

No reconoceré ante nadie que mi nueva afición es la de entrar en diferentes perfumerías que me encuentro y olfatear su colonia favorita como si fuese un sabueso. Aunque he tenido mil veces la tentación de comprarme un bote, al final, mi lado más práctico, más coherente, ha ganado la partida y no me lo ha permitido. Eso rayaría peligrosamente la obsesión, ¿verdad?

Como si no estuvieses ya completa y perdidamente obsesionada.

—¿Estáis esperando a un guía? —Nos pregunta y me hace salir de mi ensimismamiento.

—¡Noooooo! —contestamos las siete como lobas, lo que hace que nos mire con mala cara y se aleje por donde ha venido.

—Sí, espera, espera. —Sale corriendo Pili del Riad—. Perdona, es que mis amigas no sabían nada, y como les había dicho que dijese que no a todo lo que nos ofreciesen. —le dice riéndose—. Como me decías por teléfono que venías con un poco de retraso, he tenido que inventarme una excusa para que no se mosqueasen por tener que esperar.

—Vaya susto que me habéis dado. —Se descojona él mirándonos a las demás—. Me llamo Asís y soy vuestro guía durante un par de horas.

Muertas de vergüenza y coloradas a más no poder, nos vamos presentando mientras echamos miradas asesinas a nuestra amiga, que está a punto de atragantarse por la risa que le hace que doblarse por la mitad. Será cabrona. Y con este principio tan vergonzoso, seguimos a nuestro guapísimo guía a través de las calles de Marrakech.

Pasamos la mañana visitando el palacio La Bahía donde Asís nos cuenta la historia del edificio. Recorremos sus preciosas estancias, llenas de mosaicos. Nos hacemos miles de fotos en todas las posturas inimaginables y nos reímos de nosotras mismas, mucho y en todo momento. Porque si algo tenemos las ocho, es que somos payasas a más no poder y nos reímos hasta de nuestra sombra.

Salimos del palacio y nos acercamos a ver la mezquita de la Koutoubia y el parque de alrededor. Hace rato que nuestro guía debería haberse ido, pero se ve que está a gusto con nosotras porque nos invita a tomar algo en una terraza cercana.

Llega la hora de comer y le ofrecemos que se una a nosotras, pero ahora sí que nos toca despedirnos de sus servicios porque tiene contratada otra excursión. Le decimos adiós entre besos y abrazos y seguimos nuestro periplo por esta ciudad. Comemos en lo alto de una terraza. En un restaurante de comida típica en plena Kasbah y, una vez que hemos repuesto fuerzas, seguimos nuestro camino.

La plaza de Yamaa el Fna es un hervidero de gente, puestos, atracciones que hacen las delicias de todo el que se acerca y es también la antesala para introducirse en el zoco. Nos pedimos unos zumos en uno de los puestos ambulantes. Los de granada, recién exprimidos, están deliciosos y nos saben a poco, de manera que nos pedimos otro y, con ellos en la mano, nos adentramos en el laberinto que conforman las calles del famoso mercado.

El resto de la tarde la pasamos regateando en sus puestos, alucinando con la cantidad de productos de todas clases que se amontonan en sitios tan estrechos que casi no tienes hueco para revolverte. Nos llevaríamos de todo para casa, pero conscientes de que es imposible meter tanto cachivache en la maleta, nos limitamos a comprar las cosas más típicas de aquí y que sabemos que no vamos a encontrar en España.

Entre toda esa riada de gente, pasan a gran velocidad vehículos y motos de cualquier clase que no paran, y tienes que apartarte para evitar que te atropellen. La gente de aquí ya está acostumbrada a este tráfico y no presta atención al ir y venir de los coches, pero nosotras miramos hacia los lados a cada momento acojonadas por si nos llevan por delante.

Tomamos un tentempié en una terraza desde la que se ve el mercado de las especias, que es todo un festival para los sentidos por su colorido, sus maravillosas alfombras colgadas por todos lados, sus cestos de mimbre y una mezcla de olores y sabores que deslumbran a la gente que se aventura en esta plaza tan dispar. Antes de llegar hasta aquí, nos hemos hecho la foto que todo el mundo se hace en esta ciudad. Las ocho abrazadas con el nombre de Marrakech en letras grandes detrás y montículos de especias de los más diversos colores, consiguiendo un contraste espectacular. Con nuestras compras debajo del brazo, nos acercamos al Riad a prepararnos para la cena.

El sitio elegido es el Dar Moha, donde el chef nos deleita con una selección de platos típicos. Sentadas en el patio, con varias mesas alrededor de una piscina con forma de rectangular, disfrutamos de las catorce especialidades del menú degustación mientras escuchamos a tres violinistas tocando música árabe. Una vez acabada la cena, te juro que me cuesta un triunfo levantarme, Pili nos lleva a un bar a tomar unos cócteles y a fumar en *shisha*. Podéis imaginaros la risa que nos entra al beber (los árabes se refieren a ello de esta manera) de estas pipas a las que, después de llenar de agua, introducen una pastilla de un sabor elegido en el quemador antes de prenderle fuego. Hacemos el tonto un rato, expulsando el humo por la boca y haciéndonos infinidad de fotos poniendo caras raras, hasta que terminamos las consumiciones y llega la hora de irnos. Agotadas y un poco achispadas, agarradas del brazo, nos encaminamos a dormir, dando por concluido un día intenso pero muy divertido.

La siguiente mañana la dedicamos a pasear por las tumbas saudís y de visita por el jardín Majorelle, donde la vegetación y los colores tierra y azules de los edificios nos hacen alucinar.

Por la tarde, nuestra amiga nos tiene una sorpresa, y esta no es otra que una visita a unos baños árabes. El típico Hamman donde, entre risas, nos frotan, refrotan, exfolian y aclaran.

Cuando, para acabar, nos tiran un cubo de agua para terminar de quitarnos el jabón, estamos ya tan muertas de la risa que sabemos que esta anécdota pasará a ser el momento más recordado de este viaje. Vaticino que esta experiencia saldrá en más de una conversación cuando, al salir de marcha, el alcohol hable por nosotras. Como si lo estuviese viendo.

Totalmente relajadas, volvemos riéndonos hasta nuestro alojamiento.

Esta noche cenamos en el Riad, pues nos queremos acostar pronto para mañana poder aprovechar el último día de nuestras minivacaciones.

Acostada en mi cama, no dejo de dar vueltas sin poder dormir. A mi lado, siento a Pili moverse y mirarme con preocupación.

—¿No puedes dormir? —me pregunta.

—¿Te he despertado? —Pensaba que no había hecho ruido al girarme en el colchón.

—No te preocupes, todavía no había cogido el sueño —me tranquiliza—. ¿Estás bien?

—No sé qué me pasa, pero así como estas dos noches pasadas he dormido de lujo, hoy no hay manera, tía —reconozco.

—¿No será porque en nada volvemos y tienes miedo de encontrarte a Hugo de nuevo? —Touché, qué lista es la puñetera.

No digo nada, pero, a veces, el silencio es más revelador que cualquier palabra.

—Mira, cielo, ya sabes que yo lo veo siempre todo de color rosa, y creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para que puedas hablar con él sin rencores. Nunca te había visto con nadie como te veía con él, eso que erais juntos no podía ser mentira —dice convencida—. Merecéis otra oportunidad, y si eso no es posible, por lo menos una conversación sincera que os reconcilie con vuestra historia de amor y ambos la recordéis con cariño y no con dolor.

—Sinceramente, no sé si hubo historia de amor en sí. Él dijo que solo fue sexo —le recuerdo.

—A mí me parece que lo dijo en un momento en el que todo su pasado se le vino encima y no supo cómo alejarte de ese terremoto en el que se convirtió su presente. Echarte de esa manera tan dura fue su modo de gestionarlo. La forma de que no te hundieses con él —termina.

—Me hubiese quedado con él si me lo hubiese pedido. Para sujetarlo, para no dejarlo caer en el pozo de culpabilidad en el que sé que está inmerso. —Aunque me había prometido no llorar más, no puedo evitar que las lágrimas se me escapen—. En cambio, decidió apartarme de su lado. Me hizo mucho daño con sus palabras, me rompió.

—Lo sé y entiendo tu dolor y cómo te sientes. Pero también lo entiendo a él. Tú lo conoces mejor que yo, pero incluso habiendo estado tan poco tiempo con Hugo, he sabido ver que tiene un tremendo sentido de la responsabilidad. —Sé que tiene razón—. Eso, a veces, es una virtud, pero en otras ocasiones es una carga.

—No sé qué hacer. —Me atrevo a confesar.

—Haz lo que te pida el corazón.

—Tú sabes que después de lo que pasé con Martín no esperaba esto, no pensaba encontrar lo que he tenido con Hugo. No creí poder llegar a sentir tanto por alguien en tan poco tiempo.

—Leí en algún sitio que, a veces, lo que esperamos nunca llega, pero que es lo inesperado lo que nos cambia la vida.

Y mientras rumio estas palabras tan sabias dichas por mi amiga, al fin el sueño me vence, un sueño plagado de preguntas sin respuesta, de indecisiones, de por qué, de tal vez... De intentar ponerme en la piel de Hugo y preguntarme qué hubiese hecho yo de estar en su lugar. Cómo hubiese actuado.

Si lo hubiese alejado de mí.

Y me duermo convencida de que yo me hubiese aferrado a él, me hubiese apoyado en la

fuerza que me transmite. Porque en eso reside el amor. En estar al lado de la persona que amas y en saber, sin ningún atisbo de duda, que esa persona también estará ahí para ti. Para levantarte cuando tropieces y ayudarte a continuar, sujetando tu mano, acompasando sus pasos a los tuyos.

Pero Hugo se ha empeñado en caminar solo.

Y me ha obligado a separar mis pasos de los suyos, a seguir otro camino.

Uno que cada vez se aleja más de él.





TREINTA Y DOS

CUESTA ABAJO Y SIN FRENOS



HUGO

A los tres días de mi espantada de Santander, después de ver a Vera con Fer, me tocó regresar y reincorporarme a mi puesto en el hospital para concluir el mes que quedaba de mi comisión. La noche previa a mi incorporación, casi no pegué ojo. No dejé de pensar en Vera y en lo que haría cuando la tuviese frente a mí. No sabía de qué forma comportarme, qué decirle. Estoy muy jodido al ver que ha pasado página y está feliz. Que ella esté tan tranquila, sin ser consciente del infierno que estoy viviendo yo al saber que ya está con otro, provoca que me duela la mandíbula de apretar tanto los dientes.

Cuando llego a la mañana siguiente, ojeroso y sin afeitarse, ya estoy mentalizado para volver a verla, pero no es ella la que aparece en la sala de descanso. Alba, que entra la primera, y Sara, después, serán mis compañeras de turno en mi primera mañana tras el alta, cosa que me extraña, pero dejo pasar. Imagino que han hecho algún cambio de turno entre ellas. No me pasa inadvertida la mirada asesina que me dedica la amiga de Vera cada vez que nos cruzamos, pero he decidido ignorarla y ponerme al día con mi trabajo.

Una vez hecho el pase y en la hora del descanso, repaso la cartelera de equipo y me fijo que en ella no aparece Vera. Extrañado, le pregunto a Alba, que pasa olímpicamente de mí.

—Sara, ¿por qué Vera no está en cartelera? —repito la pregunta, esta vez a mi otra compañera.

—Bueno, hace unas semanas que pidió cambio de servicio por una temporada y lleva un tiempo trabajando en cardiología —me informa.

—¡Me cago en...! — Me doy la vuelta con más mala hostia que vergüenza y salgo del cuarto de descanso maldiciendo a todo y a todos.

No contenta con bloquearme en el móvil va y se cambia de servicio para no tener que cruzarse conmigo. De puta madre, indirecta pillada, Vera, indirecta pillada.

Por fin termino mi primera semana de trabajo desde que me he incorporado. Este rotatorio no me ha tocado currar ninguna noche y, después de terminar mi turno de tarde, me dispongo a cambiarme y a salir pitando hacia mi casa. Guti ha venido a pasar el fin de semana conmigo o, lo que viene a ser lo mismo, ha venido a vigilar que no siga comportándome como un capullo,

ahogando mis penas en alcohol. Dice que ya que voy a emborracharme sí o sí, mejor que lo haga en su compañía, para poder tenerme controlado. Joder, como si necesitase una puta niñera.

«Vale, igual, si nos dejamos guiar por tu comportamiento de las últimas semanas, puede que sí la necesites o, al menos, un amigo con el que desahogarte como has venido haciendo últimamente».

Se me ha hecho tarde y salgo a toda prisa para coger mi moto, pero me freno en seco al distinguir a Vera a lo lejos.

Putas casualidad.

Ella no me ve y aprovecho para recrearme mirándola. Está bastante más delgada, pero me sigue pareciendo la chica más jodidamente bonita que he visto en mi vida y acelero el paso para hacerme el encontradizo con ella. En ese momento, se acerca a alguien que la está esperando y me quiero morir cuando descubro que se tira a los brazos de Fer. Cómo no. Freno en seco y reculo, escondiéndome detrás de una columna por miedo a que me vea.

Se alejan, con el brazo de él sobre sus hombros, riéndose cómplices, y yo noto como se me para el corazón y quiero gritarle al mundo mi rabia. Por haberme puesto en el camino a esta pedazo de hembra y no haber sabido conservarla. Por haberme dado cuenta en este preciso momento de que, aunque vengan más después de ella, en todas y cada una buscaré algo de Vera. En unas sus ojos, en otras su sonrisa, su aroma, pero ninguna será ella. Y lo más jodido es que con ninguna volveré a ser yo, con ninguna me abriré como lo he hecho con la chica de la sonrisa infinita, dueña de la luz más bonita del mundo, similar a la del atardecer. Con ninguna derribaré mis murallas ni seré capaz de volver a unir las piezas de mi puzzle.

Rabioso y cabizbajo, me subo en mi moto y arranco hacia mi casa.

Cuando entro por la puerta, no necesito decirle nada a Guti, porque enseguida me lee la cara y adivina lo que me pasa (qué malo es conocerse), acercándose a darme una palmada en la espalda.

—La has visto, ¿verdad? —pregunta con la lástima pintada en sus ojos.

—Joder, no es solo que la haya visto, es que la he visto con él, abrazados. —Me siento en el sofá y pongo la cabeza entre las manos.

—Entraba dentro de lo posible —dice a la vez que se sienta a mi lado—. Ya sabías que habían vuelto. Aunque te juro que, conociéndola como la conozco, aún no me cabe en la cabeza que ya esté con él.

—Ya ves, eso significa que no me quería tanto como me dijo el último día —escupo con rabia.

—Bueno, macho, al menos te lo dijo una vez, tú no lo hiciste nunca —me recuerda.

—Ya, no se lo dije con palabras, pero en cada uno de mis gestos, cada una de mis caricias, se lo decía mejor que si se lo hubiese gritado a voces. —O por lo menos, espero habérselo transmitido.

—No te lo discuto, pero quizás tenías que haberte sincerado con ella y habérselo dicho alguna vez. A lo mejor, si ella lo hubiese sabido, habría esperado tu regreso para hablar y arreglarlo.

—¿Tú crees que después de como la eché de mi lado va a querer hablar conmigo? Me parece a mí que no. Y ahora que está de nuevo con Fer, mucho menos —digo desesperado.

—Bueno, es un poco pronto para darlo todo por perdido. —Me agarra de la nuca y acerca mi frente a la suya—. La esperanza es lo último que se pierde.

—¿Qué esperanza ni esperanza? Joder, si ni siquiera deja que Coral te cuente cómo está para que no corras a decírmelo. —No os imagináis lo que me jodió cuando mi amigo me contó esto.

—La verdad es que Coral y yo hemos llegado a un acuerdo tácito para no hablar de ninguno de vosotros —me informa—. No queremos que esto que está empezando entre los dos se joda por posicionarnos a un lado o al otro.

—Por cierto, ¿no la vas a ver hoy? —Debería estar aprovechando el tiempo con ella.

—Tenían no sé qué sorpresa para Ana y, obviamente, no es plan de que me presente allí. No quiero que Vera esté incomoda por mi presencia y es una noche para las chicas, prefiero emborracharme contigo. —Me guiña un ojo.

—Seguro que el mamón de su novio sí que está allí —resoplo.

—Tú lo has dicho, es su novio. —Se encoge de hombros—. Es normal que esté a su lado.

—Lo normal sería que fuese yo el que estuviese con ella. —Me paso la mano por el pelo, revolviéndolo.

—Venga, no te hagas mala sangre y vamos a bebernos todas las birras de Santander —me anima.

—Pues venga, que para luego es tarde. Vamos a quemar la noche y a olvidarnos de las tías.

—Te lo compro durante un rato. Si terminan pronto, pienso irme a dormir con Coral y así aprovechar todo el tiempo que pueda a su lado.

—Eres un cabrón con suerte.

—Anda, que ya verás como no es tan mala noche como piensas. —Me guiña un ojo mientras cogemos las cazadoras y salimos de casa.

—Permíteme que lo dude —contesto resignado.

Y de esta manera nos vamos a divertirnos (o por lo menos, a intentarlo).

A mitad de la noche y con unas cervezas de más, empiezo a disfrutar del ambiente y consigo quitarme de la cabeza a Vera. Estamos esperando otra ronda en la barra cuando unos brazos me agarran por la espalda y me acarician el pecho. Me vuelvo sorprendido y, para qué negarlo, esperanzado, deseando que sea ella, pero me encuentro cara a cara con Sara. Está impresionante y, por la mirada que le echa Guti, sé que piensa lo mismo. Los presento y la invitamos a tomar algo con nosotros.

—Qué suerte encontrarte aquí, Hugo. Nunca habíamos coincidido de marcha —dice echándose el pelo hacia atrás de forma provocativa—. ¿Estáis los dos solos?

—Así es —confirmo.

—Oye, pues podéis acoplaros con nosotras. —Señala a un grupo de chicas que nos miran divertidas.

—No sé...

—Venga, anda, te lo vas a pasar muy bien. —Me agarra del brazo para llevarme hasta ellas.

—Bueno, vale —me suelto con suavidad—, voy a pagar y nos reunimos con vosotras.

Cuando se marcha con sus amigas, Guti no se corta en decirme:

—Joder, está muy buena, pero te mira como el gato que se comió al canario, tío. —Alza las cejas.

—Hace tiempo que intenta que me meta entre sus piernas —reconozco—. Igual es lo que necesito para empezar a olvidar.

—Venga, tío, no hagas nada de lo que te luego te arrepientas —me avisa.

—¿Qué es eso que dicen? Un clavo saca otro clavo, ¿no? Pues eso voy a hacer. —Acabo de tomar la decisión.

—No sé, macho, tú nunca has sido de polvos de una noche. —Tiene más razón que un santo.

—Lo sé. Siempre he sido tío de una sola chica. Y ya ves cómo me ha ido, de puta pena. —Lo miro fijamente—. Primero Julia, no hace falta que te diga cómo me fue con ella. Y ahora, Vera,

que me ha roto en tantos pedazos que es difícil que pueda volver a unirlos y seguir como si nada. —Se me quiebra la voz—. Igual ha llegado la hora de ser todo lo que la gente espera que sea la primera vez que me conoce: un cabrón sin sentimientos —termino mi soliloquio enfadado.

—Sabes que, aunque te acuestes con ella, no vas a olvidarla, ¿verdad? Hacer el amor con otra no es la solución. —Guti intenta quemar su último cartucho.

—No voy a hacer el amor con ella, me la voy a follar, que no es lo mismo —suelto con rabia—. Y pienso disfrutar de cada embestida sin acordarme de Vera en ningún momento.

—Ay, Hugo, eso no te lo crees ni tú. Pero si te quieres engañar pensando eso, allá tú. Te conozco y sé que mañana te vas a sentir como una mierda. Y si se entera Vera, cualquier oportunidad, por pequeña que sea, de arreglar las cosas con ella, se va a ir por el retrete —vaticina.

—¿Oportunidad? Te recuerdo que ella ya encontró sustituto. Apuesto lo que quieras a que no ocupo ni siquiera una milésima parte de sus pensamientos. Deja de joderme y no me juzgues. Necesito esto para desconectar, es una forma de demostrarme que estoy vivo, que puedo volver a sentir.

—Lo que no sé es si lo que vas a sentir es lo que necesitas o lo vas a empeorar todo. Me parece que vas cuesta abajo y sin frenos, colega.

No contesto, me limito a mirarlo antes de darme la vuelta y marcharme hacia donde están Sara y sus amigas. Dispuesto a olvidar, dispuesto a no pensar, sin imaginarme que mi amigo tiene razón y que va a empeorar todo para mí. Mi consuelo es que, una vez que haya tocado fondo, solo me queda nadar hacia la superficie para sacar la cabeza...O terminar de ahogarme.

En el mismo momento en el que beso a Sara, sé que estoy cometiendo el mayor error de mi vida. Y no porque Sara no me resulte atractiva o porque no me apetezca tener sexo, es por la imposibilidad de sentir algo con ese beso. Me deja frío. Mis labios no reconocen los suyos, mi piel extraña otra piel. Pero no sé si es porque la raza humana es estúpida por naturaleza o por alguna tontería que quiero demostrarme a mí mismo, decido seguir adelante con este estúpido juego. De manera que aquí estoy, metiéndome en un jardín del que no estoy muy seguro de poder salir indemne. Intento darle a Sara lo que merece, que no es otra cosa que estar pendiente de ella al cien por cien, pero, de forma inevitable, cada vez que nos besamos, mi mente vuela a otros besos, a otros labios.

Me voy con ella a su piso y empezamos a calentarnos en el ascensor. Dejo de pensar, me limito a actuar y a hacer lo que se espera de mí. Cuando entramos en su casa, la ropa va cayendo a nuestro paso y ella me lleva de la mano hasta su habitación. Sería un idiota si no apreciase el cuerpo de mi compañera, con sus largas piernas y una piel inmaculada, sin una mancha. Pero yo echo de menos otro con más curvas, una piel salpicada por decenas de lunares. Sara no deja que me recree más en mis pensamientos y, con sus caricias, consigue borrar de mi cabeza todo lo que no sea el aquí y el ahora. Me bebo sus gemidos, acaricio todo su cuerpo, arrastrando con mis manos cualquier recuerdo de mujeres pasadas, para ser exactos, de una en particular. Aspiro el aroma de su piel, borrando cualquier otro aroma conocido y me entrego a ella enterrándome en su interior con la desesperación del sediento que por fin alcanza un oasis donde saciar su sed. Pero, al estallar, solo puedo susurrar el nombre de Vera, y ver la rabia en los ojos de Sara hace que me sienta el tío más miserable del mundo.

De nuevo sale mi otro yo, aquel que es capaz de hacer daño a una tía con solo una palabra. En este caso, con un nombre. Me aparto de ella y me siento en el borde de la cama, después de deshacerme del preservativo y de desecharlo a un lado.

—Joder, lo siento, Sara, no sé qué me ha pasado.

—Yo sí lo sé, no puedes olvidarla y has intentado hacerlo conmigo.

—No quería hacerte daño, de verdad, me apetecía mucho estar contigo —miento como un bellaco—. Siento haberla cagado.

—Con sinceridad, hasta que has dicho su nombre, iba todo perfecto. Solo lo has jodido al final. —Levanta los hombros—. No puedo librarme de su sombra ni siquiera en mi cama. Esto empieza a tocarme los ovarios.

—Siento mucho si te he hecho sentir incomoda. —Me levanto y me pongo los calzoncillos.

—No has sido solo tú. Oigo el nombre de la jodida Vera hasta en la sopa. —Resopla—. Vera es la mejor en su trabajo. Vera tiene tanta empatía con sus pacientes. Vera, Vera, Vera —suelta todo esto con una voz aflautada—. Es una mierda vivir a su sombra. Y luego, llegas tú y caes rendido a sus pies sin poder ni querer remediarlo.

Doy la callada por respuesta porque, en verdad, no sé qué decir. Sabía que no se llevaban bien, pero nunca imaginé la rabia acumulada que siente Sara por ella.

—De todos modos —continúa—, no sé qué le veis todos. Tampoco es para tanto.

—Claro que no es para tanto, es para más. Es para todo —la defiende.

—Y lo que más me jode es que no es consciente de la admiración que levanta a su paso —dice incrédula.

—Eso es lo mejor de ella. —No puedo evitar sonreír.

—No sé qué es lo que habrá pasado entre vosotros dos, pero, sea lo que sea, me alegro —escupe.

—No puedo creer que digas eso —suelto alucinado.

—Pues créetelo. Solo el verla demacrada y como un alma en pena por las esquinas hace que se me alegre el día. —Qué mezquina es esta tía.

—Eres una cabrona. —Salgo de su habitación en busca de mi ropa, que está desperdigada por el salón—. Y yo sintiéndome mal por haberte utilizado.

—A ver, aquí nos hemos utilizado mutuamente. —Me ha seguido—. Tampoco es como si estuviese enamorada de ti. Llevaba tiempo queriendo acostarme contigo. Eres un tío guapo y, desde el primer día que te vi, me apetecía que pasase esto. Tú te pillaste por Santa Vera y yo me quité de en medio. Ahora que te la has sacado de encima, ambos nos hemos rascado donde nos picaba —suelta una carcajada cuando ve que la miro con los ojos desorbitados—. Vamos, no te hagas ahora el sorprendido. Aquí los dos sabíamos a lo que veníamos.

—Joder, no sé en qué momento se me ha ocurrido enredarme contigo.

—Ja, ja, ja, ja. No me hagas reír. ¿Ahora te entran los remordimientos? —Se tumba en el sofá desnuda y me doy la vuelta para terminar de vestirme.

—Das puto asco. No me extraña que Vera no te soporte. —Me agacho para recoger los zapatos y miro a mi alrededor en busca de los calcetines.

—Oh, la buena de Vera. No te creas que somos tan diferentes, y menos en gustos sobre hombres —replica creciéndose.

Suelto lo que tengo en las manos y me doy la vuelta de forma precipitada para acercarme al sofá. Arrimo mi cara a pocos centímetros de la suya y veo cómo traga saliva.

—En tu puta vida vuelvas a compararte con ella, ¿me oyes?! En tu puta vida. No le llegas ni a la suela de los zapatos. —Se le dilatan los ojos ante mi exabrupto—. Igual, si toda la gente prefiere su compañía a la tuya deberías de pararte a pensar el motivo. —Vuelvo a por mis cosas y me siento en una silla para calzarme.

Sara se recompone y se sienta en el sofá mientras se echa una manta por encima.

—Estoy deseando ver su cara cuando se entere de que hemos estado juntos. —Sonríe ladina

—. No creo que, después de esto, vuelva a querer saber nada de ti.

Me levanto cansado y la miro por última vez.

—Nosotros no hemos estado juntos. —La miro con lástima—. Tan solo hemos echado un polvo, uno que olvidaré en cuanto salga por la puerta. Y para tu información, Vera ya no quería saber nada de mí antes de esto. —Nos señalo—. De manera que te ha salido el tiro por la culata.

Abro la puerta de la calle y, sin volverme a mirarla, me despido.

—Adiós, Sara. Has resultado ser todo un descubrimiento... Y una decepción. —Y salgo sin dar el portazo que me hubiese gustado. Al fin y al cabo, los vecinos no tienen la culpa de la víbora que tienen viviendo en el edificio.

Ya en la calle, saco el móvil para mirar la hora y me encuentro con un mensaje de Guti.

GUTI

Tío, no la cagues esta noche. Creo que no está todo perdido con Vera.

Coral me ha dicho que no está con su ex. Que no han vuelto. No hagas algo de lo que luego te arrepientas. No eches piedras sobre tu propio tejado. Recuerda que la vida te pone obstáculos, pero los límites los pones tú.

Vuelvo a leer el mensaje mientras intento hacerle entender a mi cerebro embotado por el alcohol lo que me está diciendo mi amigo.

¿Vera no está con Fer?, ¿no han vuelto? Cierro los ojos, arrepintiéndome por millonésima vez de lo que ha pasado hace un rato en casa de Sara. A la vez, siento crecer una nueva llama de esperanza. Como dice mi colega, a lo mejor no todo está perdido con ella. Me quedan tres semanas para intentar recuperarla. Para hacerle saber que, poco a poco, he conseguido echar a mis fantasmas, esos okupas tan indeseables, de mi cabeza. Que estoy dispuesto a volver a apostar por lo nuestro. A dejar atrás este obstáculo que yo mismo coloqué entre nosotros y demostrar que el límite, cuando se trata de los dos, es el infinito.

Y que quiero vivir infinitas nuevas veces junto a ella.

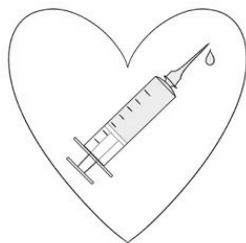
Tener infinitas posibilidades.

Pero con ella.

Solo con ella.

TREINTA Y TRES

VIVIR SIN AIRE



VERA

Gracias al viaje de chicas, volví, si no repuesta, por lo menos con algún pedazo de mi corazón recompuesto. Es lo que tiene el amor, en este caso el de mis amigas, que cura, sana y, aunque no es aquel que te restablece del todo, es el suficiente para continuar. Un poco más despacio, con un poco menos de chispa, pero continuar, que es de lo que se trata, al fin y al cabo.

Retomé mis charlas y mis salidas con Fer, y juro que no habrá horas en esta vida para agradecerle que siga siendo mi amigo después del fiasco del beso en mi casa. No volvemos a sacar el tema y continúa llamándome para quedar, e incluso, en ocasiones, se pasa a buscarme por el hospital para tomar un vino juntos. Gracias a él y a mis chicas empiezo a salir a flote. Otra vez.

Me adapto desde el primer día a las rutinas de mi nuevo servicio, donde congenio de maravilla con mis compañeros, que me ayudan un montón desde el inicio. Pero tengo que reconocer que echo mucho de menos a mis antiguos compis y, siempre que puedo, quedo con Alba para ponernos al día.

Precisamente ese martes quedo con ella después de trabajar para comer juntas. Para que me cuente cómo le va todo con Carlos. Me muero de ganas de verla y charlar con ella como cuando trabajábamos juntas. El sitio elegido es El Mercado del Este, que está en pleno auge desde que abrieron nuevos puestos especializados en tapas y pinchos. No puedo evitar acordarme de otro parecido, aunque más grande (El Mercado de San Miguel, en Madrid), al que me llevo Hugo aquel fatídico fin de semana en el que todo se fue al garete. Se me empaña un poco la vista al entrar y dejar que me inunden los recuerdos, pero me recompongo y me niego a seguir llorando cada vez que pienso en él. No quiero que mis pensamientos, esos en los que el protagonista indiscutible es Hugo, estropeen esta comida con mi amiga. Veo que ya está esperándome, sentada en un taburete y con una alta mesa en medio.

—Mírala a ella, te pareces a una muñeca con los pies colgando. —La coña sobre su baja estatura viene de lejos—. Ya sé, eres como Doña Rogelia, ¿dónde has dejado a Mari Carmen y Daisy? —Se hace la ofendida durante un segundo, pero enseguida se echa a reír conmigo.

—Mira que eres cabrona —me replica—. Pues que sepas que el buen perfume viene en frascos pequeños.

—Y el veneno —le aseguro.

Nos acercamos a la barra para escoger nuestros pinchos y, cada una con su plato, volvemos a sentarnos y seguimos charlando como cotorras casi sin dejarnos hablar la una a la otra.

—Joder, Vera, cómo se te echa de menos en la planta, ya no hay nadie que nos lleve postres para desayunar —dice con un puchero.

—Qué perra, solo me quieres por el interés. —Finjo enfadarme.

—Que no, mamona, que te echo mogollón de menos —reconoce.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal con Carlos? ¿Ya lo tienes comiendo de la palma de tu mano? —pregunto antes de darle un mordisco a mi pincho.

—Obvio, te dije que una noche conmigo y no podría separarse de mí nunca más. —Me saca la lengua.

—Eres la leche, tía, no cambias. Cómo echo de menos partirme de risa contigo en el trabajo. —Y al resto de mis compis, a mis pacientes, a...

—Es que soy la alegría de la huerta, no como... —Se calla de golpe.

Me mira con tal cara de disculpa que enseguida adivino de quién habla. Del mismo que no se va de mi cabeza en ningún momento.

—Puedes decir su nombre, Alba, no me voy a poner a llorar. —O, al menos, eso espero.

—Es que no quiero amargarte la comida, no quiero que pienses en él —confiesa.

—Aunque no oiga su nombre y no lo vea no soy capaz de dejar de pensar en él. Ya no duele tanto. —Ja—. Ya no siento tanto rencor —doble ja—, pero, aun así, no puedo dejar de pensar en él. Supongo que es alguien que permanecerá siempre en mí. Puede que cuando pase el tiempo consiga olvidarlo, o por lo menos no pensarle tanto. Tendré momentos en los que habrá algo que me lo traiga a la mente y me acordare con un «y si» mientras pienso en lo que pudo haber sido y no fue. O puede que oiga una canción que hayamos escuchado juntos y me nazca una sonrisa en la boca al acordarme de él. Pero he aprendido a quererme tanto, que ya no lucho por ocupar un hueco en la vida de nadie. Yo ya no estoy para que me elijan, ahora soy yo la que va a elegir. Si aparece alguien que dé la talla, bienvenido sea. Pero si no está hecho el hombre a mi medida, seguiré mi camino sola. No me da miedo la soledad. Cuando esta es por decisión propia y no autoimpuesta, no te asusta. La conviertes en tu fiel amiga —termino convencida.

—Joder, amiga, cómo me alegro de oírte decir eso. —Parece aliviada cuando habla.

—Solo quiero preguntarte una cosa y no volveré a nombrarlo. Tómatelo como un momento de debilidad —aviso.

—Dispara. —Se coloca derecha en el taburete a la espera de mi pregunta y veo cautela en su mirada.

—¿Cómo está? —Mi voz es apenas un susurro.

Alba inspira con fuerza y me mira a los ojos. Sé que lo que me va a decir no va a gustarme, pero, como he sido yo la que he preguntado, trago saliva y me dispongo a oír su respuesta.

—Insufrible, de mal humor, más delgado, con ojeras. En definitiva, no hay hijo puta que lo aguante. Ha estado todo un mes de baja por no sé qué leches de una mano y cuando volvió y se dio cuenta de que no estabas ya en la cartelera, se le demudó la cara y se rompió por dentro. Fíjate que incluso a mí me dio lástima, y eso que he estado lanzándole fuego por los ojos cada vez que me he cruzado con él. —Me guiña un ojo—. Desde ese momento, trabaja con el piloto automático puesto, todo el día de morros, con la mirada más triste que he visto en mi vida. Ni siquiera el estar con... —En ese punto, cierra la boca de golpe.

—¿Estar con quién? No te calles ahora. —La animo a hablar.

—Vale, venga, es mejor que lo sepas. Hugo está con Sara —acaba por confesar—. Y no lo sé

porque estén todo el rato cariñosos y dándose besos, ¿eh? Ni mucho menos, yo ni siquiera lo hubiese imaginado si no es porque Sarita ha ido contándolo por todo el hospital y ...

Dejo de escuchar lo que me está diciendo mi amiga. Sé que sigue hablando porque la veo mover los labios, pero te juro que todo se ha quedado en silencio a mi alrededor. Lo único que oigo es un pitido que se hace cada vez más ensordecedor en mis oídos y creo que me va a dar un síncope o algo porque me pongo a morir.

Hugo, mi Hugo, con Sara. Compartiendo las mismas cosas que compartió conmigo. Diciéndole lo que me decía a mí, acariciándola, besándola... Ella sí es su tipo, con ella no tiene que fingir porque ella es todo lo que él busca en una mujer. Me levanto precipitadamente y salgo del restaurante, tirando la silla en la huida. Necesito aire, necesito respirar.

Una vez fuera del mercado, me apoyo en la pared y voy resbalando mi espalda por ella hasta quedar sentada en el suelo. Meto mi cabeza entre las piernas y trato de respirar despacio. Noto a mi lado a Alba, que me acerca una botella de agua de la que bebo como si hiciese una eternidad que no la pruebo.

—De manera —digo sin aliento—, que al final ha pasado lo que yo sabía que iba a ocurrir desde el principio.

—No creo que haya sido iniciativa de Hugo, recuerda lo insistente que ha sido siempre Sara. —Bufa—. Babeaba por él desde que apareció por el hospital.

—Puede ser. Pero ha elegido seguir con ella. Ha preferido estar con Sara y no conmigo.

—Ya sabes cómo son los tíos. —Pone los ojos en blanco—. Tiran más un par de...

—Eso es una tontería. No todos son así. —Lo digo con sinceridad—. O por lo menos yo pensaba que Hugo no era así.

—No tenía que haberte contado nada, mira cómo estas. —Oigo la preocupación en la voz de mi amiga.

—No, te equivocas, has hecho bien en contármelo. Es lo que necesitaba para pasar página, para cerrar una puerta. —Aunque dicha puerta me haya dado a mí en las narices.

—Pero mira cómo te has puesto, pensé que te estabas infartando. —Por un breve instante yo también lo he pensado.

—Para eso debería tener corazón o, por lo menos, tenerlo entero. Hace tiempo que lo tengo hecho añicos. —Aunque me propongo, en este mismo momento, empezar a sanarlo, a cuidarlo.

—Venga, tía, levántate. Hugo no se merece que estés así, vamos a tomarnos un copazo y te voy a recordar lo que me dijiste hace un rato. Ya no estás para que te elijan, ahora vas a elegir tú.

—Es una buena reflexión, ¿verdad? —reconozco—. Y me la voy a grabar a fuego en el alma. Y si alguna vez decaigo y necesito recordármelo, allí estarás tú para hacerlo —digo convencida.

—Eso dalo por seguro. —Me ayuda a levantarme del suelo—. Vámonos de compras —me guiña un ojo—, eso siempre anima.

—Venga —contesto sacudiéndome el trasero—. Total, no tengo ninguna prisa.

—Ni quien te la meta... —La miro mosqueada—. La prisa, chati, la prisa.

—Serás cabrona. —Me acaba de devolver la broma sobre su estatura.

Alba empieza a descojonarse y yo, como imaginarás, no tengo más remedio que acompañarla en sus carcajadas. No hay nadie que pueda estar serio ante su forma de reírse.

—Pero, después —le digo cuando hemos dejado de reír—, tienes que acompañarme a otro sitio. —Levanta las cejas en una pregunta muda—. Cuando se terminó mi historia con Martín, me tatué algo que me recordara que podía con ello, que iba a poder con todo lo que me echasen. —Alba asiente al recordarlo—. Ahora voy a hacer lo mismo. Esta vez quiero tatuarme algo que simbolice a toda la gente que está conmigo en los momentos buenos y en los malos. Eso te

incluye a ti. —Deposito un beso en su cara que la hace sonreír complacida.

Me agarro de su brazo y juntas emprendemos un peregrinaje por nuestras tiendas favoritas. Una costumbre que instauró Alba para sacarme del pozo en el que me hundió mi ex, que, unida a las charlas trascendentales (y no tanto) con mi amiga, hace que vuelva a recordarme que yo puedo resurgir de las cenizas. Que no voy a dar un paso atrás ni para coger impulso. Que, aunque otro hombre haya vuelto a destrozarme el corazón, voy a conseguir unir cada pedazo de él y voy a volver a construir una coraza a su alrededor, una más fuerte y, gracias a Hugo o por su culpa, más blindada.

Y, como la otra vez, voy a conseguirlo con la ayuda de la gente que de verdad me quiere.

La gente que de verdad importa.

Los días siguientes los paso sumida en una tristeza que, poco a poco, da paso a un cabreo monumental. Me enfado conmigo, por seguir sufriendo por alguien que no se merece ni el más mínimo de mis pensamientos. Por seguir queriéndolo como lo hago, aunque delante de la gente finja que ya lo tengo medio superado. Por seguir añorándolo cada noche en mi cama. Por dejar que el más pequeño detalle de mi rutina me recuerde a él. Que el ruido de cualquier moto que pase cerca haga que me sobresalte, que los latidos de mi corazón se disparen y lo busque desesperada. Me enfado con el mundo, por seguir dando vueltas cuando yo me he quedado estancada, parada. Cabreada con la vida por seguir su curso cuándo yo siento que la mía no tiene mucho sentido. Pero sobre todo me enfado con Hugo. Por enamorarme, por hacerme necesitarlo para luego echarme de su lado. Por hacer que me acostumbre a él para luego obligarme a aprender a vivir sin su presencia.

Porque lo último que yo quería era enamorarme y él derrumbó mis barreras. Me enseñó a ver mi cuerpo con otros ojos y a gustarme más, con mis virtudes, pero, sobre todo, con mis defectos, que besó y acarició uno por uno, adorándolos con devoción. Porque me enseñó que hacer el amor con la persona adecuada es como tocar el cielo con los dedos y, al despertarme por las mañanas con su sonrisa al otro lado de la almohada, conseguía que el día tuviese un color más intenso. Mirar el azul de sus ojos era como zambullirme en un océano cristalino que conseguía calmar cada uno de mis miedos.

Ahora toca aprender a vivir sin todo eso.

¿Y cómo se hace para aprender a vivir desde cero? ¿Cómo hace una para no aferrarse a los recuerdos cuando son esos mismos lo que te dan las fuerzas para seguir viviendo? ¿Cómo no morirme con ellos si es lo único que te queda de la persona que te enseñó lo que era el amor? Pues como hacen millones de mujeres en el mundo, Vera. De sobra sabes que la felicidad no depende de una pareja. La felicidad la buscas tú misma, la peleas. La felicidad también se entrena, se practica. La construyes con metas cumplidas, sueños hechos realidad, abrazos de esos que te hacen arrugar los ojos y encoger los dedos de los pies. Instantes, de eso se compone la felicidad, de instantes. Y tú escoges cuáles de esos instantes permanecerán dentro de ti dándote calor. Y cuando consigues dicha felicidad, te aferras a ella con uñas y dientes. Pero para eso no necesitas una pareja, eso es un extra añadido.

«Pues aplícate el cuento, Verita, aplícate el cuento».

Puede que hace unos días ya estuviera lo suficientemente recuperada como para desbloquearlo en el móvil y plantearme ponerme en contacto con él. Había aparcado la rabia a un lado para darle la oportunidad de hablar, siguiendo los consejos de Pili. Para tener una conversación con él que nos permitiese reencontrarnos sin rencores, para dejar ir esta historia nuestra con el menor dolor posible. Para poder perdonarlo y quedarme solo con los buenos

momentos. Al final no lo hice, no lo desbloqueeé, porque me doy cuenta de que es absurdo, ya no queda nada que nos una. Él ha hecho su elección.

Está enamorado y no es de mí, está ilusionado y no es conmigo. Ahora tiene a su lado a una chica que sí es su tipo, que hace mejor pareja con él. A mí solo me queda asumirlo, acostumbrarme y rezar para no encontrármelos juntos. Porque puedo aceptarlo si solo es una posibilidad. Pero en el momento en el que los vea juntos y se convierta en una realidad, ese día sé que será el día en el que toque fondo. Y no sé si tendré las fuerzas suficientes para nadar a contracorriente y salir a flote o me dejaré arrastrar por la marea.

Tumbada en mi sofá, no puedo dejar de escuchar a Maná cantando «Vivir sin aire» y, con cada estrofa, voy dejando escapar mis lágrimas. Cada vez más fuerte, cada vez más rota, hasta que solo puedo hacerme un ovillo y dejarme llevar por el dolor y la desesperación.

Lamentándome, mientras añoro lo que fuimos.

Dos corazones que multiplicaban sus latidos juntos, sumando besos y caricias y el resultado de esta regla de dos, siempre era infinito.

Infinitas ganas, infinitos juntos.

TREINTA Y CUATRO

NO PUEDO VIVIR SIN TI



HUGO

Paso otra semana de trabajo sumido en mis pensamientos. Trato de encontrar una manera de acercarme a Vera y poder hablar con ella. Me intento imaginar una y mil maneras de ponerme en contacto, verla y conseguir que me escuche, que acepte mis disculpas. Abrirme en canal y que conozca mis verdaderos sentimientos, pero no se me ocurre ninguna, y noto que mi determinación cada día se tambalea un poco más y me hundo en la desesperación. También me paso la semana intentado evitar por todos los medios a Sara. Después de mi caída de la otra noche, de haber visto su verdadera cara y de conocer, de primera mano, el rencor que siente por Vera, creo que poner la mayor distancia posible entre los dos es la decisión más sensata que he tomado en las últimas semanas. Ella no me lo pone fácil, la verdad. Cada vez que nos cruzamos, su mirada retadora busca la mía. Sé, gracias a Carlos, lo que cuenta por ahí. Mi amigo me informa de la forma que tiene de «adornar» nuestra historia de una sola noche, pero con el fin de evitar enfadarme más con esta arpía, y como no estaría bien visto que le soltase un par de guantazos, que es lo que me nace hacer, finjo que no me importan las habladurías.

Guti, que me llama día sí y día también, debe de notarme algo al hablar por teléfono, porque se ofrece a venir de nuevo a Santander el fin de semana y, aunque la idea no consigue sacarme de mi depresión, me anima lo suficiente como para tener ganas de hacer planes con él.

El sábado por la mañana no solo se presenta Guti en mi casa. Con él vienen Raúl y Sergio y, como gilipollas, se me saltan las lágrimas de agradecimiento. No sabía cuánto los necesitaba hasta que los he visto entrar por la puerta.

—Eh, venga, tío, no me seas moñas y no llores, yo también me alegro de verte —se burla Raúl.

—¿Llorar yo? ¿Qué dices, macho? Es que se me ha metido algo en el ojo —contesto dándole un abrazo de oso.

—Sí, una Vera. —Será cabronazo, cómo le gusta meter el dedo en la llaga.

—Bueno, bueno, vamos a quemar un poco de asfalto y esta noche salimos a darlo todo —nos anima Guti.

Pillamos las motos y, en cuanto cogemos velocidad y siento el viento en la cara, noto como mis preocupaciones van siendo arrastradas por el aire y se aligera un poco mi alma. Vamos hasta

Selaya, pasando por Villacarriedo, es un gustazo conducir por estas carreteras. A la vuelta, nos paramos en Esles a comer un buen cocido montañés.

—Joder. —Guti se recuesta en su silla del restaurante—. No voy a ser capaz de levantarme de aquí. He comido como un cerdo.

—Cada uno come como lo que es. —Sergio se ríe, hasta que una servilleta, tirada por mi amigo, le impacta en plena cara—. Eh, eso se considera maltrato.

—Sí, maltrato animal, no te jode.

—Aquí harían negocio si alquilasen camas para echar una siesta. —Raúl, que es un buscavidas, siempre está pensando en ganar dinero—. Alquilarlas por horas. Sí, lo veo, lo veo —termina pensativo.

—Te recuerdo que eso ya está inventado... En los clubs de alterne —lo vacilo.

—Eso —me secunda Gutí—. A lo que tú ahora llamas echar una siesta, siempre se le ha llamado echar un polvo. —Acaba con una sonrisa de lo más canalla.

—Seréis mamonazos. —Se ríe Raúl—. No tenéis visión de negocios.

—Venga —digo mientras me levanto y termino con la conversación—. Hoy invito yo —saco la cartera—, en agradecimiento por la visita.

—No voy a impedírtelo —suelta Gutí—. Aprovecho para ir a mear.

—¿Necesitas ayuda para encontrártela? —lo vacila Sergio.

—No todos la tenemos tan pequeña como la tuya —le contesta mi amigo—. No hace falta que saques la lupa que utilizas para vértela, la mía es bien visible.

Me acerco hasta la barra para pagar mientras cabeceo y me río de este par. Siempre comparando sus chorras, como dos putos adolescentes. Joder, qué ganas tengo de volver a Madrid y seguir manteniendo charlas tan «profundas» como estas a diario.

Siento un pellizco en mi interior.

«Ya, Hugo, pero eso significa que no verás más a Vera».

Como si ahora la viese mucho.

Aparto mis pensamientos a un lado y, después de pagar, salgo a la calle, donde Sergio y Raúl esperan a que acabe Gutí en el baño.

—Joder, macho, mira que has tardado —dice Raúl cuando vemos salir al que falta—. ¿Has aprovechado para meneártela un rato?

—Sí, pensando en tu hermana —se burla—. Venga, vamos, que tenemos que sacar a Hugo de marcha para ver si lo animamos.

Continuamos unas horas más haciendo varias rutas y, cuando empieza a anochecer, decidimos volver a casa y prepararnos para la noche. Entre bromas y risas nos vamos turnando para entrar en la ducha y, una vez listos, cogemos un taxi y vamos hacia el centro para picar algo que empape el alcohol que tenemos pensado meternos después en el cuerpo.

Entramos en varios bares a comer unos pinchos. La oferta cada vez es más variada y, mientras decidimos qué pedir, veo a Gutí que no deja de enredar con el móvil. Lo miro elevando las cejas y me contesta con un encogimiento de hombros, después de guardar el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón. Este cabrón seguro que luego hace bomba de humo y se escapa con Coral. Son muchos años de conocernos.

Una vez que hemos cenado, entramos en un garito que está a reventar y nos acercamos a la barra a pedir. Me siento súper a gusto con mis colegas. Hacía mucho que no me sentía así y de verdad que lo necesitaba. Me propongo disfrutar de la noche con ellos y olvidar mis mierdas, que no son pocas. Vamos por la segunda ronda de cubatas cuando ponen la canción «La Bachata» de Manuel Turizo y notamos como se hace un corro en la pista de baile.

Nos acercamos curiosos y alucino cuando veo a Vera y a sus amigas haciendo una coreografía un tanto embarullada. Me quedo loco mirándola. Está... Está tan jodidamente preciosa que no puedo apartar mis ojos de su cara. Se la ve contenta, riéndose con sus amigas mientras trata de seguir los pasos.

—Ey, tíos. —Raúl parece tan alucinado como yo—. ¿Esa de ahí no es Vera?

—De cuerpo presente —confirma Sergio—. Joder, qué mal ha sonado. Bueno, ya sabéis lo que he querido decir.

—Tío, será mejor que cierres la boca o nos vamos a resbalar todos con tus babas —me dice Guti dándome un codazo.

—¿Tú sabías que iba a estar aquí? —le pregunto sin dejar de mirar a la pista.

—Digamos que tengo contactos que me informaron de la posibilidad de encontrarla aquí y, si Mahoma no va a la montaña... —Lo miro alucinado y sin entender qué me quiere decir.

—Mira, Coral y yo estamos cansados de veros a Vera y a ti ir por la vida como almas en pena, de manera que hemos decidido daros un empujoncito.

—Venga, que te lo ha puesto a huevo. —Raúl me da un codazo para que espabile.

—Aprovecha, tío. Antes de que se pire —secunda Sergio.

—Ve a hablar con ella —anima Guti.

—No sé si querrá —digo, acojonado por la incertidumbre de que no quiera darme la oportunidad ni de acercarme.

—Inténtalo, a lo mejor te sorprendes.

Lo miro fijamente y al final lo abrazo con fuerza.

—Gracias, tío, muchas gracias.

—Venga, ánimo. Y esta vez no la cagues, mamón.

Me río por la advertencia de mi amigo y me acerco a Vera, que me da la espalda.

La primera que me ve es Coral, que me guiña un ojo a la vez que le dice algo a su amiga. En ese momento, ella se da la vuelta y yo me quedo en blanco. No sé qué esperaba encontrarme, pero te aseguro que no eran los ojos de Vera, tristes y sin luz.

—Hola —digo. Estupendo, lumbreras. Tienes el don de la palabra.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—He tenido días mejores, pero voy tirando.

—¿Te importaría salir un rato a la calle y hablar conmigo? —Veo la duda en su cara—. Por favor.

Se frota la frente y, sin decirme nada, se dirige hacia la salida, lo que me hace tener un poco de esperanza. Cuando salgo detrás de ella, veo que se sienta en el escalón de un portal y yo lo hago a su lado. De momento, nos quedamos callados, no sé por dónde empezar y opto por decirle lo que tenía que haber dicho antes de que se fuese de mi casa.

—Lo siento —digo sinceramente.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haberme echado de tu casa? ¿No dejar que te sostuviese cuando te estabas derrumbando? ¿O decirme la verdad, que no soy tu tipo, que nunca has sentido nada por mí? —me escupe dolida.

Pues empezamos bien.

«Hugo, ¿qué esperabas?, ¿que se tirase a tus brazos?, ¿un aplauso?, ¿una palmadita en la espalda?».

Cierro los ojos y acepto cada una de las palabras que me suelta, las merezco, pero eso no significa que duelan menos.

—Siento haber sido un gilipollas. —Si solo fuese eso—. Siento haberte echado de mi lado de aquella manera.

—Yo me hubiese quedado contigo, sosteniéndote —dice mirándome a los ojos.

—Lo sé. Tú siempre has estado a la altura en cualquier circunstancia.— Me sumerjo en la profundidad de su mirada—. He sido yo el que no ha sabido estarlo.

—No seré yo la que te quite la razón.

—Me centré en mi dolor, te aparté y no tuve en consideración lo que tú estabas sintiendo. —Cómo me gustaría echar el tiempo atrás. Aunque no sé si hubiese actuado de una manera diferente—. Ahora entiendo que debería haber dejado que me sujetases antes de empezar a caer. El dolor, compartido, es menos dolor o, por lo menos, es más llevadero.

—Vale, te lo compro. Pero yo necesitaba ser tu prioridad, como tú lo eras para mí —contesta firme—. Necesitaba, y necesito, a alguien que sepa que estoy a su lado para lo que haga falta. Para sostenernos juntos, y no a alguien que, a la primera dificultad, se deje llevar por el miedo y mande a la mierda una relación que empieza a florecer. Alguien que no tenga dudas de lo que somos.

—Vera, siempre he sido consciente de eso, de lo que somos. Tú y yo juntos somos una jodida maravilla.

—Lo que fuimos, Hugo, lo que fuimos. Ya no queda nada de eso, tan solo el recuerdo —dice apenada—. E incluso eso, te lo has cargado.

—No digas eso, por favor. Somos la pareja perfecta. —Joder, es que es la verdad. No hay nadie como nosotros dos juntos.

—Una pareja se apoya, se sostiene el uno al otro para no caer. Una pareja es la suma de dos mitades y tú me echaste de tu lado a la mínima dificultad, me restaste. —Cómo me jode que tenga razón.

—No sabes cuánto siento todo lo que pasó aquella mañana en mi casa. Estaba hecho polvo y no encontré otra forma de liberarte de mí que echarte. Pensé que alejándote, salvándote de mí, me sentiría mejor.

—¿Y lo conseguiste?

—Ni siquiera me acerqué.

—Lo que no entiendo es por qué, para sentirte mejor, tuviste que hundir mi autoestima, aun sabiendo lo dañada que estaba ya por culpa de Martín. —No me extraña que no lo entienda. A mí me ha costado hacerlo.

—Tenía miedo, joder —reconozco. Tardé en llegar a esta conclusión—. Estaba aterrado por lo que me hacías sentir y por lo que veía que sentías por mí. ¿Si a Julia, que no la quise tanto como te quiero a ti, le jodí la vida, qué no sería capaz de hacerte a ti?

—Tienes que convencerte de que tú no le hiciste nada a Julia. Ella sola se ocupó de destruir su vida.

—Lo sé, ahora lo sé, pero, en aquel momento, me bloqueé y dejarte ir fue lo único que se me ocurrió. Me hubiese muerto si te llego a hacer daño.

—Al final no sirvió de nada, porque me lo hiciste, me destrozaste, me rompí en mil pedazos. —Se levanta y yo hago lo mismo por inercia—. Y no me dejaste ir, Hugo. Me echaste de tu vida sin contemplaciones.

—En aquel momento, me pareció lo mejor. No quería que vieres al Hugo al que le queda grande un amor como el nuestro —explico.

—Pues yo es la única manera en la que sé amar: a lo grande, sin reservas, dándome a manos llenas. Tú despreciaste ese amor, me lo tiraste a la cara —me dice dándose la vuelta.

—Y no sabes cómo me arrepiento. Este tiempo sin ti he sido un muerto en vida. No me soporto ni yo. Te he necesitado tanto. Aún te necesito. Me he vuelto loco solo con pensar qué estabas con Fer. —Se me entrecorta la voz.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho esa tontería?

—Os vi.

Vera me mira incrédula, sin saber a lo que me refiero.

—Un mes después de irte de mi casa, conduje mi moto hasta aquí para intentar verte. Llegué casi a medianoche, justo cuando llegabais en su coche. Vi cómo os bajabais y te abrazaba. Os reíais, y subisteis juntos a tu casa. Deseé morirme en ese mismo momento, perdí todas las esperanzas de recuperarte —me atrevo a confesar.

—Lo único que viste fue a un amigo que me ayudaba en los peores momentos que me ha tocado vivir. Él ha sido mi apoyo durante todas estas semanas, aun a sabiendas de que no sentía nada por él, de que no podía sentir nada por él.

—Ahora lo sé, pero, en aquel momento, creí...

—Solo creíste lo que te interesaba. De esa manera, no te sentirías tan culpable al salir con Sara. Por cierto, enhorabuena, se ve que ella sí es tu tipo.

—¿Mi tipo? Maldita sea, Sara solo fue una pobre manera de intentar olvidarte.

—¿Y funcionó?

—Sí. No, en un momento dado, conseguí dejar de pensar en ti, pero no era tu piel la que acariciaba, ni tus suspiros los que me llenaban el alma, incluso no pude evitar gritar tu nombre cuando me desahugué. Porque eso fue, el simple desahogo de una noche, que hizo que me sintiese mucho peor cuando terminó todo. —Intento acércame a ella, que ha empezado a llorar, pero da un paso atrás, manteniendo las distancias—. Fue una cagada monumental.

Vera se queda callada, y yo me muero un poco más al verla así, al saber que soy el causante de tanto dolor cuando hace tiempo me prometí que no la haría llorar nunca. Se seca las lágrimas a manotazos.

—Hostia, Hugo. Puedo llegar a entenderlo, pero ¿con Sara? —Su cara refleja todos sus sentimientos. Sigue siendo tan transparente como siempre.

—Fue la persona que apareció en el momento oportuno —reconozco—. Cuando más enfadado estaba después de verte con Fer. Borracho perdido. Ni lo pensé. Estaba allí, dispuesta para mí...

—Y tú te dejaste querer. Y luego te entraron los remordimientos y le echaste la culpa al alcohol —me escupe.

—Al alcohol y a que vi la verdadera cara de Sara.

—Esa que yo había visto desde el principio. Lo que más me jode es que sabías perfectamente cómo me sentía respecto a ella. No encontraste mejor manera de hacerme daño. —Las lágrimas siguen deslizándose sin control por su cara.

—Perdóname, por favor, perdóname. —Ahora soy yo el que rompe a llorar sin poder evitarlo.

—Creo que te perdoné hace tiempo, aunque no lo he sabido hasta que te he visto hoy. —Se da la vuelta dándome la espalda.

— ¿Tenemos posibilidad de...? —pregunto rozándole el hombro.

—No, Hugo, nosotros ya no somos una posibilidad. —Se gira y me mira—. Que te haya perdonado no significa que pueda olvidar. Mi dañado corazón, en este momento, no soportaría otra decepción. En el fondo, los dos sabíamos que esto era una historia con fecha de caducidad, una historia que se nos fue de las manos, que nos explotó en la cara y no supimos qué hacer con

todo lo que sentíamos. —Lo dice con pena, pero también con decisión.

—Pero yo te quiero. Siempre lo he hecho, desde el primer beso, la primera caricia, desde ese mismo momento he sido solo tuyo. Déjame volver a intentarlo. Deja que seamos, que volvamos a sumar. —Intento quemar mi última nave.

—Lo siento, yo ya no puedo. No tengo fuerzas para seguir luchando.

—Déjame a mi luchar por los dos. Por favor. —Estoy tentado de ponerme de rodillas, de suplicar.

—No puedo. Ahora mi prioridad soy yo. Tengo que volver a recuperar mi autoestima, recomponerme.

—Esperaré a que estés preparada.

—No lo hagas. No esperes por mí. Continúa con tu vida. —Sus ojos se clavan en los míos —.Yo haré lo mismo.

—No quiero, no quiero —digo bajando un poco la voz—. ¿Cómo piensas que voy a poder continuar con mi vida si no es contigo? ¿No ves que estás hecha de la medida perfecta para mí?

—No sigas, por favor, ¿no ves que me rompes otra vez? —Ya no puede parar de llorar—. ¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Porque fui un capullo, un gilipollas que dejó escapar lo mejor que le ha pasado en su vida. Un imbécil que tuvo que perderte para empezar a necesitarte.

—Ya es tarde. Dejémoslo así. Quédate con mi perdón, es lo único que te puedo ofrecer en este momento. —El ofrecimiento me deja un regusto agri dulce.

—Voy a seguir buscándote, a seguir insistiendo hasta volver a romper tus barreras y, cuando lo consiga, te juro que no te voy a dejar ir —digo desesperado.

—Adiós Hugo. — Se despide entrando al *pub* mientras suena «No puedo vivir sin ti» de los Ronaldos.

—¿Me oyes, vera? No te voy a dejar ir más! —le digo a gritos, ignorando a los mirones que observan cómo lloro sin poder contenerme.

Te juro que te voy a recuperar y, cuando lo haga, no voy a dejarte marchar nunca más. Me siento en el portal y lloro. Lloro por lo perdido, por lo que tuve en las manos y se me escapó como el agua entre los dedos. Lloro sin consuelo hasta que siento como alguien se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. Levanto la cabeza y me encuentro con los ojos comprensivos de Guti, que me sujeta fuerte mientras termino de romperme del todo y me sostiene mientras caigo cada vez más rápido.

Cada vez más descontrolado.

TREINTA Y CINCO

LA LUZ DE TUS OJOS



VERA

Tengo que confesar que mi conversación con Hugo arañó un poco las barreras que le he impuesto a mi corazón. Me dejó pensando que no todas las personas se enfrentan a sus sentimientos de la misma manera, pero que, aun así, todas son válidas. Todas son necesarias de una u otra manera. Porque no todos los amores son iguales y cada uno se vive con una intensidad diferente. En nuestro caso, la primera en reconocer esos sentimientos fui yo y por eso tuve más tiempo para prepararme, para acostumbrarme.

Hugo venía de una relación tóxica, un amor dañino, y no supo reconocer las señales de un amor que sí era el adecuado, que era sano. Cuando lo tuvo delante de las narices, le vino tan grande, tan inmenso, que solo pudo correr en dirección contraria. Aunque no lo justifico.

¿Quién soy yo para juzgar la manera que tiene cada uno de afrontar sus sentimientos?

Aunque fui la víctima indirecta del torbellino emocional que arrasó con Hugo aquel día, el que salió peor parado fue él. Solo conocía el amor sustentado bajo una capa de culpabilidad y, esa no es una base para construir nada.

El *shock* por la muerte de Julia lo bloqueó. La culpabilidad, esa compañera con la que lleva viviendo tantos años, lo cegó, lo anuló. Vamos, que cortocircuitó por completo y no supo cómo gestionarlo todo. Ahí fue cuando entró en la fase de negación y después a la de destrucción. La destrucción de nuestro amor, de lo que éramos juntos y, por consiguiente, de su propia autodestrucción. Porque, aunque yo misma estaba encerrada en mi propio duelo, no se me pasó por alto el dolor que vi la otra noche tras su mirada. Esos ojos, que cuando estaban conmigo brillaban como un faro en plena noche, en ese momento se asemejaban a un mar tormentoso. Con sombras donde antes no las había, con dudas que cuando estábamos juntos no existían y que le conferían una mirada tan frágil como la de un niño abandonado. La vulnerabilidad que vi en esa mirada casi me hizo abrazarlo y asegurarle que no pasaba nada, que estaría allí para él, para siempre. Pero mi propio dolor me impidió acercarme de esa manera a él y bajar la guardia.

Con esta reflexión, vuelvo a mi día a día, a vivir a medias, a pasar por la vida de puntillas y no con decisión y taconeando como hacía antes, con las sonrisas que no me llegan a los ojos, con mis «estoy bien» para no preocupar a los que me rodean.

Me centro en mi trabajo, en mi familia y amigos, pero siempre con la vista puesta en el

calendario, porque no se me olvida que solo faltan dos semanas para que Hugo termine aquí su trabajo y se vuelva a Madrid. Todos y cada uno de esos días he cogido el teléfono para llamarlo o para mandarle un mensaje, pero también todos y cada uno de esos días he vuelto a colgar antes de pulsar el botón de llamada. No conocía este punto de orgullo que tenía dentro y que ha salido a la luz precisamente en estos momentos.

Como todas las semanas desde que no trabajo con ella, he quedado con Alba para comer e ir a cotillear por las tiendas. Esta vez llego yo antes y ya llevo un rato esperando cuando la veo venir corriendo y acalorada. Y tarde, bastante tarde.

—Joder, ya pensaba que se te había olvidado nuestra cita —digo un pelín mosqueada. La paciencia no es una de mis virtudes y nunca me ha gustado esperar.

—Lo siento, lo siento, me he entretenido en la planta. Los compañeros le han hecho una especie de despedida a Hugo y me parecía un poco feo no quedarme, aunque fuese un rato —se disculpa mi amiga.

—¿Despedida? Hasta donde yo sé, no se va hasta la semana que viene. —Me quedo un poco descolocada.

—En principio, así era, pero, como le debían unas cuantas horas, las ha aprovechado y se va mañana —dice mientras me coge del brazo y empezamos a caminar.

Me quedo sin nada que decir. Una cosa es saber que se acerca el momento de la partida y otra muy distinta es tenerla ya allí, saber que es inminente.

—Ey ey, vaya cara se te ha quedado, ¿estás bien? —Alba se para y me mira de frente.

—Joder, no sé, es que nunca pensé que las cosas entre nosotros acabarían de esta manera. Pensé que, cuando él terminase su tiempo aquí y se fuese, intentaríamos continuar de alguna manera. Sentía que lo nuestro era tan grande que no podía acabarse por culpa de unos cuantos kilómetros, y ya ves, se terminó antes de tener la oportunidad de empezar a despegar —digo triste—. Y ahora se va.

—Es que lo vuestro era muy grande, yo lo veía, todo el mundo lo veía. Al principio parecíais dos cometas a punto de colisionar, y en el momento en el que chocasteis, aquello ya fue imparable. Ya no hubo fuerza de la naturaleza que pudiera separaros —recuerda.

—Hasta que él mismo forzó esa separación. —Cierro los ojos.

—Joder, Vera, tú no has visto a Hugo estos días. Está pálido, demacrado, sin fuerzas, sin vida. Es la viva imagen de quien lo ha perdido todo. Sus ojos solo cobran vida si, por casualidad, no nos damos cuenta y te nombramos en alguna conversación, pero al instante vuelven a apagarse. Casi no habla con nadie. Ni siquiera Carlos ha conseguido sacarle más de dos frases seguidas. —Me rompe en dos saberlo. Enterarme de que el Hugo desvergonzado y canalla ha dado paso a este otro, triste y taciturno.

—Es por mi culpa, Alba. La última vez que nos vimos, le dije cosas que no sentía. O tal vez sí las sentía en ese momento, pero no debí de escupírselas. No debí dejarme llevar por el rencor. Rompí cualquier posibilidad de arreglar lo nuestro —reconozco.

—¿Por qué hiciste eso? —Me mira alucinada—. Cualquiera que te mire a la cara se da cuenta de que estás pasando por el mismo infierno que él. Qué puta manía tiene la gente de negarse la felicidad. —Cabecea y refunfuña por lo bajo.

—¿Qué querías que hiciera? Necesitaba poner distancia entre él y yo. Si le perdono ahora y vuelvo con él de buenas a primeras, quizás estemos bien durante un tiempo, pero tarde o temprano me asaltarán las dudas. Me volvería loca de pensar que, ante cualquier dificultad, ante cualquier obstáculo, se encerraría de nuevo en su caparazón y se alejaría de mí. O lo que es peor, volvería a echarme de su lado. Y te juro que eso sí que acabaría conmigo. —Aprieto su mano—.

¿Cuántas veces es capaz un corazón de romperse en mil pedazos? El mío tiene parches por todos lados. Está lleno de trozos de esparadrapo para intentar unir sus partes. Si se rompiese una vez más, creo que ya no sería capaz de volver a recomponerlo. —Las lágrimas acuden a mis ojos y no hago nada para limpiármelas—. Aunque me mata que se vaya así. Que la última vez que nos vimos no fuese capaz ni de ofrecerle mi amistad.

—Todavía no es tarde. —Mi amiga limpia la humedad de mis ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Joder, pues que si, de momento, solo puedes ofrecerle eso, tu amistad, se lo digas. Estoy segura de que él se aferrará a eso y aliviarás parte de su tristeza. Pero no te hagas esto, no os hagas esto. No dejes que vuestra historia se convierta en un punto final, haz que por lo menos sean puntos suspensivos.

—Joder, tía, ¿desde cuándo te has vuelto tan sabia? —pregunto sonriendo a pesar de las lágrimas.

—Desde que yo también he caído bajo el influjo del amor. Desde que estoy loca perdida por Carlos —me suelta ella así, sin anestesia—. Ya ves, lo que empezó uniéndonos solo como compañeros de sexo, ha ido creciendo hasta convertirse en esto que hace mover mi mundo.

Y ahora ya no es el momento de pensar en mí y en mis dudas. Ahora me toca ejercer de buena amiga y concentrar todos mis sentidos en la historia que empieza a contarme mi compañera. Ahora soy yo la que tiene que darle a ella los buenos consejos.

Paso una noche infernal, dando vueltas y más vueltas en la cama sin saber qué decisión tomar, indecisa a más no poder, pero, cuando la luz de la mañana entra entre las rendijas de mi persiana, sé perfectamente lo que tengo que hacer. Me meto en la ducha para despejarme de esta noche de insomnio y me visto de manera precipitada. Si me preguntas qué llevo puesto en este mismo momento, no sabría qué contestarte. Lo mismo podría haberme puesto un saco de patatas, que no me hubiera enterado.

Alba me dijo ayer que Hugo había quedado a las ocho con la dueña del piso para entregarle las llaves y que después se pondría en camino hacia Madrid, de manera que cojo mi coche y enfilo hacia su casa.

Santander no es una ciudad donde se formen excesivos atascos, pero quiere la puta casualidad que el día que más prisa tengo, me pille uno en plena entrada por Marqués de la Hermida. Miro el reloj en el salpicadero y juro en hebreo, arameo y mil idiomas más que me invento en ese momento. Sería una jodienda que, cuando quiero arreglar las cosas con él, un puñetero atasco me haga llegar tarde a cumplir mi propósito.

Por fin llego, y cuando aparco y salgo del coche, lo veo ya subido en la moto, despidiéndose de la dueña del piso y dispuesto a arrancar.

—Hugo —lo llamo, pero él no me oye con el casco puesto. Vuelvo a llamarlo y sigue sin oírme, pero la mujer que está con él me mira y se acerca para decirle algo. Se gira y se queda mirándome fijamente, sin dar crédito a lo que ve. Se baja de la moto mientras se quita el casco y aprovecho para cruzar y acercarme a él. La dueña del piso ya se ha ido y nos quedamos los dos frente a frente, mirándonos a los ojos, sin saber qué decirnos.

—Te vas —digo, rompiendo el silencio.

—Así es. Ya nada me ata aquí, ni contrato laboral, ni...

Agacho la cabeza mordiéndome el labio y no digo nada.

—Vera —dice—. ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? —pregunta con la duda en la voz.

—No podía dejar que te fueses así. —Levanto la cabeza y lo miro—. No te puedes ir

llevándote nuestra última conversación como despedida.

Va a decir algo, pero me adelanto y no lo dejo hablar.

—Me arrepiento de muchas cosas de las que te dije la otra noche, pero no de lo principal. En este momento, no puedo ofrecerte lo que tú quieres, no puedo volver a empezar una relación que no sé cómo afectará a la parte útil que le queda a mi corazón —confieso con voz trémula.

—Te entiendo. Yo también he llegado a la conclusión de que, antes de poder ofrecerte a ti en cuerpo y alma, debo arreglar partes de mí que no sabía que estaban tan dañadas. Que antes de volver a buscarte; porque te juro que, tarde o temprano, volveré, debo convertirme en el hombre que tú necesitas, en el hombre que te mereces. Y, en este momento, no lo soy. Tal vez no lo he sido nunca, pero, no sé por qué puto capricho del destino, una mujer como tú se fijó en mí y no en mis sombras. Solo necesito que me digas que estás dispuesta a esperarme, que estás dispuesta a confiar en que me convertiré en ese hombre.

—No puedo prometerte eso ahora. No sé lo que tardaré en volver a confiar. De momento, solo puedo ofrecerte mi amistad. —Y mis ojos se llenan de lágrimas que me niego a dejar salir. Solo una traicionera se escapa y Hugo se acerca para recogerla con la yema del dedo.

—Echo de menos encender con mis besos la luz de tus ojos —me dice.

Yo sonrío y me quedo prisionera de su mirada.

—Prométeme que me irás contando cómo te encuentras —le pido.

—Para eso tendrás que desbloquearme en tu teléfono. —Sonríe.

—Lo hice la última noche que nos vimos.

Me mira sorprendido y una chispa de luz ilumina su mirada, lo que me hace ver por un instante al Hugo de los primeros días en Santander.

—Prometo mandarte un mensaje cada día para que no te olvides de mí —asegura.

—No podría olvidarte aunque quisiera, ese es el problema. —Me atrevo a reconocer.

Hugo se acerca a mí y, cuando creo que va a besarme, se para y acaricia mi mejilla. Yo apoyo mi cara en su palma abierta, deseando que se pare el tiempo y quedarme así, sintiendo su calor que traspasa mi piel y me abrasa. Un coche que pasa por nuestro lado y toca el claxon rompe esta última conexión que nos tiene quietos como estatuas.

—Adiós —susurra tan cerca de mí que tengo que contenerme para no abrazarlo. Si lo hiciese, es posible que no lo volviese a soltar nunca.

Me limito a respirarlo por última vez, a empaparme de su olor, porque quizás no pueda volver a hacerlo.

—Adiós, cuídate, ¿me lo prometes? —me despido.

Él asiente sin decir nada más y se sube a la moto.

Antes de arrancar, se vuelve y me mira.

—¿Me prometes tú otra cosa? —Cuando me ve afirmar con la cabeza, continúa—. Procura no enamorarte hasta que vuelva. Baby no lo haría. —Y poniéndose el casco, arranca la moto y se va dejándome allí parada, con un cúmulo de sentimientos aflorándose.

El principal, la añoranza. No ha hecho más que irse y ya lo echo de menos.

Pero hay muchas heridas que sanar si queremos que esto pase de ser una utopía a una realidad.

De vuelta en mi coche dejo salir las lágrimas con libertad. Nunca me han gustado las despedidas, pero esta en particular me ha sabido a un adiós definitivo. No puedo evitar preguntarme si estoy haciendo bien al alejarlo de mí. Si estoy siendo demasiado egoísta al priorizar mi bienestar, mi salud anímica, a él. Quizás por mis dudas, mis miedos a volver a pasar por lo que pasé con Martín, haya echado a perder una historia que bien podría ser LA

HISTORIA. ¿Qué pasa si Hugo se cansa de esperar, de mi indecisión? ¿Y si cuando él consiga dejar atrás sus fantasmas se da cuenta de que no merece la pena intentar recuperar lo nuestro?

Me muerdo el labio con saña.

«Bueno Vera, ya está hecho, no hay vuelta atrás. Piensa de forma positiva. Vamos a creer que todo esto es por vuestro bien, que, cuando ambos arregléis vuestros dramas, podréis volver a encontraros en el mismo punto y por fin, juntos, volveréis a ser infinitos».

No muy convencida, arranco y me encamino hacia mi casa, rezando para que esto solo sea un paréntesis.

Uno breve.

Uno necesario.

TREINTA Y SEIS ¿TE ACUERDAS?



HUGO

Vera nunca sabrá lo que me costó subir a mi moto e irme de allí. El esfuerzo que tuve que hacer para no arrodillarme y suplicarle que me dejase volver a darle luz a sus ojos apagados. Verla allí de pie, con la cara tan triste, me hizo plantearme la decisión de irme. Con que tan solo me hubiese pedido que me quedase, hubiera dejado todo aparcado en ese mismo momento para volver a ser nosotros, para sumar mi mitad a su mitad y ser eternos.

Pero, como le había dicho, necesitaba arreglar las partes de mí que estaban rotas y convertirme en lo que ella necesita, en lo que ella merece. También tengo que dejar que ella vuelva a coger confianza en sí misma y, sobre todo, en mí. Nunca podré perdonarme el haber vuelto a sembrar la inseguridad en su interior. Quiero volver a ver a la Vera segura, peleona, empoderada, que conocí en mi primer día en esta ciudad. Por eso mismo, tengo que dar un paso atrás y darle el tiempo y el espacio necesario para que pueda resurgir de las cenizas que quedan después de hacer arder su mundo.

Con un nudo en la garganta por las lágrimas no derramadas, recorro los kilómetros que me separan de Madrid sin dejar de pensar en ella. Sin dejar de recordar todos y cada uno de los momentos que hemos vivido juntos. Todos y cada uno de los besos que nos hemos regalado, las caricias que han hecho nuestros cuerpos vibrar.

Sumido en estos recuerdos, después de unas horas, llego a mi piso sin haber sido consciente ni de la carretera ni del paisaje que he recorrido en el viaje. Fiel a mi palabra, lo primero que hago es mandarle un mensaje a Vera para que sepa que he llegado bien.

YO

Entrando por la puerta de casa.

Sano y salvo.

BABY

Que descanses.

YO

Es curioso el poco tiempo que pasaste en mi casa y cada rincón de ella me recuerda a ti. Cada metro cuadrado extraña tu presencia.

No soy tan iluso como para pensar que ella va a contestarme a esto último, pero como le dije al despedirnos, iba a hacer todo lo posible para que no se olvidase de mí.

Después de comer, deshago mi equipaje y bajo al supermercado para hacer algo de compra. Al pasar por el Mercado de la Cebada, no puedo evitar acordarme del día en el que estuve aquí con ella, y le mando una foto de la entrada. Solo una foto, sin texto, sin explicaciones. No lo necesito porque sé que, cuando ella la vea, se va a acordar de aquel día.

De vuelta en casa, tras guardar la compra, pongo a punto todas mis cosas porque al día siguiente me reincorporo a mi puesto en el hospital. Aunque no debería empezar hasta dentro de una semana, necesito mantenerme ocupado para evitar pensar demasiado. Por eso hablé hace unos días con mi supervisora, para ponerme a su disposición antes de tiempo.

Agotado física y mentalmente, subo a la habitación a intentar dormir, esperando que las imágenes de Vera acompañen mis sueños. Si es la única manera que tengo de que sea mía, bienvenidos sean.

Mi reincorporación a mi antiguo puesto es agridulce. Me encanta trabajar en este hospital y en este servicio, donde tengo compañeros muy válidos que se han convertido en amigos, pero, a la vez, recuerdo mi primer día en el de Santander e, inmediatamente, echo de menos unos ojos del color de la miel líquida y una lengua rápida e incisiva que me volvieron loco las primeras semanas de trabajo. Sonrío al recordar las batallas dialécticas que manteníamos y que terminaron en los dos mejores meses de mi vida.

El turno pasa volando, con una enorme saturación de curro que evita que mi mente se distraiga y mis pensamientos vuelen a Vera. Pero cuando termina mi jornada laboral, no puedo evitar volver a pensar en ella. Abro mi móvil y le mando el enlace a una canción, «¿Te acuerdas?», de Pablo Alone, un tema que me recuerda mucho a ella y a nuestra historia. Esta vez tampoco le acompaña ninguna frase, ninguna explicación. Solo quiero que la escuche y piense en mí.

El martes me despierto antes de que suene el despertador y voy directo a la ducha. Esta noche he recordado vívidamente a Vera entre mis sábanas y necesito pasar unos momentos debajo del chorro de agua fría para recuperar un poco mi autocontrol. También para descargar todo el deseo acumulado que tengo por ella. De esa manera, vuelvo a mis días de adolescente.

Manda cojones, a mi edad.

Desayuno solo un café con leche y me voy deprisa hacia el hospital, rezando para no encontrarme con ningún atasco. Cuando salgo del portal, veo un corazón pintado con tiza en una pared (sí, exacto, como la canción de Radio Futura, y sí, yo también la estoy cantando en mi cabeza), enfrente de mí, y, sin pensar, le saco una foto y se la mando a Vera.

Esta vez sí la acompaño con un mensaje.

YO

Lo vi y me recordó al lunar con forma de corazón que tienes junto al ombligo.

Obviamente no espero contestación, me basta con que vea la foto y me eche de menos, aunque solo sea la mitad de lo que la extraño yo a ella.

La semana va pasando y cada día le mando un mensaje a Vera, esperando que con ellos consiga que no se olvide de mí, de nosotros. De lo que fuimos y de lo que, espero, seremos. Necesito tener confianza en que volveremos a ser para no hundirme en la desesperación.

El día siguiente es otra canción, esta vez «Mi accidente preferido», de despistados. El otro,

en el que salgo de ruta con la moto, una foto de esta con dos cascos encima del sillín y con el embalse de Buitrago de Lozoya de fondo, contándole que mi moto también la extraña.

Incluso un día me atrevo a grabarme cantando el estribillo de la canción «Te esperaré toda la vida», de Dani Fernández. Sonrío mientras le mando el audio. Espero que se acuerde de aquella vez en que me sacó la promesa de cantar con ella a gritos en el coche. No recibo contestación a ninguno de los mensajes que envío, pero me basta con ver que los *checks* de la aplicación se vuelven azules haciéndome saber que los ha leído.

Día a día y mensaje a mensaje llegamos al mes de julio. La primera quincena me corresponde de vacaciones, pero, aunque me encantaría coger mi moto e ir a pasarlos a Santander para verla, sé que aún es pronto. Ella todavía no me ha dado las señales que me indiquen que está preparada para retomar lo nuestro, y yo no soportaría una negativa más. Por eso, acepto la propuesta de Guti y reservamos unos días en la Costa Brava para desconectar.

Me gusta el plan de recorrer sus carreteras y descansar en aquellas playas de arena fina. Me vendrá muy bien la distracción para dejar de comerme la cabeza ya que, desde hace tres días, Vera no ve mis mensajes y eso me tiene loco. No sé qué coño pensar, pero las opciones que se me ocurren no son para nada alentadoras.

Con las mochilas cargadas en las motos empezamos nuestras vacaciones.

Ya es la tercera mañana que estamos instalados en Calella y no consigo dejar de pensar en la razón que puede tener Vera para no leer lo que le envío. Sé que le estoy dando el viaje a mi amigo, pero no puedo evitar hacer conjeturas. Estamos tirados en la playa y no consigo desconectar.

—Basta ya, tío, desde aquí veo el humo que te sale por la cabeza de tantas vueltas que le das —dice Guti.

—Joder, es que no sé qué coño pasa. Hace seis días que Vera no lee mis mensajes y no dejo de pensar en que ha encontrado a otro y que ya ha conseguido olvidarme. —Me paso las manos por el pelo, frustrado.

—No me jodas, pues sí que tienes poca confianza en el amor que siente por ti que a las primeras de cambio ya te pones así. —Bufa.

—No se me ocurre otra opción. —El miedo me tiene paralizado.

—También pensaste que había vuelto con Fer y ya ves que no fue así. No saldrás de dudas hasta que hables con ella —me aconseja.

—¿Cómo voy a hacerlo? Te recuerdo que me pidió tiempo, que necesita volver a confiar en mí. —Por ese tiempo que necesita estoy aquí y no en Santander.

—Pues entonces confía tú en ella. No hagas conjeturas y te imagines cosas que no sabes si han ocurrido.

—Es fácil decir eso, tú no tienes ese problema con Coral. De todos modos, no entiendo por qué no estas con ella en vez de dejar que te arruine las vacaciones con mis neuras.

—Coral tenía otros planes preparados desde hacía tiempo y no me parecía bien que los anulase por mí. Ya tendremos tiempo de pasar unos días juntos. —Me mira—. Además, tú necesitas a tu lado a la voz de la razón para evitar que tu cabeza cortocircuite y explote como una bomba. Cuéntame, ¿cómo te va en la terapia? —pregunta.

—Me está ayudando mucho. No entiendo por qué no fui antes —reconozco—. Debería haber acudido cuando caí en aquella espiral de autodestrucción con Julia. Me hubiese ahorrado muchos quebraderos de cabeza. Igual en este momento, la que estaría tumbada a mi lado sería Vera y no

tú.

—Eh, mamón, no te atrevas a quejarte de la compañía. —Me da un golpe con el pie y me llena de arena, lo que hace que riamos los dos—. Piensa que el principal motivo de haberte ido a Santander fue distanciarte de tus mierdas. Si hubieses acudido a terapia hace años, esas mierdas habrían estado resueltas y no hubieses cambiado de trabajo de forma temporal. Conclusión, no habrías conocido al amor de tu vida.

—El amor de mi vida. —Suspiro sonoramente—. ¿Tú crees que podrá volver a serlo?

—Siempre será el amor de tu vida, eso tenlo claro. Nunca te he visto con nadie como con ella —contesta con sinceridad—. Si me preguntas que si creo que vais a volver a estar juntos, la respuesta es que sí. Estoy casi seguro. Un amor como el vuestro no puede desaparecer así, como si nada.

—Hay veces que conoces al amor de tu vida, pero no estáis destinados a estar juntos.

—Eso es una completa gilipollez. —Me tira un puñado de arena—. En cuanto estés listo, vas a coger tu puta moto y vas a viajar a Santander a reconquistar a tu chica. Como Richard Gere en *Oficial y caballero*.

—Hostias tío, tú sí que estas pillado si haces alusión a películas moñas. Parece que la cosa con Coral va en serio, ¿no? —Me río de la cara de lelo que pone cuando le nombro a la amiga de Vera.

—Bueno, *piano piano*. No tengo ninguna prisa. De momento, lo pasamos muy bien juntos y no me complico la vida enamorándome como has hecho tú.

—Ya te llegará colega, ya te llegará.

—Retomando lo de antes. ¿Qué piensas hacer con Vera?

—Creo que me voy a dar por vencido. Ya no tengo ganas de seguir mandándole mensajes que ni siquiera lee. Llevo más de dos meses siendo el único que pelea por esto. Me acuerdo de ella a cada minuto sin saber si a Vera le pasa lo mismo que a mí o si, por el contrario, ha pasado página. Ya no sé de qué manera llegar a ella. Hay amores que son tan grandes, tan inmensos, tan perfectos, que solo se presentan en nuestra puerta una vez en la vida y, si los dejas pasar, no vuelven. Aunque maten las ganas, aunque duelan las ausencias, aunque pongas todo tu empeño en recuperarlo. Creo que eso nos ha pasado a nosotros. Que hemos dejado pasar ese tren. No he sabido dar la talla. Quizás ya lo ha descubierto y ha decidido que no valgo la pena. Por eso ha decidido ignorarme —termino agotado por mi monólogo.

—No me puedo creer que te rindas tan fácilmente. —Niega con la cabeza.

—De verdad que ya no tengo fuerzas. Si por lo menos viese algún interés por su parte, quizás...

—Eres un puto cobarde. A la menor dificultad, huyes. Tal vez tienes razón y no das la talla —me suelta.

—¡Joder, ¿te crees que no lo sé?! —Bajo la voz porque he visto varias cabezas girarse ante mi exabrupto—. ¿Te crees que no lo sé? Soy un cobarde, sí. Soy todo lo que dices que soy y un montón de cosas más que apuesto que piensas y no te atreves a decirme. Pero prefiero vivir con el recuerdo de lo que tuve, de lo que tuvimos, que con la certeza de que volveré a cagarla, de que volveré a hacerle daño —me atrevo a confesar.

—Pero eso es vivir a medias —concluye.

—Eso es volver a mi vida de antes de conocerla. Ahora sé que vivía a medias. Pero si he podido vivir así durante treinta años, no me costará retomarla donde lo dejé.

—Creo que te estas equivocando —me avisa mi amigo.

—Y yo creo que estoy haciendo lo mejor para ella. —Es hora de aceptarlo. Dicho esto, me

levanto, echo a correr y me zambullo en el Mediterráneo para dejar que el agua me cubra por completo. Aguanto debajo de ella hasta que siento que mis pulmones están a punto de estallar. Cuando salgo a la superficie, mis lágrimas se mezclan con el agua salada y miro al horizonte mientras me siento el tío más desdichado del mundo. Noto tal vacío por dentro que no se si seré capaz de volver a llenarlo alguna vez con algo que no sea ella.

En medio del mar, grito mi rabia por toda esta situación, por mi imposibilidad de recuperar a la chica de mis sueños, por mi cobardía al no luchar más por ella, por romper la promesa que le hice de volver a buscarla, de no perderla más.

Pero no puedo, ya no tengo fuerzas, ya no tengo ilusiones. Se desvanecieron en el mismo momento en que ella dejó de leer mis mensajes.

En el momento en el que se olvidó de mí.

TREINTA Y SIETE A MEDIO GAS



VERA

Hugo ha cumplido su promesa y, fiel a lo que me prometió, me manda puntualmente un mensaje con lo primero que pasa por su cabeza. Reconozco que es gracias a esos mensajes que puedo soportar el día a día. No han sido pocas las veces que, en la soledad de mi cama, recreo nuestra última conversación. En realidad, nuestras dos últimas conversaciones. Y cada una de esas veces, estoy convencida de que con ellas perdí un poco más a Hugo. Es verdad que propició nuestra separación, pero si tengo que ser honesta conmigo misma, yo me rendí demasiado rápido. Debería haber insistido, haberlo obligado a abrir los ojos, a aferrarse a mí. Fue muy fácil para mí huir de la manera que lo hice y dejarlo solo con el cúmulo de sentimientos que se le venían encima, que le cayeron como una losa y a los que no supo hacer frente.

A pesar de eso, aún no soy capaz de contestarle a los mensajes (lo sé, lo sé, no hay quien me entienda), aunque me aferre a ellos, aunque los necesite a diario para poder sobrevivir, para poder sentirme cerca de él.

«Vera, eres complicada de cojones. Y rarita. Mucho».

Me acuesto todas las noches escuchando las canciones que me manda, liberando mis lágrimas con esas historias que hablan de esos amores que bien podrían haber sido el nuestro. El día que me mandó la foto del corazón pintado en la pared, me derretí, literalmente. Me emocionó que se acordase de ese lunar en particular que tantas veces besó y acarició. Casi me muero de la risa el día que me mandó el audio cantando. Me reí y me entristecí a partes iguales, por fin conseguí que hiciese lo que en su día me prometió, aunque no haya sido en el coche, a mi lado, pero aprecio el gesto. Con la foto del Mercado de la Cebada me transporté a ese día, meses atrás, en el que compartimos confidencias y risas, ajenos al drama que nos esperaba horas más tarde. Me acuerdo de cómo dejamos que las ganas encendiesen nuestros besos. Cómo nuestros alientos se anticipaban a los suspiros que coseríamos después a las sábanas, deseando que nuestros gemidos pasasen a ser la banda sonora de aquellos momentos.

Otro de los días, me manda las frases doradas que adornan el barrio de las letras. Frases de escritores y escritoras que yo había recorrido con mis ojos, empapándome de su sabiduría y su escritura.

Y todas y cada una de las veces que me dice que me echa de menos, que me extraña, que me

sigue pensando, los dedos me cosquillean por las ganas que tengo de contestarle, de decirle que yo también lo echo de menos. Que le pienso cada minuto del día, que necesito su olor para poder respirar, sus abrazos para poder sostenerme en pie, sus besos para que mi triste corazón vuelva a latir con normalidad. Me matan las ganas de rogarle que vuelva a por mí, que me lleve con él.

Pero no lo hago, no contesto a ninguno de sus mensajes. Me limito a leerlos y a aprendérmelos de memoria, a grabármelos a fuego en la piel. Porque ahora entiendo que el daño que me hizo Martín con su traición, caló más en mi interior de lo que pensaba. Por su culpa, ahora mido a todos los hombres que se acercan a mí por el mismo rasero. Ese es el motivo que he tenido todos estos años para no volver a tener una pareja, un compañero de vida.

Hasta que llegó Hugo. Él, y sus ojos azules que pusieron del revés todo mi mundo.

«Estupendo, Verita, tú, que siempre has presumido de ser una mujer valiente y con las cosas claras, en el momento en el que tienes que dejar salir esa valentía, lo que haces es atrincherarte detrás de todos los fantasmas de tu pasado, dejando escapar al chico que te ha vuelto a despertar sentimientos».

Bueno, pero es lícito tener miedo, ¿no? Después de mi experiencia pasada, es lo más normal del mundo.

«Tú lo has dicho, guapa, es pasado. Demuestra que eres una mujer hecha y derecha y lánzate. El miedo no solo te paraliza, también hace que te pierdas los mejores momentos de la vida».

Sacudo la cabeza deshaciendo los pensamientos que campan a sus anchas por mi mente y me visto para salir a tomar una cerveza con las chicas. Me pongo algo cómodo y cojo las llaves del coche y el bolso para reunirme con ellas.

Cuando llego a la taberna donde solemos quedar, Coral, Pili y Blanca ya están allí. Marta está de viaje con su familia, a Ana le ha tocado hacer un turno doble en la óptica e Irene, como ya sabéis, está en Roma, haciéndose un nombre como repostera y, en sus ratos libres, peleando con su vecino.

—Veo que ya estáis pimplando sin mí —les digo cuando veo sus botellines encima de la mesa.

—La sed —contesta Pili—, que es muy puñetera.

—Ya, la sed. —Me acerco a la barra para pedir mi consumición y, una vez que la tengo en la mano, me siento con ellas—. Gracias por esperarme, perras.

—Lo primero es lo primero. —Blanca choca su cerveza con la mía.

—¿Cómo estás? —pregunta Coral.

—¿Yo? Pues bien, ¿por qué lo dices? —Me hago la longui.

—Vamos, Vera, que aquí todas nos conocemos. —Me mira a los ojos.

—¿Carmen no viene? —cambio de tema.

—Me ha llamado para decirme que no ha podido salir del banco antes, que hoy se baja del plan. —Pili responde a mi pregunta—. Ahora que ya he satisfecho tu curiosidad, te toca satisfacer la nuestra. Venga, contesta a Coral.

Bebo de mi botellín mientras intento explicar a mis mejores amigas cómo me siento. Llevo semanas fingiendo estar bien y sé que no son tontas y no se han creído en ningún momento mi pantomima. Mucho tardaban en someterme al tercer grado.

—No sé qué queréis que os diga.

—¿Qué tal si lo intentas con la verdad? —propone Blanca.

—Estoy hecha una mierda. —Suspiro—. Ya sé que estoy así porque quiero, que he sido yo la que ha pedido tiempo. Pero es que lo echo tanto de menos...

—Chica, pues lo tienes bien fácil, llámalo y arregladlo de una puta vez. —Coral se encoge de

hombros al decirlo.

—No es tan fácil. La cagó a lo grande —les recuerdo.

Pili bufa y se inclina hacia delante para hablar.

—Oh, vamos a lapidarlo, o mejor, a emparedarlo. A ver, tía. Que cometió un error, uno garrafal, vale, pero joder, que no ha matado a nadie. Y tú lo has crucificado. Lo has desterrado. —Coge mi mano—. Todo estaría genial si te viésemos bien, contenta. Pero te has convertido en una sombra de lo que eras, Vera. Si estas convencida de que alejarlo de ti es lo correcto, cojonudo, pero entonces no te comportes como una zombi, coño. Y si no tienes tan claro que estar separados sea lo mejor para ti, entonces coge al toro por los cuernos y atrévete a decírselo. Estoy cansada de tanto drama, joder —acaba mientras se vuelve a recostar en su silla.

—Pero es que después de lo de Martín...

—Martín es un gilipollas que no le llega a Hugo ni a la suela de los zapatos, Vera. Pero no puedes escudarte siempre en lo que te pasó con él. —Joder, ¿esta se ha metido en mi cabeza? Es lo mismo que he pensado yo antes de salir de casa—. Si tienes claro que quieres a ese chico que te desintegra las bragas con una sola mirada —hostias, que manera de cargarse una conversación profunda—, apuesta por lo vuestro y ve a buscarlo. Puede que vuelva a salirte rana, pero, ¿qué pasa si es la mejor historia de amor que conozcas en tu vida? ¿En serio estás dispuesta a quedarte con esa duda por un puñado de miedos? Chica, que ya no tenemos edad para andarnos con gilipolleces.

—Bueno —la corta Blanca—, eso de que no tenemos edad... Edad es lo que nos sobra. —Se descojona y consigue destensar un poco el ambiente cuando las demás la acompañamos en sus risas.

Seguimos charlando de diferentes temas. Me evado un poco de la conversación. Mi cabeza, en este momento, está librando su propia batalla. Por un lado, están mis dudas, esas que siguen pellizcándome un poco por dentro; pero, por otro lado, las palabras que yo misma me he dicho antes de salir y las que acaban de soltarme mis amigas pesan más en la balanza de los pros que en la de los contras. Creo que empiezo a tenerlo claro, pero me temo que aún me falta un poco de valentía, una pizca de decisión para coger el teléfono y ponerme en contacto con él.

«Más vale que te aclares pronto, no vaya a ser que, cuando te decidas, ese tren haya salido de la estación y te quedes en tierra. O mejor dicho, compuesta y sin novio».

Mierda.

Estamos en los últimos días de junio y mi madre me ha convencido para pasar una semana con ella en Tenerife con la excusa de que mi padre odia volar. Yo no sé si es verdad o me ve tan hecha polvo, tan a medio gas, que es la manera de hacerme desconectar, o mejor, reconectar. El caso es que, como no tengo un mejor plan, junto días libres con cambios que pido a un par de compañeros y acepto. Y aquí estamos las dos, sentadas en el avión a punto de aterrizar en el aeropuerto de Tenerife Norte. Cogemos un taxi que nos deja en la puerta de nuestro hotel, uno en primera línea del paseo marítimo, a dos pasos del Lago Martiánez; unas piscinas inmensas y preciosas que se nutren del mar y son un espectáculo con su agua clara y cristalina. Dejamos nuestras maletas y salimos dispuestas a buscar un sitio para comer y tomarnos un café.

Satisfechas y relajadas después de haber disfrutado de la cocina local basada en pescados a la plancha y papas con mojo, decidimos disfrutar del resto de la tarde en una hamaca en la piscina del hotel. Nos adormilamos un poco al sol y, al rato, mi madre se mete en el agua mientras yo me quedo leyendo en mi sitio. Va a empezar una sesión de aquagym y mi progenitora, ni corta ni perezosa, se apunta a la actividad. Yo me descojono, esto lo tengo que grabar, no se lo pueden

perder ni mi padre ni mi hermano. Dispuesta a ello, me levanto y me acerco al borde, móvil en mano para immortalizar el momento. Ahí está la mujer que me parió, dándolo todo, arriba y abajo. Yo no dejo de hacer comentarios jocosos mientras grabo este video para la posteridad y mis carcajadas resuenan por encima de la música.

Estoy tan concentrada en dejar constancia del ridículo de mi madre, que no me doy cuenta de dos niños que corren por el borde de la piscina y vienen directos hacia mí. Como era de prever, uno de ellos se choca conmigo, consiguiendo que el móvil se zambulla en el agua.

—¡Nooooo, joder, no, mi móvil! —grito desesperada. Tanto, que consigo que todo el mundo se gire a mirarme, pero a mí me la pela, yo solo puedo pensar en mi móvil en el fondo de la piscina y que es el único nexo que tengo con Hugo.

Un socorrista se mete en el agua y lo rescata.

—Toma, aquí tienes tu teléfono, pero me temo que lo único que te queda es hacerle un bonito funeral —me dice encogiéndose de hombros.

Yo ni siquiera intento hacer el esfuerzo de reírle la gracia. Le cojo el aparato (el móvil, malpensadas, que el socorrista es un imberbe recién salido del cascarón) y constato que está muerto, difunto, aniquilado, kaput. Increíble, me siento en el borde de la piscina y me quedo alelada mirando a la nada, hasta que mi madre se sienta a mi lado y me habla.

—Vera, hija, tampoco es para tanto. Compramos luego otro móvil. Vamos a la compañía que tengas contratada para que te dupliquen la tarjeta y arreglado. —Intenta animarme.

—Joder, mamá, que no es tan fácil, coño.

—Hija mía, ya sé que para la juventud de hoy en día quedarse sin móvil es como la amputación de una extremidad, pero vamos, que me parece que estás exagerando un pelín.

—Tú no lo entiendes.

—Bueno, pues entonces explícamelo. Te prometo que utilizaré la neurona que no tengo senil para intentar entenderlo. —Me empuja con el hombro para hacerme reaccionar.

Agradezco el intento de mi madre para que sonría, pero de verdad que no tengo ganas.

—Este coño aparato que tengo muerto en mi mano es el único punto de unión con..., con Hugo —termino por confesar.

—Y ahora me dirás quién es Hugo, ¿verdad? —pregunta.

—Ay, mamá, es tan largo y tan complicado. Tan jodidamente complicado.

—Lo primero, cuida ese lenguaje delante de tu madre. —Pongo los ojos en blanco—. Y lo segundo, tenemos toda una semana para que me lo cuentes. Por suerte o por desgracia, ya no tienes el móvil para entretenerte, de manera que bien puedes matar tu tiempo explicándole a tu madre lo que te tiene así desde hace semanas.

Voy a hablar, pero ella no me deja abrir la boca.

—Mira, Vera, que ya no vivas en casa no significa que no me dé cuenta de lo que te pasa. Hace unos meses que veo que no eres tú.

—¿A qué te refieres? —indago.

—Hija, tú puedes tener muchos defectos, si lo sabré yo que te he parido, pero una de tus virtudes, quizás la mayor de ellas, es tu alegría, tu optimismo. Siempre, desde pequeña, has reído a carcajadas, con la boca abierta, contagiando a todos alrededor. Cualquiera que te veía reír se quedaba enganchado a esa vitalidad, a esas ganas de vivir. Tu hermano era el reflexivo, el que pensaba las cosas dos veces antes de llevarlas a cabo. Todavía, en el día de hoy, le cuesta tomar una decisión. —Sonríe al pensar en el capullo de mi hermano, que les da mil vueltas a las cosas antes de decidirse a hacerlas—. Tú no, tú actuabas por impulsos, hacías lo que te nacía en ese momento, sin pensar y sin medir las consecuencias. No pedías permiso. En todo caso, después

pedias perdón, pero no te arrepentías de haberlo hecho, a no ser que en el camino hicieses daño a alguien. Mejor intentarlo que quedarte con las ganas, esa era tu coletilla siempre. Ahora vas al ralentí, arrastrándote, como pidiendo permiso para respirar y no me gusta verte así. Espero que no sea por ese chico porque me va a caer mal sin ni siquiera conocerlo.

—No, mamá. Es decir, sí, es por él, pero no por lo que te imaginas —lo defiendo.

—Desembucha.

Y no sé qué puto poder tienen las madres que consiguen que nos sinceremos con ellas de tal manera que volvemos a sentirnos pequeñas.

—O sea, que, por culpa del cabrón de Martín, tienes miedo de volver a abrirte a este otro chico y dejas pasar la oportunidad de ser feliz —recapitula mi madre.

—Mamá, ese lenguaje —le digo lo mismo que ella me dijo antes.

—Mira, niña, te recuerdo que yo ya rompía corazones antes de que tú estuvieses siquiera en proyecto. —Me mira con la burla en sus ojos.

—¿Y eso lo sabe papá?

—Cariño, ¿a quién crees que fue el primero al que se lo rompí? —Sonríe de medio lado—. Pero esa es otra historia que ahora no viene al caso. Lo que te quiero decir —vuelve al tema de Hugo— es que no puedes cerrarte al amor porque una vez te hicieron daño. Si eso fuese así, no existirían ni la mitad de las parejas que hay en el mundo. ¿A quién no le han hecho sufrir por amor? Pero el que no arriesga no gana. Tienes que pensar seriamente si merece el esfuerzo de hacerlo. Si este chico vale la pena.

—Sí, la vale, mamá, claro que lo hace —digo convencida—. Pero ¿qué hago si no sale bien, si no somos capaces de soportar la distancia?

—No lo sabrás si no lo intentas —concluye.

Y en ese momento solo necesito que mi madre me acaricie la cabeza como cuando era niña, y que me diga que no pasa nada, que todo va a salir bien, que todo se va a arreglar.

Que me convenza de que lo mío con Hugo es posible.

Paso lo que me queda de semana asfixiada, necesitando los mensajes de Hugo como el aire para respirar. Añoro cada segundo que pasamos juntos, me mata la necesidad de perderme en sus ojos para seguir viviendo y no a medio gas, sobreviviendo.

Y mientras, intento convencerme de que es posible un futuro entre él y yo a pesar de los kilómetros que nos separan.

Que la distancia no siempre es el olvido.

TREINTA Y OCHO

LA MALDICIÓN DE MI VIDA SIN ELLA



HUGO

De vuelta a mi ciudad, después de pasar la semana de vacaciones más infernal de mi vida, me reafirmo en mi teoría de que Vera estará mucho mejor sin mí. Me destroza pensar que ya ha conseguido olvidarse de lo que hemos vivido juntos, de lo bueno, claro. Que ha dejado de leer mis mensajes porque otro haya ocupado mi lugar. Y aunque, en el fondo, muy en el fondo, me parece imposible que lo que decía sentir se haya apagado tan pronto, no descarto que, después de mi comportamiento, después de apartarla, se le haya caído la venda de los ojos y por fin entienda cómo soy. Como alguien que solo sabe amar de forma tóxica, con ese amor que me unía a Julia, ese amor egoísta y posesivo que solo sabe hacer daño.

Sé que la única persona con la que conseguiría cambiar es con ella, pero no me parece justo hacerla esperar mientras yo lucho contra mis mierdas, mientras consigo liberarme de todas mis sombras, de todas mis antiguas costumbres. Hay veces que incluso dudo que alguna vez consiga deshacerme de todas ellas. Eso es lo que ha impedido que, en estos dos meses que hace que no nos vemos, haya subido a mi moto para presentarme en la puerta de su casa implorando su perdón. Me siento totalmente imposibilitado en este momento de ir a por ella como prometí en su día. Vera merece estar con alguien que la haga su prioridad y no con alguien que duda de si está a la altura. Con miedo a cagarla en cualquier momento, a perderla cuando me encierro en mí mismo. No podría soportar su mirada de decepción una vez más. Por eso me escudo en mi lado más cobarde y, para no caer en la tentación de llamarla, borro su teléfono de mi móvil (sí, así de dramático me pongo a veces). De todos modos, me lo sé de memoria, lo podría marcar con los ojos cerrados. Pero quiero evitar mandarle mensajes en mis horas bajas, en mis horas oscuras, que sé, ahora que la he perdido definitivamente, que serán muchas y muy habituales.

Me sumerjo en días de trabajo y noches de juerga, desafiando mi resistencia física, intentado borrar con el cansancio y el alcohol los recuerdos que me atormentan. Por lo menos, tengo muy claro que no voy a volver a caer en los viejos hábitos. Me prometí, a mí y a mi familia, que las drogas no volverían a formar parte de mi vida. Que, por muy mal que me fueran las cosas, nunca caería tan bajo como para volver a tontear con ese mundo. Soy consciente de cómo suelen acabar las cosas. Y si por un casual se me olvida, solo con pensar en el final de Julia, es motivo suficiente para desterrarlo de mi cabeza, que ya te digo que ni siquiera barajo esa posibilidad.

Cuando estoy consciente, consigo, a ratos, no acordarme de Vera. Es cuando me vence la inconsciencia en forma de sueño cuando todos y cada uno de sus rasgos me torturan. Es en esos momentos, cuando veo su sonrisa, esa que abarca toda su cara de lo inmensa que es, cuando se me aparecen sus ojos castaños, que cambian al color de la miel derretida cuando los acaricia la luz del sol, y resaltan las manchitas de sus iris, que el dolor se hace dueño de mi ser. En esos ratos de duermevela, añoro sus besos, sus caricias y el deseo de enterrarme dentro de ella es tan fuerte y tan doloroso que tengo que apretar los dientes para no pasarme la noche gritando de frustración. Y si ya me pongo a pensar en que otro le está haciendo lo que yo ya no puedo, juro que tengo que refrenarme para no romper cualquier cosa que esté al alcance de mis manos.

Con el único con el que puedo hablar de todo esto sin que me tome por un puto pirado es con Guti, pero mi colega, al final, ha conseguido escaparse unos días con Coral y no sería un buen amigo si estropeo su escapada romántica llamándole para contarle mis mierdas.

Por ese motivo, sigo en este bucle en el que estoy metido. Cumpló con mis turnos en el hospital sin pena ni gloria y, cuando estoy libre, me apunto a todo plan que surja que incluya alcohol y chicas. El alcohol lleva acompañándome ya demasiado tiempo, desde que Vera salió de mi casa hace cuatro meses y con las chicas... Con ellas intento olvidar a la única que ya no puede ser mía. Con sus besos, intento borrar las huellas de otros besos. Y juro que lo intento, de verdad, os lo juro, pero ni sus labios son tan suaves como los de ella ni su sabor tan adictivo como lo es el de Vera. En más de una ocasión, al abrir los ojos y encontrarme de frente con una cara que no es la que ansío ver, maldigo mi suerte en silencio y me doy la vuelta abandonando el bareto de turno y regresando a mi casa con las palabras de Sabina en mis oídos «... a la maldición del cajón sin su ropa...», a la maldición de mi vida sin ella, a volver a vivir a medias.

Al final, cansado de la misma rutina de todas las noches, he dejado de recorrer garito tras garito, después de comprobar que, ya que la finalidad que me motivó en un principio, que es olvidarla en otros brazos, no da resultado, es absurdo perder mi tiempo y hacérselo perder a ellas. Sé, o más bien espero, que tarde o temprano podré volver a disfrutar de la compañía de otra tía, pero, de momento, como lo veo más que imposible, prefiero encerrarme en mi casa y regodearme en mi miseria.

En esas estoy cuando oigo el timbre de la puerta. No tengo ni putas ganas de visita, pero como mi colega ha vuelto hace poco de su escapada con Coral, me obligo a levantarme a abrir la puerta.

—Joder, colega, vaya mala cara tienes —me suelta nada verme.

—Con amigos como tú, ¿quién coño quiere enemigos? —gruño dándome la vuelta y volviendo a mi sofá.

Guti ve las cuatro botellas de cerveza vacías que hay encima de la mesa y eleva las cejas.

—¿Montándote una fiesta privada?

—Que te jodan —suelto.

—¿Tú te has mirado en un espejo últimamente? Tío, si cuando me fui hace una semana ya estabas hecho una mierda, ahora mismo eres una autentica piltrafa humana —dice—. Esto es como una especie de *déjà vu*. ¿Hemos vuelto a los primeros días, a cuando Vera se fue?

No digo nada, pero creo que con la mirada de odio que le echo, dejo bien claro lo que me parece su inapropiado comentario.

—Joder, Hugo, no puedes seguir así, no puedes estar muerto en vida. —Me hace ver—. Estás volviendo a la misma dinámica: beber y autocompadecerte.

—Para ti es muy fácil hablar, tú no has echado de tu lado al amor de tu vida. No le has destrozado el corazón, no has roto tu promesa de volver a por ella consiguiendo que finalmente

se olvide de ti o, por lo menos, que haya pasado página —escupo con rabia.

—Mira, tío, no comparto tu decisión de alejarte de ella, pero la respeto. Eso sí, si has llegado a esa conclusión, no volver a por Vera, asúmela y aprende a vivir con ello o, mejor dicho, a vivir sin ella —habla serio—. Pero, joder, si tienes, aunque sea, una mínima duda, si aún te queda una pequeña certeza de que lo vuestro puede ser. Si, por pequeña que sea, aún te queda una esperanza de que lo vuestro funcione, entonces ni lo pienses, tío. Lucha, joder, lucha por lo que quieres, no te quedes con las dudas, no dejes que te maten las ganas. Creo que aún no está escrito vuestro último capítulo. Busca tu puto final feliz.

—Te recuerdo que dejó de leer mis mensajes, con eso me vino a decir que ya no estaba interesada...

—Bueno, sobre eso...

—¿Qué? —lo interrumpo nervioso.

—Tengo algo que contarte, algo que me ha explicado Coral. —Se calla y me mira a los ojos.

—Joder, suéltalo de una puta vez, me estas poniendo de los nervios.

—Vera no ha dejado de leer tus mensajes porque te haya olvidado o porque haya pasado página —comienza.

Mi amigo ve la cara de tonto que se me queda y se da prisa en aclararme el asunto.

—El caso es que, estando con su madre de vacaciones en Tenerife, por culpa del empujón de unos niños, su teléfono terminó en el fondo de la piscina y ya te puedes imaginar en qué estado quedó. —Suelta una risilla, pero, al ver que a mí no me hace gracia, sigue con la historia—. Hasta que no ha vuelto a Santander no ha podido recuperar todos los archivos que tenía en el antiguo y pasarlos al teléfono nuevo. Por eso y no por otra cosa no estaba al día de tus mensajes. Según palabras de Coral, ha estado bien jodida y casi se ha vuelto loca hasta que ha conseguido recuperar todo lo que contenía su antiguo dispositivo. Ha estado más de una semana incomunicada telefónicamente.

Me quedo mirando a mi amigo y no sé qué hacer en ese momento. Sentir alegría al saber que es posible que Vera no se haya olvidado de mí o darle de hostias por haberme ocultado esta información hasta este momento.

—¿De verdad llevas aquí todo este rato, mientras me ves jodido como nunca, y se te ocurre soltarme esa bomba ahora? ¿No podías haberme llamado en cuanto te enteraste? Hostias, tío, que he estado hecho polvo mientras me comía el tarro —le digo.

Entrecierro los ojos y me acerco a él despacio.

—Bueno, como sé que te has comportado últimamente como un auténtico capullo, la verdad es que he disfrutado como un enano haciéndote pasar un mal rato —contesta dando un paso hacia atrás.

—Serás... —Y me lanzo encima de él.

Intento soltarle un puñetazo y caemos los dos al suelo entre sus risas y mis lágrimas de alivio mezcladas con esperanza. Después de rodar un poco por la alfombra y de hacer el bruto, nos sentamos en el sofá entre jadeos por el esfuerzo. Yo me quedo pensativo.

—¿En qué piensas? —pregunta Guti.

—En cómo lo voy a hacer para cambiar mis turnos y salir pitando a buscarla.

—Ey, ey, ey, ¿no crees que vas muy deprisa? —pregunta mientras alza las cejas.

—¿Deprisa? Llevo cuatro meses sin besarla. Cuatro meses que no la respiro. Que no me fundo con ella y nos volvemos uno, ¿y tú me dices que voy deprisa? —Lo miro sin dar crédito.

—¿Tú te has visto? Si te presentas así ante ella, te aseguro que va a echar a correr hacia el lado contrario en el que estés. —Me mira de arriba abajo.

—¿Tú crees? —pregunto con la duda en mis ojos.

—Y tanto que sí. Mira, primero tienes que volver a ser el tío del que se enamoró. Además, tendrás que preparar una estrategia para presentarte delante de ella. Tendrás que ensayar lo que vas a decirle para que caiga rendida a tus pies, ¿no? —Me da una palmada en la espalda y se va hasta la nevera para coger una cerveza.

Aunque no muy convencido, tengo que dar la razón a lo que ha dicho mi amigo. No estoy muy seguro en eso de la estrategia, la verdad, pero sí tengo que reconocer que con las pintas con las que ando últimamente no puedo presentarme delante de Vera. De manera que mi reencuentro con ella deberá esperar un poco, hasta que vuelva a ser el Hugo que ella conoció. Volver a ser el que iluminaba sus ojos e incendiaba su cuerpo. El que provocaba sus suspiros y se bebía sus gemidos.

Volver a ser el Hugo que Vera se merece.

Estoy seguro de que esta vez lo conseguiré, ya no tengo nada que perder y sí mucho que ganar. Ahora tengo una motivación para seguir. Voy a cumplir mi promesa, voy a volver a por ella.

A recuperar mi vida, recuperar a Vera.

TREINTA Y NUEVE

MIEDO



VERA

Diez días. Diez putos días incomunicada, sin teléfono, sin mensajes. Desde que he vuelto de Tenerife esto ha sido una puta tortura. No poder leer los mensajes que me manda Hugo todos los días me está volviendo loca y descargo mi mal humor con cualquiera que se acerque a mí.

Finalmente, un amigo de Carlos, ha conseguido pasar todos mis archivos al móvil nuevo. Sé que perderé los mensajes anteriores y eso me mata. No saber qué es lo que le ha recordado a mí, las canciones que le han hecho pensar en nosotros, no encontrar esos pequeños guiños que le daban esa pizca de ilusión a mi vida cada día me rompe un poco, pero estoy dispuesta a recuperar esos momentos perdidos.

Cuando tengo mi nuevo teléfono en las manos y al encenderlo veo que todas mis fotos con él están dentro lo beso como si fuese el objeto más preciado del mundo y, en cierto modo, para mí lo es. Entro en el chat que tengo con Hugo y lo veo vacío, como es normal. Espero con ansias su próximo mensaje. No me pasa desapercibido que ha quitado su foto de perfil, ahora no tiene nada. Me extraña, pero no le doy importancia. Más tranquila, ahora que tengo un medio para volver a conectar con él, respiro hondo y me voy a la cama. Después de un montón de noches durmiendo como el culo, por fin consigo dormir del tirón.

Paso los siguientes días esperando unos mensajes que no llegan, y cada día que pasa sin ellos, me voy desmoronando un poco más. ¿Qué significa esto? ¿Se ha olvidado de mí? ¿Ha seguido con su vida como si lo nuestro no hubiese ocurrido? ¿Como si no hubiese existido? La incertidumbre está acabando conmigo y parezco una loca, mirando a cada minuto la pantalla de mi móvil, y cada uno de esos minutos me desespero al no recibir ninguna noticia. También podría ser yo la que diera el primer paso y ponerme en contacto con él, ¿verdad? Pero tantos años de vivir anulada bajo el yugo de Martín me lo impiden, porque, ¿y si resulta que no quiere saber nada de mí? Ya, ya sé lo que me dijo. Que me quería, que iba a volver a por mí, bla, bla, bla. Pero mi miedo es que, una vez que ha vuelto a su vida en Madrid, a sus amigos, su familia, en definitiva, a su rutina, se haya dado cuenta de que esos sentimientos que decía que yo le despertaba, no sean lo suficientemente fuertes ni importantes para seguir alimentándolos.

«Buf, Vera, me agotas. No haces más que darle vueltas a la perola en vez de sacar un par de

ovarios, coger el teléfono y llamarlo. Una cría de quince años tiene más narices que tú».

Sí, claro, que fácil es de decir, pero que difícil de hacer.

Me precipito de la vida.

Me sumerjo en una vorágine de trabajo que va a acabar conmigo. De vuelta en mi antiguo servicio, me presento voluntaria para todos los turnos que se quedan descolocados, hago todos los cambios que me piden mis compañeros e, incluso, doblo alguno de los míos, lo que se llaman peonadas. Cualquier cosa con tal de dejar de pensar, de dejar de comerme la cabeza, dejar de sentir.

También quedo con mis chicas, me obligo a salir con ellas, a reír. Finjo estar bien. Joder, juro que de esta me gano el Óscar a la mejor actriz y, si no, seguro que el Goya. Ellas no pueden verme tan jodida. No quiero que lo vuelvan a pasar tan mal como la vez anterior, no se lo merecen, de manera que todas y cada una de las veces que me preguntan que cómo estoy la respuesta siempre es la misma: «estoy bien», «perfecto» o «todo superado».

A la única que no veo es a Coral. Ha conseguido juntar unos días y se ha perdido con Guti en alguna isla paradisíaca. Lo de estos dos va cogiendo carrerilla, y me alegro un montón, hacen una pareja estupenda. Aunque no esté presente, me llama de vez en cuando para interesarse por mí y me hace reír con sus salidas de tiesto y sus detalladas gamberradas con Guti. A ella también le miento, diciéndole que estoy bien; es más, a ella es a la que más empeño pongo en convencer. No quiero que luego su chico le vaya con el cuento a Hugo. Si él ha dado por finiquitado lo nuestro, quedaría un poco patético que se enterase de que yo estoy como estoy: jodida, destrozada y un poco desquiciada (o un mucho).

Irene también me llama de vez en cuando desde Roma. Está feliz con la experiencia de trabajar para ese gran chef. Sé que al principio lo pasó un poco mal debido al idioma y a los aires de grandeza de su jefe, pero, una vez superado este contratiempo, todo va sobre ruedas y me parto de risa con las historias que me cuenta sobre su vecino.

Van pasando los días. Ya es viernes, otro que va a pasar sin pena ni gloria. Además, la perspectiva de pasarlo en casa me pone de mal humor. Mi supervisora se ha negado a darme más turnos. Ha debido de notarme agotada y me ha mandado directamente a casa con la amenaza de no querer verme hasta el miércoles por el hospital. Se presenta un fin de semana de lo más solitario y deprimente, encerrada en casa, ya que me han llamado las chicas para salir y yo me he excusado haciéndoles creer que ya tenía planes.

Sí, claro que tienes planes. Autocompadecerte y conseguir que tus arterias se suiciden por culpa de la comida basura que te piensas meter entre pecho y espalda. Pues sí, mi plan de fin de semana es hartarme a llorar con películas románticas de Netflix (soy así de masoquista), comer guarrerías hasta que no pueda más y dormir en el sofá.

En esas estoy, llorando a moco tendido con *Mi chica* y poniéndome tibia a cucharadas de nocilla cuando oigo el telefonillo de casa. Me levanto a abrir. Ignoro quién puede ser y, cuando abro la puerta, me encuentro a mis amigas, cargadas con varias botellas de vino y unas cuantas bandejas de *sushi*.

—Ostras, tía, tienes los ojos como si te los hubieses lavado con jabón chimbo —dice Pili.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta Marta.

—Sí, sí, estaba viendo una peli triste y ya sabéis que yo me emociono hasta con el anuncio de la lotería.

Ellas pasan hasta el salón y, al ver la mesita llena de comida basura, Blanca alza las cejas y no puede evitar decir:

—Tú, eso de la operación bikini te lo pasas por el forro, ¿no?

—Vera, no estás nada bien. No nos has engañado en ningún momento. —Me mira Carmen.

—¿A qué te refieres? —pregunto a la defensiva.

—En primer lugar, tú solo comes nocilla a cucharadas cuando estás deprimida —apunta.

—Bueno, estoy viendo *Mi chica*, dime si eso no es para deprimirse —suelto.

—En segundo lugar —dice a la vez que me ignora—, por ese pijama de borreguito que no te pones nunca ni harta de vino.

—Tengo frío, ¿pasa algo? —Me enfurruño como una niña.

—¿En pleno julio? —Su voz suena incrédula.

Ante eso no puedo decir nada, cómo me conoce la jodida.

—Y por último y no menos importante —la miro expectante—, no sueltas de tus brazos esa camiseta que se dejó aquí Hugo y que jurabas que ibas a tirar a la basura.

«Te han *pillao* con el carrito de los *helaos*».

Hostias, y yo que pensé que la aficionada a las investigaciones era Coral. Me temo que le ha salido una dura competidora. Resignada, me siento de golpe en el sofá, las miro y no puedo evitar confesar.

—Vale, joder, estoy hecha una puta mierda. No duermo, no como, no paro de trabajar para no darle vueltas a la cabeza e intento hacer una y mil cosas con tal de mantenerme ocupada. Pero es llegar a casa y sentir claustrofobia. Es como si se me cayesen las paredes encima. Cuando entro por la puerta, toda mi historia con Hugo se me viene encima como un castillo de naipes. Cada rincón me recuerda a él. Y lo jodido es que se me olvida la forma en la que me apartó de su lado. Solo se me vienen a la memoria los buenos momentos. Solo me acuerdo de sus besos, de sus abrazos y os juro que me estoy volviendo loca. De verdad. —Me froto la cara con las manos—. No entiendo por qué de repente ha dejado de mandarme mensajes. No hago más que pensar en que ha encontrado a otra, en que la distancia, como dice la canción, es el olvido y estoy que me subo por las paredes. No me canso de mirar nuestras fotos y, joder, es que era todo tan perfecto, tan ideal, que me parece que estoy viviendo dentro de una pesadilla. —Cierro los ojos derrotada para volver a abrirlos al segundo—. Me asaltan las preguntas, las dudas, ¿y si todo ha sido mentira? ¿Y si resulta que todo lo bueno, todo lo maravilloso que hemos vivido, todo lo que hemos sido, en realidad, no ha existido? Y en todas esas noches de insomnio, todas esas noches en las que solo puedo pensar en tenerlo otra vez enredado entre mis piernas, me parece escuchar su risa —confieso—. Creo sentir sus suspiros en mi oído. Todas esas noches, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echar a correr, para no coger mi coche y presentarme en su puerta, suplicarle que vuelva a mí. Quiero hacerle entender, hacerle entrar en esa mollera dura que tiene por cabeza, que no podemos perdernos, que solo juntos sumamos, y hasta multiplicamos. Que separados solo somos una mitad, una mitad apagada, sin alma, que juntos somos una versión mejorada de nosotros, hacerle saber que solo junto a él soy. Somos, en mayúsculas.

«Vaya, te habrás quedado a gusto, hija».

Después de este intenso discurso, me encuentro tan agotada que me hundo en el sofá y cierro los ojos. Tengo miedo de abrirlos y ver las caras de mis amigas, no sé qué espero encontrar en ellas, decepción tal vez. Lo que no espero son las palabras de Marta.

—¿Y qué te impide hacerlo? ¿Qué te impide correr a buscarlo?

Abro los ojos y miro a mis cinco amigas, ese ancla que me sostiene con fuerza con los pies en la tierra.

—El miedo. Miedo a encontrarlo con un nuevo amor, miedo a que me diga que ya no siente nada por mí, miedo a que me haya olvidado —reconozco con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira, nena —me dice Pili. Se sienta a mi lado y me coge de la mano—. Vamos a dejar el puto miedo a un lado y a pensar en él solo como una canción de M-Clan. —Limpia las lágrimas que ruedan por mi cara—. Es normal que, con todo lo que has pasado, lo tengas, sí, yo también lo tendría. Pero si hay algo que tú no eres, es miedosa. Nunca, en los años que te conozco, lo has sido, y dudo mucho que empieces a serlo ahora. Siempre has preferido saber las cosas, estar segura, afrontar los hechos. Lo hiciste con Martín y lo vas a hacer ahora. Porque no puedes quedarte con la incertidumbre, no está en tu naturaleza. Las cosas las defiendes de cara. Por eso, aunque estés cagada de miedo, aunque no sepas qué te vas a encontrar, debes ir a buscarlo. Porque sí, puede que haya pasado página y puede que este con otra, pero también puede que no. Tal vez esté tan jodido como tú, y que tenga el mismo miedo de acercarse a ti. Y como ya nos ha demostrado que es un poco lentito en darse cuenta de las cosas, quizás le haga falta un poco de ayuda. Creo que necesita que le quites la venda de sus bonitos ojos y que le hagas ver lo que tiene delante de su atractiva cara.

Paso mi mirada por cada una de mis amigas y me centro en Ana. Es la única que no ha abierto la boca desde que ha llegado.

—¿Tú no vas a decirme nada? —le pregunto.

—Mejor no quieras saber lo que tengo que decirte —contesta seca.

—¿Te pasa algo conmigo? —digo un poco mosqueada.

Ella me mira, va a abrir la boca, pero, en el último momento, gira la cabeza y no habla.

—¿Qué, Ana? Joder, di lo que tengas que decir —la animo a hablar.

Se vuelve con una mueca y te juro que no me espero lo que va a soltar por su boquita.

—Pues, mira, te lo voy a decir. Esto que te está pasando es el puto karma —escupe.

—¿A qué te refieres? —La miro sorprendida.

—Joder, Vera, tenías a tu lado a un tío cojonudo, que estaba loco por ti, y lo has desechado, lo has apartado como a un mueble viejo. Lo has utilizado y, cuando has encontrado a otro que te convenía más, lo dejas tirado como a una colilla —contesta de carrerilla.

—¿Lo dices por Fer? —Asiente—. Yo no he utilizado a nadie, los dos sabíamos en dónde nos metíamos. Los dos teníamos claro que lo nuestro no iba a ir a más —le recuerdo.

—¿Y por qué le has vuelto a dar esperanzas cuando has terminado con Hugo? —pregunta con los ojos húmedos.

—Eh, cuidado, yo no he dado esperanzas a nadie. Él ha estado apoyándose como un amigo, incluso cuando le dije que no sentía nada por él, que no podía sentir nada por nadie —le informo.

—Entonces... entonces déjalo tranquilo —me pide—. Deja que encuentre a otra que sí pueda sentir algo por él. Échate a un lado. Si estas a su alrededor, solo tendrá ojos para ti y no verá a nadie más. No se dará cuenta de... No sabrá que existo.

Y de repente lo veo todo claro. Me doy cuenta de pronto de cosas que antes no había visto. De detalles que habían pasado por delante de mis ojos sin darme cuenta.

—Ana, cariño... —Me levanto y me acerco a ella.

—No, déjalo, lo siento. No ha sido buena idea venir hoy aquí. —Se aparta de mí cuando llego a su lado y se da la vuelta para salir de mi casa con un portazo.

Yo me vuelvo hacia mis otras amigas y veo en su cara la misma sorpresa que se debe de reflejar en la mía. Me vuelvo a sentar en el sofá y por fin abro la boca.

—¿Vosotras sabíais algo?

Todas niegan con la cabeza y me siento fatal. Ocupada con mis mierdas no he sabido ver lo que estaba sintiendo mi amiga.

Blanca me coge de la mano y me dice:

—No le tengas en cuenta su salida de tono. Conociéndola, seguro que ya se está arrepintiendo de todo lo que te ha dicho y, cuando se enfríe un poco, te llamará y arreglaréis las cosas.

Seguimos charlando otro rato más, pero yo estoy un poco ausente. No dejo de pensar en mi amiga y, cuando las demás se van, no dudo en llamarla.

—Ana...

La oigo llorar y siento que se me encoge el corazón.

—Joder, Vera, perdóname, por favor. Tú hecha polvo abriéndote a nosotras y yo soltándote mi movida sin pensarlo.

—No, Ana, no me pidas perdón. Soy yo la que debería pedírtelo. Tendría que haberme dado cuenta de lo que te estaba pasando, de lo que estabas sintiendo. Vaya mierda de amiga soy—reconozco—. He sido una puta egoísta.

—Bastante tenías con tus problemas como para estar pendiente de los míos.

—Eso no es excusa, tía. ¿Desde cuándo...?

—Desde el primer día en el que nos lo presentaste —admite.

—Joder. —Cierro los ojos mortificada.

—En el mismo momento en que lo vi, me quedé colgada por él —recuerda—. Pero él solo tenía ojos para ti y me quedé en la sombra. Yo sabía lo que sentías por él o, mejor dicho, lo que no sentías y me moría por dentro, porque tenía claro que podría darle lo que él necesitaba, que con solo una oportunidad... Pero nunca la tuve. Cuando te enamoraste de Hugo y rompiste tu acuerdo con él, pensé que ese era mi momento, pero no me atreví. Luego vino tu ruptura y se volcó en ti, en apoyarte, en ayudarte y ya lo di todo por perdido.

—Escúchame, no lo hagas. No des nada por perdido. Joder, Ana, eres preciosa. Eres lista, divertida, no tires la toalla por el simple hecho de haber llegado un poco más tarde. Si crees que eres invisible para él, haz que te vea, deslúmbrale. Consigue que una vez que entres en su campo de visión, no pueda ser capaz de quitarte la vista de encima. Que pases a ser el eje de su mundo.

—¿Crees que lo conseguiré?

—No tengo ninguna duda. —Sonríe al teléfono y, en ese momento, estoy convencida de que la historia de Ana y de Fer va a ser de esas que merecerá la pena ser contada, y le rezo a los astros para que tenga un final feliz. Ana se lo merece, los dos se lo merecen.

—Vera.

—Dime, cariño.

—Vete a buscarlo. Haz que Hugo vuelva contigo —me pide—. Nunca te he visto tan feliz como en esos dos meses. Me gusta la Vera que eres cuando estas con él y quiero volver a verte así. Ve a buscarlo y haz que sea una realidad, no un ojalá.

Cuando cuelgo el teléfono, me tumbo en mi cama y no dejo de pensar en todo lo que ha ocurrido esta noche. Le doy vueltas a lo que me han dicho mis amigas y, en particular, a lo que me ha dicho Ana.

A lo mejor ya es hora de dejar de lamentarme. De pasar de ser un sujeto pasivo a ser el sujeto activo. A dejar de esperar que me encuentre la felicidad y ser yo la que vaya a buscarla. Tal vez ha llegado el momento de reconocer mis propios errores, no solo los de Hugo. De reconocer que soy imperfecta, que, si estamos en esta situación, es por culpa de los dos, de nuestros miedos, los de ambos, tan diferentes, pero a la vez tan parecidos. Que no puedo esperar perdonarlo si no me perdono a mí primero y que, en cuestión de amor, el orgullo debe quedar relegado a un segundo plano. Que hay que ser valiente y dar salida a los sentimientos. Hay que ir por la vida acelerando e incluso derrapando en cada curva, pero disfrutando del camino. Enamorándose,

desenamorándose y volviéndose a enamorar. Siempre es mejor haber amado, aunque se acabe perdiendo, que no poder amar por culpa del miedo. Nadie nos garantiza que no nos van a romper el corazón, pero, mientras tanto, no hay mejor estado que el de vivir enamorado.

Ya no necesito que nadie más me convenza. Las palabras de mis amigas son lo que me faltaba para tomar las riendas del asunto, el empujón que necesitaba para ponerme en marcha. Me levanto como un resorte y empiezo a meter ropa sin ton ni son en una pequeña maleta.

Mañana temprano, en cuanto amanezca, cogeré el coche y me iré a buscarlo. Voy a luchar por mi felicidad. Voy a perseguir el amor, aunque luego me duela, aunque no me corresponda, aunque me vuelva con las manos vacías y el corazón estrujado.

Al menos, siempre me quedará el consuelo de que lo intenté.

Voy a dejar atrás el *ojalá* y lo voy a cambiar por un *para siempre*.

«Madre mía, lo que te ha costado entenderlo, chica».

CUARENTA

BUSCANDO EL PUTO FINAL FELIZ

HUGO Y VERA

VERA

He pasado toda la noche dando vueltas en la cama, de manera que, cuando suena el despertador, yo ya llevo un buen rato despejada. Nerviosa a más no poder, pero despejada.

Desayuno a toda prisa, casi atragantándome y, tras pasar por la ducha y vestirme con mimo, recojo mi pequeña maleta y bajo hasta el garaje. Una vez he metido el equipaje en el coche, doy un hondo suspiro y arranco mientras me muerdo el labio inferior, dispuesta a darlo todo. Dispuesta a abrir mi corazón al único chico que hace que se me disparen los latidos. Al único que tiene el poder de recomponerlo o terminar de destruirlo.

El que lo tiene en sus manos, para bien o para mal.

Acompañada de la lista de reproducción que creé con las canciones que me ha ido mandando a través de sus mensajes, unidas a otras que me recuerdan a él, voy recorriendo los kilómetros que nos separan, formando en mi cabeza las palabras que quiero decirle, las frases que me hagan convencerlo de volver conmigo.

En mi mente, imagino distintas situaciones que se me puedan presentar y a la vez busco las palabras que rebatan todas las objeciones que me pueda poner. De esa manera, sumida en mis pensamientos, casi sin darme cuenta estoy a la entrada de Madrid. Como aún es pronto y además sábado, no encuentro excesivo tráfico para llegar a su barrio, aunque no olvidemos que estamos en la capi, de manera que algún atasco siempre hay. De cualquier forma, enseguida llego a mi destino. Para mí quizás demasiado pronto, todavía no sé si estoy preparada para este reencuentro.

Después de dar varias vueltas por el barrio, decido dejar mi coche en un *parking* cercano e ir caminando hasta su casa. Prefiero no sacar la maleta. Como no sé en qué desencadenará nuestra conversación, es mejor no ponerlo entre la espada y la pared, ni obligarlo a acogerme en su piso. Siempre estoy a tiempo de ir a por ella o incluso, de salir quemando ruedas de nuevo hacia Santander.

Me acerco dando un paseo hasta donde vive y, en el trayecto, no puedo evitar fijarme en aquellas cosas que me enseñó cuando estuve aquí la otra vez. Los edificios, el Mercado de la

Cebada, aquel bar donde saciamos nuestra sed con una cerveza y que fue la antesala en donde saciar también el hambre de nuestros cuerpos con besos, con miradas, con caricias.

No han pasado ni cinco meses de aquellos días y, en cambio, me parece una eternidad. El tiempo sin él pesa un mundo. Cada día que no hemos estado juntos, se me ha multiplicado por diez y extraño cada uno de sus besos como la adicta a ellos que soy.

Sin dejar de pensar, casi no me doy cuenta de que he llegado a su portal. Me quedo mirando fijamente su timbre sin saber si pulsarlo o echar a correr hasta llegar a la seguridad de mi coche.

Respiro de forma profunda.

«Venga, Vera, inhala, exhala. Joder, parezco una parturienta a punto de dar a luz».

Como no quiero darle más vueltas al asunto, llamo con más fuerza de la necesaria y espero. Tras pulsar cuatro veces más y conseguir el mismo resultado, o sea, nada, me desinflo y me quedo bloqueada. De todas las posibilidades que he imaginado, prometo que ninguna de ellas fue que no estuviese en casa. Me he quedado como una tonta con la vista fija en su nombre. Lo acaricié con los dedos. Poco a poco me escurro hasta el suelo y me siento en el escalón de la puerta sin tener ni idea de qué hacer ahora.

Mi ánimo baja con la misma rapidez que mi esperanza. Saco el móvil e intento otra opción. Busco entre mis contactos y me debato entre mandar un mensaje a Guti o llamar a alguna de mis amigas para que me aconseje cuando siento un escalofrío.

De forma brusca, levanto la cabeza y, en la acera de enfrente, con la carretera separándonos, veo a Hugo, con el casco en la mano, que me mira con cara de incredulidad. Me levanto como un cohete y clavo mis ojos en los suyos. Él no se mueve y, por un momento, siento que está todo perdido. Pero no, me niego. No voy a dejar de luchar por esto, por algo en lo que creo, en lo que somos juntos. Si hace falta, pienso zarandearlo hasta que le entre en esa cabezota dura que tiene encima de ese cuerpazo. Porque madre mía, mira que está tremendo.

«Este es capaz de sostenerte en brazos mientras te empotra contra la pared. Céntrate, Vera, céntrate. No te disperses que eso se te da de maravilla».

Me animo a sonreírle, y creo que es esa sonrisa la que hace que él, en seis pasos (juro que no son más), salve la distancia que nos separa y, en cuestión de segundos, estamos frente a frente. Solo con oler su colonia, con aspirar su aroma, siento que he vuelto a casa, que respiro hogar...

HUGO

Después de mi conversación con Guti, me propongo dejar de autodestruirme, intentar volver a mi antiguo yo, dejar de beber tanto y cuidarme un poco más. Mi psicóloga ha vuelto a marcarme las directrices para encontrar mi camino. Esta vez me ha ayudado a salir de un pozo distinto del anterior, pero del que necesito erigirme ganador para poder volver a por mi chica.

He empezado de nuevo a hacer ejercicio y me sorprende de la capacidad que tiene el cuerpo humano de volver a coger el ritmo perdido durante un tiempo cuando ha llevado años manteniéndose en forma. Por eso no me cuesta retomar el gimnasio y someter a mi cuerpo de nuevo a ejercicios extremos. Suelo acabar agotado pero muy muy satisfecho. Por primera vez en mucho tiempo, me siento bien conmigo mismo. Sonrío para mí y me doy mentalmente una palmadita en el hombro. Este es el principio. Creo que voy por el buen camino, estoy preparado para ir a buscar a Vera.

Salgo de la ducha y me miro en el espejo del gimnasio. Mis ojeras ya no son tan visibles, he recuperado el buen color de la cara y no la tengo ya tan demacrada. Pero lo que en realidad me

llama la atención es que mis ojos ya no parecen tan atormentados como estos últimos meses. Han recobrado un poco de la luz que tenían antes. Una chispa de ilusión brilla en el fondo de ellos. La ilusión y la confianza de que estoy haciendo bien las cosas, la pequeña esperanza de que puedo recuperar a la chica de mis sueños.

Cuando salgo de allí, me dispongo a ir andando al taller donde tengo la moto. La he dejado hace unos días para que me la pongan a punto. Mi intención es hacer una pequeña mochila y, en cuanto me la entreguen, salir pitando hacia Santander para intentar hablar con Vera. He reservado habitación en un pequeño e íntimo hotel a las afueras. Si ella todavía necesita tiempo, si aún no está convencida de que volvamos a ser uno solo, juntos, voy a utilizar los días que me quedan de vacaciones para quedarme cerca de ella. No pienso huir de nuevo. Tampoco pienso permitir que ella se aleje de mí. Voy a poner toda la carne en el asador para que vuelva a ser mía. Y para que yo vuelva a ser suyo. De forma total e incondicional. Procuraré ir despacio. Aunque me puedan las ansias. A pesar de que me maten las ganas.

La vez anterior, nos arrasó de tal manera el tsunami de nuestra relación que empezamos la casa por el tejado y prácticamente me trasladé a vivir con ella. No quiero que las prisas vuelvan a joderlo todo. Quiero intentar construir unos buenos cimientos, reconquistarla poco a poco, enamorarla de nuevo despacio, a fuego lento, como canta Rosana. Me muero por tenerla delante de mí y volver a zambullirme en esos ojos color miel. Hacer mía esa boca que me vuelve tan loco, pero, lo más importante, tenerla a mi lado, poder alargar la mano y sentir que está junto a mí. Despertar por la mañana y tener su cabeza junto a mi almohada. Saber con total seguridad que, si la tengo cerca, a mi lado, solo ella es lo importante, solo nosotros. Ella y yo, infinitos.

Mi moto ya está lista. Después de charlar un rato con el mecánico del taller, me subo y arranco con prisa. Prisa por llegar a mi casa y preparar la maleta. Prisa por ponerme en carretera y comenzar mi viaje. Prisa por volver a ella, a mi Vera, mi luz, mi faro, mi amor.

Llego a mi barrio y aparco a unos metros de casa. Cuando me doy la vuelta y me quito el casco, me quedo clavado en el sitio. Allí, sentada en la entrada de mi portal, enfrascada en la pantalla de su móvil, está Vera. Tengo que frotarme los ojos para comprobar si es una alucinación producto de mis ansias por verla, pero al apartar las manos, ella sigue allí. Tan bonita, tan perfecta, tan ella.

De repente, levanta la cabeza y me ve, me mira a los ojos y se levanta. Yo no puedo moverme. Tengo los pies anclados al suelo. Mi cabeza intenta procesar que si está aquí, si se ha tomado la molestia de venir a verme es algo bueno, ¿no? Pero las puñeteras dudas que me corroen las entrañas se encargan de hacerme ver que quizás quiere dar carpetazo a nuestra historia inacabada y ha venido hasta aquí para decírmelo a la cara.

Mientras se abre este debate en mi mente, su boca se transforma en una sonrisa. Ella me está sonriendo, a mí. ¿Os he dicho que podría perderme en la curva de esa sonrisa? Ahora sí, ya decidido, me acerco hasta ella y, cuando la tengo delante, a solo un paso, su aroma, ese que tanto he echado de menos, invade mis fosas nasales... Se adueña de todo mi ser.

Podría pasar el resto de mi vida mirando a Vera. Me conformo con tener sus ojos así, conectados de esta manera a los míos. Diciéndome, sin hablar, tanto. Haciéndome saber, solo asomándome a su profundidad, tantas cosas que me mareo. Sus pupilas reflejan los mismos miedos y las mismas esperanzas que tengo claro reflejan las mías. Mis dedos me hormiguean por las ganas que tengo de tocarla, de sentir la suavidad de su piel, pero no quiero precipitarme y me quedo quieto, llenándome de su presencia.

—Hola —dice bajito, de repente tímida.

—Hola —digo yo.

—Como no viniste a buscarme, he decidido ser yo la que dé el primer paso. —Vuelve a mostrarme su sonrisa, esta vez más pequeña.

—Siempre has sido más valiente que yo, siempre has tenido más coraje, esta vez no iba a ser diferente. —Sonríe.

—¿Y no viniste por...? —me pregunta.

—Porque necesitaba volver a ser el Hugo del que te enamoraste una vez —confieso—. Para lograr eso, tenía que matar a los monstruos que llevaba dentro. Cuando te perdí, me di cuenta de que tenía que aprender a gestionar la culpa, a arrancarla de raíz y eso era algo que tenía que hacer yo solo. Bueno, y con la ayuda de profesionales.

—¿Y lo has conseguido?

Asiento.

—Gracias a mi psicóloga, que me ha hecho ver las cosas de manera diferente a la que estaba acostumbrado —le cuento.

—Y aun así no has venido. —Baja la vista al suelo.

—Estaba recuperado psíquicamente, Vera, pero hecho una mierda en todo lo demás. —Levanta la cabeza al oírme—. Era una piltrafa humana. Estaba tan roto después de perderte que me embarqué en un proceso de autodestrucción. Gracias a mi terapeuta, y a Guti, que se ocupó de dejarme muy claro y de forma muy convincente la escoria en la que me estaba convirtiendo, dejé de autocompadecerme y empecé a poner los medios para convertirme en el hombre que mereces a tu lado. En el hombre que más te quiere y te querrá en toda tu vida.

—¿Y si me querías, por qué dejaste de mandarme mensajes? Cada día que pasaba sin saber de ti, moría un poco más por dentro —dice con la voz rota.

—Cuando vi que llevabas días sin leer mis mensajes, pensé que me habías olvidado o que ya estabas con otro —contesto de forma sincera.

—¿Tan poco confiabas en mi amor que creías que te iba a sustituir así de pronto? Si no leí tus mensajes...

—Lo sé. Lo sé, Guti me lo contó todo cuando volvió de su viaje con Coral. Pero no te imaginas el calvario que pasé durante esos días, todo lo que pasó en esos momentos por mi cabeza. Me moría de pensar que alguien podía estar ocupando mi lugar en tu vida. —Solo de acordarme me echo a temblar—. Como te he contado, me sumí en tal depresión, en tal desesperación, que me perdí. No me encontraba, no sabía qué lugar ocupaba en esta vida. Sin mi misión en el mundo, que era amarte, me encontré de repente falto de todo. De un apoyo, de unos cimientos. De la fuerza que me sujetaba, de la energía que me sustentaba. Empecé a caer en un abismo del que me costó salir. Si no llega a ser por la cabezonería de Guti, no sé cómo hubiese podido levantar cabeza —reconozco—. Gracias a él, a su empeño, poco a poco fui viendo la luz y por fin conseguí sacar las fuerzas necesarias para volver a empezar a reconstruirme e ir a buscarte. Es más, venía a por una maleta y pensaba salir pitando hacia Santander. Quería conseguir... No sé lo que quería conseguir. Solo sé que necesitaba verte, necesitaba respirarte. Tenía que estar cerca de ti.

—¿Ibas a ir a buscarme?

—Te lo prometí, ¿no? Creo que ya va siendo hora de empezar a cumplir las promesas que te hice. —Y de volver a vivir de forma plena—. No quiero perderte, no nos perdamos. Quiero volver a sentir lo que sentía al estar contigo, que soy el rey del mundo, de nuestro mundo... Quiero volver a experimentar lo que es tocar el cielo con los putos dedos. Volver a ser el que te ilumina la mirada, el que te saca la sonrisa, el que te muerde la boca, te provoca los orgasmos y te hace gemir de placer. Ser el que más te ama en esta vida y en todas las que vengan. No te

imaginas la de veces en estos meses que me he arrepentido de no haberte dicho que te quiero, de no haberlo gritado a los cuatro vientos.

Vera va a decir algo, pero, en ese momento, rompe a llorar de forma silenciosa y yo abro mis brazos, esperando que se refugie en mí. Ella ni lo duda y se lanza a ellos como si no hubiese pasado el tiempo. Como si hubiese sido ayer mismo cuando entramos en este portal llenos de ilusiones, de deseos. Con nuestras ansias rebosando por los poros de la piel. Repletos de amor, aunque en aquel entonces ni siquiera fuésemos conscientes de cuánto.

—Te quiero —le digo—. Te quiero más que a mi vida. Te juro que no pasará un día sin que te lo demuestre. No dejaré de decírtelo a cada minuto. Necesito recuperar todos los *te quiero* que te negué, todos y cada uno de ellos.

De repente, Vera se echa a reír a carcajadas. Joder, todo esto la ha superado y se ha vuelto loca. Me separo de ella para mirarla.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto contagiado por su risa.

—Que somos unos idiotas y tenemos un pequeño problema de comunicación. —Junta el pulgar y el índice para acompañar a sus palabras.

—¿Y eso por qué?

—Joder, porque si no nos hubiésemos montado nuestras propias películas en la cabeza y nos hubiéramos atrevido a coger el teléfono para llamarnos, ya llevaríamos juntos unas semanas.

—¿Estás segura de que estabas preparada? Quizás no era el momento y hemos tenido que pasar por todo esto para volver a reconectar. Para encontrarnos de nuevo —reconozco.

—¿Y crees que ahora sí es el momento? —Veo la duda en sus ojos.

—Estoy totalmente convencido. —Enlazo mi mirada con la suya para que vea que creo firmemente en lo que digo—. Es más, creo que ahora empieza realmente nuestro momento. Todo lo anterior ha sido un simple ensayo que nos ha preparado para el resto de nuestra vida juntos.

Llegados a este punto, los dos necesitamos fundirnos el uno en el otro y, despacio, casi con miedo de despertar de este maravilloso sueño, nos besamos. Ahora sí, en este instante en el que vuelvo a saborearla, en el que vuelvo a sentirla de esta manera, apretada a mí, sé con seguridad que no hay un lugar en el mundo donde querría estar en este mismo momento. No creo que encontrase un lugar mejor para estar que entre sus brazos, sintiéndola temblar agarrada a mí, disfrutando de su boca, de su sabor, salado por culpa de las lágrimas, y de sus manos acariciando mi cara.

—Vamos a casa —le digo cogiendo su mano y entrando al portal.

—Mi casa está donde estés tú —responde.

Y de esta manera tan natural, tan sencilla, tan clara, Vera viene a confirmarme una vez más que es mi todo. Que si no es con ella, no es con nadie. Que si yo tengo una razón de ser en este mundo, es quererla, es idolatrarla. Y no voy a tener días en esta vida para amarla como se merece. Que no hay nada que yo no haría por ella.

Puto enamorado.

Enamorado y, por fin, feliz.

VERA

No puedo dejar de mirar su cara, a mi lado, en la almohada. Su gesto relajado es un bálsamo para mi alma. Después de las últimas veces, en que su cara solo reflejaba dolor y tormento, verlo así, abrazado a mí, como si tuviese miedo a dejarme escapar de nuevo, me devuelve la esperanza en

el amor. Y el nuestro, además, es amor en mayúsculas. Lo sé, lo siento en las entrañas. Como también sé que esto que hemos pasado, esto que nos ha tenido separados, nos ha hecho más fuertes a los dos. Ambos hemos salido reforzados de nuestros miedos, de nuestras incertidumbres, y tengo claro que lo que siento por Hugo merece ser luchado. Se merece que luche por él.

Abre los ojos despacio, con el sueño pegado a su rostro y me pilla comiéndomelo con la mirada. Una sonrisa ilumina su cara y pierdo totalmente el hilo de lo que estaba pensando.

—Hola, amor. —Podría morirme ahora del gusto solo escuchándolo llamarme *amor*.

—Hola, cariño. —Su sonrisa se ensancha.

—Qué ganas tenía de volver a ti —me susurra.

—Has tardado un siglo en hacerlo. —Me acurruco mimosa en su costado y paso una pierna por encima de su cuerpo.

—Esto no es nada comparado con lo que nos queda por estar juntos, lo que nos queda por vivir —me dice serio.

—Sabes que algunas veces me sacarás de quicio y desearé matarte, ¿no? —Me río al decirlo.

—Cuento con ello. Y tú sabes que todas y cada una de esas veces te haré el amor de tal manera que conseguiré que olvides lo que fuese que te sacó de quicio, ¿verdad?

—También yo cuento con ello. Por eso fingiré en más de una ocasión que me enfado contigo.

—Uhm, pues ya puedes empezar a enfadarte conmigo. —Se pone encima de mí y me da un beso en la barbilla—. Aunque no necesito excusa —baja con su boca hasta mi clavícula— para hacerte el amor en este mismo momento. —Noto su aliento en mi ombligo—. Ni en ningún otro. De manera que... —No sigue hablando. Prefiere entretenerse en otros menesteres, y a mí se me ponen los ojos del revés cuando siento su boca explorando mis pliegues más escondidos, mis terminaciones nerviosas más secretas.

Cuando ha conseguido que me retuerza de placer, se enfunda un preservativo y, sin dudar, entra en mi cuerpo como si este fuese su lugar favorito del mundo. Con un suspiro de felicidad. Y yo siento que, de nuevo, estoy donde tendría que haber estado siempre, de donde no debería de haberme ido.

Por fin estoy en casa, por fin estoy en mi hogar.



EPÍLOGO

Un año después

HUGO

Mentiría si dijese que llegar hasta aquí ha sido fácil, pero creo que pasaría otra vez por todo lo que hemos pasado para estar en este mismo lugar ahora. Bueno, por todo no. Algunas de las cagadas que hice las dejaría aparcadas, pero todo ese camino me ha llevado a esto. A compartir mi vida con Vera. A empezar un futuro en común. A hipotecarnos con este adosado. Decidme si no hay mayor compromiso de amor que compartir una hipoteca con alguien. Aunque no sé si me gusta mucho esta relación a tres bandas: Vera, el banco y yo. Nunca he sido muy partidario de los tríos.

Bromas aparte, sentado en la esquina de mi nuevo sofá, en mi nuevo salón y con una cerveza en la mano, no puedo apartar la vista de mi chica, que está, como siempre, radiante y preciosa mientras atiende a nuestros amigos que han venido a inaugurar la nueva casa con nosotros. Hace unos días la inauguramos con nuestras familias, de manera más formal. Pero hoy nos toca con ellos. Con los que han estado al pie del cañón en nuestras idas y venidas. Guti, que me ha apoyado como el que más, aguantando mis mierdas y mi mala hostia, haciéndome entrar en razón a base de paciencia (y alguna que otra colleja, para qué negarlo). Lo veo reírse con Coral, sin poder apartar las manos de ella, y me río en su cara con ganas. El que no iba a enamorarse, el que quería ir despacio, ja, ha caído con todo el equipo. Se nota a la legua que esta pillado hasta las trancas. No puedo más que alegrarme por él y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, levanto mi birra para brindar y con solo una mirada nos lo decimos todo.

Miro a mi alrededor, a esta gente que se ha convertido en nuestra familia. Incluso con Fer, al que tantas veces en el pasado he querido coser a hostias, he conseguido, si no ser amigos, al menos llegar a soportarnos. Echo la vista atrás en el tiempo. A cuando Vera tuvo que volver a Santander, después de esos pocos días que pasamos sin apenas salir de mi apartamento, para incorporarse a su trabajo. Hicimos encaje de bolillos para conseguir que lo nuestro funcionase a pesar de la distancia.

Ambos estuvimos yendo y viniendo de Santander a Madrid durante seis meses y, cansados de disponer de solo unos pocos días para vernos, nos planteamos cuál de los dos dejaba su puesto para estar juntos. Como teníamos claro que vivir en Santander es tener calidad de vida, cuando me surgió la oportunidad de hacer una permuta con una compañera que quería volver a mi

ciudad, no me lo pensé y acepté de inmediato.

Volví al hospital donde había empezado todo. No al mismo servicio, no volví a trabajar con Vera, pero conseguimos ajustar nuestras carteleras y así poder pasar el máximo tiempo juntos.

El siguiente paso ha sido comprar esta pequeña casita adosada y vivir juntos. Compartir vida, proyecto de futuro, tiempo libre, y poder despertar cada día junto a ella. Y lo que es más importante, compartir todas mis noches con el amor de mi vida. La chica que me enseñó lo que es el amor verdadero, sano, fácil, bonito. Vuelvo a mirar a Vera y ella me devuelve la mirada a la vez que me regala su sonrisa infinita, y te juro que, aunque quiero mucho a todos estos pirados que están en mi salón, no puedo esperar a que se vayan de una puta vez para quedarme a solas con ella. Para seguir escribiendo nuestra historia con nuestras manos y nuestras bocas, y sé, por la cara que pone, que está pensando exactamente lo mismo que yo.

Solo le pido al puto universo que nunca perdamos esta conexión, esto que hace que, solo con mirarnos, sepamos lo que pasa por nuestra cabeza, por muy loco que sea.

Y solo con mirarla siento que me va a explotar el corazón por lo mucho que la quiero. Me levanto y me acerco a su sitio, porque sí, porque necesito estar lo más cerca posible de ella en todo momento.

Porque la adoro y, por fin, porque quiero y porque puedo.

VERA

Aquí estamos, un año después. 12 meses, 365 días, 8760 horas, 525600 minutos, 31536000 segundos. En mi lugar favorito del mundo, que es estar rodeada de la gente que quiero. De mis chicas, de los amigos de Hugo.

En mi nueva casa, pero, sobre todo, en mi hogar, que es él. Mi todo. Mi amor, mi amigo, mi amante.

Lo miro cuando no me ve. Está contento. Bebe una cerveza sentado en el sofá y bromea con Guti. Mi corazón se expande solo con ver su sonrisa. No sé si se imagina cuánto lo quiero. Tanto que me duele. Tanto que me asusta, pero, a la vez, tanto que me llena, que me colma de tal manera que no creo que pueda llegar a ser más feliz en la vida.

Aparto mi mirada de él y miro alrededor, a los míos, a mi familia elegida, a mis incondicionales, a los que no me fallan nunca y no puedo evitar tocar el pequeño símbolo de la amistad, en caracteres chinos, que me tatué ese día, el día que me rompí. El día en el que toqué fondo. El día en el que Alba (que lleva tres meses viviendo con Carlos) me sujetó para evitar que siguiese cayendo.

友

Para llevar conmigo, de esta forma, a todas aquellas personas que no me han soltado de la mano en mis horas bajas, en mis momentos oscuros.

Mis ojos se desvían hacia Ana y Fer. Mi amiga, después de currárselo mucho, consiguió que se fijase en ella y, como era inevitable, cuando él puso sus ojos en su persona, no tuvo más remedio que caer rendido a sus pies. Fue totalmente inevitable. Han empezado una bonita historia que se va construyendo poco a poco, pero que tiene visos de convertirse en un amor de los buenos, de los bonitos, de los duraderos.

De Coral no voy a decir nada más que, que la veo feliz, enamorada como nunca pensé verla e ilusionada con su historia con Guti. Una historia que va viento en popa y en la que ya se plantean irse a vivir juntos. Santander o Madrid, Madrid o Santander, esa es la única duda que tienen. Pero conociéndolos y pudiendo los dos teletrabajar desde casa, calculo que estarán a caballo entre las dos ciudades. Disfrutando de las ventajas de ambas.

Irene no ha podido venir. Ha conseguido hacerse un nombre en la repostería en Roma y está a punto de abrir una pastelería *gourmet* en la capital italiana. Sobra decir que allí estaremos sus siete amigas apoyándola y compartiendo sus nervios y su felicidad.

Sonríó contenta por haber logrado juntar estos grupos tan heterogéneos en el salón de mi casa. Se mezclan con total normalidad mi pandilla de amigas con mis compañeros del hospital y con los amigos de Hugo, que han venido desde Madrid para acompañarnos en esta pequeña reunión.

Lo único que hace falta son ganas de pasarlo bien, y de eso vamos todos sobrados.

Como ocurre siempre que siento la mirada de Hugo, me invade un escalofrío y vuelvo la cabeza hacia donde está sentado. Me quedo anclada a esos ojos azules que me robaron el aliento la primera vez que los vi y me pierdo en su mirada. Una mirada que cada vez se vuelve más intensa, más ardiente, y me apuesto el cuello a que ahora mismo está deseando que todos nuestros invitados se vayan para poder estar a solas.

No puedo evitar sonreír cuando veo que se levanta y se acerca a mí. Madre mía, ¿dejaré algún día de sentir estas cosquillas en mi interior cada vez que lo veo, cada vez lo tengo junto a mí? Me abraza y toma mi boca con avidez y no puedo evitar suspirar feliz.

Esto es todo lo que necesito, esto es lo único por lo que vale la pena luchar, por lo que me pelearía con uñas y dientes. Por esta sensación que me recorre la piel cada vez que estoy entre sus brazos. Por esta sensación de plenitud que me embarga solo cuando estoy con él.

—Estoy deseando que nos quedemos solos —susurra en mi oído.

Lo que yo decía. Qué malo es conocerse.

—Tranquilo —le digo en el mismo tono de voz—. Tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros.

Porque él y yo somos así, juntos seguimos sumando.

Juntos somos infinitos.

REFERENCIAS MUSICALES

- «Me gusta la vida» de Funambulista.
- «Nacidos para creer» de Amaia Montero.
- «Un día de estos» de Marwán.
- «Noches de guardia» de Sidecars.
- «Polvorosa» de Sidecars.
- «Si tú no estás» de Rosana.
- «Cruz de navajas» de Mecano.
- «Cómo mirarte» de Sebastián Yatra.
- «La bachata» de Manuel Turizo.
- «Amigos con derechos» de Reik y Maluma.
- «Inmortal» de La Oreja De Van Gogh.
- «A que no me dejas» de Alejandro Sanz.
- «¿Te acuerdas?» de Paul Alone.
- «Vivir sin aire» de Maná.
- «No puedo vivir sin ti» de Los Ronaldos.
- «Mi accidente preferido» de Despistaos.
- «19 Días y 500 Noches» de Joaquín Sabina.
- «A fuego lento» de Rosana.
- «Mi mejor versión» de Leiva.
- «Puede ser que la conozcas» de Marwán.
- «Puedes contar conmigo» de La Oreja de Van Gogh.
- «Te esperaré toda la vida» de Dani Fernández.
- «Corazón de tiza» de Radio Futura.
- «Miedo» de M-Clan.
- «Hace calor» de Los Rodríguez.

AGRADECIMIENTOS

Por tercera vez, estoy aquí dispuesta a dar las gracias a toda esa gente que ha estado a mi lado en el largo proceso de crear esta historia.

Para empezar y como siempre, los primeros en la lista son mis hijos, Cristina y Sergio, que han tenido que aguantar mis ausencias, tanto físicas como mentales (que han sido las más frecuentes), y verse relegados a un segundo plano por culpa de Vera y Hugo. Gracias, chicos, prometo compensaros.

A mi madre, por ser mi más ferviente admiradora y mi más ávida lectora. He perdido la cuenta de las veces que ha leído cada historia.

A mi hermano, por dejarme plasmar alguna que otra anécdota de nuestra infancia y leerse mis libros a pesar de no ser de los que leen.

A mi familia, ti@s, prim@s, sobrin@s y *arrejuntaos* por seguir leyendo mis historias y por emocionaros con ellas. Y por las bromas y las risas.

A mis lectoras cero, Cristina @cris_lectora_21, no sabes qué suerte he tenido de que Instagram te pusiera en mi camino. A mi María @almaa.delibro, por nuestras charlas en el hospital, nuestras risas y tu entusiasmo. Gracias a las dos por disfrutar tanto con cada capítulo que os mando, por vuestras recomendaciones y vuestra ilusión.

A @el_marcapaginas_de_angy, otro descubrimiento de Instagram, mil gracias por tus consejos y tu apoyo.

A mi compis y amigas, Inma y Mar, por estar ahí siempre y dejar que fueran inspiración para ciertos personajes.

A mi Bego. Ay, mi Bego, qué sería de esta historia sin ella. Por animarme a escribir y enamorarse de cada uno de mis personajes masculinos.

No puedo olvidarme de mis amigas, de mi pilar, de las que están ahí para lo bueno y para lo malo, para las risas y para los llantos. Sin Sonia, Isa, Eva, Rocío, Patri, María y Esther, esta historia no sería la misma. Gracias por dejarme plasmar una pequeña parte de uno de los viajes que hacemos cada año. Este es vuestro libro.

Por último, y no menos importante, agradecer a Adela @adela_argn_art por clavar siempre a mis chicos con una sola descripción, nunca falla, y a Marisa, @marisasefra, mi tormento particular, por poner orden en mi caos. Chicas, sois las mejores, no dejaré de repetirlo nunca.

Y por supuesto, a tod@s vosotr@s, que habéis llegado hasta aquí y seguís conmigo desde la primera historia.

Si queréis decirme algo, buscadme en @silvia_mateos_writer, os prometo que siempre contesto, a no ser que me encuentre escribiendo, que estaré perdida en mi mundo. Si no, que se lo digan a mis hijos.